



**Universidad**  
Zaragoza

## Trabajo Fin de Máster

El Calcolítico en el mediodía peninsular: entre el  
difusionismo orientalista del siglo XIX y las nuevas  
tendencias del siglo XXI

Autor

Valentín Crinel Ungureanu

Director

Jesús V. Picazo Millán

Facultad de Filosofía y Letras  
Noviembre 2016

## RESUMEN

Como el propio título indica, la cuestión central que nos ocupa en el presente escrito es analizar cómo ha sido tratada la Edad del Cobre del sur de la península Ibérica a lo largo del siglo XX, para lo cual nos vamos a centrar en las diferentes interpretaciones que se han formulado sobre este período desde finales del siglo XIX hasta nuestros días. Esto nos ha llevado a dividir el trabajo en tres grandes apartados, cada uno de ellos compuesto por una serie de modelos interpretativos ordenados cronológicamente, siendo el primero de estos bloques el dedicado al difusionismo orientalista, corriente analizada a partir de las teorías formuladas por Luis Siret, Martín Almagro Basch y Antonio Arribas. Desde el punto de vista cronológico, este primer apartado abarca el período que va desde finales del siglo XIX hasta los años '60 - '70 del siglo XX y, desde el punto de vista geográfico, se centra en el sureste peninsular. El segundo bloque, centrado en el mismo territorio, es el correspondiente a la corriente procesualista, analizada a través de la interpretación de Robert Chapman, quien plantea sus hipótesis entre las décadas de los años '70 y '80. Finalmente, el último apartado del trabajo es el dedicado a la arqueología marxista, donde abordamos brevemente una serie de teorías formuladas por diferentes autores: Oswaldo Arteaga, Rosario Cruz-Auñón, Leonardo García Sanjuan, Víctor Hurtado, Pedro Díaz del Río y Francisco Nocete. Desde el punto de vista geográfico, este último bloque se centra en el valle del Guadalquivir y el suroeste peninsular y, desde el punto de vista cronológico, ocupa la última década del siglo XX y los primeros años del siglo XXI.

**Palabras clave:** Calcolítico, Edad del Bronce, Prehistoria Reciente, península Ibérica, difusionismo, orientalismo, arqueología procesual, arqueología marxista, valle del Guadalquivir, los Millares, el Argar, Valencina de la Concepción, megalitismo, sociedades complejas.

## Abstract

As the title indicates, in the present text we analyze how the Copper Age of the south of the Iberian Peninsula has been treated throughout the 20<sup>th</sup> century, for which we will focus on the different interpretations that have been formulated about this period from the late 19<sup>th</sup> century to the present days. This has led us to divide the work in three main sections, each one of them consisting on a number of chronologically-ordered interpretative models, being the first of these sections the one dedicated to the orientalist diffusionism, current analyzed from the theories formulated by Luis Siret, Martín Almagro Basch and Antonio Arribas. From a chronological point of view, this first section covers the period that extends from the late 19<sup>th</sup> century to the 60's and 70's of the 20<sup>th</sup> century, and from the geographic point of view, it focuses on the southeastern peninsula. The second section, focused on the same territory, is the one that corresponds to the processual current, analyzed through the interpretation of Robert Chapman, who states his hypothesis in the 70's and 80's. Finally, the last section of the work is the one dedicated to the Marxist archaeology, where we briefly treat a number of theories formulated by different authors: Oswaldo Arteaga, Rosario Cruz-Auñón, Leonardo

García Sanjuan, Víctor Hurtado, Pedro Díaz del Río and Francisco Nocete. From the geographic point of view, this last section focuses in the Guadalquivir valley and the southwestern peninsula, and, from the chronological point of view, it covers the last decade of the 20<sup>th</sup> century and the first years of the 21<sup>th</sup> century.

**Key words:** Chalcolithic, Bronze Age, recent prehistory, Iberian Peninsula, Diffusionism, Orientalism, Processual archaeology, Marxist archaeology, Guadalquivir valley, los Millares, el Argar, Valencina de la Concepción, Megalithism, complex societies.

## ÍNDICE GENERAL

<b>1. Introducción .....</b>	<b>7</b>
1.1. Justificación del trabajo .....	7
1.2. Estado actual de la cuestión .....	7
1.3. Objetivos.....	8
1.4. Metodología aplicada .....	9
<b>2. Las tesis difusionistas orientalistas .....</b>	<b>11</b>
2.1. Orientales y occidentales en España en los tiempos prehistóricos .....	12
2.1.1. Período de la Piedra pulida .....	14
2.1.2. Período del Cobre.....	15
2.1.2.1. Industria lítica.....	15
2.1.2.2. Industria metalúrgica .....	16
2.1.2.3. Arte/cerámica .....	18
2.1.2.1. Arquitectura.....	22
2.1.3. El pueblo fenicio en la península Ibérica .....	25
2.2. El megalitismo en la península Ibérica y las tesis orientalistas sobre su origen y evolución. La cultura calcolítica de los Millares dentro de este fenómeno cultural .....	29
2.2.1. Tesis occidentalitas .....	29
2.2.2. Tesis orientalistas .....	31
2.2.3. Las tesis de Georg y Vera Leisner.....	33
2.2.4. La cultura de los Millares dentro del fenómeno cultural megalítico. La tesis orientalista de M. Almagro y A. Arribas .....	36
2.2.4.1. Arquitectura urbana .....	38
2.2.4.2. Arquitectura funeraria. La tipología y difusión de los sepulcros colectivos como dato cronológico.....	41
2.2.4.3. Los objetos de ajuar del Bronce I hispánico como dato cronológico .....	52

2.3. Valoración crítica y personal .....	62
<b>3. La formación de las sociedades complejas en el sureste peninsular. El procesualismo de Robert Chapman .....</b>	<b>70</b>
3.1. Adaptación e intensificación en el sureste de España .....	73
3.1.1. El medio ambiente contemporáneo .....	73
3.1.2. Patrón de asentamiento, población y subsistencia .....	76
3.1.3. Cambio medioambiental.....	77
3.1.4. Subsistencia en la prehistoria.....	77
3.1.5. Adaptación e intensificación.....	80
3.2. Algunos modelos sobre la intensificación y el cambio cultural en el sureste de España durante la Prehistoria Reciente .....	86
3.2.1. Robert Chapman .....	86
3.2.2. Antonio Gilman.....	87
3.2.3. A. Ramos Millán .....	90
3.2.4. Vicente Lull .....	91
3.2.5. Clay Mathers.....	92
3.3. La escala del sistema .....	93
3.4. Las innovaciones tecnológicas.....	93
3.5. Complejidad social.....	98
3.5.1. Diferenciación horizontal .....	98
3.5.2. Diferenciación vertical .....	101
3.6. Interacción e integración.....	115
3.7. Valoración crítica y personal .....	117
<b>4. El valle del Guadalquivir y el suroeste peninsular. Un análisis marxista .....</b>	<b>121</b>
4.1. El yacimiento de Valencina de la Concepción (Sevilla) .....	121
4.2. Una Sociedad Jerarquizada Comunalista en el suroeste peninsular.....	125
4.3. Relaciones y contradicciones centro/periferia en el valle del Guadalquivir ..	128

4.4. Faccionalismo y labores colectivas en el Alto Guadalquivir. El modelo de Agregación-Fisión.....	132
4.5. Valoración personal y crítica .....	134
<b>5. Conclusiones finales .....</b>	<b>142</b>
<b>6. Referencias bibliográficas.....</b>	<b>144</b>
<b>Índice de figuras.....</b>	<b>148</b>

## **1. INTRODUCCIÓN**

### **1.1. Justificación del trabajo**

El tema central del presente trabajo es el desarrollo del Calcolítico en el sur de la península Ibérica y cómo ha evolucionado su análisis a lo largo del tiempo, desde finales del siglo XIX hasta el momento actual. En lo que se refiere a la elección de este tema, en primer lugar cabe explicar el porqué del período elegido. En este sentido, he optado por centrarme en la Edad del Cobre porque es una etapa de la Prehistoria que ya había trabajado con anterioridad en mi Trabajo de Final de Grado (*Asentamientos con recintos de fosos en el Calcolítico peninsular: un estado de la cuestión*). A esto, además, hay que añadir el interés personal que siento por este período, un interés motivado por la gran cantidad de cambios y transformaciones acontecidos durante el mismo. Así, desde el punto de vista económico, la Edad del Cobre se caracteriza por una profunda intensificación de la producción agropecuaria y por el desarrollo de la *revolución de los productos secundarios*; desde el punto de vista tecnológico, aparece la metalurgia del cobre y surgen innovaciones tan importantes como el arado; y desde el punto de vista social, además de darse un incremento de la población sin precedentes, empiezan a aparecer incipientes jefaturas políticas y élites económicas formadas por una serie de individuos que empiezan a tener un papel destacado en el seno de su comunidad. Todo ello obliga a considerar el Calcolítico como un período de transición en el que las comunidades neolíticas evolucionan hacia las denominadas *sociedades complejas* de la Edad del Bronce.

Por otro lado, en lo que se refiere al marco espacial abordado, también está relacionado con ese Trabajo de Final de Grado, y es que los asentamientos con recintos de fosos en él estudiados estaban localizados precisamente en esta región meridional de la península Ibérica, siendo uno de los yacimientos más importantes el de Valencina de la Concepción (Sevilla), que analizaremos en profundidad en el último bloque del trabajo, dedicado a la arqueología marxista.

Finalmente, una última causa que justifica la elección de este tema es la posibilidad que me ofrece de adquirir nuevos conocimientos sobre el Calcolítico surpeninsular, pues si bien es cierto que ya tenía algunas ideas previas sobre este período, no es lo mismo analizar un determinado aspecto de la Edad del Cobre que analizar la etapa en sí desde el punto de vista de diferentes corrientes interpretativas. De esta manera, me he tomado este trabajo como una oportunidad de ampliar y adquirir nuevos conocimientos sobre este período de la Prehistoria surpeninsular.

### **1.2. Estado actual de la cuestión**

La primera noticia que tenemos sobre la existencia de una etapa relacionada con el empleo del cobre como soporte en la fabricación de instrumentos en el sur de la península Ibérica se remonta a finales del siglo XIX y principios del XX, cuando Luis Siret plantea en su modelo interpretativo sobre la Prehistoria del sureste peninsular la

existencia de un *período del Cobre*, que interpreta como un Neolítico de carácter oriental importado por los fenicios, con una cronología que inserta en el II milenio a.n.e. A estas alturas de finales del siglo XIX y comienzos del XX, el autor todavía no contempla la existencia de una verdadera Edad del Cobre en la península Ibérica; no considera que el empleo de este metal pueda constituir una etapa anterior a la del Bronce. Es a partir de 1925, influido por toda una serie de publicaciones de Schmidt, P. Bosch, H. Obermaier y N. Alberg, cuando el autor empieza a aceptar la existencia de una Edad del Cobre en la península Ibérica, introduciendo el término ‘eneolítico’.

Superada la primera mitad del siglo XX, la aparición de toda una serie de técnicas de datación absoluta, entre las que destacan el C14, la dendrocronología o la termoluminiscencia, permitió no solamente confirmar la existencia de una Edad del Cobre en la península Ibérica, sino también dotarla de un marco temporal preciso. De esta manera, en la actualidad, en base a las dataciones radiocarbónicas procedentes de diversos yacimientos del sur peninsular podemos afirmar que la Edad del Cobre se desarrolló en esta región entre los años 3400-2200 cal. a.n.e. y que se caracterizó por ser un período lleno de cambios y transformaciones, con el desarrollo de la actividad minero-metalúrgica, la aparición de avances tecnológicos relevantes, un incremento de la productividad y de la producción, una intensificación agropecuaria, una diversificación de los cultivos, un aumento de la población, comunidades organizadas socialmente de una manera más compleja dentro de asentamientos ‘protourbanos’, aparición de jefaturas políticas y élites económicas, etc.

### **1.3. Objetivos**

El gran propósito que nos hemos marcado en la realización de este trabajo ha sido analizar de manera clara, coherente y precisa cómo ha sido tratado el Calcolítico surpeninsular a lo largo del siglo XX, examinando para ello diversas hipótesis, desde las orientalistas formuladas por Siret a comienzos del siglo hasta las de corte marxista propuestas por Nocete a finales del mismo. Sin embargo, para conseguir este gran propósito, hemos considerado necesaria la superación de toda una serie de objetivos, entre los que se incluyen:

- Exponer de manera clara y ordenada las diversas corrientes interpretativas imperantes a nivel peninsular en los diferentes momentos del siglo XX, lo que nos ha llevado a dividir el trabajo en tres grandes apartados ordenados cronológicamente: difusionismo orientalista, procesualismo y arqueología marxista.
- Centrar el análisis de cada bloque en un determinado territorio del sur peninsular, con el objetivo de dar coherencia al apartado y poder así contraponer los diferentes modelos interpretativos que lo han abordado. De este modo, los dos primeros bloques versarán sobre la región suroriental, mientras que el último, dedicado a la arqueología marxista, estará centrado en el valle del Guadalquivir y el suroeste peninsular.



- Evidenciar las dificultades a las que tuvieron que enfrentarse autores como Luis Siret, Martín Almagro Basch o Antonio Arribas en la formulación de sus teorías en un momento en el que no existían métodos de datación absoluta.
- Poner de relieve el impacto que causó la aparición de estos métodos, y la importancia que tienen hoy en día para la investigación en Prehistoria y Arqueología.
- Atender al entorno geográfico y climático de cada una de las regiones analizadas y, a partir de los datos antracológicos, palinológicos, arqueofaunísticos y arqueobotánicos, tratar de averiguar si dicho entorno fue igual durante la Prehistoria Reciente.
- Analizar el grado de complejidad social que pudieron alcanzar las comunidades de esta región meridional durante este período.
- Finalmente, valorar críticamente cada uno de los modelos interpretativos propuestos.

La consecución de estos objetivos tendrá como resultado un análisis preciso y completo de las diferentes interpretaciones que se han propuesto a lo largo del siglo XX para explicar el desarrollo histórico del Calcolítico en el sur de la península Ibérica.

#### **1.4. Metodología aplicada**

Desde el punto de vista metodológico, antes de abordar la estructura del trabajo, vamos a analizar brevemente la naturaleza de las fuentes empleadas en la elaboración del mismo. En este sentido, podemos afirmar que todas ellas han sido de carácter secundario, y de acuerdo con su procedencia podemos clasificarlas en dos grupos: artículos de Internet y obras físicas de la biblioteca. En lo que respecta a los artículos, todos ellos han sido hallados en portales como *Academia.edu* o *Dialnet* y en revistas online especializadas en Prehistoria y Arqueología que cuelgan sus números anteriores en la red a disposición de los usuarios, como *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada*, *Trabajos de Prehistoria*, *Anuario arqueológico de Andalucía*, *Boletín del Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico*, *Pyrenae*, etc. Por su parte, en lo que respecta a las obras físicas, todas tienen la misma procedencia: la biblioteca María Moliner de la Universidad de Zaragoza. Más adelante haremos referencia a cuáles de estas obras nos han resultado más útiles en la realización de cada uno de los apartados.

En lo que se refiere a las referencias bibliográficas, el sistema que hemos utilizado para citar ha sido el ‘Harvard’, que permite incluir dentro del propio texto, y no en notas a pie de página, la información sobre las fuentes utilizadas, ya sea para citar, parafrasear o simplemente señalar dónde hemos encontrado una determinada información. El objetivo de este sistema es facilitar al lector de forma rápida los datos necesarios que le permitan ubicar la información empleada en la construcción del texto. En cualquier caso, debemos tener en cuenta que la utilización de este sistema no ha excluido el de notas a pie de página, cuyo uso hemos reservado para determinadas aclaraciones y/o explicaciones.

En cuanto a su estructura, el trabajo se organiza en tres bloques ordenados cronológicamente, siendo el primero de ellos el dedicado al difusionismo orientalista, que está dividido a su vez en dos subapartados: uno centrado en las hipótesis de Luis Siret de finales del siglo XIX y otro dedicado a las planteadas por Martín Almagro Basch y Antonio Arribas en los años '60 del siglo XX. La obra más importante que hemos utilizado en la elaboración del primero de estos subapartados ha sido la edición de 1994 de *Orientales y occidentales en España en los tiempos prehistóricos* de Luis Siret. Por su parte, en lo que respecta al modelo interpretativo de Almagro y Arribas, la principal fuente en la que nos hemos apoyado ha sido *El poblado y la necrópolis megalíticas de Los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería)*, publicada en el año 1963. Desde el punto de vista cronológico, este primer apartado abarca el período que va desde finales del siglo XIX hasta los años '60 y '70 del siglo XX y, desde el punto de vista geográfico, se centra en el sureste peninsular, relacionando los cambios acontecidos en esta región durante la Prehistoria Reciente con la llegada a Occidente de gentes procedentes del Mediterráneo oriental.

El segundo bloque del trabajo es el dedicado a la corriente procesual, analizada a través del modelo interpretativo de Robert Chapman, quien formula sus hipótesis entre las décadas de los años '70 y '80. La principal obra que hemos utilizado en el desarrollo de este segundo apartado ha sido *La formación de las sociedades complejas. El sureste de la península Ibérica en el marco del Mediterráneo occidental*, publicada en España en el año 1991, pero escrita a lo largo de los años '80. Desde el punto de vista geográfico, en este segundo bloque la zona objeto de estudio sigue siendo la misma, el sureste de España, pero Chapman no relaciona los cambios aquí acaecidos durante la Prehistoria Reciente con la llegada de influencias orientales, sino que adopta una nueva postura que en su momento procuraba sentar las bases de una nueva teoría cuyo objetivo era el estudio de la evolución social desde un punto de vista indígena y autónomo, tomando como espacio de análisis el sureste de la península Ibérica desde el Neolítico Final hasta el Bronce argárico.

Finalmente, el último apartado del trabajo es el dedicado a la arqueología marxista, dividido a su vez en cuatro subapartados: en el primero introducimos y analizamos el importante yacimiento de Valencina de la Concepción (Sevilla), en el segundo nos centramos en la *Sociedad Jerarquizada Comunalista* de L. García Sanjuan y V. Hurtado (1997), el tercero lo dedicamos al análisis sobre el valle del Guadalquivir que realiza F. Nocete en su obra *Tercer milenio antes de nuestra era: relaciones y contradicciones centro-periferia en el valle del Guadalquivir* (2001), y el último subapartado lo centramos en el *Modelo de Agregación-Fisión* que P. Díaz del Río (2004) aplica al Alto Guadalquivir. Como hemos señalado más arriba, desde el punto de vista geográfico, este último apartado se centra en el valle del Guadalquivir y la zona suroccidental de la península Ibérica y, desde el punto de vista cronológico, abarca la década de los años '90 y los primeros años del siglo XXI.

## 2. LAS TESIS DIFUSIONISTAS ORIENTALISTAS

El inicio de la Edad del Cobre en el sur de la península Ibérica supuso una serie de transformaciones en todos los ámbitos, más allá del desarrollo de la actividad minero-metalúrgica, cuya relevancia, por otra parte, no ponemos en duda. En este sentido, con el comienzo de este período, las comunidades ubicadas en esta parte de la Península experimentaron un relevante incremento de la productividad gracias a toda una serie de avances tecnológicos, entre los que podemos destacar la introducción del arado o la utilización sistemática de la tracción animal en labores agrícolas y de transporte. Este aumento de la productividad permitió la ocupación de nuevos terrenos escasamente productivos hasta entonces no explotados/habitados, todo lo cual supuso un importante incremento de la producción que, sumado a la intensificación de productos secundarios pecuarios y a la diversificación de cultivos, tuvo como resultado un aumento de la población sin precedentes, con comunidades organizadas socialmente de una manera más compleja dentro de poblados o asentamientos que podríamos denominar 'protourbanos', donde se empiezan a vislumbrar incipientes jefaturas políticas y élites económicas formadas por una serie de individuos que empiezan a tener un papel destacado en el seno de su comunidad, es decir, asistimos a un incipiente proceso de jerarquización o estratificación social. No obstante, debemos tener presente que estos cambios no se produjeron de manera simultánea y homogénea a nivel peninsular, sino que se desarrollaron de forma lenta y gradual, quedando restringidos, al menos en un primer momento, a una serie de áreas concretas.

En los albores de la investigación de este período surpeninsular, esto es, a finales del siglo XIX y hasta los años '60 y '70 del siglo XX, la gran mayoría de autores e investigadores europeos y nacionales, entre los que podemos destacar a Luis Siret, Martín Almagro Basch o Antonio Arribas, defendían que estos cambios socioeconómicos producidos en el sur de la península Ibérica durante la Prehistoria Reciente habían sido el resultado de la llegada a Occidente de gentes procedentes del Mediterráneo oriental, como los fenicios, los micénicos o los egipcios, considerados a través del tiempo comerciantes, prospectores del metal, colonos e incluso misioneros de una nueva fe. Para entender los supuestos en los que se basan estos autores para formular sus hipótesis -sobre todo Luis Siret, que es el primero de ellos en realizarla- debemos tener en cuenta dos cuestiones:

1. Por un lado, que la corriente arqueológica imperante en estos momentos a nivel continental es el difusionismo.
2. Por otro, que cuando estos supuestos son redactados, Siria-Palestina, el ámbito egeo y Egipto son los tres círculos culturales que, a casusa de la intensidad y el sensacionalismo de sus excavaciones, están más en boga. Así, en el ámbito fenicio, la expedición de Napoleón III en el Líbano en 1860 supone el comienzo de las excavaciones en Byblos, Sidón y Tiro; en el Egeo, durante la década de 1870, Schliemann excava Troya y Micenas; en Chipre, entre 1865-1877, tenemos a Palma di Cesnola; en Egipto, a principios del siglo XX, a Flinders Petrie; y en Creta, a partir de 1900, a Evans.

De esta manera, la corriente difusionista imperante en estos momentos a nivel continental, por un lado, y la importancia del Mediterráneo oriental desde el punto de vista arqueológico, por otro, es lo que llevó a estos autores a ver en la llegada de influencias orientales el motor de los cambios en el sur de la península Ibérica durante la Prehistoria Reciente. Esta corriente interpretativa es lo que conocemos con el nombre de ‘difusionismo orientalista’. (Blance 1986, 21; Goberna 1986, 32 - 33; Arribas 1986, 159)

### **2.1.Orientales y occidentales en España en los tiempos prehistóricos**

Con esta frase titulaba Luis Siret -ingeniero de minas de profesión- un artículo publicado en el año 1907 en la revista francesa *Revue des Questions scientifiques*. Unos años antes, a finales del siglo XIX, este investigador había hallado en la península Ibérica una serie de evidencias de época “neolítica” que en su opinión denotaban unas relaciones estrechas y muy antiguas entre las sociedades del sur peninsular y los pueblos del Mediterráneo oriental, como es el caso, por ejemplo, de la civilización micénica y sobre todo de la fenicia, cuya presencia en la península Ibérica el autor sitúa a lo largo de la segunda mitad del II milenio a.n.e., haciéndola coincidir con lo que él consideraba la fase final del Neolítico surpeninsular. En este sentido, antes de abordar esta explicación de Siret, convendría hacer un par de observaciones en lo que se refiere a ese Neolítico surpeninsular al que alude el autor:

- 1) En primer lugar, Siret hace coincidir la fase final de este período con el desarrollo de la civilización micénica y la presencia en la península Ibérica del pueblo fenicio, cuyo colapso en este ámbito occidental sitúa a finales del II milenio a.n.e y comienzos del I milenio a.n.e., momento en el que se iniciaría la Edad del Bronce. De esta manera, el Neolítico de Siret llegaría prácticamente hasta nuestra I Edad del Hierro.

Frente a esta extensión del Neolítico que el autor propone a principios del siglo XX, en la actualidad tendemos a situar el final de este período en el sur de la península Ibérica a finales del IV milenio cal. a.n.e., entre los años 3400 - 3200 cal. a.n.e. Por lo tanto, a diferencia de Siret, no hacemos coincidir su fase final con el dominio fenicio, cuya llegada a Occidente, por otra parte, sabemos que no se produjo hasta los siglos X - VIII a.n.e (Castro, Lull y Micó, 1996; Ruiz de Arbulo 1997, 519; 2000: 13, 23).

- 2) Por otro lado, el autor divide este Neolítico en otras dos etapas relacionadas con la naturaleza de los nuevos soportes empleados en la fabricación de herramientas/instrumentos, más allá del sílex: la etapa de la Piedra pulida, representada por el yacimiento del Garcel, y la del Cobre, por el de los Millares, ambos yacimientos localizados en Almería. Esta última fase del Cobre se correspondería con lo que actualmente denominamos Calcolítico, que el autor incluye como una etapa más dentro del Neolítico. Siret interpreta este período del Cobre como un Neolítico de carácter oriental importado por los fenicios, con

una cronología que inserta en el II milenio a.n.e. A estas alturas, a comienzos del siglo XX, el autor todavía no contempla la existencia de una verdadera Edad del Cobre en el sur de la península Ibérica; no considera que el empleo de este metal pueda constituir una etapa anterior a la del Bronce. De esta manera, todo lo acontecido durante este período, como, por ejemplo, el desarrollo de la cerámica campaniforme, es interpretado por el autor como un rasgo neolítico. Este período del Cobre de carácter fenicio sería heredero, según él, del Neolítico Pleno de origen egeo, y culminaría con el comienzo de la Edad del Bronce en un momento posterior al dominio fenicio, en los albores del I milenio a.n.e. Es a partir de 1925, influido por toda una serie de publicaciones de Schmidt, P. Bosch, H. Obermaier y N. Alberg, cuando Siret empieza a aceptar la existencia de una Edad del Cobre en la península Ibérica, introduciendo el término 'eneolítico' para referirse a una parte del megalitismo del sureste. (Pellicer 1986, 17 - 18; Olaria 1986, 130)

Así pues, Siret plantea una división del Neolítico surpeninsular basada en los nuevos soportes empleados en la fabricación de herramientas, esto es, la piedra pulida y el cobre. Sin embargo, esto no quiere decir que la talla del sílex fuera abandonada, sino que se siguió desarrollando de manera transversal al uso de estos nuevos soportes, alcanzando su máximo apogeo en el momento de decadencia de la piedra pulida y el inicio de la industria del cobre, cuando se fabrican magníficas láminas de sílex de hasta 35 cm de longitud y puntas de flecha que son verdaderas obras de arte, cuya fabricación, como veremos más adelante, Siret relaciona con la propia civilización micénica. Dada la importancia que esta industria del sílex tiene durante todo el Neolítico -y también durante el Calcolítico-, además de esa clasificación temporal basada en la naturaleza de los nuevos soportes, el autor realiza otra relacionada con el perfeccionamiento alcanzado en la talla del sílex, dividiendo el Neolítico peninsular en tres fases:

- I. Talla y formas primitivas: se caracteriza por un desarrollo de la agricultura, de la piedra pulimentada, de la cerámica, de los microlitos y de los ídolos tipo Garcel en forma de violín, que son relacionados con Troya.
- II. Talla y formas intermedias: esta segunda fase es una evolución de la primera y se caracteriza por un perfeccionamiento en la talla del sílex y la aparición de los ídolos cruciformes tipo Purchena.
- III. Talla y formas perfeccionadas: muestra un acusado carácter oriental, con la aparición del cobre y las puntas de flecha de talla bifacial. Además, asistimos a la evolución del ídolo troncocónico estrangulado y del ídolo falange tipo Almizaraque, Millares y Palmela. (Fig. 1)

Al margen de estas divisiones temporales basadas en la naturaleza de los nuevos y viejos soportes, lo más importante que debemos tener en cuenta de cara a la siguiente explicación es que Siret atribuyó al Neolítico y Calcolítico peninsulares unas fechas

extremadamente recientes, dotando al segundo de estos periodos de un marcado carácter fenicio, pueblo cuya presencia en la península Ibérica sitúa en los albores de la civilización hispana, a lo largo de la segunda mitad del II milenio a.n.e., haciéndola coincidir en el tiempo, en base a los datos aportados por Schliemann, con la civilización micénica. Este error marcará toda su carrera, suponiéndole numerosas críticas tanto por parte de arqueólogos nacionales como extranjeros, siendo una de las más feroces la realizada por el prehistoriador francés Dechelette en su obra *Essai sur la chronologie préhistorique de la Péninsule Ibérique*. (Pellicer 1986, 14 - 16; Siret 1994, 12)

<i>División de la época neolítica</i>	
Basada en la talla del sílex	Basada en la naturaleza de instrumentos nuevos.
I. Talla y formas primitivas.	Piedra pulida.
II. “ “ intermedias.	Piedra pulida
III. “ “ perfeccionadas.	Cobre

Fig. 1. División del Neolítico según Luis Siret. Imagen tomada de Siret 1994, 25.

### **2.1.1. Período de la Piedra pulida**

Volviendo a esa división temporal del Neolítico basada en la naturaleza de los nuevos soportes, que es la que nosotros vamos a emplear a lo largo de las siguientes páginas, durante el primero de los periodos que la conforman, el de la Piedra pulida, el autor observa toda una serie de similitudes desde el punto de vista del registro arqueológico entre la península Ibérica, representada por el yacimiento del Garcel, y la zona del Mediterráneo oriental correspondiente al sitio arqueológico de Hissarlik (Turquía), donde estuvo emplazada la antigua ciudad de Troya:

- Desde el punto de vista tecnológico, Siret constata una industria de la piedra pulimentada idéntica en ambas regiones, no así la del sílex, que es absolutamente diferente, por lo que dataría de una época en la que no había relaciones entre ambas civilizaciones.
- Otra evidencia de la existencia de una estrecha relación entre ambos pueblos es la cerámica, habiéndose hallado en esta zona oriental una serie de recipientes que bien pudieron haber inspirado determinados vasos antiguos y toscos, pero de forma avanzada, encontrados en la península Ibérica.
- Husos de tierra cocida: Schliemann recogió miles de estos husos en Hissarlik y en el caso de la península Ibérica son característicos, precisamente, de esta época de la Piedra pulida.
- Ídolos de piedra en forma de violón: como se puede observar en la figura 2, estos ídolos son bastante similares a los del yacimiento del Garcel en Almería y, del mismo modo que las evidencias anteriores, son exclusivos del período de la

Piedra pulida, para después desaparecer tanto en Occidente como en Oriente, siendo sustituidos por otros ídolos de formas diferentes.



Fig. 2. Ídolos de piedra en forma de violón del sur de la península Ibérica y de la zona oriental de Hissarlik. Imagen tomada del sitio web: <https://echino.wordpress.com/>

- Objetos de adorno: en el palacio de Hissarlik se hallaron numerosas joyas elaboradas en oro y plata, muy distintas a las que podemos encontrar en el sur de la península Ibérica, realizadas en conchas y piedras. Esto sugiere una enorme distancia entre ambas civilizaciones. Sin embargo, dice Siret, las diferentes diademas, collares y pendientes encontrados en Oriente buscaban imitar, precisamente, adornos de conchas similares a los de la península Ibérica, siendo ésta otra evidencia de la existencia de contactos entre ambos pueblos. (Siret 1994, 23 – 30)

### 2.1.2. *Período del Cobre*

Con respecto al período del Cobre, correspondiente a esa fase final del Neolítico peninsular, Siret sostiene que se desarrolló de manera simultánea a la civilización micénica y que, en buena parte, estuvo influido por ésta, teoría que el autor basa en toda una serie de evidencias de distinta naturaleza halladas, sobre todo, en el yacimiento de los Millares.

#### 2.1.2.1. *Industria lítica*

Para empezar, dice Siret, tanto en Oriente como en Occidente se han hallado hachas pulimentadas. Sin embargo, el aspecto más significativo desde el punto de vista de la

industria lítica fue el hallazgo en una tumba micénica, por parte de Schliemann, de 35 puntas de flecha elaboradas en obsidiana que formaban parte del armamento de un personaje real y que eran muy similares a las que se habían fabricado en la península Ibérica durante ese período del Cobre. Para Siret, esto constituye una clara evidencia de la contemporaneidad existente entre ambas civilizaciones, siendo las piezas micénicas tan antiguas como las peninsulares. Además, este tipo de flechas orientales escasean en Europa, pero no así en la península Ibérica, donde aparecen en proporción abundante y presentan una belleza extraordinaria, lo que sería una prueba irrefutable de la existencia de contactos entre ambos pueblos.

Siret considera que estas piezas halladas en la península Ibérica tendrían un origen claramente oriental, sea en el modelo de fabricación, sea su propia procedencia, lo que lleva al autor a plantearse si realmente la perfección alcanzada en la talla del sílex por las poblaciones autóctonas fue consecuencia de una evolución local, o de una influencia oriental de carácter micénico llegada a la península Ibérica a través del pueblo fenicio, que, del mismo modo que la civilización micénica, habría empleado útiles y armas de piedra, por lo que el autor considera razonable atribuirle la importación de este tipo de flechas.

Por otro lado, piezas de idéntica factura fueron halladas por Eduard Meyer en Egipto, con una cronología muy baja que el autor sitúa entre 2000 - 1600 a.n.e., una datación con la que Siret se muestra muy satisfecho, atribuyendo, a su vez, a las piezas peninsulares una cronología de 1600 a 1200 a.n.e. Además, si al final de nuestro Neolítico occidental encontramos instrumentos de piedra que nos recuerdan a objetos de metal, es lógico suponer que esto se debe a que estuvieron, de alguna manera, inspirados por armas metálicas, como las que ya existían en estos momentos en Oriente. (Goberna 1986, 33; Siret 1994: 30 – 33, 73, 81)

#### *2.1.2.2. Industria metalúrgica*

En opinión de Siret, desde el punto de vista de la industria lítica, la única diferencia que existe entre Oriente y Occidente es la proporción de objetos fabricados en piedra con respecto a los de metal. Es precisamente en este ámbito de la metalurgia donde el autor constata una segunda evidencia de la existencia de una estrecha relación entre ambas comunidades. En este sentido, la gran abundancia de objetos elaborados en bronce, plomo y plata en Micenas contrasta con la escasez de los mismos en la península Ibérica. Si realmente ambas civilizaciones fueron contemporáneas y estuvieron estrechamente relacionadas, ¿por qué una se muestra tan avanzada desde el punto de vista metalúrgico y otra tan atrasada? Para Siret, esta cuestión, lejos de ser una objeción, es otra de las evidencias que confirman la existencia de contactos entre ambos pueblos, ya que el autor relaciona esta ausencia de una industria metalúrgica en la península Ibérica con una circulación de metales preciosos, de manera exclusiva, hacia Oriente.

En primer lugar, en lo que se refiere a la industria del bronce, en estos momentos del Neolítico Final -según la cronología de Luis Siret-, el estaño era más valioso incluso



que la plata y cada vez era más necesario debido, en buena parte, a la actividad bélica. En consecuencia, los pueblos del Este mediterráneo pusieron en marcha los mecanismos necesarios para dirigir la totalidad de su producción, desde Occidente y otras zonas, hacia sus propios mercados orientales. Ni una mínima parte era invertida en beneficio de los pueblos indígenas más atrasados. El comercio de la época tenía por único y exclusivo fin la circulación de todos los productos valiosos de los “nuevos países” hacia los centros del Este, siendo esa diferencia tecnológica entre Oriente y Occidente el resultado de esta circulación unidireccional de los metales. De esta manera, los pueblos del Mediterráneo oriental se enriquecieron mediante la importación -y nunca la exportación- de metales de otras regiones más atrasadas, impidiendo así su desarrollo tecnológico, lo que explica que la civilización micénica fuera tan avanzada con respecto a otras, como la del sur peninsular, que en estos momentos del Neolítico Final aún se encuentra en una fase avanzada de la Edad de Piedra o, al menos, muy poco avanzada en la de los Metales, con el sílex y el cobre como elementos más utilizados, pues el estaño penetraba con enorme dificultad en la península Ibérica debido a esa circulación unidireccional de los metales hacia Oriente.

Además de la industria del bronce, la plata y el plomo también tuvieron un papel destacado en el desarrollo de la metalurgia en Micenas, siendo la primera utilizada en la elaboración de una gran cantidad de joyas y vasos, mientras que el plomo tuvo una importancia capital en la metalurgia de la plata, que se extraía, precisamente, del plomo y el cobre argentíferos, habiendo en la península Ibérica yacimientos muy ricos en ambos metales. Entonces, ¿a qué se debe la ausencia de objetos elaborados en estos soportes en Occidente? La respuesta a esta pregunta aparece reflejada en la llegada a la península Ibérica del pueblo fenicio, que Siret sitúa a mediados del II milenio a.n.e. Como es de sobra conocido, lo que este pueblo buscaba obtener en esta zona extremo-occidental del Mediterráneo era, precisamente, plata, material que encontraron en proporción abundante en la zona de Tartessos y su *hinterland* más inmediato, comprándosela a la población autóctona.

Sin embargo, llegado este punto se nos plantea una cuestión: ¿cómo los indígenas pudieron producir y vender plata a los fenicios en grandes cantidades sin emplearla ellos mismos de forma sistemática? Según Siret, esto se debe a que la población autóctona no sabía realmente qué estaba vendiendo, pues los fenicios no compraban plata propiamente dicha, sino plomo y cobre argentíferos. El plomo, en estos momentos, ni siquiera era considerado un metal. Era una impureza a eliminar que únicamente servía para falsificar el oro y, debido a su elevado peso, fabricar objetos como anclas. De esta manera, dice Siret, los indígenas vendieron a los fenicios grandes cantidades de plata sin saber realmente lo que tenían entre manos, pues ésta estaba escondida en el plomo, que no servía para nada, y en el cobre, del que disponían en abundancia. (Siret 1994, 33 – 40, 84)

Al margen de esta circulación de metales hacia Oriente, Siret señala otra evidencia metalúrgica de la existencia de contactos entre ambas zonas, en este caso relacionada con la industria del cobre. Tradicionalmente se venía considerando que este metal había

sido el primero en ser utilizado de forma sistemática en la metalurgia, teoría que se basaba en el empleo de un cobre en estado nativo y en la abundancia de sus minerales, que, además, serían fáciles de extraer y trabajar. Sin embargo, frente a esta teoría, Siret señala que el primer cobre utilizado en Occidente no fue nativo, sino obtenido a través de la reducción de sus minerales, una tarea que, lejos de ser simple, es extremadamente compleja y laboriosa. Del mismo modo, tampoco la extracción de sus minerales es una tarea fácil de realizar, y menos aún para los hombres y mujeres prehistóricos. Así pues, dada su complejidad, Siret considera que el trabajo del cobre no habría podido ser llevado a cabo sin la realización previa de toda una serie de experimentos. En consecuencia, dice el autor, la metalurgia no pudo tener su origen en Occidente, pues la distancia entre la piedra y el cobre es demasiado grande como para que la población autóctona hubiera podido ponerla en marcha sin una etapa intermedia o una intervención externa.

De esta manera, Siret sitúa el origen de la metalurgia fuera de Occidente, y no solo eso, sino también fuera de la industria del cobre, pues considera que esta actividad debió iniciarse con otros metales más fáciles de trabajar, como el plomo y la plata. Esto, sin embargo, no casa con las evidencias arqueológicas halladas en Occidente, donde el cobre aparece siempre de manera exclusiva en las épocas de transición de la Piedra al Metal. Es por ello por lo que el autor sitúa el origen de la metalurgia en Oriente, donde los documentos históricos subrayan la existencia de la plata desde la más remota antigüedad. Además, si nos atenemos a la lógica, la anterioridad del plomo al cobre es más probable por toda una serie de razones: es más abundante, sus minerales llaman más la atención por su peso y aspecto, y se funde a una menor temperatura (334° frente a los 1035° que requiere el cobre). De esta manera, tanto si atribuimos el descubrimiento de la metalurgia al azar como a la realización de experimentos previos intencionados, resulta lógico suponer la anterioridad del plomo. Sin embargo, este metal, por sí solo, no tenía ninguna utilidad para el humano primitivo, pues es un cuerpo blando, poco sólido, que se trabaja con dificultad y que no mantiene su color brillante. Sin embargo, al contacto con el aire, el plomo fundido se cubre de una capa de óxido que si se elimina de manera constante acaba reduciéndose hasta convertirse en un metal nuevo que ya no se oscurece más, la plata, materia útil incluso para los pueblos primitivos. La ausencia de estos metales más fáciles de trabajar en Occidente es lo que lleva al autor a situar el origen de la metalurgia en Oriente, donde, por otra parte, no aparece ninguna prueba que sugiera la anterioridad del cobre respecto al plomo y la plata. De esta manera, según Siret, el origen de la metalurgia habría que buscarlo fuera de Occidente y fuera del cobre, concretamente en el ámbito oriental y en las industrias de la plata y el plomo (Goberna 1986, 32; Siret 1994, 77 - 81)

### *2.1.2.3.Arte/cerámica*

Además de las cuestiones lítica y metalúrgica, Siret constata una tercera evidencia de la existencia de contactos entre Oriente y Occidente durante esta fase final del Neolítico (Calcolítico) en el ámbito del arte, concretamente en las decoraciones cerámicas, con un motivo decorativo que se repite en los vasos de ambas zonas, el pulpo, que es una de las

figuras predilectas del arte micénico. En esta zona oriental encontramos toda una serie de vasos sobre los que aparece representado este motivo animal, destacando de manera especial aquellos en los que es plasmado de una manera estilizada, con un cuerpo alargado, ojos muy marcados y brazos realizados mediante líneas onduladas (fig. 3).

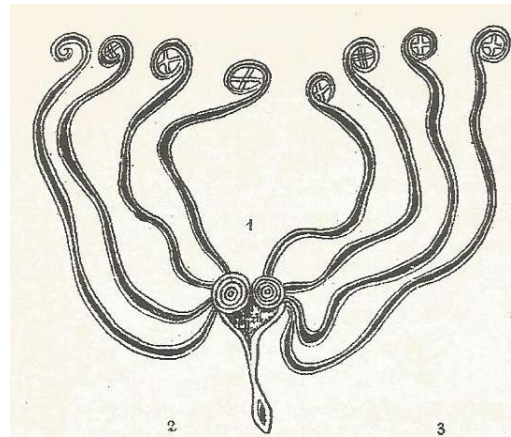


Fig. 3. Pulpo pintado sobre un vaso de la necrópolis de Pitane (Eólida). Imagen tomada de Siret 1994, 113.

Este mismo pulpo, dice Siret, aparece representado en una gran cantidad de objetos neolíticos peninsulares de carácter religioso, aunque plasmado de una manera más estilizada y tosca que los de Micenas. A parte de esto, dice Siret, la única diferencia entre los pulpos de ambas zonas radica en la forma de representar los brazos: los de los pulpos micénicos terminan en espiral, mientras que los de los peninsulares presentan una terminación basada en líneas angulosas (fig. 4). Esto es verdaderamente curioso porque sí encontramos en Oriente paralelismos de esta forma de representar los brazos, pero no en Micenas, sino en la zona de Fenicia y Chipre. Siguiendo las ideas del autor, esto significaría que los pulpos representados en los objetos neolíticos peninsulares serían en realidad fenicios, no micénicos. Aún con todo, dice Siret, esto no deja de ser una evidencia de la contemporaneidad existente entre el pueblo micénico y el peninsular, pues si bien los pulpos occidentales son fenicios, no deja de ser un motivo característico de la civilización micénica.

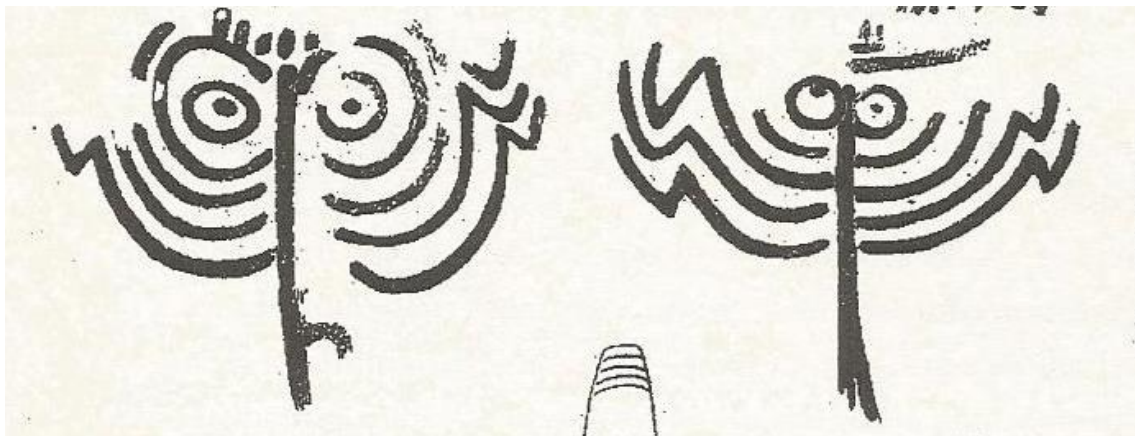


Fig. 4. Pulpos pintados sobre un vaso de la necrópolis de Los Millares (Almería). Imagen tomada de Siret 1994, 113.

Puesto que la estilización -el alejamiento máximo de la realidad- es la última fase de todo proceso artístico, Siret considera que el elevado grado de estilización que presentan los pulpos peninsulares es una evidencia de que no son originarios de la península Ibérica, sino que han sido traídos aquí por gentes foráneas como un símbolo religioso. Esto ha permitido al autor dotar a las comunidades indígenas de una auténtica religión. En el mundo micénico, dice Siret, los pulpos personificaban el poder creador de la vida. De esta manera, cuando los fenicios llegaron a la península Ibérica trajeron con ellos

una filosofía ya elaborada que los indígenas adoptaron, pasando el pulpo a ser considerado la representación de una divinidad.

Por otro lado, en el mismo vaso en el que aparecen los pulpos de la figura 4, encontramos pintados una serie de triángulos formados por puntos, con el vértice unas veces hacia arriba y otras hacia abajo (figs. 5.4 y 5.5). Un triángulo de iguales características fue hallado por Siret en una casa neolítica de Almizaraque, en Almería, representando las partes sexuales de una venus carente de brazos y cabeza (figs. 5.1 y 5.2). Esto llevó al autor a interpretar dicho triángulo como un símbolo de la maternidad. De este modo, si el triángulo con la punta hacia abajo simboliza la maternidad, aquellos que la tienen hacia arriba representarían lo contrario, es decir, la paternidad, mientras que la suma de dos triángulos unidos por el vértice simbolizaría la unión de ambos sexos, la idea de reproducción sexual. Así, en el ya mencionado vaso, yendo de derecha a izquierda, encontramos alternativamente triángulos femeninos y masculinos, y, al final de la hilera, una única figura realizada mediante la unión de dos de ellos. A esto, además, habría que sumar esa simbología micénica de los pulpos como creadores de vida. Según Siret, este complejo aspecto religioso/cultural de las poblaciones peninsulares fue recibido a través de esos continuos contactos con los fenicios, siendo ésta una prueba más de la influencia que Oriente tuvo sobre Occidente (fig. 5).

Sin salir de este ámbito del arte plasmado sobre objetos cerámicos, y en relación con ese doble triángulo, símbolo de la unión sexual, Siret constata otro motivo decorativo cuyo origen sitúa en Oriente: el hacha de doble filo (figs. 5.8 y 5.9). En su obra *Orientales y occidentales en España en los tiempos prehistóricos* (1994, 45), el autor se pregunta a qué se debe esa veneración al símbolo del hacha, pues sus atributos como instrumento de sacrificio fueron escasos. En este sentido, la supuesta religión imperante y su forma similar a la de ese doble triángulo llevaron al autor a otorgarle una misma función simbólica, es decir, el hacha como símbolo de la reproducción sexual y del principio conservador de la vida.

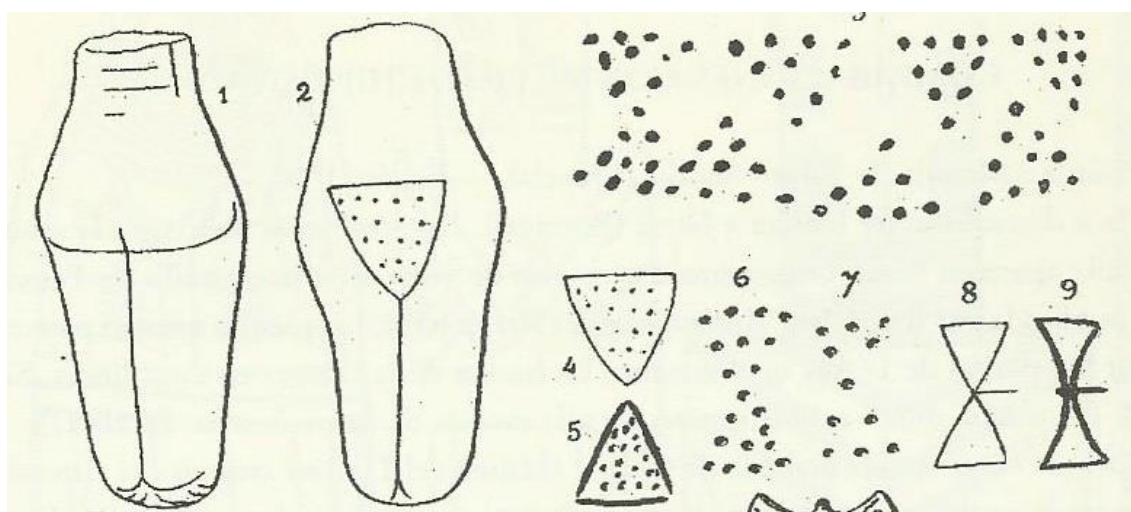


Fig. 5. 1 - 2 Venus hallada en una casa neolítica de Almizaraque (Almería) con el gran triángulo marcando el sexo; 3 serie de triángulos pintados sobre la misma vasija que los pulpos de la figura 4; 4 - 7 ejemplos de triángulos; 8 - 9 ejemplos de hacha de doble filo. Imagen tomada de Siret 1994, 115.

El carácter oriental de estas cerámicas se agudiza aún más si las comparamos con las producciones occidentales desarrolladas en estos momentos en la península Ibérica: la cerámica campaniforme. No es ya por la semejanza en la ejecución y por sus motivos decorativos por lo que los recipientes peninsulares con pulpos, triángulos y hachas proclaman su origen oriental, sino por el contraste absoluto que presentan con respecto a las producciones campaniformes peninsulares del momento, que se caracterizan por:

- Una superficie negra pulida que contrasta con los colores vivos de los recipientes orientales.
- Formas simples frente a la complejidad de las producciones del Este.
- Su decoración se basa exclusivamente en la incisión, y no se usan colores, a lo sumo una materia blanca que sirve para rellenar esos surcos dejados por la decoración incisa. (Fig. 6).



Fig. 6. Cerámica campaniforme hallada en el yacimiento de Ciempozuelos (Madrid). Imagen tomada de la página oficial del Museo Arqueológico Nacional.

Fuera del ámbito cerámico, Siret también constata motivos decorativos de origen oriental plasmados sobre huesos de animales, tanto pintados como grabados. El tema reproducido es siempre el mismo: dos círculos alrededor de un punto, simulando una especie de ojos, que, a su vez, se ven rodeados por líneas en forma de rayos de sol. Es lo que actualmente conocemos con el nombre de soliformes u oculados, que Siret pone en relación con algunos ídolos chipriotas, evocando con sus ojos la idea de una figura humana (figs. 7.4 y 7.14).

En especial relación con estos ídolos de Chipre, Siret también recoge una placa de esquistó hallada en Idanha a Nova, en Portugal. En este sentido, si comparamos las figuras 7.2 y 7.3, sí que se pueden observar algunas similitudes entre los ídolos de ambos territorios: rostro sin boca, líneas horizontales en la cara, la forma de los hombros, los tres collares alrededor del cuello o las líneas oblicuas en los bordes. No obstante, los triángulos del cuello y el cinturón de rombos están ausentes en el ídolo portugués, pero como se puede observar en la figura 7.4, correspondiente a un ídolo almeriense, son motivos que, en realidad, no faltan en el sur peninsular. (Siret 1994, 40 - 52)





Fig. 7. Comparaciones con el arte chipriota. 7.2. Ídolo de Idanha a Nova (Portugal); 7.3 y 7.13. Ídolos chipriotas; 7.4 y 7.14 - ídolos hallados en Almizaraque (Almería); 7.5 - 7.10. Decoraciones de vasijas chipriotas. Imagen tomada de Siret 1994, 117.

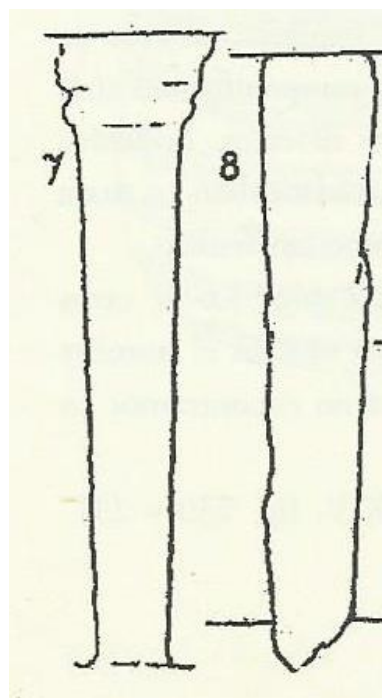
### 2.1.2.1.Arquitectura

También desde el punto de vista arquitectónico Siret constata numerosas evidencias de la existencia de contactos entre Oriente y Occidente durante esta fase final del Neolítico - Calcolítico, siendo la primera de ellas el empleo de columnas. Según Siret, en Micenas, el uso de este elemento arquitectónico nació del empleo de troncos de árboles para aguantar el peso de los tejados de mayor envergadura. La parte más ancha de la columna se encargaba de soportar el peso del techo, mientras que la base, más estrecha, reposaba sobre un dado o cubo de piedra. En ocasiones, estas columnas se realizaban mediante la unión de dos piezas diferentes a través del sistema macho-hembra.

Según el autor, la arquitectura neolítica peninsular también se caracterizó por el empleo de estas columnas elaboradas a partir de madera y piedra, una afirmación que el autor basa en el hallazgo en el sur de la península Ibérica de un dado que presenta un perfil similar a los del palacio de Tirinto (Grecia), de los que difiere únicamente en la

existencia de un agujero en su cara superior, realizado con el objetivo de brindar una mayor sujeción al poste.

Por otra parte, en lo que se refiere a las columnas peninsulares elaboradas en piedra, son bastante más toscas que las de Micenas, aunque hay casos particulares en los que conforman auténticos fustes, cuya elaboración denota una enorme paciencia. Además, del mismo modo que en Oriente, se han hallado columnas realizadas a través de ese sistema macho-hembra, pudiéndose observar en algunos casos, de forma bastante clara, esa disminución del grosor entre la parte superior de la columna y su base. Todas estas similitudes han llevado a Siret a considerar las columnas neolíticas peninsulares como propias de lo que él denomina el ‘orden micénico’ (fig. 8).



Una segunda evidencia arquitectónica de los contactos entre Oriente y Occidente se da, según Siret, en el ámbito de las sepulturas. En este sentido, el autor observa una similitud chocante entre las tumbas de ambos territorios, siendo las cúpulas orientales más antiguas que los dólmenes peninsulares, aunque ambos sistemas constructivos habrían coincidido durante esta fase final del Neolítico peninsular. Son estas estructuras tipo *tholoi* las que han llevado al autor a relacionar el poblado de los Millares con Micenas. Dado que ambos territorios presentan estructuras funerarias similares, dice Siret, sus comunidades debieron ser contemporáneas y estar en contacto. En consecuencia, el autor se ve obligado a aceptar para el yacimiento almeriense y el Calcolítico hispano, en general, unas fechas tan recientes como las propuestas por Schliemann para Micenas, que lo llevan a finales del II milenio a.n.e.

Fig. 8. A la izquierda columna micénica. A la derecha columna turdetana. Imagen tomada de Siret 1994, 121.

Una de las diferencias más notorias que podemos observar entre los sepulturas de ambos territorios, más allá de sus formas o sus planos, es el principio arquitectónico de sus cubiertas, con una bóveda perfecta en las cúpulas orientales y una losa plana en los dólmenes occidentales. En el caso de estos últimos, las bóvedas se ven interrumpidas a mitad de su recorrido, cerrándose el agujero con una gran losa, de manera que no llega a tratarse de una bóveda propiamente dicha. En otras ocasiones, probablemente a falta de constructores hábiles, se renuncia a la ejecución de dicha bóveda desde un primer momento, aceptándose en su lugar lo que hoy denominamos construcciones megalíticas.

Otras veces nos encontramos tumbas que ponen de manifiesto que algunos arquitectos indígenas no llegaron a comprender del todo cómo funcionaba y para qué servía la bóveda, ya que para evitar su derrumbe, colocaban bajo esa gran losa que la coronaba una columna con el objetivo de sostenerla. Siret defiende que estos dos elementos, la columna y la bóveda, están hechos por definición para excluirse, y se refiere a esta

técnica constructiva que emplea ambos elementos como “la copia inconsciente y torpe del creador inteligente [...] la obra de un niño que ha encontrado en una caja de juguetes diversos elementos, asociándolos sin comprender su función” (Siret 1994, 52). En este caso, el niño sería el obrero turdetano neolítico y la caja, la arquitectura micénica. (Fig. 9)

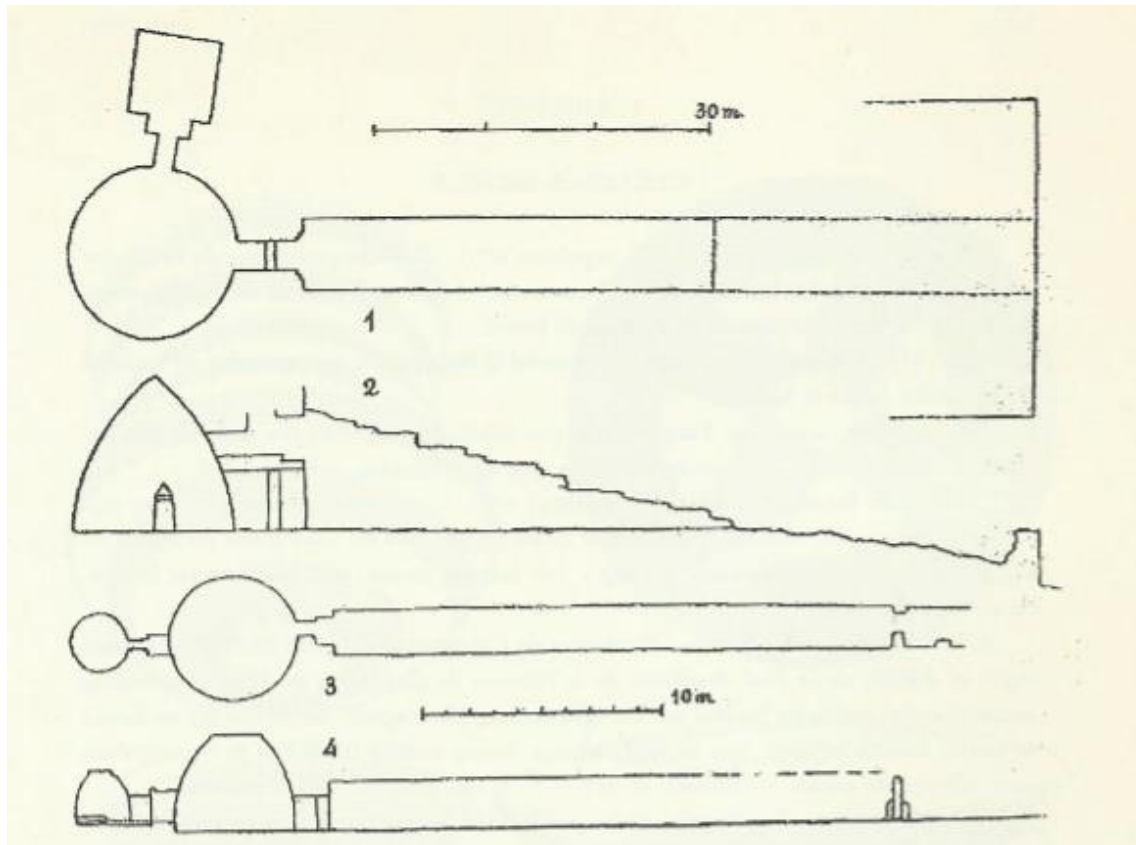


Fig. 9. 1 y 2. Plano y corte de la tumba de cúpula micénica llamada Tesoro de Atreo; 3 y 4. Plano y corte de la tumba de cúpula de El Romeral (Antequera). Imagen tomada de Siret 1994, 121.

Una tercera evidencia arquitectónica de la influencia que Oriente tuvo sobre Occidente es el empleo de revestimientos de yeso y de pinturas murales en las casas y tumbas neolíticas peninsulares. Siret no descarta que estos revestimientos fueran el resultado de una evolución de carácter local, pero defiende que su desarrollo implica un nivel de refinamiento que no casa con la tosquedad de las estructuras de la península Ibérica. El arquitecto concibe la idea del estucado cuando ha obtenido hermosos enlucidos regulares y superficies lisas aptas para aplicar motivos decorativos, y éste no es el caso de las viviendas y tumbas del sur peninsular. Es por ello por lo que Siret sitúa el origen de esta técnica fuera de Occidente, concretamente en Oriente, donde la civilización micénica era conocedora de la misma.

Todas estas técnicas arquitectónicas -cúpulas, columnas, estucos y pinturas- habrían penetrado en la península Ibérica junto con los demás elementos artísticos vistos en el apartado anterior y, del mismo modo que éstos, habrían tenido un marcado carácter de inferioridad, que, por otra parte, no debe extrañarnos, pues lo que conocemos como técnicas y artes micénicas habrían llegado a la península Ibérica a través de los fenicios,



quienes, además de ser pésimos artistas, se habrían mostrado poco dispuestos a enseñar dichas artes a la población indígena, ya que su presencia en la península Ibérica respondía a motivos económicos, no culturales; habían venido a Occidente a enriquecerse, no a crear escuelas artísticas. A esto, además, habría que sumar el escaso interés que la población autóctona habría mostrado por aprender nuevas técnicas.

Un último punto quedaría por mencionar dentro del ámbito de la arquitectura, y es el que hace referencia a los restos de hogares hallados por Siret en el interior de las casas neolíticas peninsulares. Estos hogares presentan una forma circular y aparecen delimitados por un anillo de arcilla, siguiendo una distribución y características similares a las del hogar descubierto por Schliemann en el megarón del palacio de Micenas, al margen de la rica decoración que este último presenta. Todos estos elementos arquitectónicos de carácter micénico desaparecerían con el declive del dominio fenicio y el comienzo de la Edad del Bronce. (Siret 1994, 50 - 53)

### ***2.1.3. El pueblo fenicio en la península Ibérica***

Así pues, para Siret, todas estas evidencias arqueológicas halladas en el sureste peninsular a finales del siglo XIX y principios del XX datarían de la segunda mitad del II milenio a.n.e., tendrían un origen claramente micénico, y habrían penetrado en la península Ibérica gracias al pueblo fenicio, que habría ejercido como puente entre ambos territorios. En este sentido, ya señalábamos al principio de este apartado que Siret otorga al Calcolítico peninsular -lo que él llama 'período del Cobre'- un carácter puramente fenicio. En consecuencia, hemos considerado oportuno dedicar un capítulo a las evidencias propiamente fenicias que este pueblo habría dejado de su paso por la Península, pues según la cronología de Siret serían evidencias neolíticas del período del Cobre, es decir, evidencias calcolíticas, si bien en la actualidad sabemos que los fenicios no se establecieron en esta parte del Mediterráneo, al menos de forma permanente, hasta bien entrado el I milenio a.n.e., con la fundación de Gadir en torno al siglo VII a.n.e., es decir, durante la I Edad del Hierro.

Por otro lado, Siret mezcla estas evidencias propiamente fenicias más recientes, del I milenio a.n.e., con otras que sí son plenamente calcolíticas, como, por ejemplo, el yacimiento de los Millares, ocupado a lo largo del III milenio a.n.e. Siret defiende que este asentamiento fortificado fue levantado desde un primer momento con un objetivo claro: proteger la Turdetania de la invasión fenicia. De esta manera, dado que el autor sitúa la presencia de este pueblo en el ámbito peninsular durante el Calcolítico y, además, basa parte de su interpretación en evidencias de este período, como el yacimiento de los Millares, hemos considerado necesaria la realización de un apartado que abordara aquellos aspectos de los fenicios que Siret relaciona con nuestro Calcolítico.

Así pues, una primera evidencia que este pueblo habría dejado de su paso por la Península, según Siret, sería un pequeño vaso de escayola con forma de huevo de avestruz, hallado en una sepultura, que presenta una decoración similar a la de otros

vasos de igual forma encontrados en diversas necrópolis púnicas. Esta similitud en la forma y la decoración ha llevado al autor a defender la existencia de un auténtico comercio fenicio en la península Ibérica durante este período del Cobre, una hipótesis que se vería reforzada por el hallazgo en la misma región de miles de arandelas neolíticas, utilizadas como cuentas de collar, hechas, precisamente, de cáscaras de huevo de avestruz, a lo que habría que sumar peines y placas de marfil, o pequeños recipientes de alabastro y hueso destinados a contener perfumes y cosméticos. Todos estos artículos, sostiene el autor, fueron especialidad y monopolio del comercio fenicio, por lo que su hallazgo en la península Ibérica es una prueba irrefutable de la presencia de este pueblo en esta parte del Mediterráneo durante este período.

Estos objetos constituirían las evidencias más antiguas de la industria y arte fenicios en Occidente, pero, a pesar de su importancia desde el punto de vista arqueológico, debemos tener presente que, aun siendo fabricados por los fenicios, son productos mediocres, reservados a aquellos pueblos más atrasados. A cambio de esas enormes cantidades de plata de la Turdetania, los indígenas no recibieron puñales de oro, ni vasos o joyas preciosas, sino toda serie de objetos que Siret llama “pacotilla de exportación” (Siret 1994, 56).

Así pues, para Siret, todas estas evidencias arqueológicas denotan una presencia fenicia en la península Ibérica durante este período del Cobre, pero ¿cómo llegaron los invasores hasta Tartessos y los yacimientos argentíferos del interior? El autor sostiene que pudieron haberlo hecho atravesando el estrecho de Gibraltar y navegando hasta la desembocadura del Guadalquivir, para después ascender por la cuenca del río, pero considera que este trayecto habría sido demasiado largo y costoso. En consecuencia, Siret opina que debieron seguir una ruta más directa, atravesando la cordillera Bética desde el sudeste andaluz, siguiendo, para ello, los lechos de los ríos -generalmente secos- que descendían de las montañas, algunos de los cuales conducían hasta las cumbres y la vertiente interior.

La primera etapa de esta travesía fenicia hacia el interior, según Siret, habría sido el ascenso por el río Andarax, ubicado en Almería, que une el mar Mediterráneo con Andalucía oriental, reduciendo así al mínimo la navegación por mar y la demora que habría supuesto atravesar el Estrecho. Además, este río conduce a las importantes minas de cobre argentífero ubicadas al Oeste de Sierra Nevada.

Circulando por este río es como los fenicios habrían llegado hasta el asentamiento de los Millares, donde Siret ha constatado una gran cantidad de objetos de un marcado carácter oriental: cáscaras de huevo de avestruz, marfil, perfumes, pulpos, columnas de orden micénico, bóvedas en saledizo... Todas estas evidencias arqueológicas han llevado al autor a afirmar que los Millares estuvo influido de una manera clara por los fenicios, ya que si no fueron ellos quienes trajeron estos objetos orientales, ¿quién lo hizo? y, en ese caso, ¿dónde están los importados por ellos?

Con respecto a este yacimiento de los Millares, varias líneas de murallas y numerosos fortines capaces de albergar importantes guarniciones ponen de manifiesto lo relevante que debió ser desde el punto de vista estratégico. En este sentido, el autor dice no haber constatado un aparato defensivo tan considerable en ningún otro poblado prehistórico, ni siquiera en los de la Edad del Bronce, época de las ciudades fortificadas por excelencia.

Al ser la puerta oriental de Tartessos, todas las comunidades de los territorios circundantes habrían colaborado, de alguna manera, en la defensa y salvaguardia del asentamiento que, en opinión de Siret, fue levantado con un propósito claro: resistir y evitar la conquista de Turdetania por parte del pueblo invasor fenicio. De este modo, para el autor, los fenicios no fueron únicamente pacíficos comerciantes, sino también audaces conquistadores que llegaron a someter gran parte de la península Ibérica, convirtiéndose, finalmente, en dueños de la Turdetania y de sus codiciados recursos argentíferos.

En cualquier caso, a pesar de esta relación de dominio entre indígenas e invasores, Siret defiende que ambas sociedades convivieron de forma pacífica, si no, ¿cómo se explica que los turdetanos emplearan la cúpula, la columna, el estucado y las pinturas, o adoptaran las ideas y símbolos religiosos orientales, como el pulpo o el triángulo? En opinión de Siret, los simples intercambios comerciales en la playa no habrían tenido como resultado este elevado grado de cohesión.

En lo que se refiere a los poblados fenicios, al ser emplazamientos cuyo único fin era el comercio, no gozaron de los privilegios que podría haber tenido una metrópoli, amoldando los colonos sus asentamientos a las características del nuevo territorio. De este modo, sería difícil distinguir un poblado colonial de otro indígena, máxime si tenemos en cuenta que ambas comunidades pudieron estar mezcladas. De esta manera, dice Siret, es muy probable que algunas cúpulas que atribuimos a los indígenas fueran en realidad construidas por los orientales.

Dada esta dificultad a la hora de distinguir un asentamiento indígena de otro fenicio, Siret no descarta que el poblado de los Millares acabara siendo propiedad del pueblo invasor, y basa su hipótesis en la etimología del yacimiento. En este sentido, según la Real Academia de la Lengua Española, la palabra “millar”, además del valor numérico, tiene una acepción menos usual que hace referencia a un espacio de terreno en el que se pueden meter mil ovejas. Esto es muy curioso porque *Gadir*, en fenicio, quiere decir, precisamente, “refugio para rebaño de ovejas”. De esta manera, según Siret, ‘Millares’ sería la traducción al castellano de ‘Gadir’. Además, en la misma orilla del río Andarax, unos 3 km más abajo, nos encontramos con un pueblo denominado Gádor, cuyo nombre también nos remite a la famosa ciudad fenicia.

La actividad pastoril gozaba de una enorme importancia en la península Ibérica cuando los orientales la colonizaron. En este sentido, para identificar las poblaciones y lugares con mayor facilidad, los fenicios tomaban sus rasgos más característicos y los

designaban con una palabra que permitiera su rápida identificación. Así, en el caso de los Millares, la actividad pastoril de la población autóctona habría llevado a los fenicios a denominar el poblado como Gadir/Gádor, nombre que posteriormente heredaría ese pueblo ubicado a tan solo 3 km al sur del yacimiento.

En definitiva, según Siret, hace “tres mil años” existió en Almería una Gadir que funcionó como puerta oriental de la Turdetania. Cuando fueron expulsados de este territorio, los fenicios se vieron obligados a fundar una nueva ciudad en el territorio correspondiente a la actual Cádiz, eligiendo este lugar, según Siret, por ser el más cercano a la metrópoli oriental. En este sentido, la fundación de la nueva colonia sobre una isla también es muy significativa, pues la propia Tiro, de donde procedían estos fenicios, había estado emplazada, al menos en un primer momento, sobre una isla frente a la costa oriental del Mediterráneo. A la nueva ciudad, dice Siret, le pusieron el nombre de la antigua, bien como recuerdo, bien como costumbre adquirida, pues dicho término pasaría a ser sinónimo de “colonia”. De esta manera, según el autor, el período de prosperidad de los Millares durante esta fase del Cobre coincidiría con la primera etapa del comercio fenicio en la península Ibérica, caracterizado por la explotación de la plata. Para Siret, los avanzados neolíticos que poblaron el asentamiento de los Millares fueron, en realidad, colonos orientales que convirtieron el poblado en un puesto mercantil fenicio. (Pellicer 1986, 16; Blance 1986, 19)

Este Neolítico Final en la península Ibérica se desarrolla de manera simultánea a la Edad del Bronce en otras regiones europeas. Con el comienzo de este período en el ámbito peninsular, desaparecerá todo rastro de influencia oriental asociado a la presencia fenicia, pasando el influjo a ser europeo, con un carácter céltico-argárico en el Bronce y hallstático durante el período de transición al Hierro. Según Siret, esta nueva época se iniciará con el colapso del “imperio fenicio” y se caracterizará por:

- La desaparición de todo aquello que durante el Neolítico se explicaba por la presencia fenicia: huevos de avestruz, perfumes, ámbar, pulpos, triángulos sexuales e ídolos de toda clase.
- La desaparición de la cerámica decorada y la aparición en su lugar de un nuevo tipo caracterizado por una superficie negra y cuidadosamente pulimentada.
- El fin de la industria del sílex.
- El colapso del asentamiento de los Millares.
- La utilización de productos locales y la gran abundancia de joyas de metal elaborados a base de oro y plata, materias primas que los fenicios se habían encargado de exportar durante la etapa anterior.
- Una continuidad de la arquitectura funeraria.
- La plata aparece ya en proporción abundante, lo que basta al autor para ubicar su comercio y la presencia fenicia en la península Ibérica en un momento anterior a la Edad del Bronce. De acuerdo con Siret, esta brillante etapa de la actividad comercial fenicia relacionada con la exportación de la plata debe ser situada, incluso, en un momento anterior a la propia fundación de Gadir, que

según el autor se produjo hacia el año 1100 a.n.e. (Pellicer 1986, 17; Goberna 1986, 32 - 34; Siret 1994, 59 - 67, 84 - 87).

## **2.2.EL MEGALITISMO EN LA PENÍNSULA IBÉRICA Y LAS TESIS ORIENTALISTAS SOBRE SU ORIGEN Y EVOLUCIÓN. LA CULTURA CALCOLÍTICA DE LOS MILLARES DENTRO DE ESTE FENÓMENO CULTURAL**

Una vez analizado el modelo interpretativo de Luis Siret, en la segunda parte de este apartado dedicado a las tesis orientalistas vamos a abordar el origen y la evolución del fenómeno megalítico a nivel europeo y peninsular, pues durante buena parte del siglo XX se había considerado que este fenómeno, que se extendió por toda la Europa atlántica entre el V y el II milenio a.n.e., había tenido un origen oriental. En este sentido, hemos considerado oportuno dedicar un apartado a este fenómeno porque si bien su génesis se sitúa en el Neolítico, su epílogo abarca hasta el II milenio a.n.e., transcurriendo de este modo de manera paralela a nuestra Edad del Cobre. Tanto es así que muchos yacimientos calcolíticos del sur peninsular, al presentar rasgos megalíticos, han sido tomados como puntos de referencia en la formulación de hipótesis acerca de este fenómeno, siendo uno de los más importantes el de los Millares, concretamente su necrópolis, compuesta por hasta 80 sepulturas muy heterogéneas de carácter colectivo y grandes dimensiones, algunas de ellas contendoras de ricos ajuares funerarios. Dada la importancia de este poblado desde el punto de vista megalítico, en la segunda parte de este capítulo analizaremos la teoría formulada en el año 1963 por Martín Almagro y Antonio Arribas, quienes excavaron este yacimiento entre los años 1953 y 1957 y se basaron en los resultados obtenidos para hablar de una influencia de Oriente sobre Occidente durante este período de la Prehistoria Reciente, atribuyendo la aparición del horizonte Millares, precisamente, a la llegada a la península Ibérica de gentes procedentes del Mediterráneo oriental.

Pero antes de abordar esta teoría de Almagro y Arribas, vamos a repasar brevemente en qué estado se encontraba la investigación de este fenómeno, a nivel europeo y peninsular, en estos momentos de finales de los años 50 y principios de los 60. En este sentido, desde finales del siglo XIX, en lo que se refiere al origen del megalitismo, el panorama arqueológico continental estaba dividido en dos escuelas o facciones: la occidentalista y la orientalista.

### **2.2.1. Tesis occidentalistas**

La primera exposición científica sobre el desarrollo del megalitismo en la península Ibérica fue realizada por E. Cartailhac en 1886 en su obra *Les âges préhistoriques de l'Espagne et du Portugal*, donde el autor abordó el origen de este fenómeno admitiendo para él un nacimiento y evolución de carácter local, con unas fases iniciales que se habrían desarrollado en Portugal durante el Neolítico final y comienzos del Eneolítico. La tesis de este autor fue sostenida y ampliada, muchos años después, en 1921, por Nils Alberg en su obra *La civilisation énéolitique dans la Peninsule Ibérique*. Estos autores consideraban que la cultura megalítica se había iniciado en este ámbito peninsular con

los dólmenes sencillos poligonales y sin túmulos de las regiones montañosas de Beira y Tras os Montes, para después, a partir del Eneolítico Pleno, extenderse por las regiones de Algarbe y Alemtejo hasta penetrar en España. Se trataría, pues, de una evolución lógica que llevaría desde las formas más primitivas, los dólmenes simples, hasta la construcción de galerías, tumbas con cúpula falsa y hasta las grandes estructuras andaluzas.

Entre los años 30 y 40, Bosch Gimpera contribuyó a consolidar las bases de esta tesis occidentalista al afirmar en su obra *Etnología de la península Ibérica* (1932) que los primeros constructores megalíticos habían sido pastores descendientes de los grupos culturales mesolíticos arraigados en las zonas montañosas de Portugal y el sur de Galicia, hecho que permitiría explicar el esplendor alcanzado por este fenómeno cultural en todo el norte de España. En este sentido, el autor elaboró un auténtico esquema cronológico para el desarrollo de este fenómeno en el ámbito peninsular:

- I. Etapa I: estaría representada por los grupos de Alvao y Pedra das Mouros, que por sus ajuares apenas se distinguen de las estaciones mesolíticas. Esta primera fase se caracterizaría por la tumba dolménica simple.
- II. Etapa II: sería anterior al Vaso campaniforme y se caracterizaría por la mezcla del megalitismo con la cerámica de la llamada cultura de las Cuevas.
- III. Etapa III: dividida, a su vez, en dos estadios:
  1. Estadio I: caracterizado por las galerías cubiertas sencillas, con una técnica muy poco elaborada carente de influjo extranjero.
  2. Estadio II: aparición en la zona del Vaso campaniforme I.

La cronología de esta etapa III se colocaría entre 2500 y 2300 a.n.e., siendo contemporánea al Vaso campaniforme tipo Ciempozuelos en el centro peninsular y al tipo los Alcores en Carmona (Andalucía).

- IV. Etapa IV: implantación en la zona del Campaniforme II. Durante esta fase, el fenómeno megalítico estaría representado por la sepultura de cúpula de San Martinho de Cintra, por la galería cubierta de Seixo, por la sepultura de Monge y por castros como el de Pragança, Outeiro o Rotura da Pena.
- V. Etapa V: pleno desarrollo de la técnica de la cúpula. Esta etapa sería contemporánea de Alcalar, donde no hay campaniforme, y de los últimos momentos de Palmella, Pragança y Rotura da Pena, con Campaniforme III. Éste sería el momento en el que se produce la expansión del megalitismo portugués hacia España y por el Atlántico.

La última tesis occidentalista que vamos a analizar en este apartado es la formulada por el prehistoriador inglés Stuart Piggott en el año 1953 en su obra *The tholos Tombs in Iberia*, donde el autor “arremete” contra todos sus colegas ingleses defensores de un origen orientalista del fenómeno megalítico, como Glyn Daniel, Powell o Forde. En este sentido, Piggott recoge con abierta simpatía las teorías formuladas a partir del año 1945 por los Leisner, quienes, si bien en un primer momento abogaron por una tesis

orientalista para explicar el origen del megalitismo, a partir del año 1945, en base a las excavaciones realizadas en Reguengos de Monsaraz (Alemtejo, Portugal), publicaron toda una serie de obras en las que defendían un origen occidentalista, autónomo y autóctono del megalitismo, al menos en lo que se refiere a Portugal.

Stuart Piggott, en este mismo sentido, niega que el fenómeno megalítico tenga un origen oriental y basa su modelo interpretativo en la consideración de los tholoi de los Millares como las construcciones más antiguas de este tipo. En Oriente, dice el autor, los primeros tholoi son más tardíos, datan del período correspondiente al Heládico final y carecen, además, de antecedentes locales convincentes. De este modo, dado que las estructuras megalíticas más antiguas de este tipo se hallan Occidente y las orientales carecen de precedentes arquitectónicos claros, Piggott propone una derivación de esta técnica constructiva desde la península Ibérica hacia Micenas. De esta manera, todos aquellos elementos que los autores orientalistas habían considerado que enlazaban el Oeste con el Este, según la teoría de Piggott deben ser interpretados al revés, como el paso de una tradición occidental hacia Micenas. Así, dice el autor, hasta que pueda demostrarse de una manera clara el origen común de estas estructuras megalíticas, debe aceptarse una fecha más antigua para las occidentales, pues en el Egeo no se conocen bien los pasos evolutivos que llevaron a su construcción.

En el mismo sentido que Stuart Piggott, en los años 50, también Gordon Childe hablaba de una influencia de Occidente sobre Oriente en la aparición de las tumbas megalíticas. Así, este autor sostenía que, teniendo en cuenta las similitudes existentes entre las tumbas de falsa cúpula peninsulares y los tholoi micénicos, la ausencia de una serie tipológica que demostrase la evolución local de estos últimos y la cronología histórica disponible, cabía la posibilidad de que las tumbas del Egeo derivasen de las de los Millares (Chapman 1991, 53-54).

En resumen, para los defensores de esta tesis occidentalista, el fenómeno megalítico tuvo un origen peninsular, concretamente portugués, que al llegar al sudeste de la península Ibérica habría provocado la aparición del horizonte Millares, lo que Almagro y Arribas denominan Bronce I hispánico. Esta postura fue la imperante entre los arqueólogos peninsulares -españoles y portugueses- a comienzos del siglo XX. Sin embargo, a nivel europeo, tal como veremos a continuación, no se tenía la misma opinión sobre el origen y la evolución de este fenómeno. (Almagro y Arribas 1963: 183-184, 195-196)

### **2.2.2. Tesis orientalistas**

El primer gran autor que dio un fuerte impulso a esta tendencia fue Elliot Smith en el año 1913 al afirmar en su obra *Essays and studies presented to Sir William Ridgeway* que el origen de las construcciones megalíticas se hallaba en las mastabas egipcias. Thurlow Leeds y Gordon Childe, por su parte, ubicaron su origen en las tumbas excavadas en la roca que existían en todo el ámbito mediterráneo, mientras que para Crawford el megalito era simplemente una imitación tosca del *megaron*.

En 1919, a partir del análisis del dolmen de Matarrubilla (Sevilla), H. Obermaier elaboró una teoría propia en la que igualmente situaba el origen del megalitismo en el Este mediterráneo. Sin embargo, en su opinión, mientras que en esta zona oriental las construcciones megalíticas se detuvieron en una primera fase constructiva para dar paso a las grandes estructuras funerarias, en Occidente continuaron desarrollándose hasta alcanzar nuevas formas monumentales provistas de toda una serie de novedades, como cámaras laterales, la planta cruciforme o la falsa cúpula, innovaciones que, según el autor, habrían sido igualmente importadas de Oriente, pudiéndose observar paralelismos de las mismas en las construcciones circulares de Orcomenos y en las del Minoico Primitivo de Evans.

Sin embargo, si hubo un autor que dio un impulso decisivo a esta tendencia orientalista, éste fue Daryll Forde, cuya teoría, formulada en 1930 en su obra *The Megalithic Sequence culture in Iberia*, supuso un gran golpe para las tesis que defendían un origen portugués del megalitismo. Las conclusiones a las que este autor llegó pueden resumirse en los siguientes puntos:

- Los materiales hallados en los monumentos megalíticos peninsulares no muestran una elaboración lenta y gradual, cosa que necesariamente habría exigido una evolución de carácter local.
- El autor considera que las construcciones megalíticas peninsulares son el resultado de un proceso evolutivo de degeneración. En consecuencia, las grandes estructuras andaluzas serían anteriores a los sencillos dólmenes portugueses que supuestamente estaban en su origen. El hecho de que en éstos aparezcan elementos materiales de una tipología avanzada y tengan una construcción menos elaborada hace creerlo así.
- En la península Ibérica, se da una ausencia de formas intermedias entre el primero y el último estadios de la construcción megalítica, es decir, no se observa una evolución gradual en la edificación de estas estructuras.

Una década más tarde, en 1941, Glyn E. Daniel, profesor de la universidad de Cambridge, abordó en su obra *The Dual Nature of the Megalithic Colonisation of Prehistoric Europa* el origen de los sepulcros de corredor hallados en Occidente, que él definía como “cámaras funerarias prehistóricas de planta circular, poligonal o cuadrada, con corredor, donde generalmente se practicaban enterramientos colectivos” (Almagro y Arribas 1963, 188). En opinión de este autor, el origen de estas estructuras megalíticas debe ser buscado en los tholoi de Creta y propone tres rutas marítimas que éstos habrían seguido en su expansión hacia Occidente:

1. Por Sicilia y el sur de Italia, desde donde llegarían a la península Ibérica.
2. Por el sur de Italia y el norte de Cerdeña.
3. Desde el norte de Creta por la Grecia continental y la Tracia búlgara.



En su obra *The distribution and Date of the Passage-Graves*, escrita de manera conjunta con T. G. Powell, en 1949, Daniel clasificó la totalidad de estos sepulcros de corredor hallados en Europa occidental en cinco grupos:

- a. Grupo de España y Portugal, con dos focos principales: Almería (los Millares) y el sudoeste de la península Ibérica (Lusitania). A estos, además, habría que sumar los megalitos hallados en el centro y norte peninsular. Almagro y Arribas denominan a este grupo como ‘occidental ibérico’.
- b. Región del nordeste de España y sudeste de Francia, lo que Almagro y Arribas llaman ‘grupo de la Galia Ibérica’ o ‘grupo Pirenaico Oriental’.
- c. Grupo occidental francés: abarcaría el territorio que va desde el departamento de Finisterre hasta el de Charente marítimo, con una mayor densidad a la altura del departamento de Morbihan, entre Quiberon y Port Naval.
- d. Un pequeño grupo es identificado por estos autores cerca de la costa de Saint Malo, abarcando el territorio que va del noreste de Bretaña hasta Normandía y las islas Normandas.
- e. El grupo de las islas Británicas.

El estudio de esta distribución propuesta por Daniel y Powell parece confirmar que los sepulcros de corredor tienden a aparecer agrupados en necrópolis, como la de los Millares, y están relacionados, al menos en parte, con regiones metalíferas.

Por último, en su obra *The Prehistoric Chamber Tombs of France* (1960), donde analiza los sepulcros de corredor franceses, Daniel reconoce la prioridad de los centros megalíticos peninsulares en el desarrollo del megalitismo a nivel occidental, colocando el inicio del mismo entre los años 2500-2300 a.n.e., con la aparición de la cultura de los Millares, aunque no precisa cuándo este fenómeno alcanzaría su fin en este ámbito hispano. (Almagro y Arribas 1963: 184-185, 188-191, 201)

### **2.2.3. Las tesis de Georg y Vera Leisner**

La concepción del fenómeno megalítico adquirió una base de conocimientos realmente importante gracias a los estudios sobre el megalitismo peninsular llevados a cabo por los arqueólogos alemanes Georg y Vera Leisner, quienes publicaron en el año 1943 su obra más importante: *Die Megalithgräber der iberischen Halbinsel. I: Der Süden*. En ella, estos autores dividieron las tumbas monumentales del sur de la península Ibérica en dos grupos: tumbas circulares con cúpula y tumbas megalíticas de corredor, compuestas, a su vez, por distintos tipos:

- Tumbas circulares con cúpula:
  - Tumbas con cámara circular.
  - Tumbas con cámara de muros de mampostería.
  - Tumbas cubiertas con falsa cúpula
- Tumbas megalíticas de corredor:
  - Tumbas de planta recta con cámara trapezoidal.
  - Tumbas de grandes piedras

- Tumbas de planta esquinada.

El análisis de las cámaras y de los corredores de estas tumbas les permitió la elaboración de un mapa de dispersión geográfica en el que comprobaron que las tumbas de cámara con corredor corto eran propias del sudeste peninsular, mientras que las de corredor largo se hallaban en Andalucía central y el sur de Portugal.

En lo que se refiere al origen del megalitismo en la península Ibérica, estos autores se mostraron reacios a aceptar esa hipótesis de Bosch Gimpera de las estructuras megalíticas portuguesas como el prototipo o el origen de todas las peninsulares. No obstante, sí que estaban de acuerdo en que ambos grupos, el portugués y el español, presentaban unas personalidades lo suficientemente diferentes como para hablar de líneas evolutivas independientes.

Respecto al origen y a la formación de la cultura megalítica en el sureste peninsular, en base a los hallazgos proporcionados por el yacimiento de los Millares y otros centros de la zona, los Leisner propusieron un cuadro evolutivo dividido en 5 etapas o periodos:

- I. Etapa I: caracterizada por la presencia de una cultura neolítica de tradición microlítica que, siguiendo a Luis Siret, estos autores denominaron ‘cultura de Almería’.
- II. Etapa II: el grupo de Almería se encuentra ya en una fase avanzada de su desarrollo y comienzan a llegar a la península Ibérica gentes procedentes del Mediterráneo oriental, iniciándose así el horizonte Millares y la aparición del fenómeno megalítico.
- III. Etapa III: pleno desarrollo del horizonte Millares, dividido a su vez en dos períodos:
  - i. Período I: 2200 - 1800 a.n.e.
  - ii. Período II: 1800 - 1600 a.n.e.
- IV. Etapa IV: surgimiento de la cultura del Argar.
- V. Etapa V: dominio argárico total.

Así pues, según esta cronología de los Leisner, las dos primeras etapas en la aparición del megalitismo en el sureste peninsular se caracterizarían por la presencia de una cultura neolítica de tradición microlítica que, siguiendo a Luis Siret, estos autores denominaron ‘cultura de Almería’, correspondiéndose la etapa I con su período arcaico y la etapa II con su fase más avanzada. Más tarde, hacia el año 2200 a.n.e., en un momento anterior a la etapa III, empezarían a llegar a este ámbito surpeninsular gentes procedentes del Mediterráneo oriental que traerían con ellos las puntas de flecha de base cóncava, el Vaso campaniforme y el conocimiento de la metalurgia del cobre. De este modo se iniciaría el megalitismo y el horizonte Millares, que, según estos autores, quedaría dividido a su vez en otros dos períodos, el primero de los cuales iría del año 2200 al 1800 a.n.e. y el segundo de 1800 a 1600 a.n.e., momento en el que esta cultura de los Millares es sustituida por la del Argar, iniciándose así las etapas IV-V de su esquema cronológico.

Por otro lado, esta recopilación y análisis de elementos culturales (vasos, hachas, ídolos, cuchillos, brazaletes, etc.), hallados en diversos contextos megalíticos peninsulares, permitió a los Leisner identificar hasta 3 grupos mediterráneos cercanos al megalitismo peninsular:

1. El grupo crético-cicládico y el de Troya II: aparecen relacionados con la cultura hispánica por los ídolos planos de Almizaraque, los Millares, el ídolo “cósmico” de Pedra Coberta y los cilindros de las costas portuguesas.
2. El grupo egipcio-africano: relacionado con la península Ibérica por las puntas de flecha de talla bifacial y otros tipos cercanos que tuvieron su esplendor durante el horizonte Millares.
3. El grupo mediterráneo occidental: relacionado con el megalitismo peninsular por el Vaso campaniforme y ciertos objetos de metal.

El trabajo de los Leisner supuso el inicio de una nueva y mejor etapa en el conocimiento de este período de la Prehistoria peninsular, además de reforzar enormemente las tesis orientalistas sobre el origen del megalitismo, pues estos autores defendían que las construcciones monumentales occidentales no eran sino simples adaptaciones de los tholoi del Este, una aportación de esos mismos inmigrantes que, con su llegada, habían fomentado la aparición del horizonte Millares.

Sin embargo, en los siguientes quince años, entre 1945 y 1960, los Leisner publicaron toda una serie de obras en las que hicieron una profunda rectificación de sus anteriores postulados. El aspecto fundamental de estos nuevos estudios lo constituye la afirmación de que los sepulcros de cúpula y los megalitos son formas de construcción completamente diferentes y sin influencias mutuas, pues según estos autores resulta imposible establecer una conexión entre los constructores de los tholoi y los de los dólmenes megalíticos, ya que los primeros aparecen asentados en ciudades fortificadas y los segundos en poblados neolíticos de perfil pastoril.

De esta manera, dado que ambas construcciones se habrían desarrollado de forma independiente y autónoma, los Leisner pasaron a hacer especial hincapié en la importancia que las culturas locales habrían tenido en el desarrollo del megalitismo peninsular, intentando devolver a Europa occidental un papel relevante en la evolución arquitectónica que experimentó durante el Neolítico y el Eneolítico. De este modo, en base a los resultados obtenidos en las excavaciones de Reguengos de Monsaraz, en Alemtejo, Georg y Vera Leisner pasaron a defender una evolución autóctona y autónoma del megalitismo portugués. Tres fueron los hechos fundamentales que llevaron a estos autores a plantear tal hipótesis:

1. La aparición de ajuares que consideraron neolíticos en los contextos megalíticos portugueses.
2. La constatación de dos corrientes culturales en los dólmenes: una que habría evolucionado sobre bases neolíticas y otra que poseía material eneolítico.

3. La construcción de dos tholoi en Reguengos en fechas posteriores a los dólmenes de corredor megalíticos.

Así pues, en base a los hallazgos realizados en este yacimiento, los Leisner pasaron a defender, del mismo modo que Bosch Gimpera y sus discípulos, un origen y evolución autónomos del megalitismo portugués. En este sentido, en el año 1944, en su obra *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*, Bosch Gimpera ya sostenía que incluso si se pudiera demostrar que fueron las influencias extranjeras quienes llevaron el sistema constructivo de las cúpulas al sureste de la península Ibérica, no por ello quedaría demostrada la falta de autonomía de la cultura megalítica en Portugal, donde sería desarrollada por esos descendientes de los asturianos mesolíticos asentados en las montañas de Beira y de la Sierra de la Estrella. (Almagro y Arribas 1963, 191-194)

#### ***2.2.4. La cultura de los Millares dentro del fenómeno cultural megalítico. La tesis orientalista de M. Almagro y A. Arribas***

Éste es el estado en el que se encuentra la investigación del fenómeno megalítico a nivel europeo y peninsular cuando Almagro y Arribas formulan su teoría en el año 1963, en la que identifican los tholoi situados en la necrópolis de los Millares con las tumbas monumentales más antiguas de la península Ibérica. En este sentido, siguiendo las tesis orientalistas, estos autores sostienen que el origen del megalitismo quedaría explicado por la llegada a Occidente de gentes procedentes del Mediterráneo oriental, siendo el asentamiento de los Millares la escala básica en su expansión hacia la Europa atlántica y su más antiguo establecimiento en esta parte del continente, además de su centro de más intensa actividad minera. Pero antes de abordar esta interpretación de Almagro y Arribas, vamos a repasar brevemente qué opinión les merece a estos autores el conjunto de hipótesis occidentalistas hasta ahora analizadas.

En primer lugar, en lo que se refiere a Bosch Gimpera -el gran referente de los occidentalistas en estos momentos-, Almagro y Arribas opinan que su teoría es completamente falsa y está basada en concepciones evolucionistas carentes de todo análisis material. Así, por ejemplo, consideran totalmente inverosímil que una pobre cultura de cazadores mesolíticos, como la planteada por Bosch Gimpera en su análisis, fuera capaz de evolucionar por sí misma hasta alcanzar la capacidad de edificar construcciones megalíticas, una técnica que requiere enormes conocimientos y supone muchísimas dificultades, máxime si tenemos en cuenta el área geográfica retrasada y pobre del interior montañoso portugués, que según la teoría de Bosch Gimpera habría pasado de una forma atrasada a ser el núcleo creador y expansivo del fenómeno megalítico.

Por otro lado, en lo que se refiere a la teoría occidentalista “extrema” de Piggott, en la que el autor habla de una influencia de Occidente sobre Oriente en la aparición del megalitismo, Almagro y Arribas defienden que se muestra contraria, por un lado, a todas las evidencias arqueológicas halladas en el yacimiento de los Millares que nos

hablan de un origen oriental de este fenómeno y, por otro, a la cronología establecida a partir de los paralelos al sepulcro de corredor hallados en el ámbito mediterráneo. Además, Piggott basaba parte de su afirmación en la consideración de que los primeros tholoi orientales del Heládico Tardío no tenían antecedentes locales convincentes. Sin embargo, Almagro y Arribas sí han constatado una serie de sepulcros del Cicládico Antiguo y Minoico Medio que podrían haber funcionado como precedentes de estas tumbas del Heládico Medio y Tardío.

Por último, en lo que se refiere a la nueva teoría de los Leisner sobre el origen del megalitismo portugués, Almagro y Arribas dicen que lo único que podría llegar a aceptarse de su interpretación es la consideración de que en esta área del interior del Alemtejo, antes de la construcción de sepulcros de corredor, se edificaran dólmenes neolíticos pobres, como eco de la gran cultura megalítica de los Millares, llegada primero al Algarbe y a la desembocadura del Tajo, que son las zonas de penetración cultural más potentes de Portugal.

Frente a estas teorías occidentalistas, Almagro y Arribas consideran que el fenómeno megalítico tuvo un origen oriental que debe ser buscado en Creta y en las Cícladas, habiendo alcanzado la península Ibérica a través de la ruta marítima Malta, Gozo, sur de Italia, Cerdeña e islas Baleares, llegando al mismo tiempo a Almería, al Ródano, a las costas de Languedoc y al norte de Cataluña, desde donde pasaría al Alto Aragón y Vasconia por el sur de Francia y los Pirineos. De esta manera, tendríamos dos grandes focos culturales megalíticos: el almeriense y el ubicado en el golfo de León.

En el caso del sudeste peninsular, la llegada de estos pueblos orientales habría provocado la aparición de la cultura megalítica de los Millares, que pronto se extendería por Andalucía y Portugal hasta alcanzar el norte de España y Europa occidental. En los Pirineos, este megalitismo peninsular entrecruzaría sus ramas con el francés, cuyo desarrollo habría sido independiente, teniendo sus focos culturales en Languedoc y Provenza, desde donde irradiaría hacia los Pirineos y el interior francés.

Desde el punto de vista cronológico, estos autores sitúan la llegada de estos pueblos orientales a la península Ibérica y, por lo tanto, el inicio del megalitismo entre los años 2000 y 1800 a.n.e., momento en el que se iniciaría el Vaso Campaniforme, que ellos siempre han considerado posterior al fenómeno megalítico, aunque luego convivieran ambos elementos culturales. En este sentido, según Almagro y Arribas, la erección de estructuras megalíticas no estuvo limitada al período de tiempo que ellos denominan Bronce I hispánico -horizonte Millares- sino que perduró casi todo el II milenio a.n.e., evolucionando, alargando su corredor y creando cámaras laterales que enriquecieron la estructura de la planta antigua.

En resumen, Almagro y Arribas atribuyen la difusión del megalitismo por Europa a la expansión de un pueblo colonizador procedente del Mediterráneo oriental que habría traído a la península Ibérica, hacia el 2000-1800 a.n.e., unas costumbres de enterramiento colectivo que pronto irradiarían a otras zonas geográficas, donde, a su

vez, evolucionarían y se adaptarían a los medios constructivos existentes, creando modas arquitectónicas locales, pero manteniendo siempre las ideas básicas llegadas del exterior<sup>1</sup>.

Junto con esta técnica constructiva y las costumbres funerarias de inhumación colectiva, los orientales también habrían portado una nueva religión con su correspondiente interpretación de la vida y la muerte, centrada, según Almagro y Arribas, en el culto a la “Diosa de los Ojos”, así llamada por la cantidad de ídolos oculados hallados en los círculos culturales megalíticos.

Por otra parte, a esta unidad religiosa, étnica y económica de los colonizadores también habría que sumar el importante sustrato indígena -peninsular, pirenaico, bretón, balear o galaico- que explicaría, según Almagro y Arribas, las acusadas y a veces radicales diferencias entre las diversas culturas megalíticas occidentales. (Almagro y Arribas 1963, 183-201)

Sin embargo, la pregunta que ahora debemos hacernos es: ¿en qué se basan estos autores para afirmar tales hipótesis? ¿Qué les ha llevado a relacionar la aparición de los Millares y el desarrollo del megalitismo en la península Ibérica con la llegada de influencias orientales? En este sentido, tres son los grupos de evidencias y datos que estos autores abordan para establecer el origen y la cronología del Bronce I peninsular.

1. Arquitectura urbana.
2. Arquitectura funeraria. La tipología y difusión de los sepulcros colectivos como dato cronológico.
3. Los objetos de ajuar del Bronce I hispánico como dato cronológico

#### *2.2.4.1. Arquitectura urbana*

Desde el punto de vista arquitectónico, estos autores han observado numerosas similitudes entre las estructuras defensivas y habitacionales de los poblados del Bronce I peninsular y las halladas en diversos asentamientos prehistóricos de las islas Baleares, las islas Eolias, Sicilia, el Egeo, Grecia continental, las Cícladas y Asia Menor. De esta manera, empezando por la parte más occidental de este ámbito mediterráneo, en el poblado talayótico de Els Antigors (Las Salinas, Mallorca), Almagro y Arribas han constatado una muralla de doble paramento similar a las que podemos encontrar en la península Ibérica, así como refuerzos de torreones de flanqueo, e incluso casas adheridas a la parte interna de dicha muralla, una característica que se repite en diversos asentamientos del Bronce I hispánico, como los Millares o Parazuelos, donde estas estructuras habitacionales presentan una planta absidal y curvilínea idéntica a la de los

---

<sup>1</sup> Con respecto a estos cambios y evoluciones locales que sufrieron los monumentos funerarios megalíticos, Gordon Childe opina que se pudieron haber producido como consecuencias de auténticos cismas dentro de la gran religión imperante, aunque Almagro y Arribas opinan que no siempre debieron responder a la diferencia de fe, sino que pudieron existir otros motivos, como la pobreza de la zona geográfica, la falta de capacidad técnica o las diferencias de material existente (Almagro y Arribas 1963, 197).

talayots baleáricos. En consecuencia, Almagro y Arribas han interpretado estas construcciones como producto de un mismo ambiente cultural, siendo evidentes los contactos entre las península Ibérica y las islas Baleares durante este período del Bronce I.

También en Córcega y Cerdeña han constatado estos autores paralelismos arquitectónicos con la península Ibérica y las islas Baleares, relacionando las casas de los poblados megalíticos de estas islas, como el de Filitosa en Córcega, con las de los Millares y Vila Nova de Sao Pedro. En lo que se refiere a su cronología, Almagro y Arribas han fechado los más antiguos de estos asentamientos insulares hacia el año 2000 a.n.e.

Siguiendo con nuestra ruta hacia Oriente, en la isla de Lípári, al norte de Sicilia, se han hallado restos de casas muy similares a las que podemos encontrar en las islas Baleares y en Cerdeña, aunque sin alcanzar la monumentalidad de éstas. En este sentido, el hallazgo de cerámica protomicénica en las más antiguas de estas habitaciones ha llevado a estos autores a establecer una conexión directa entre Lípári y el Mediterráneo oriental durante este período de la Prehistoria Reciente.

En lo que se refiere a Sicilia, las semejanzas con el horizonte Millares se reducen a dos aspectos: la ubicación de los poblados y la planta de las estructuras habitacionales que los componen. En este sentido, empezando por su localización, los asentamientos sicilianos del Bronce I, del mismo modo que los peninsulares, aparecen situados sobre cerros y espolones amesetados, viéndose así dotados de importantes sistemas defensivos naturales que habrían hecho innecesaria la construcción de defensas artificiales como las que encontramos en los Millares, que, por otra parte, no existen en esta zona de Sicilia. En lo que respecta a su cronología, Almagro y Arribas han fechado estos asentamientos a partir del año 2000 a.n.e., y las casas que los componen, al igual que las de la península Ibérica, se caracterizan por tener una planta circular, aunque también las encontramos de planta rectangular y mixta.

Ya en el extremo oriental del Mediterráneo, en las islas del mar Egeo, Almagro y Arribas han constatado una serie de similitudes arquitectónicas con la península Ibérica que les ha llevado a fijar en esta zona el origen de las estructuras urbanísticas de los poblados del Bronce I peninsular. En este sentido, el paralelismo más significativo que estos autores han podido observar ha sido la doble muralla encargada de proteger el poblado de Chalandriani, en la isla de Siros, muy similar en la forma y en la disposición a la de los Millares (fig. 10). La línea exterior de esta doble muralla es más baja y está peor construida que la interior, aunque la técnica empleada es la misma: acumulación de piedras pequeñas en seco. Tal como se puede observar en la figura 10, esta primera línea aparece dividida en dos mitades cuya superposición conformaría la entrada al poblado. La línea interior, por su parte, se halla a unos 5 metros de la exterior y además de ser más alta, presenta un mayor grosor (unos 2 m.), con bastiones situados a intervalos de 7 m. Ambas murallas parece que fueron construidas al mismo tiempo,

quedando enmarcadas, desde el punto de vista cronológico, dentro del período correspondiente al Cícládico Primitivo, que abarca del 2800 al 2000 a.n.e.

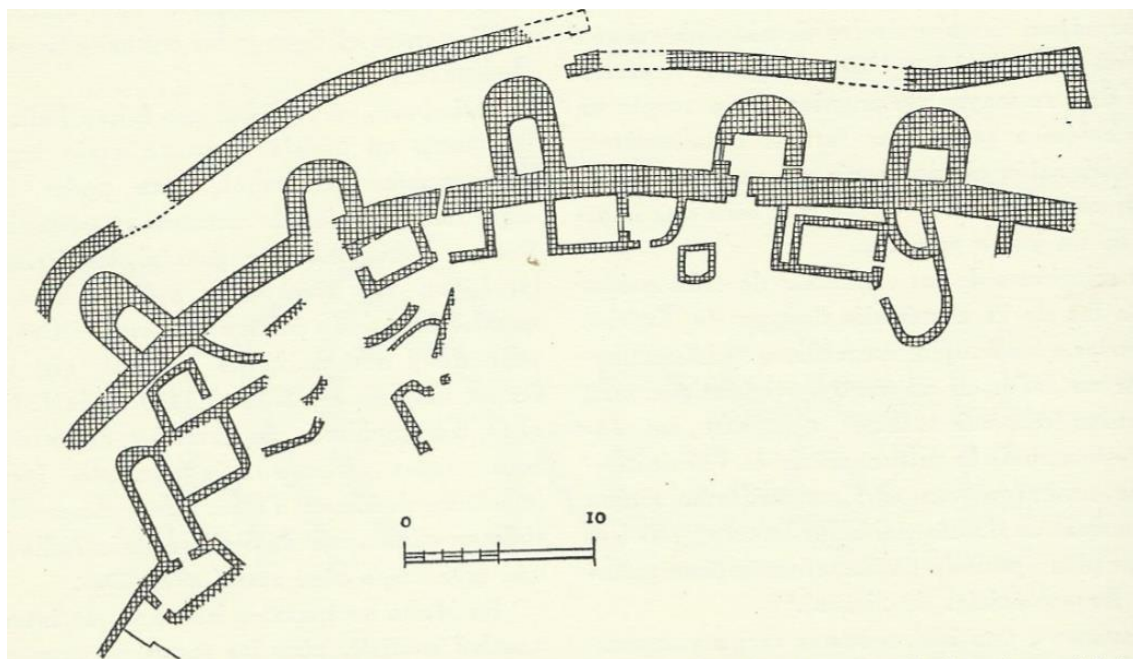


Fig. 10. Planta de la muralla del poblado de Chalandriani y de algunas habitaciones adosadas al interior de la misma (Cícládico Primitivo, 2800 - 2000 a.n.e.). Imagen tomada de Almagro y Arribas 1963, 212.

En lo que se refiere a esos bastiones adheridos a la parte externa de la muralla interior, presentan la típica planta rectangular con el lado frontal curvo y la convexidad hacia delante, y en su interior encontramos una cámara rectangular. La entrada al poblado se hallaba en el lateral de uno de estos bastiones -bastión IV empezando por la izquierda-, por donde se entraba realizando una serie de bruscos giros, lo que habría servido para que los atacantes, al intentar penetrar en el recinto, quedaran expuestos al disparo de flechas desde el interior. Dos de los bastiones, el II y el IV, estaban comunicados directamente con el interior del poblado, mientras que los otros tres pudieron haberlo estado mediante escaleras de mano o de madera. Entre los bastiones II y III se puede observar, además, un corte en diagonal que ha sido interpretado como un pasadizo bloqueable a voluntad. Por otro lado, del mismo modo que en los Millares, también aquí encontramos casas adheridas a la parte interna de la muralla interior, fechadas igualmente durante el Cícládico Primitivo, que presentan una planta rectangular con forma absidal en sus lados menores.

La estructura que presenta esta fortificación es ruda, pero está bien lograda, por lo que no es de extrañar, dicen Almagro y Arribas, que experimentara una dispersión tan amplia como para alcanzar la península Ibérica. En este sentido, una primera escala en su expansión hacia Occidente habría sido Asine, en las Cícladas, donde encontramos un sistema defensivo que presenta las mismas características que el de Chalandriani. Desde aquí el esquema habría pasado a la isla de Egina, donde la muralla con bastiones de tipo cícládico del Heládico Primitivo perduraría hasta el Heládico Medio, extendiéndose a



partir de esta isla por todo el ámbito mediterráneo hasta alcanzar Vila Nova de Sao Pedro en Portugal, siendo éste su límite más occidental.

Este sistema constructivo basado en el empleo de piedras irregulares que caracteriza a los poblados del Bronce I peninsular, a los cicládicos de Asine y Chalandriani y al de la vecina isla de Egina tendría su germen, según Almagro y Arribas, en una tradición cuyo origen más remoto sitúan en Jericó, en un nivel neolítico carente de cerámica. A partir de este núcleo primigenio este sistema habría alcanzado los puntos más cruciales del tráfico comercial, para después extenderse por todo el ámbito mediterráneo hasta alcanzar la península Ibérica.

Un último paralelismo nos quedaría por mencionar entre el Bronce I peninsular y el mundo egeo durante este período de la Prehistoria Reciente, y es el que atañe al Fortín I de los Millares. Según Almagro y Arribas, esta estructura defensiva presenta una semejanza sorprendente con la denominada ‘Casa circular de Tirinto’, fechada durante el Heládico Primitivo, caracterizándose ambos edificios por tener una pared circular jalonada en bastiones relacionados entre sí exteriormente por una línea de muralla principal y puestos a la vez en conexión con el centro de la estructura a través de una serie de muros radiales y concéntricos, entre los cuales se intercalan pasadizos circulares y rectos. La diferencia más importante que se observa entre ellos son los materiales utilizados en su construcción; mientras que en los Millares se utilizó exclusivamente la piedra, en Tirinto los bastiones fueron realizados con ladrillos cocidos, alternando este material con el adobe de los muros. Sin embargo, Almagro y Arribas sostienen que los materiales constructivos no pueden ser tomados en cuenta a la hora de establecer una diferenciación, pues simplemente nos indicarían que en Tirinto había una carencia de piedras, mientras que en Almería era el material que se hallaba más a mano. (Almagro y Arribas 1963, 203-214)

#### *2.2.4.2. Arquitectura funeraria. La tipología y difusión de los sepulcros colectivos como dato cronológico*

Según Almagro y Arribas, los paralelos que a nivel mediterráneo podemos encontrar de los sepulcros de corredor peninsulares nos proporcionan muchísima información a la hora de interpretar el fenómeno cultural megalítico y establecer sus límites cronológicos. Además, estas similitudes han permitido a estos autores ubicar el origen de estas sepulturas en el Mediterráneo oriental, habiéndose hallado tumbas similares, con corredor y cámara, en todas las zonas del ámbito egeo: en la llanura de Mesara (sur de Creta), donde encontramos varias tumbas de corredor con cámara redonda; en las Cícladas, donde aparecen en forma de sepultura de corredor, subterránea o semisubterránea; o en la misma Grecia continental donde presentan una cámara circular a la que se llega a través de un corredor más o menos largo. Según estos autores, estas tumbas fueron, sin duda, el punto de partida del tipo de sepulcro que encontramos en la península Ibérica durante el período del Bronce I.

Al contrario de lo que hemos hecho en el apartado anterior, donde hemos analizado los paralelismos entre la península Ibérica y el ámbito mediterráneo empezando por la zona más occidental, en este nuevo punto vamos a abordar dichas similitudes empezando por el mundo egeo, concretamente por la isla de Siros, donde encontramos una serie de tumbas tipo tholos de pequeño tamaño del Cicládico Primitivo, compuestas por un vestíbulo y una cámara funeraria de planta trapezoidal cubierta por una falsa cúpula y una gran losa en el techo (fig. 11). Esta misma estructura también la hallamos en Eubea, donde los sepulcros presentan una cámara subterránea redonda y un vestíbulo paralelogramo, unidos ambos por un corto y estrecho corredor (fig. 12).

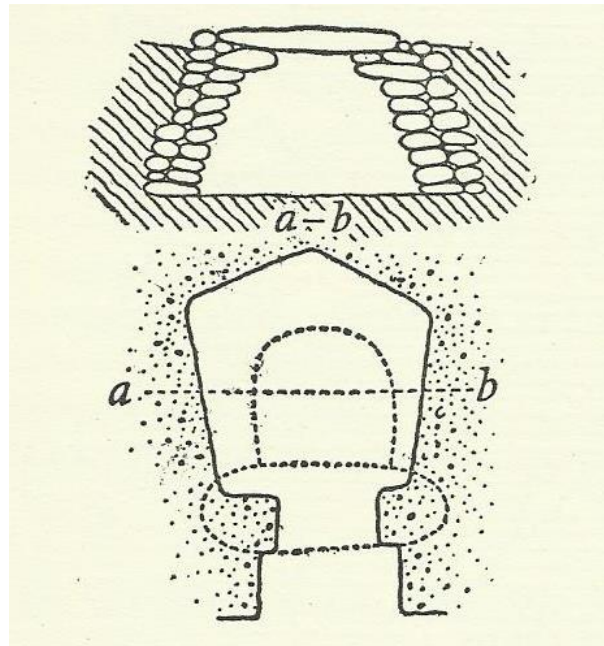


Fig. 11. Alzado y planta de un sepulcro de corredor inicial y cámara cubierta con falsa cúpula, completada por una losa en la parte superior, en la isla de Siros. Imagen tomada de Almagro y Arribas 1963, 216.

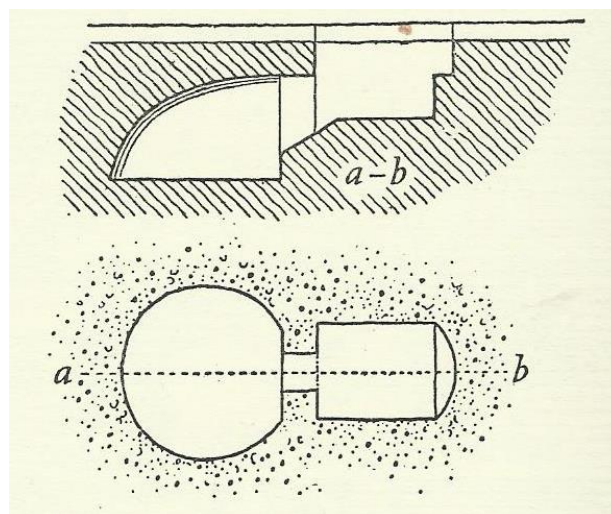


Fig. 12. Planta y alzado de un sepulcro de corredor y cámara circular excavado en la roca, en la isla de Eubea. Imagen tomada de Almagro y Arribas 1963, 216.

Según Almagro y Arribas, estas tumbas de Siros y Eubea datarían del 2600 al 2000 a.n.e., y en su interior se han encontrado una serie de ídolos que estos autores han relacionado con los hallados en los Millares y otros círculos culturales del ámbito mediterráneo, sobre todo en Cerdeña.

En lo que se refiere a Creta, las tumbas que se han fechado con mayor precisión han sido las de corredor y cámara circular halladas en la llanura de Mesara (fig. 13), que han sido atribuidas al denominado Minoico Primitivo II (2400-2200 a.n.e.), aunque continuarían desarrollándose durante el Minoico Primitivo III (2200-2000 a.n.e.) y hasta finales del Minoico Medio (2000-1500 a.n.e.), siendo prueba de ello, según Almagro y Arribas, dos tholoi hallados en el mismo palacio de Knosos, que estos autores han fechado hacia el año 1500 a.n.e., o el excavado en Kephala, al norte de Creta, compuesto por un largo corredor, dos cámaras paralelográmicas laterales y una cámara circular cubierta por una falsa bóveda, fechado entre los años 1800-1500 a.n.e. Almagro y Arribas consideran que estas tumbas de Knosos y Kephala constituirían una clara evidencia de la perduración de estas construcciones hasta momentos avanzadas del Minoico Medio, llegando incluso a alcanzar el Minoico Último.

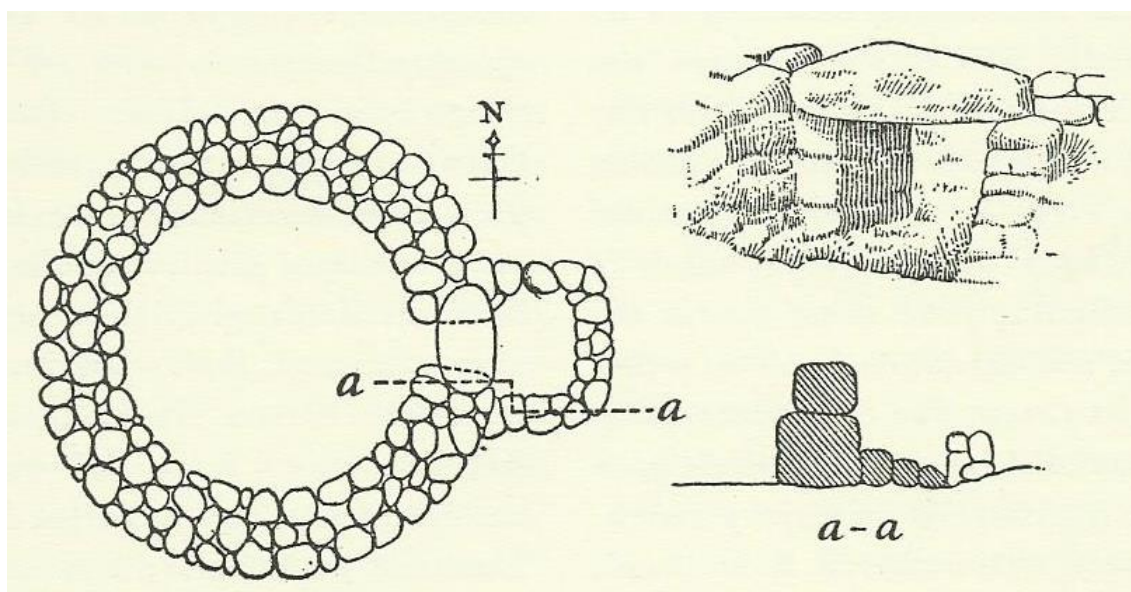


Fig. 13. Planta y alzados de los restos de una sepultura de tipo tholos de la llanura de Mesara. Imagen tomada de Almagro y Arribas 1963, 217.

En lo que se refiere al origen de estas tumbas cretenses, el gran arqueólogo griego Spyridon Marinatos sostenía que eran imitaciones de modelos procedentes del Ática y de las Cícladas, y basaba su argumentación en el descubrimiento de unas sepulturas similares cerca de Phaleron y en Siros. De esta manera, las tumbas halladas en estos núcleos primigenios habrían sido las precedentes de la sepultura circular de Krassi, ubicada al norte de Creta, donde se ha hallado cerámica subneolítica que nos llevaría hasta un horizonte cronológico muy antiguo. Finalmente, el puente entre esta tumba de Krassi -al norte- y las de Mesara -al sur- lo constituirían, según Almagro y Arribas, dos tumbas halladas en Vorou, al norte de la misma llanura.

En cuanto a la distribución de estas sepulturas cretenses, estos autores han constatado tumbas similares a las de Mesara en otros lugares de la isla, como en Hagia Triada, en Kalathiana, en Porti o en Siva. Las sepulturas halladas en estos lugares han sido analizadas por Stephanos Xanthudidēs, quien las ha relacionado con un tipo de estructura habitacional redonda u ovalada que existió en la isla y que, en opinión de Almagro y Arribas, sería el mismo que durante este período Prehistoria Reciente se propagó hacia Occidente, unido a esa difusión del megalitismo.

En lo que se refiere a la descripción física de estas sepulturas cretenses, empezando por sus puertas, las jambas que las conforman son monolitos de hasta 1,50 m. de altura, y los dinteles, enormes bloques que pueden llegar a alcanzar los 3 m. de longitud, siempre más gruesos en el medio, ofreciendo formas de triángulo escaleno con el vértice central hacia arriba. Sus paredes están construidas con piedras irregulares sin argamasa, están ligeramente inclinadas y presentan un grosor que en ocasiones supera los 2 m. En el caso de las cámaras, los muros sobresalen por encima de la puerta y el corredor, aunque nunca muestran una altura superior a los 2 m. Por último, en lo que se refiere a los techos, la técnica y los materiales empleados en su elaboración han sido muy discutidos. En este sentido, muchos autores han supuesto que esa metodología utilizada en la construcción de las paredes, basada en la acumulación de piedras irregulares sin argamasa, habría impedido que fueran capaces de soportar una falsa cúpula realizada en piedra, una afirmación que Almagro y Arribas consideran errónea, pues tanto en la península Ibérica como en la cuenca norte del Mediterráneo estos autores han constatado construcciones que, a pesar de no tener los gruesos muros de las cretenses, aparecieron cubiertas por falsas bóvedas. Además, dicen estos autores, las dimensiones que presentan los muros y dinteles de las tumbas de Creta son demasiado grandes como para que su función fuera la de sostener una simple cubierta de ramaje y barro.

Junto con los cicládicos, estos tholoi cretenses serían los precedentes inmediatos de los sepulcros subterráneos de corredor y falsa bóveda micénicos, que nacerían a partir del año 1500 a.n.e. como resultado de la mezcla de dos tradiciones: los tholoi de Creta y los sepulcros subterráneos desarrollados en la propia Micenas. En este sentido, una prueba de esta influencia cretense, según Almagro y Arribas, sería la inclinación que presentan las paredes de los corredores micénicos, una inclinación que no responde a ninguna razón constructiva, siendo simplemente un rasgo estético adoptado a partir de las sepulturas de Creta. A esto, además, habría que añadir esa forma triangular de los dinteles que coronaban las puertas de las sepulturas, una característica que encontramos tanto en las tumbas cretenses como en las posteriores micénicas. La gran diferencia que existe entre los sepulcros de ambos territorios es que los de Micenas son subterráneos, aunque Almagro y Arribas señalan que también los de Creta aparecen a veces semienterrados, como los de los Millares y otras sepulturas del Bronce I hispánico.

Por último, en lo que respecta a la semejanza de las tumbas de Creta con las de la península Ibérica, estos autores han puesto especial énfasis en el tholos 7 de Achladea, que, según ellos, presenta una estructura idéntica a la de los tholoi más rústicos de los Millares y a los presentes en otras necrópolis del Bronce I peninsular.

En Chipre lo que encontramos son grandes necrópolis en cuevas artificiales compuestas por tumbas subterráneas con corredor y una estructura bastante simple, que han sido fechadas a finales del III milenio a.n.e., entre los años 2300 y 2100 a.n.e. No obstante, según Almagro y Arribas, estas sepulturas chipriotas se seguirían desarrollando hasta alcanzar la Edad del Hierro en los albores del I milenio a.n.e., siendo prueba de ello la tumba 11 de Milhia, donde estos autores han observado un grupo de enterramientos que datarían del año 1000 al 750 a.n.e.

Ya en la Grecia continental, antes de la aparición de la civilización micénica, en Asine - región de la Argólida-, una serie de arqueólogos suecos hallaron diversos tipos de sepulturas que agruparon cronológicamente de la siguiente manera:

- I. Heládico Primitivo, 2800-2000 a.n.e.:
  - a. Simples osarios.
  - b. Cavidades en la roca excavadas para contener un esqueleto.
  - c. Tumbas de cámaras sepulcrales unidas a corredores verticales.
- II. Heládico Medio, 2000-1575 a.n.e.:
  - a. Tumbas de corredor cortado en la roca.
  - b. Corredor cortado en el suelo terroso.
  - c. Construcciones de piedra o adobes rectangulares alrededor del muerto.
  - d. Sepulturas tipo cista, que pueden ser:
    - i. De pequeñas piedras o losas colocadas unas sobre otras.
    - ii. De grandes bloques de sillares colocados alrededor del cadáver.
    - iii. Doble hilera de adobes colocados sobre el borde de la tumba, trabados entre ellos con argamasa.
    - iv. Tumbas de tinajas.
- III. Heládico Último, 1575-1200 a.n.e.: a partir del año 1575 a.n.e., ya en época micénica, las sepulturas colectivas de Asine se empiezan a organizar en grandes cámaras excavadas en la roca, comunicadas con el exterior a través de largos corredores rectos. Algunas de estas cámaras son redondas, otras cuadradas y también las hay de plantas irregular. Además, del mismo modo que la tumba 33 de los Millares, también encontramos sepulturas dispuestas en simples abrigos de las rocas.

En lo que se refiere a Micenas, ubicada en la misma región de la Argólida, a unos 30 km al norte de Asine, encontramos 5 tipos de sepulturas:

- A. Sepulturas de hoyo: son de planta irregular, oval o rectangular, están excavadas en el suelo o en la roca blanda, presentan una profundidad de 0,5 m. y fueron comunes durante el Heládico Medio y Último.
- B. Sepulturas de cista: aparecen excavadas en la roca, son más profundas que las anteriores y datan del Heládico Medio.
- C. Sepulturas de pozo: pertenecientes a la misma época, son profundos pozos rectangulares que terminan en cámaras subterráneas. Se corresponden con las

sepulturas reales de Micenas de los periodos Heládico I y II, y representan el desarrollo local de las anteriores tumbas de hoyo y cista.

- D. Tumbas de cámara: estas sepulturas presentan evidentes paralelismos con las tumbas de Asine del Heládico Último y otros sepulcros del Mediterráneo occidental, y están formadas por un corredor excavado en el suelo o en la roca que lleva hasta una cámara subterránea en la que se depositan las inhumaciones. La primera fase en el desarrollo de estas sepulturas va del año 1525 al 1400 a.n.e., durante el Heládico Último I y II, cuando las cámaras están precedidas por un corredor corto y ancho al que se llega a través de unas escaleras cortadas en la roca. Las paredes de estos primeros corredores son curvas y están inclinadas hacia dentro, como las que hemos visto en los sepulcros de Creta. Las últimas tumbas de este tipo las encontramos durante el Heládico Último III, cuando el corredor es más largo y estrecho y sus paredes ya no son curvas, sino rectas, aunque continúan con esa inclinación típicamente cretense. En consecuencia, la parte superior de estos corredores y de la abertura de la sepultura es siempre más estrecha que su base. Estas tumbas funcionaron como sepulcros familiares, algunas de ellas fueron utilizadas desde el Heládico Último I hasta el III, y un buen ejemplo de las mismas son las excavadas en la colina de Kalkani (fig. 14) o la sepultura de Panagia (fig. 15).

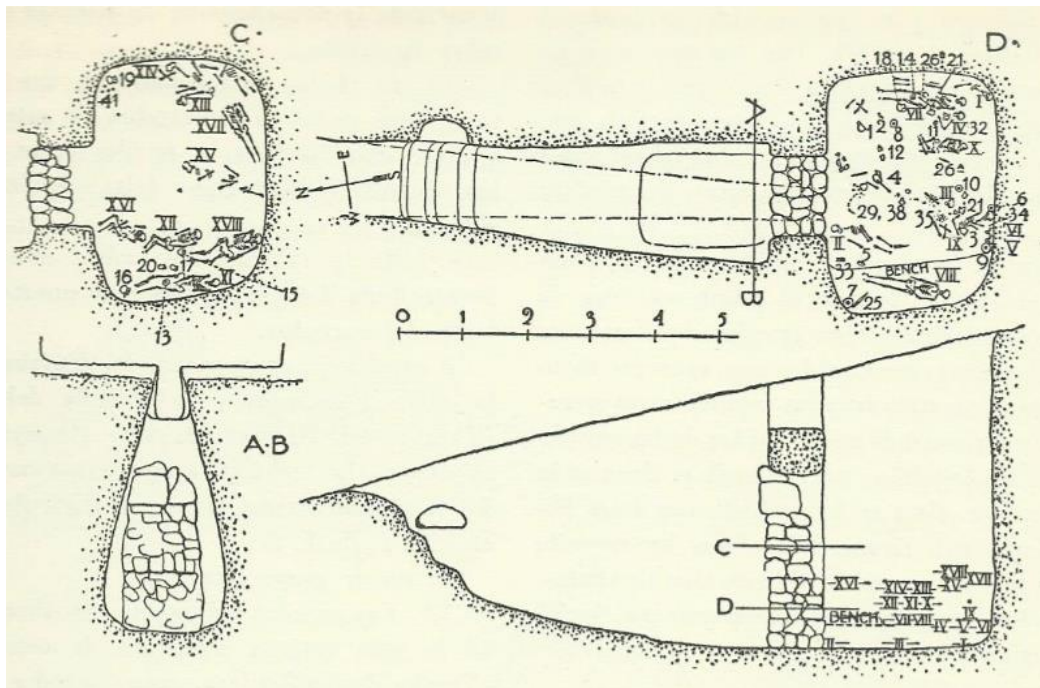


Fig. 14. Planta y alzado de la sepultura nº 529 de la colina de Kalkani. Ofrece corredor y cámara excavados en la roca. Imagen tomada de Almagro y Arribas 1963, 221.



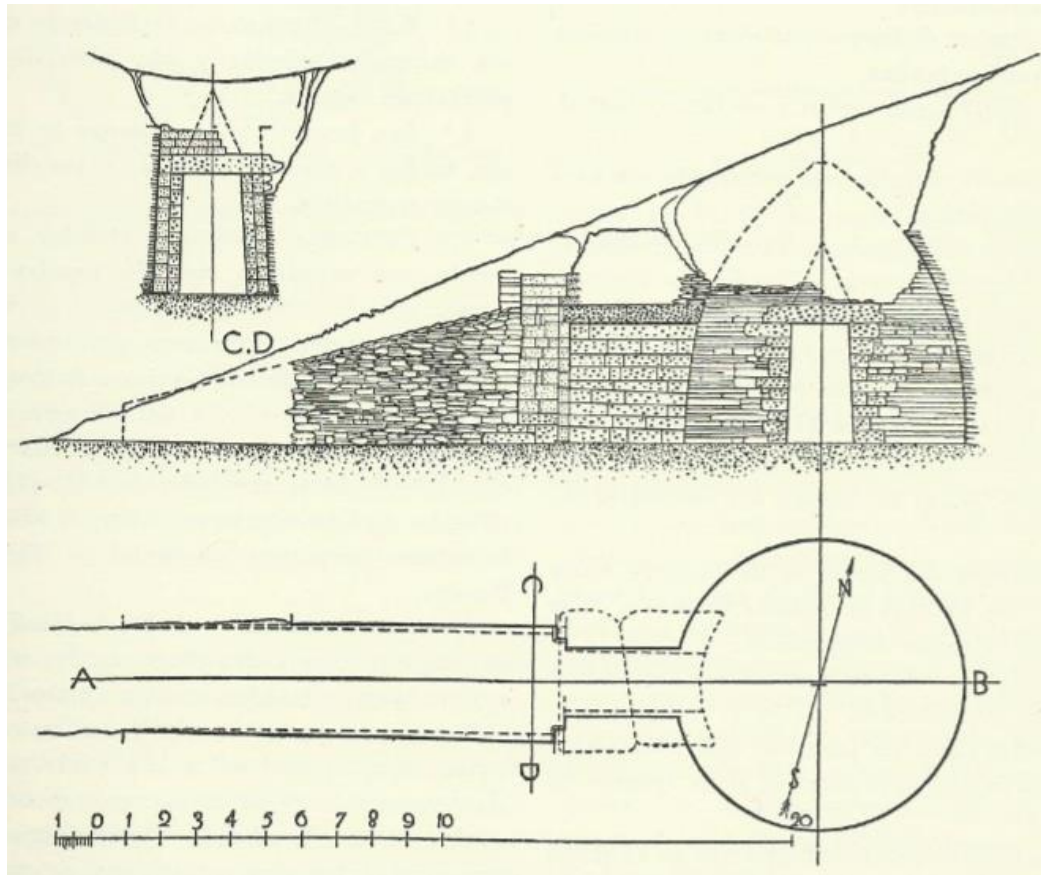


Fig. 15. Planta y alzado de la tumba Panagia, en Micenas. Imagen tomada de Almagro y Arribas 1963, 221.

E. Tumbas tipo tholos: son grandes sepulcros de corredor y cámara que constituyen el grupo más rico de las sepulturas micénicas. En este sentido, Almagro y Arribas, siguiendo a J. B. Wace, han distinguido hasta tres fases/grupos en el desarrollo de este tipo de tumbas:

- a. Fase/Grupo I (final del Heládico Último I y comienzos del Heládico Último II, 1510-1460 a.n.e.): durante esta primera fase, los corredores, cortados en la roca, son cortos y anchos, pero progresivamente tenderán a ser más largos y estrechos, siguiendo una evolución idéntica a la de los corredores de las tumbas de cámara. Las jambas de las puertas, por su parte, están construidas con bloques más grandes, y los dinteles, además de ser cortos, no presentan esa forma triangular de los cretenses, que se adoptará en la siguiente etapa. Finalmente, las cámaras aparecen construidas con bastos sillares de tufo. Ejemplos: tumba Cicolópea, Epano Phournos y tumba de Egisto.
- b. Fase/Grupo II (final del Heládico Último II, 1460-1400 a.n.e.): los corredores de esta segunda fase están construidos con sillares de tufo y/o de piedra poros, las jambas de las puertas son anchos bloques bien encuadrados y los dinteles, más largos que los de la etapa anterior, presentan ya esa forma triangular cretense. Por último, en lo que respecta a las cámaras, están realizadas de una manera más cuidada con las mismas piedras de tufo. Ejemplos: tumba Panagia, Kato Phournos,

tumba del Heraion Argivo, la Berbate y tumba del León, en la que hay una puerta a la entrada del propio corredor.

- c. Fase/Grupo III (1400-1300 a.n.e.): los corredores de este tercer grupo están contruidos con grandes sillares de una manera más cuidada, las jambas de las puertas son piedras largas y grandes, y los dinteles, fuertes monolitos. Las cámaras, por su parte, presentan magníficos aparejos regulares en falsa cúpula. Ejemplos: tumba de los Genios, tumba de Clytemnestra y tumba del Tesoro de Atreo o tumba de Agamenón (fig. 16).

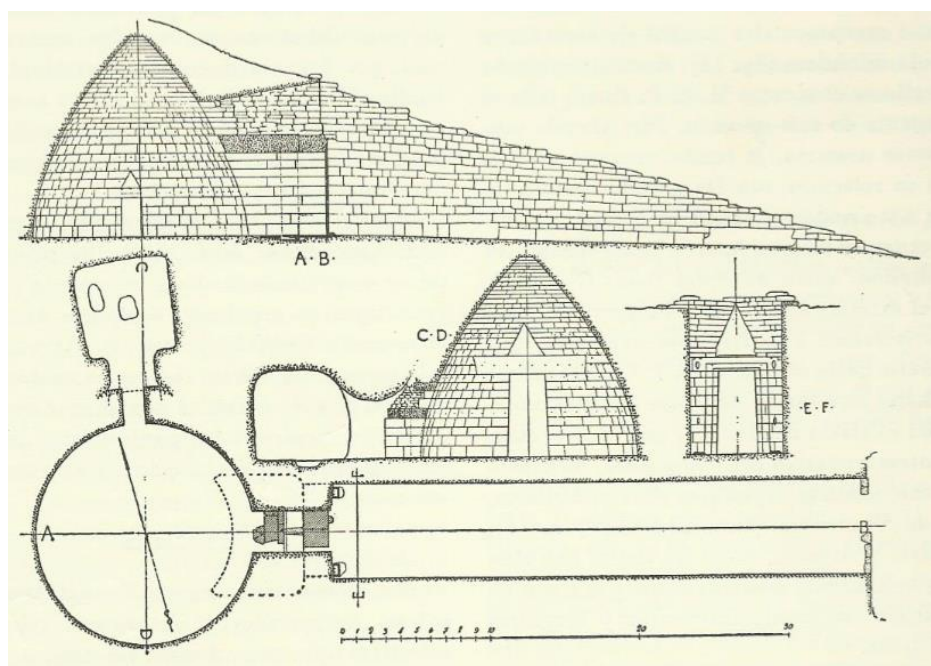


Fig. 16. Planta y alzados de la tumba del Tesoro de Atreo o tumba de Agamenón, en Micenas. Imagen tomada de Almagro y Arribas 1963, 223.

De todas estas tumbas tipo tholos, solamente una ha sido encontrada sin saquear, la denominada sepultura de Dendra, en cuyo interior se han hallado tres personas: un rey, su esposa y su hija, cada uno acompañado de sus respectivos ajuares. En opinión de Almagro y Arribas, del mismo modo que las tumbas de cámara, los tholoi micénicos también habrían funcionado como sepulcros familiares. En este sentido, dicen estos autores, parece evidente que estas tumbas fueron construidas para los reyes y sus familias, siendo la versión monumental al servicio de la realeza de las sepulturas de cámara anteriormente descritas, que serían la continuación de los sepulcros de pozo del Heládico Medio, que, a su vez, representarían la superación de las sepulturas de hoyo y cista más simples. Estaríamos, pues, ante una evolución de carácter local a la que tendríamos que añadir, no obstante, el elemento cretense, y es que, como hemos señalado más arriba, los sepulcros micénicos serían el resultado de la mezcla de dos tradiciones: los tholoi de Creta y las sepulturas subterráneas -hoyos, cistas, pozos y cámaras- desarrolladas en la propia Micenas.



En resumen, los sepulcros de corredor y cámara, tanto en forma de cueva artificial como de tholos, fueron frecuentes, en un primer momento, en Creta, las Cícladas y Chipre, pasando más tarde a la zona continental con la penetración de las influencias insulares, para, finalmente, dar paso a los tipos de sepulturas colectivas más monumentales en la región de la Argólida como consecuencia de la influencia cretense durante el Heládico Medio y Último. Desde el punto de vista del desarrollo histórico, siguiendo a Wace, Almagro y Arribas sostienen que en Micenas, después de la llamada “Dinastía de las Tumbas de Pozo”, relacionada con la Dinastía XVII de Egipto (1600-1500 a.n.e.), surgió la denominada “Dinastía de las Tumbas de Tholos”, cuyo desarrollo coincidiría con un profundo cambio cultural que se habría producido en Micenas como consecuencia de la llegada de influencias cretenses, un cambio cultural que desde el punto de vista de la arquitectura funeraria se vería reflejado en la introducción de las estructuras monumentales tipo tholos, que estarían reservadas al enterramiento de los reyes y sus familiares, mientras que el destino de aquellas gentes que habitaban fuera de la ciudadela real serían las tumbas de cámara ubicadas en las colinas circundantes. Más tarde, durante la época de pleno florecimiento de Micenas (1400-1150 a.n.e.), la ciudadela experimentaría un importante crecimiento, siendo éste el momento en el que se construyen las grandes tumbas de la fase/grupo III, destacando de manera especial la de Atreo o Agamenón.

Así pues, resulta evidente que es en Micenas donde las tumbas tipo tholos alcanzan su máximo esplendor. Sin embargo, debemos tener presente que, en realidad, estas sepulturas estuvieron difundidas por toda la Grecia continental, teniendo una especial preeminencia en la región de Mesenia, en el Peloponeso, donde tempranamente, hacia el año 1600 a.n.e., llegaría una primera corriente colonizadora desde Creta, introduciendo la sepultura colectiva tipo tholos. En este sentido, un ejemplo de esta temprana difusión sería el sepulcro de Koryphasion en Pylos, donde se ha hallado cerámica del tipo cretense -original o de imitación- que se ha fechado hacia el año 1600 a.n.e., es decir, un siglo antes de la aparición de los primeros tholoi micénicos.

Estos sepulcros del Peloponeso serían, por lo tanto, los precedentes inmediatos de las sepulturas monumentales de Micenas y, según Almagro y Arribas, paralelos exactos de las grandes tumbas que encontramos en el Mediterráneo occidental, que desde Creta y otras islas del Egeo habrían llegado a la península Ibérica acompañadas de diversos elementos culturales y étnicos que darían paso a la aparición de los primeros centros megalíticos gracias al impulso del comercio y a la búsqueda de metales. En este sentido, parece evidente, dicen estos autores, que primero llegaron a este ámbito occidental las sepulturas colectivas de corredor excavado en la roca, que desde Creta y las islas egeas alcanzaron la Grecia continental, Malta, Sicilia, Córcega y las islas Baleares, y ya en un momento posterior se habría producido la llegada de las estructuras tipo tholos, que habrían pasado directamente del Egeo a Iberia, donde llegarían hacia el año 2000 a.n.e., incluso antes que a la Grecia continental, que es donde se desarrolla la civilización micénica, que empieza a construir sus primeros tholoi hacia el año 1500 a.n.e. Esta supuesta antigüedad de las tholoi occidentales bastó a Stuart Piggott para hablar de una

influencia de Almería sobre Micenas en la aparición de tales estructuras. Sin embargo, Almagro y Arribas han rechazado tal hipótesis exponiendo toda una serie de evidencias cronológicas que han constatado en Malta, Sicilia, sur de Italia, Córcega, Cerdeña y las islas Baleares que, en su opinión, probarían la expansión del megalitismo desde el ámbito oriental.

Así pues, la primera parada en la difusión de esta cultura megalítica hacia Occidente habría sido Malta, donde, como consecuencia de estas influencias orientales, surgiría la brillante cultura maltesa como una rama particular dentro del fenómeno cultural megalítico, pero de gran independencia en su desarrollo y evolución, como también lo fueron las culturas megalíticas de Cerdeña, Menorca o Mallorca.

Desde el punto de vista de la arquitectura funeraria, en esta isla solamente encontramos sepulcros colectivos en cuevas artificiales y cuevas naturales más o menos acondicionadas, dándose una ausencia absoluta de estructuras tipo tholos. Los constructores de estas tumbas pronto empezaron a edificar los primeros templos megalíticos de la isla, cuyos ábsides buscaban imitar, precisamente, la estructura de esas sepulturas en cuevas. En este sentido, es importante señalar que la arquitectura megalítica maltesa estuvo basada en la proyección al exterior de sus propias construcciones subterráneas.

Por último, en lo que se refiere a su cronología, los sepulcros colectivos en cuevas artificiales llegarían a Malta, como aportación étnica procedente del Egeo, hacia el año 2500 a.n.e., desarrollándose de manera continua hasta el 1500 a.n.e., momento en el que se produce el colapso de esta cultura.

En Sicilia, por su parte, nos volvemos a encontrar sepulturas colectivas excavadas en la roca, dándose también aquí una ausencia de estructuras tipo tholos. Además, en esta isla tampoco encontramos templos megalíticos como los de Malta. Las primeras de esas tumbas colectivas datarían del período correspondiente al grupo cultural de San Cono-Piano Notaro, lo que, según Almagro y Arribas, sería una clara evidencia de la presencia de la cultura megalítica en esta zona en unos momentos muy tempranos.

Con el paso del tiempo comenzarían a aparecer en Sicilia sepulcros de corredor en cuevas artificiales formando complejas necrópolis, desarrollados por la cultura de la Conca d'Oro en la zona occidental de la isla entre 2100-1550 a.n.e., por la de Villafraati-Moarda entre 1700-1500 a.n.e. y por la de Castelluccio en la parte oriental de Sicilia entre 1850-1450 a.n.e. A partir de este momento de mediados del II milenio a.n.e, se iniciaría el período correspondiente a los grupos culturales de Thapsos y Cozzo del Pantano, que se caracterizan por los enterramientos en tinajas, aunque las cuevas artificiales seguirían utilizándose hasta la penetración en la isla de los pueblos incineradores itálicos.

También en el sur de Italia se han constatado círculos culturales de influencia egea que habrían provocado la aparición de dos grupos dolméricos distintos, el de Otranto y el de Bari-Taranto, correspondientes ambos al Heládico Medio (2000-1600 a.n.e.). Desde el

punto de vista arquitectónico, en esta zona se han hallado, además, numerosos enterramientos en cuevas artificiales que, según Almagro y Arribas, perdurarían hasta una época muy avanzada.

De esta manera, vemos como en todo el ámbito del Mediterráneo central se generaliza un mismo tipo de ritual funerario con una particular forma de enterramiento colectivo que permite precisar una visión de conjunto en la que estos elementos culturales se relacionan con otros hallados en el Mediterráneo occidental, donde la unidad del fenómeno megalítico queda rota ante la personal evolución que éste experimenta en cada una de las zonas a las que llega. No obstante, dicen Almagro y Arribas, su mismo origen resulta más que evidente, a pesar de las diferencias y particularismos que se puede observar entre los distintos territorios.

En lo que se refiere a las islas de Cerdeña y Córcega, en opinión de estos autores, sus primeros pobladores fueron, precisamente, estas gentes procedentes del Mediterráneo oriental. Así, en Cerdeña, además de las nuragas, que tanto recuerdan a los fuertes de los Millares y Vila Nova de Sao Pedro, encontramos tumbas muy similares a las del ámbito egeo, las más antiguas de las cuales son una serie de cuevas artificiales simples en las que se han hallado pequeñas estatuillas de mármol del tipo cicládico y vasos cerámicos relacionados con formas egeas que pondrían directamente en relación a esta isla con el Mediterráneo oriental hacia el año 2000 a.n.e., que es cuando estos objetos han sido fechados.

Con el paso del tiempo, en esta isla empezarían a construirse estructuras subterráneas más complejas basadas en cámaras conectadas por corredores. Estas sepulturas sardas y su particular arquitectura se desarrollarían, según Almagro y Arribas, a lo largo del II y I milenios a.n.e., hasta la conquista de la isla por parte de púnicos y romanos. En cuanto a los monumentos megalíticos de Córcega, tendrían sus paralelos más cercanos, como no podría ser de otra manera, en las propias nuragas sardas. No obstante, también en esta isla la cultura megalítica experimentaría un desarrollo particular e independiente.

Del mismo modo que en Córcega y Cerdeña, los primeros colonizadores de las islas Baleares también parecen haber sido estos difusores del megalitismo, quienes habrían poblado Mallorca y Menorca hacia el año 1500 a.n.e., excavando en la roca sepulturas de corredor y cámara, a veces recubiertas por túmulos formados por hiladas circulares superpuestas que recuerdan a las nuragas sardas y a los tholoi de los Millares. Por otra parte, en Menorca, se han conservado verdaderas necrópolis en cuevas artificiales muy similares a las de Sicilia. De esta manera, según Almagro y Arribas, resulta evidente que la estructura de estos enterramientos baleáricos deriva de las sepulturas colectivas mediterráneas que se extienden desde el Egeo hasta Sicilia, donde hallamos los sepulcros en cuevas artificiales más parecidos a los de la península Ibérica y las islas Baleares. Con el paso del tiempo, las estructuras funerarias talayóticas se volverían más toscas y menos cuidadas. No obstante, el ritual de las inhumaciones colectivas en cuevas continuaría desarrollándose hasta el final de la cultura talayótica en el año 123

a.n.e., cuando se produce la colonización romana con la fundación de Pollentia y Palmaria.

Así es como llegamos a la última parada de nuestro recorrido, la península Ibérica, con el sureste peninsular como primera zona a la que habrían llegado estas gentes civilizadoras procedentes del Mediterráneo oriental y donde más profundamente arraigarían sus aportaciones arquitectónicas, tanto urbanas como funerarias. Así lo ponen de manifiesto diversos poblados de este ámbito, como los Millares o Almizaraque, cuyas casas, fortificaciones y sepulcros nos ponen directamente en relación, según Almagro y Arribas, con el mundo egeo. Desde el punto de vista cronológico, dado que estas evidencias arquitectónicas tendrían su origen en Oriente, necesariamente tendríamos que ubicar esta colonización de la península Ibérica en una fecha posterior a la establecida para la aparición de tales estructuras en el ámbito oriental. De esta manera, estos autores han colocado el inicio del horizonte Millares hacia el año 2000 a.n.e., una cronología que, en su opinión, quedaría confirmada por una serie de objetos ajuares hallados en distintos poblados y necrópolis del Bronce I hispánico. (Almagro y Arribas 1963, 214-230)

#### *2.2.4.3. Los objetos de ajuar del Bronce I hispánico como dato cronológico*

Así pues, Almagro y Arribas consideran que también los objetos de ajuar encontrados en algunas tumbas y asentamientos del Bronce I peninsular nos pueden ayudar a establecer una fecha más exacta para el horizonte Millares, además de confirmarnos su origen oriental. En este sentido, el primer grupo de evidencias materiales abordado por estos autores es el de las cerámicas pintadas. Los pocos vasos que se han encontrado presentan una mala conservación y solamente algunos mantienen su decoración pintada. Además, su filiación resulta muy difícil, siendo comparados por estos autores con una serie de recipientes cretenses del Minoico Antiguo III (2200-2000 a.n.e.) y Minoico Medio I (2000-1800 a.n.e.). Cada una de las cerámicas halladas tiene sus particularidades, pero todas presentan una estructura y técnica de elaboración muy similares, a pesar de no ser sincrónicas, y han sido consideradas bienes de importación, lo que tampoco es seguro, pues son piezas de un arte pobre que se correspondería más con un desarrollo de carácter local.

La gran mayoría de estas cerámicas han sido halladas en la necrópolis de los Millares, en sepulcros de corredor de comienzos del Bronce I, y parece que no se desarrollaron mucho más allá de este ámbito sudoriental, pues todas ellas han sido encontradas en la región de Almería, y nada tienen que ver con otros fragmentos de cerámica pintada hallados en el interior peninsular, que presentan una decoración a base de líneas rectas rojizas, mientras que las cerámicas sudorientales se caracterizan por la plasmación de motivos claros sobre fondos oscuros, una técnica que también se empleó en Creta en la transición del III al II milenio a.n.e., es decir, alrededor del año 2000 a.n.e., siendo más propia del Minoico Antiguo III que del Minoico Medio I. Del mismo modo, Almagro y Arribas también han relacionado estos vasos con algunos hallazgos egeos que miran más hacia Anatolia, como es el caso de una serie de fragmentos encontrados en Agio

Gala y Kalymnos, que estos autores consideran “hermanos de los hallazgos españoles” por su forma y decoración, basada en motivos lineales pintados (figs. 17 y 18).

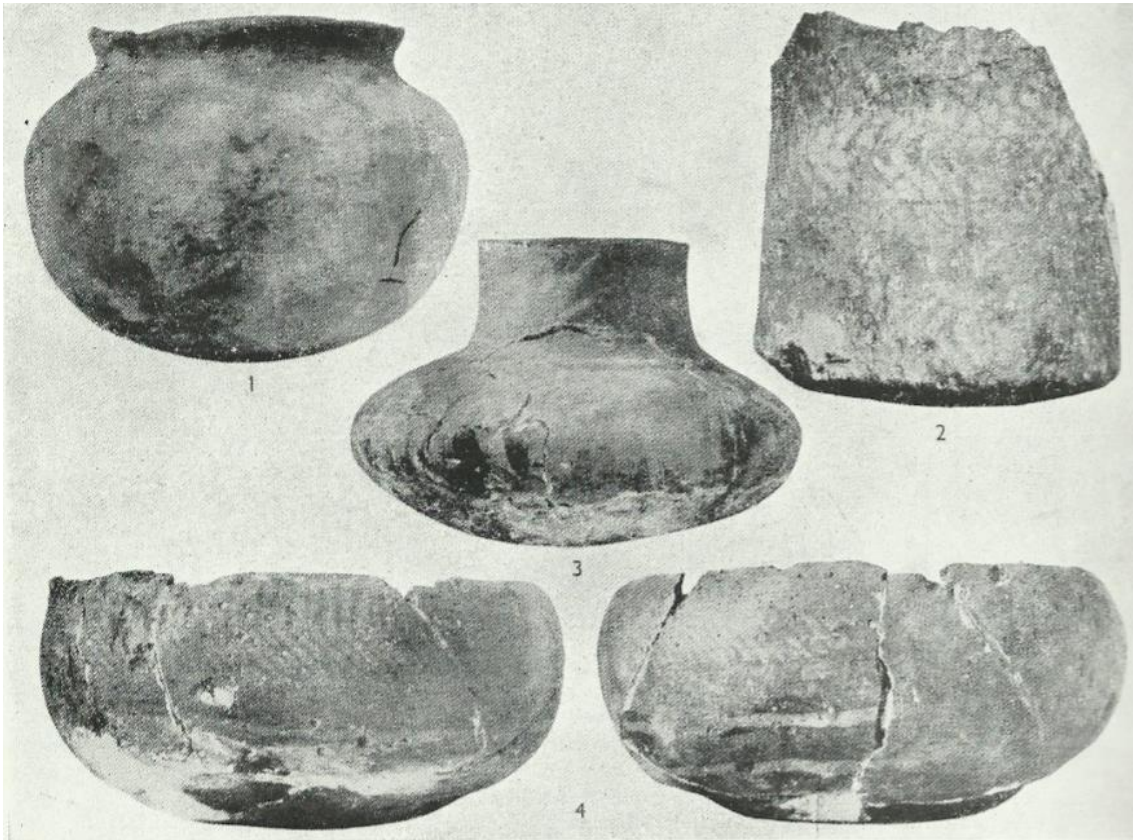


Fig. 17. Cerámica pintada del Bronce I hispánico. Imagen tomada de Almagro y Arribas 1963, lámina 187.

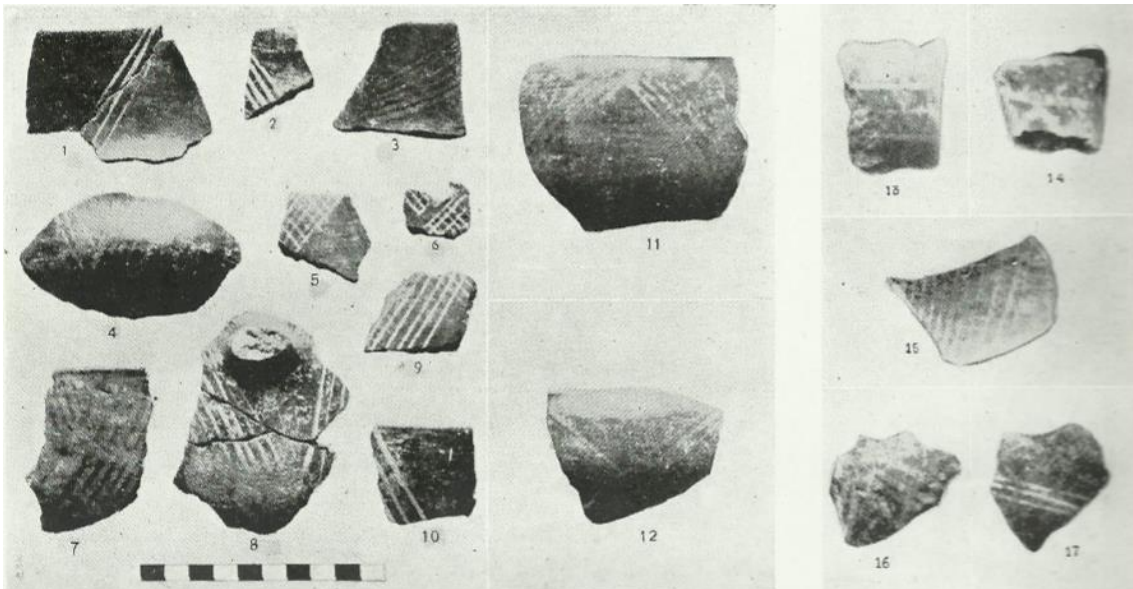


Fig. 18. Cerámica pintada de Agio Gala (1-10) y Kalymnos (11-16). Imagen tomada de Almagro y Arribas 1963, lámina 187.

Desde el punto de vista cronológico, siguiendo a A. S. Mellaart, estos autores han fechado esta cerámica egeo-anatólica hacia el año 2500 a.n.e., llegando a la península

Ibérica hacia el año 2000-1800 a.n.e., una fecha atribuida en base a su hallazgo en los sepulcros de corredor más simples y antiguos de comienzos del Bronce I. Las diferencias que se pueden observar entre las cerámicas de ambos territorios quedarían explicadas por el hecho de que las occidentales no serían importaciones directas de los centros egeo-anatólicos, sino más bien de los cicládicos-cretenses, que habrían actuado como intermediarios.

Otro tipo de cerámica que permitió a estos autores relacionar la península Ibérica con Oriente durante este período del Bronce I fue la denominada cerámica almagra, a veces decorada con líneas incisas en zigzag rellenas de pasta blanca. Esta cerámica aparece raramente en los poblados del Bronce I peninsular y, en opinión de Almagro y Arribas, procedería del Mediterráneo oriental, donde la encontramos en diversos yacimientos de Anatolia, Siria y Palestina con fechas de entre 2300 y 2100 a.n.e. Más tarde, estos recipientes cerámicos pasarían a Byblos y Chipre, donde los encontramos en la necrópolis de Vounous-Bellapais. Precisamente, con las cerámicas de esta necrópolis chipriota se han comparado los más típicos y mejor conservados vasos españoles de este estilo, que desde el sureste se habrían propagado hacia el interior peninsular (fig. 19). En lo que se refiere a su cronología, Almagro y Arribas han fechado estas cerámicas occidentales en un momento posterior al año 2000 a.n.e., siempre ligadas a elementos chipriotas, como una serie de ídolos placa también hallados en esa necrópolis de Vounous-Bellapais<sup>2</sup>.

En cualquier caso, las dataciones radiocarbónicas han contribuido a descartar el origen oriental de este tipo de cerámicas. En este sentido, en la Cueva de los Murciélagos (Zuheros, Córdoba) se han obtenido una serie de fechas de C14 correspondientes al Neolítico Medio que han fijado la ocupación del asentamiento y la cerámica almagra aquí presente en la segunda mitad del V milenio a.n.e. Del mismo modo, se han encontrado recipientes de este tipo en contextos del Neolítico Antiguo de Nerja (Málaga), Cueva de la Dehesilla (Cádiz) y Cueva Chica de Santiago (Sevilla), con cronologías absolutas que nos llevan hasta el VI milenio a.n.e. Estos ejemplos vendrían a confirmar que la cerámica almagra apareció por primera vez en la península Ibérica 3000 años antes que en el ámbito oriental, siendo un tipo más de las cerámicas producidas en el sur de España entre el VI y III milenios a.n.e. (Chapman 1991, 68-70)

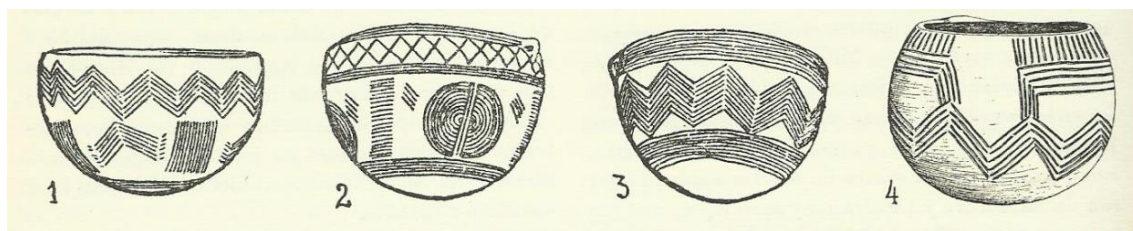


Fig. 19. Cerámica a la almagra de Vounous-Bellapais en Chipre (1-3) y en la Cueva de los Murciélagos en Córdoba (4). Imagen tomada de Almagro y Arribas 1963, 234.

<sup>2</sup> Serían los mismos ídolos que hemos visto en el apartado dedicado al modelo interpretativo de Luis Siret.



A estos datos relacionados con la cerámica pintada y almagra habría que añadir una tercera evidencia consistente en un particular tipo de asa con un pedicelo saliente hacia arriba hallada en el yacimiento neolítico de la cueva de la Zarza, en Valencia (fig. 20.1.), cuyos mejores paralelos los podemos encontrar, según Almagro y Arribas, en algunos vasos egeos, como los de Kalymnos y otros yacimientos del Heládico Medio (2000 a.n.e.) (figs. 20.2 y 20.3.). Formas intermedias entre las asas de ambos territorios serían las constatadas en algunos recipientes de las islas Eolias (figs. 20.5 y 20.6) y en la cueva de Chateaufneuf les Martigues, cerca de Marsella (fig. 20.4.). En cualquier caso, la única información relevante que nos aporta el hallazgo de este tipo de asas es que, al aparecer en un yacimiento neolítico, según Almagro y Arribas, nos permite ubicar el final de este período en la península Ibérica a finales del III milenio a.n.e., que es cuando las gentes orientales las habrían traído, dando comienzo al Bronce I hispánico. Sin embargo, del mismo modo que en el caso de la cerámica almagra, las fechas radiocarbónicas han demostrado que los ejemplares peninsulares de este tipo de asas son, en realidad, más antiguos que los orientales, siendo prueba de ello las dataciones obtenidas en la Cueva de la Dehesilla, donde los niveles correspondientes al Neolítico Antiguo, que es donde encontramos este tipo de asas, se han fechado en el VI milenio a.n.e. (Chapman 1991, 70-71)

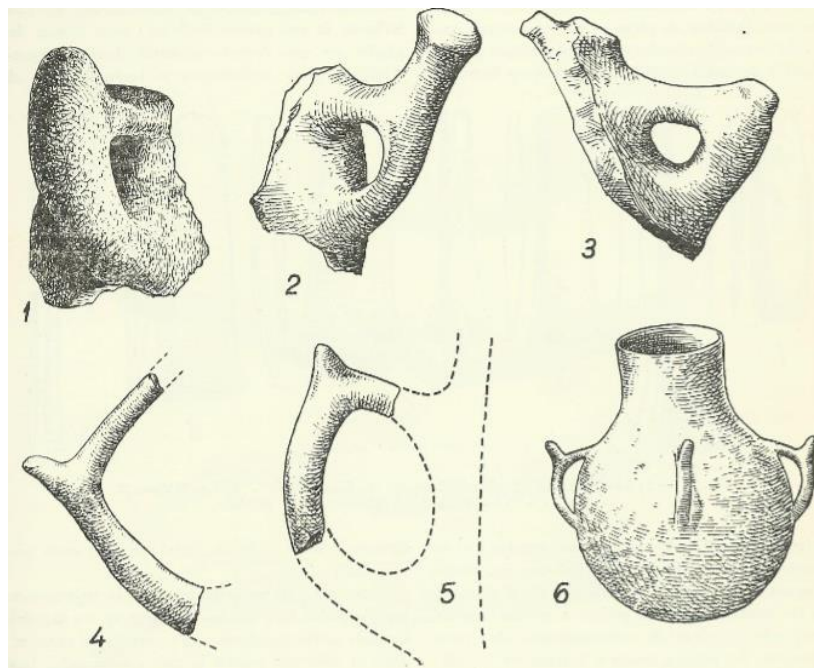


Fig. 20. Asas de pedicelo alto de la cueva de la Zarza (1), Kalymnos (2 y 3), Chateaufneuf les Martigues (4) e islas Eolias (5 y 6). Imagen tomada de Almagro y Arribas 1963, 235.

Ya fuera del ámbito cerámico, otro elemento que nos puede ayudar a establecer una cronología más exacta para el horizonte Millares, poniéndolo en contacto con el Mediterráneo oriental, es un tipo de hacha paralelográfica, alargada, estrecha, con el corte ligeramente convexo y la base chata, que aparece con bastante frecuencia en la necrópolis de los Millares y otros poblados del Bronce I peninsular, en sepulturas tipo tholos de planta simple, acompañadas, además, de ajuares bastante antiguos. Con el

paso del tiempo este tipo de hachas evolucionarían, volviéndose más cortas, con la boca más convexa y la base más delgada. Almagro y Arribas han situado su origen en el ámbito egeo, en Troya, Sesklo y Siros, con una cronología que se remontaría a Troya II, es decir, anteriores al año 2000 a.n.e. En el caso de la península Ibérica, estos autores les han atribuido una fecha no muy exacta posterior al 2000 a.n.e. (fig. 21).

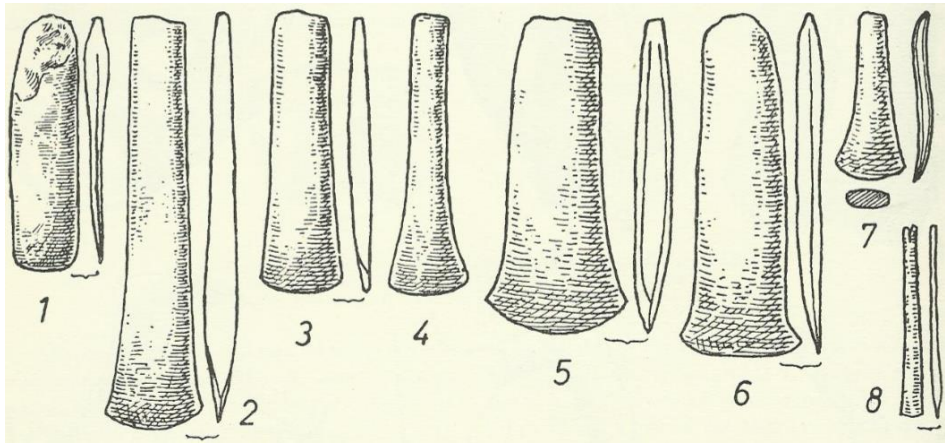


Fig. 21. Hachas halladas en los poblados del Bronce I peninsular: 1-4. Los Millares, 5-6. Fonelas, 7. Alcalar, 8. Gandul. Imagen tomada de Almagro y Arribas 1963, 236.

En la tumba 40 de los Millares se ha encontrado un cuchillo de cobre de hoja curva muy similar a otros hallados en los yacimientos portugueses de Vila Nova de Sao Pedro, Chibannes y Rotura, que permitirían establecer una relación directa entre la península Ibérica y Egipto, pues tales cuchillos serían similares, según F. Petrie, a los de la Dinastía XII, con una cronología que también nos ubicaría en fechas cercanas al 2000 a.n.e. (fig. 22).

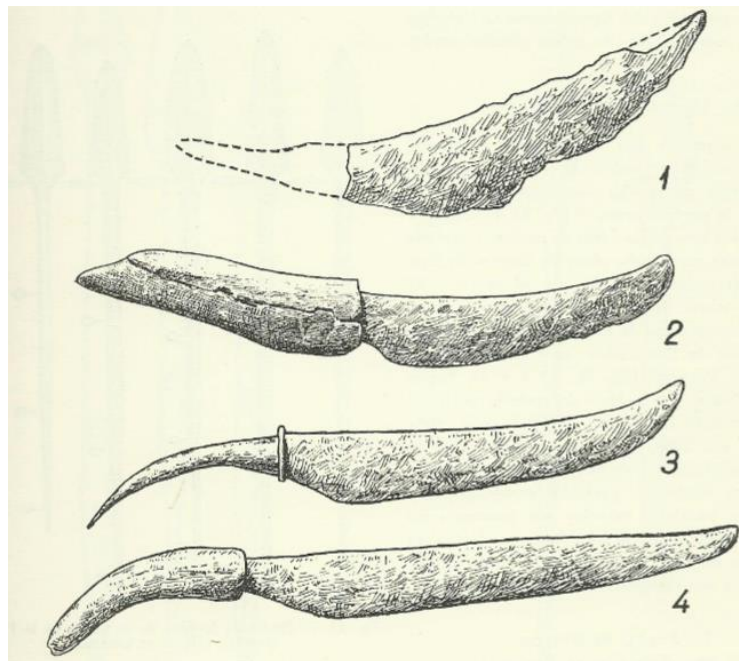


Fig. 22. Cuchillos de hoja curva de los Millares (1), Vila Nova de Sao Pedro (2), Chibannes (3) y Rotura (4). Imagen tomada de Almagro y Arribas 1963, 237.



Otro dato de relevante interés cronológico y cultural nos lo ofrecen una serie de puntas de jabalina halladas en el famoso Dolmen de la Pastora, que es un gran sepulcro de corredor y falsa cúpula ubicado en el término municipal de Valencina de la Concepción, en Sevilla. Estas puntas presentan una hoja foliácea, un nervio central poco acusado y un largo pedicelo redondo que ofrece un abultamiento en su tercio inferior, pasando a partir de allí a ser cuadrado y al final puntiagudo, como se puede observar en la figura 23. En opinión de Almagro y Arribas, estas puntas de jabalina tendrían un origen claramente oriental y sus paralelos más directos estarían en Asia Menor, concretamente en Palestina, con una cronología cuyo antigüedad máxima se remonta al 2200-2100 a.n.e., llegando a la península Ibérica hacia el año 2000 a.n.e. No obstante, estas puntas del Dolmen de la Pastora tendrían una cronología posterior, con fechas de entre 1800 y 1600 a.n.e., pues a diferencia de las orientales, realizadas únicamente en cobre, las puntas de Valencina están hechas a partir de una aleación de cobre y arsénico, lo que sugiere una menor antigüedad (fig. 23)

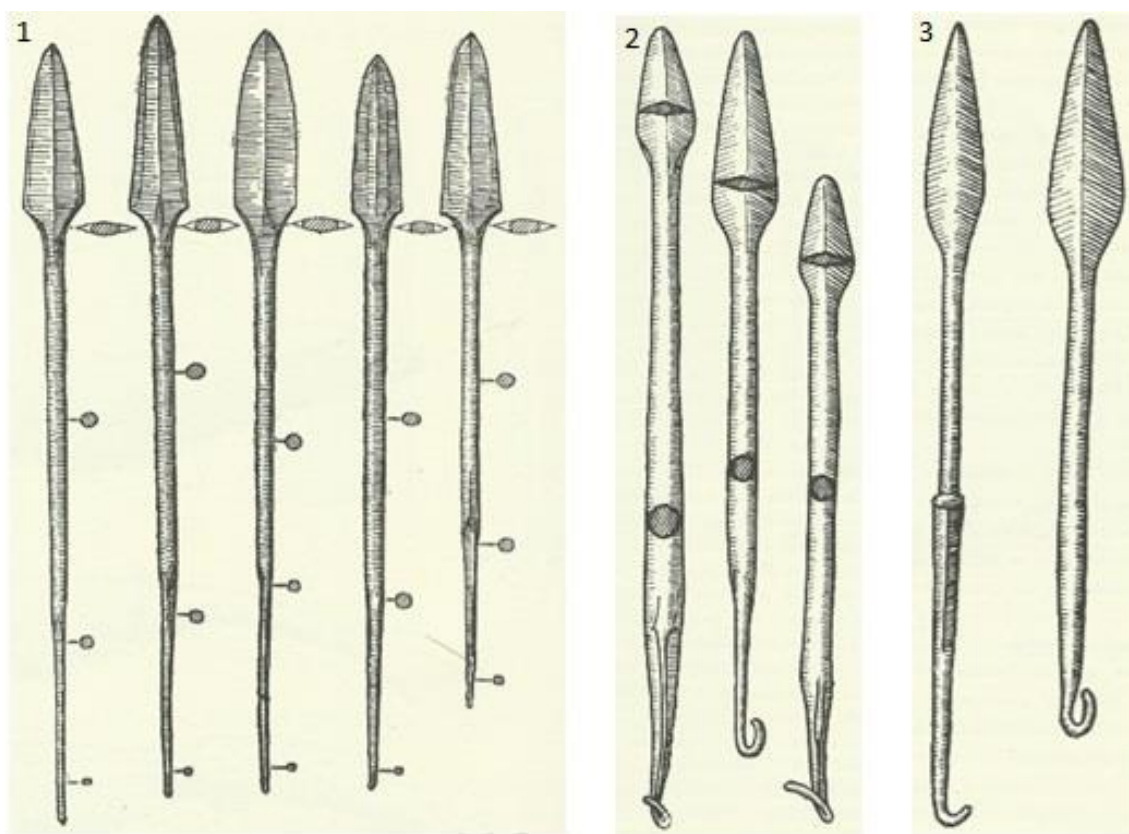


Fig. 23. Puntas de jabalina: 1. Dolmen de la Pastora, 2. Tell el Dweir (Palestina), y 3. Tell el Ajjul (Palestina). Imagen tomada de Almagro y Arribas 1963, 239.

Desde el punto de vista de los exvotos religiosos, en tres poblados del Bronce I peninsular -Almizaraque, los Millares (tumba 12) y la cueva artificial de Alapraia II (Estoril)- se han hallado una serie de sandalias votivas realizadas en marfil, cuyos paralelos más directos han sido constatados por los Leisner en Egipto, en la necrópolis de Kerma, con una cronología idéntica a la de los cuchillos de cobre más arriba analizados, es decir, dentro del período correspondiente a la Dinastía XII (c. 2000 a.n.e.). De esta manera, estas piezas votivas permitirían relacionar, nuevamente, la

península Ibérica con Egipto, de donde podría proceder el marfil que encontramos en distintos yacimientos del sur peninsular. En lo que se refiere a su cronología, Almagro y Arribas han fechado estas sandalias hispánicas entre el 1800 y 1600 a.n.e., pues así lo aconseja la mayoría de objetos materiales que las acompañan.

Un segundo tipo de exvotos religiosos hallados en la península Ibérica que también nos pondría en relación con Egipto son dos hachas realizadas en marfil, en forma de segmento de círculo, encontradas en las tumbas 5 y 7 de los Millares, que presentan en la base 7 y 9 agujeros, respectivamente (figs. 24.1 y 24.2). Los Leisner han relacionado estas piezas -de manera acertada, según Almagro y Arribas- con un tipo de hacha de combate que fue utilizada en Egipto durante el período enmarcado entre la Dinastía VI y la Dinastía XII. En este sentido, Almagro y Arribas señalan que hachas similares aparecen ya representadas en algunos relieves hallados en tumbas que datan del período correspondiente a las Dinastías V y VI, como la de Inti, personaje destacado de Herakleópolis, o la del rey Sahuré, donde dichas armas aparecen plasmadas en manos de los dioses. En lo que se refiere a la cronología de las piezas peninsulares, en base al número de agujeros que presentan, los Leisner las han fechado entre las Dinastías IX y X, es decir, entre el 2500 y 2080 a.n.e.

Como se puede observar en la figura 24.3, las más antiguas de estas hachas egipcias eran alargadas, con pequeños apéndices laterales, la base ligeramente cóncava y presentaban de 2 a 4 agujeros. Más tarde, durante el período correspondiente a las dinastías IX y X es cuando hallamos los paralelos más próximos a las de la península Ibérica, con la base recta y agujeros de 5 a 9. Otros ejemplares posteriores, de las Dinastías XI y XII, ya muy diferentes, permitirían ubicar

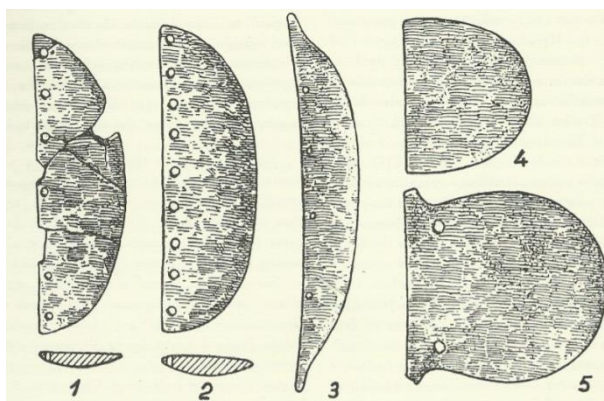


Fig. 24. Hachas de segmento de círculo de los Millares (1 y 2) y de Egipto: Imperio Medio (3) e Imperio Nuevo (4 y 5). Imagen tomada de Almagro y Arribas 1963, 241.

la fecha concreta de las hachas egipcias similares a las peninsulares entre el 2500 y 2080 a.n.e. En este sentido, Almagro y Arribas las fechan, para ser más exactos, entre el 2150 y 2080 a.n.e., durante los reinados de los faraones Achthoses II y Merikaré, que es cuando hallamos las formas más parecidas a las de la península Ibérica. Con el paso del tiempo, estas hachas egipcias evolucionarían cada vez más, como se puede observar en las figuras 24.4 y 24.5, correspondientes ambas a tipos de hachas ya del Imperio Nuevo.

Fuera ya del ámbito religioso/votivo, de gran relevancia son dos conteras de puñal con forma de casquete esférico y cuello corto, realizadas en marfil, halladas en la tumba de 12 de los Millares y en la galería cubierta de Nora (Algarve, Portugal) (figs. 25.8 y 25.9). Ambas conteras están decoradas con líneas incisas en zigzag, y un paralelo evidente de las mismas ha sido constatado por Almagro y Arribas en la tumba IX de la Necrópolis de Monte Sallia, en Sicilia, que dataría del Heládico Medio, a juzgar por el

hallazgo de un vaso de esta época en la tumba I de la misma necrópolis. Esta contera siciliana, no obstante, está realizada en hueso, no en marfil (fig. 25.7). Otra pieza similar ha sido hallada en una tumba de pozo de Micenas perteneciente a un momento de transición entre el Heládico Medio y el Heládico Último, hacia el año 2000 a.n.e. Finalmente, quedarían por mencionar las conteras de los puñales de las tumbas del Tesoro IV y V de Micenas, que datarían del Heládico Último I, hacia el año 1600 a.n.e. (figs. 26 y 27). Se trata de las mismas sepulturas en las que se han hallado las famosas puntas de flecha de base cóncava y talla bifacial idénticas a las de la península Ibérica (fig. 28), todo lo cual sugiere unas evidentes relaciones entre ambos territorios durante este período, siendo los objetos peninsulares importados desde el Mediterráneo oriental.

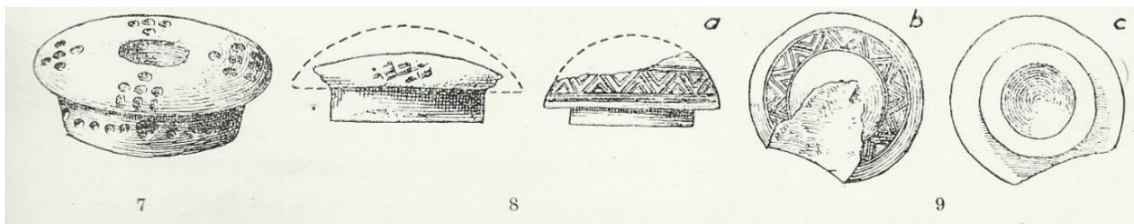


Fig. 25. Conteras de puñal de Sicilia (7), los Millares (8) y Nora (9). Imagen tomada de Almagro y Arribas 1963, 457.



Fig. 26. Conteras de puñal de alabastro halladas en la Tumba del Tesoro IV de Micenas. Imagen tomada de Almagro y Arribas 1963, 457.

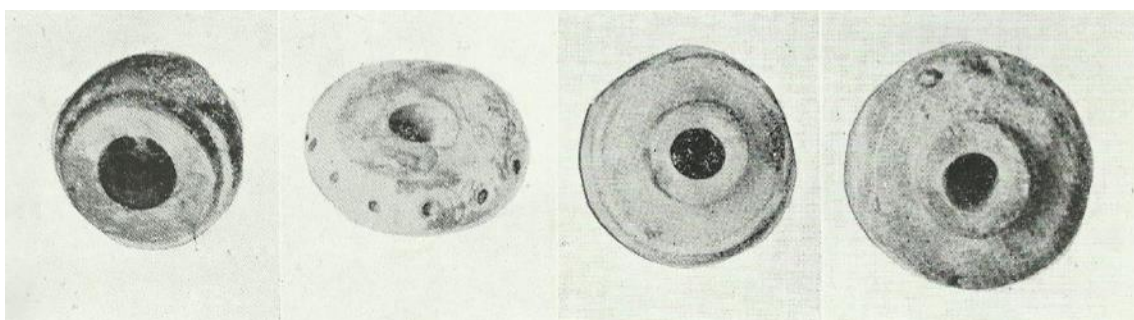


Fig. 27. Conteras de puñal de alabastro halladas en la Tumba del Tesoro V de Micenas. Imagen tomada de Almagro y Arribas 1963, 457.



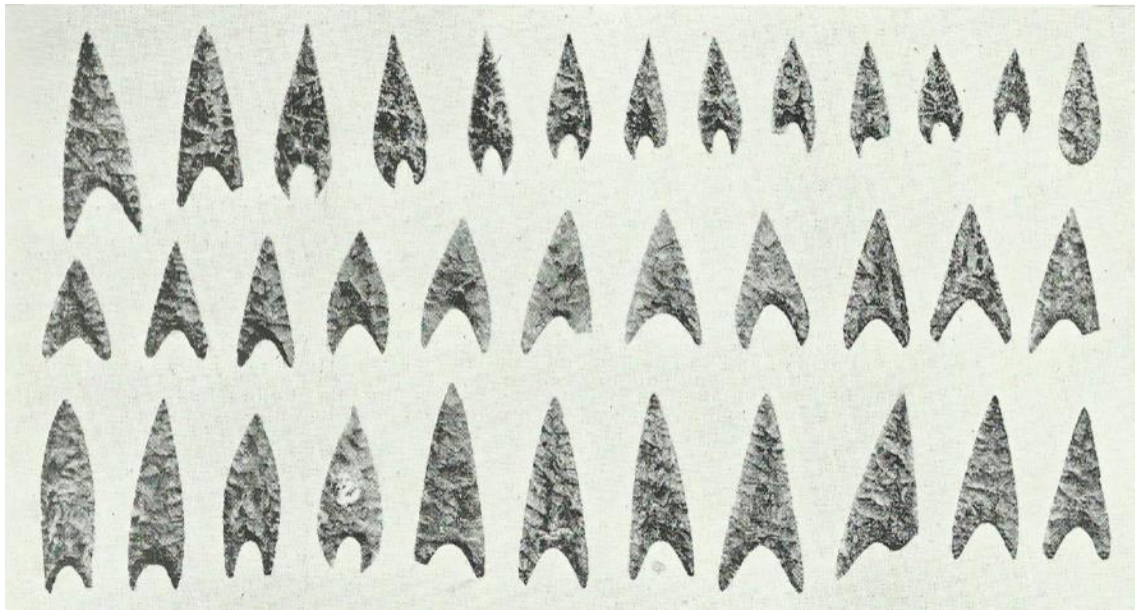


Fig. 28 Puntas de flecha micénicas idénticas a las del Bronce I hispánico. Imagen tomada de Almagro y Arribas 1963, 457.

Finalmente, el último grupo de ajuares peninsulares abordado por estos autores en su análisis comparativo entre Oriente y Occidente es el de los ídolos, que dividen en 5 grupos o tipos:

- I. Tipo I: ídolos planos compuestos por una placa caliza de forma oval, que tiene paralelos directos en el Egeo. Presentan una estructura casi paralelográfica y un estrangulamiento en la parte superior como señalando la cabeza. En lo que se refiere a su distribución peninsular, solamente aparecen en el sudeste, habiéndose hallado ejemplares de los mismos en el Arteal, el Garcel (x2) y en la tumba 62 de los Millares.
- II. Tipo II: Almagro y Arribas los denominan ídolos “troyano-cicládicos” y son los más cercanos a los del Egeo. Son ídolos antropomórficos que por su dispersión en el ámbito surpeninsular, por el ajuar que los acompaña y el tipo de tumbas en las que aparecen, han sido considerados los más antiguos de Iberia; datarían de comienzos del horizonte Millares. De ellos derivarían los otros tipos, que también pudieron haber llegado más o menos formados desde el Mediterráneo oriental. Desde el punto de vista cronológico, estos ídolos no han permitido la elaboración de una secuencia tipológica clara, pues en el ámbito egeo apenas sufren variaciones con el paso de los siglos; desde Troya I hasta Troya IV vemos los mismos tipos simples.
- III. Tipo III: los autores reúnen en este grupo los betilos y cilindros del Occidente peninsular, para los que establecen como paralelo directo el tipo de ídolo troyano núm. 7 de Blegen. Sin embargo, esta pieza única ha llegado hasta nosotros sin una situación estratigráfica clara, por lo que tampoco nos aporta información cronológica relevante.
- IV. Tipo IV: ídolo femenino. Este cuarto grupo está representado por una figurita femenina hallada en Almizaraque, en la que aparece señalado el sexo mediante

un triángulo relleno de puntos. Se trata de la misma venus que hemos analizado en el apartado dedicado a Luis Siret (figs. 5.1 - 5.2). Almagro y Arribas sostienen que se puede establecer paralelos de este ídolo en el área crético-cicládica. Sin embargo, este hallazgo tampoco nos aporta gran información desde el punto de vista cronológico, pues al igual que los ídolos del tipo II, tanto en los estratos de Troya I-IV como en las islas del Egeo, estos ídolos muestran una evolución mínima, que impide la elaboración de cualquier tipo de secuencia cronológica.

- V. Tipo V: en este grupo se incluyen los llamados ‘ídolos placa’, la mayoría de los cuales aparece en la zona occidental, aunque también los encontramos en los Millares, tanto decorados con una clara estilización de la cara -tumba 12 y 40- como sin decorar -tumba 8-. Como hemos visto en el apartado dedicado a Luis Siret, el origen de estos ídolos ha sido ubicado en Chipre, donde encontramos exvotos similares con una cronología que ronda el 2000 a.n.e. En consecuencia, desde el punto de vista cronológico, habría que ubicar estos ídolos peninsulares en un momento posterior. En este sentido, Almagro y Arribas consideran que los ídolos placa del sudeste peninsular funcionaron como precedentes de los occidentales, que serían más modernos. Con el paso del tiempo, estos ídolos evolucionarían adquiriendo decoraciones cada vez más ricas y complejas. (Almagro y Arribas 1963, 230-249)

En su artículo *Colonialism and Megalithism* (1967), Colin Renfrew criticó estas comparaciones entre los ídolos de ambos territorios, y distintas fechas radiocarbónicas obtenidas sobre todo en yacimientos portugueses terminaron por darle la razón. En este sentido, podemos mencionar, por ejemplo, el sitio arqueológico de Lapa do Bugio (Setúbal), donde se encontraron tres ídolos placa y un ídolo betilo. El análisis de un carbón hallado en una cueva funeraria de este yacimiento proporcionó una fecha cercana al 2900 cal. a.n.e. Fechas idénticas, o similares, se obtuvieron en Lapa do Fumo (Sesimbra) y en Anta Grande da Comenda da Ingreja (Évora). En ambos yacimientos se hallaron ídolos del tipo ‘placa’, aunque los de Anta Grande presentan una fecha ligeramente anterior, cercana al 3235 cal. a.n.e. Estas dataciones portuguesas se aproximan mucho a la del yacimiento español de Papa Uvas, en Huelva, donde se encontraron varios ídolos cilíndricos y, nuevamente, un ídolo placa. Este conjunto de fechas radiocarbónicas nos permiten situar la construcción de estos asentamientos en la primera mitad del IV milenio a.n.e. y fechar los ídolos placa y betilo peninsulares en torno al año 3000 cal. a.n.e., lo que significa que aparecieron mucho antes de lo que se pensaba, siendo anteriores a sus paralelos troyanos y chipriotas.

En lo que se refiere a los ídolos antropomorfos, también se han obtenido varias dataciones radiocarbónicas que confirman su cronología exacta, como en Valencina de la Concepción (Sevilla), donde hallamos un ídolo de este tipo que presenta una fecha cercana al 1960 cal. a.n.e., o en la Pijotilla (Badajoz), donde se ha publicado una datación próxima al 2400 cal. a.n.e. El análisis de estas cronologías sugiere una contemporaneidad entre los ídolos antropomorfos peninsulares y los de Oriente.

Todos estos hallazgos han contribuido a enfatizar la diversidad de ídolos existentes en la península Ibérica, los cuales parece que surgieron hasta mil años antes del período de máximo apogeo de sus paralelos orientales. (Chapman 1991, 81-84)

\*\*\*

Todos estos paralelismos arquitectónicos y materiales entre la península Ibérica y el Mediterráneo oriental han llevado a Martín Almagro y Antonio Arribas a hablar de unas influencias de Oriente sobre Occidente durante este período de la Prehistoria Reciente, unas influencias que habrían tenido como resultado la aparición del horizonte Millares y el inicio del megalitismo en la península Ibérica. No solamente eso, sino que el análisis comparativo de estas similitudes les ha permitido obtener una auténtica cronología para explicar el desarrollo de la Prehistoria Reciente en el sur peninsular. De esta manera, estos autores han ubicado el inicio del Bronce I, que es como ellos denominan al horizonte Millares, hacia el año 2000 a.n.e., cuando estas gentes orientales habrían alcanzado el sudeste de la península Ibérica, llegando al territorio hasta entonces ocupado por la cultura neolítica de Almería. Así es como el fenómeno megalítico habría alcanzado el Mediterráneo extremo-occidental, extendiéndose a partir de aquí por toda la Europa atlántica.

A partir de mediados del II milenio a.n.e., se produciría el surgimiento de la cultura del Argar o Bronce II, que pronto sustituiría en el sudeste peninsular a la cultura de los Millares. No obstante, es preciso señalar, dicen estos autores, que al oeste, por todo el valle del Guadalquivir y hacia Portugal, el Bronce I siguió desarrollándose de manera paralela al Bronce II en el sudeste, es decir, ambos horizontes culturales, los Millares y el Argar, se desarrollarían de manera simultánea.

### **2.3. Valoración crítica y personal**

Lo primero que debemos señalar al respecto de estas tesis orientalistas es que fueron formuladas en un momento muy temprano, cuando la Prehistoria y la Arqueología como disciplinas científicas aún estaban en ciernes, sobre todo en lo que se refiere a la época del primer autor analizado, Luis Siret, quien redacta sus hipótesis a finales del siglo XIX y principios del XX. En este sentido, a la hora de valorar y criticar postulados tan antiguos es necesario tener en cuenta la corriente metodológica imperante en el momento de su redacción, así como las dificultades a las que tuvieron que enfrentarse sus respectivos autores a la hora de formularlos. Luis Siret, por ejemplo, ni siquiera tenía una formación académica de base humanista, sino que era ingeniero de minas, aunque es cierto que tanto él como su hermano se habían formado en un ambiente familiar dedicado a las Bellas Artes, a lo que habría que sumar la relación que ambos mantuvieron con el prehistoriador belga A. Rutot, conservador del Museo de Historia Natural de Bruselas, quien les puso tempranamente en contacto con la Prehistoria y la Arqueología mediante la recolección de sílex y materiales prehistóricos en su tierra natal.

Por otro lado, cuando estas tesis difusionistas fueron formuladas, todavía no se habían desarrollado y explotado de manera sistemática técnicas tan importantes y necesarias hoy en día para la investigación en Prehistoria, como la dendrocronología, la termoluminiscencia o el C14, que permiten la consecución de cronologías absolutas. En el caso concreto de esta última técnica, la del C14, su desarrollo supuso una auténtica revolución, pues su aplicación da como resultado fechas más antiguas a las previamente establecidas a través de las metodologías tradicionales. De esta manera, su uso permitió demostrar que muchas culturas prehistóricas de Europa occidental, teóricamente dependientes de las del Mediterráneo oriental, fueron, en realidad, más antiguas que éstas. Del mismo modo, si el registro arqueológico es abundante, el C14 también permite averiguar la ocupación real que tuvo un determinado asentamiento. Así se descubrió que muchos poblados prehistóricos, cuya ocupación teóricamente había sido muy breve, estuvieron, en realidad, habitados durante muchísimo tiempo. En el caso del yacimiento calcolítico de los Millares, por ejemplo, se habla de una ocupación que habría rondado los 1000 - 1500 años, a lo largo del III milenio a.n.e.

En definitiva, a la hora de analizar teorías de una determinada antigüedad es necesario tener en cuenta, por un lado, la corriente metodológica predominante en el momento de su redacción y, por otro, las dificultades a las que tuvieron que enfrentarse sus respectivos autores para desarrollarlas, siendo una de las más importantes esa ausencia de técnicas de datación precisa, como las que hoy en día permiten la obtención de cronologías absolutas. Dicho esto, vamos a pasar a valorar la interpretación de Luis Siret.

La principal crítica que podemos hacer a esta teoría está relacionada con esa consideración errónea que Siret siempre tuvo de que el motor de los cambios en Occidente durante la Prehistoria Reciente había sido la llegada de influencias orientales, un error que marcará todo su modelo interpretativo. En este sentido, como señalábamos más arriba, cada uno es hijo y heredero de su tiempo, y Siret lo es del difusionismo imperante en estos momentos a nivel continental, por un lado, y del sensacionalismo causado por las excavaciones en el Mediterráneo oriental -Troya, Micenas, Byblos, Tiro-, por otro. A esto, además, habría que sumar la fe ciega que el autor siempre tuvo en la figura de Schliemann y sus hipótesis.

En lo que se refiere al contenido teórico de su interpretación, la primera crítica que podemos hacer está relacionada con la cronología propuesta. Para ello, convendría repasar brevemente, en primer lugar, el esquema cronológico de la Prehistoria Reciente actualmente aceptado para el sureste peninsular, que es la zona que Siret toma como referencia para formular sus hipótesis. Para ello, vamos a analizar las dataciones radiocarbónicas procedentes de diversos yacimientos de este ámbito geográfico, correspondientes a dos grupos culturales diferentes, cada uno de ellos pertenecientes a una fase temporal distinta: la cultura de los Millares de la Edad del Cobre y la del Argar de la Edad del Bronce.

A las dataciones radiocarbónicas procedentes de esta serie de yacimientos calcolíticos-argáricos, habría que sumar las evidencias arqueológicas halladas en otros poblados de la zona tradicionalmente considerados neolíticos de transición al Cobre, como el Garcel o Tres Cabezas, donde Siret definió la controvertida cultura de Almería previa al horizonte Millares. Así, en base a las evidencias arqueológicas halladas en estos yacimientos neolíticos y a las dataciones radiocarbónicas registradas en los calcolíticos-argáricos, podemos afirmar que, en este ámbito peninsular, el Neolítico llegó hasta el año 3400 cal. a.n.e., el Calcolítico tuvo su desarrollo entre los años 3400-2200 cal. a.n.e. (Fig. 29) y la Edad del Bronce de carácter argárico se desarrolló entre los años 2150-1550 cal. a.n.e. (Fig. 30). No obstante, con respecto a este período del Bronce, como se puede observar en la ilustración 30, en algunos yacimientos se han documentado fechas anteriores al 2150 cal. a.n.e. cuya datación calibrada nos lleva hasta el año 2550 cal. a.n.e. Sin embargo, al aparecer de manera aislada, estas fechas no han sido tomadas en cuenta, pero no debe descartarse la posibilidad de hacer retroceder el comienzo del Bronce argárico hasta estos momentos más tempranos.

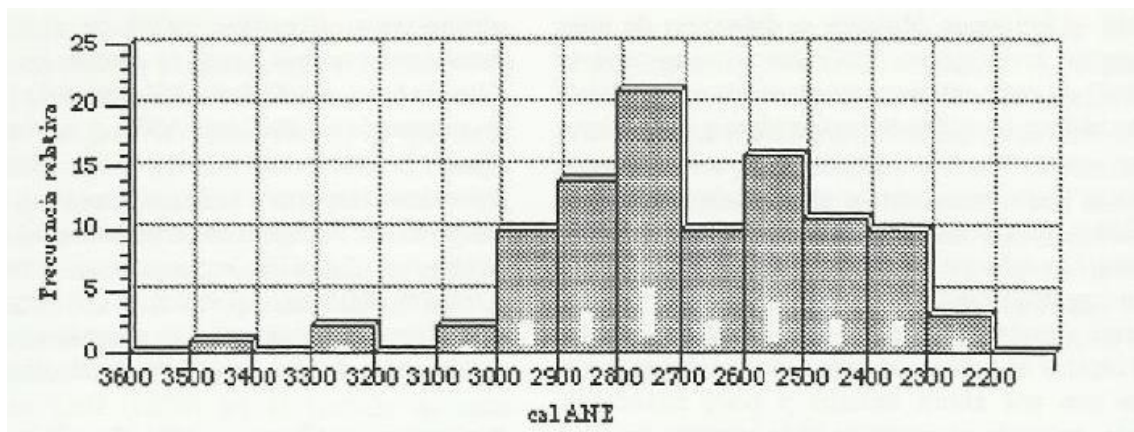


Fig. 29. Distribución de frecuencias relativas de dataciones radiocarbónicas válidas procedentes de contextos de la cultura de los Millares. Imagen tomada de Castro, Lull y Micó 1996, 80.

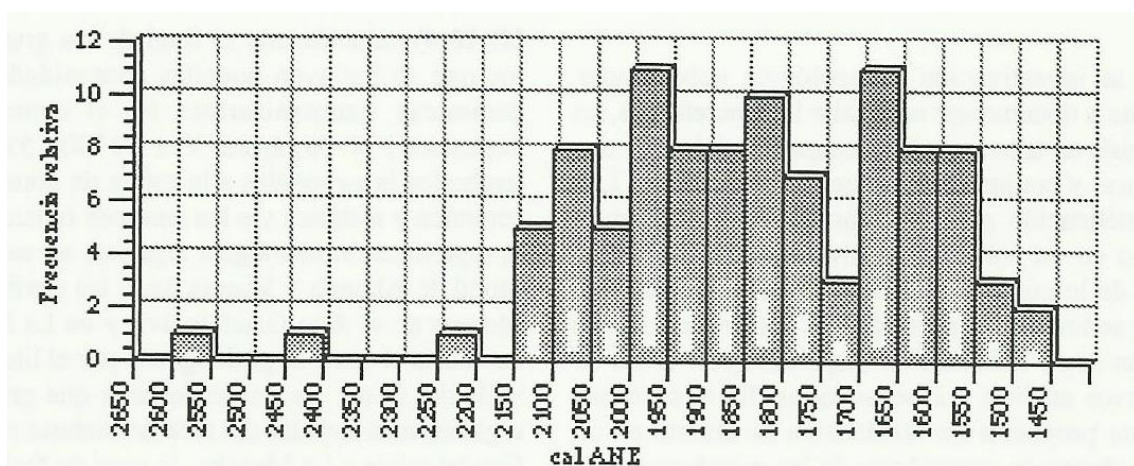


Fig. 30. Distribución de frecuencias relativas de dataciones radiocarbónicas válidas procedentes de contextos del grupo argárico. Imagen tomada de Castro, Lull y Micó 1996, 121.

Por otro lado, en lo que se refiere al pueblo fenicio, sabemos que su llegada a la península Ibérica no se produjo hasta el I milenio a.n.e., con una primera fase



precolonial, de toma de contacto, entre los siglos X-VIII a.n.e., y un segundo momento de presencia más arraigada, con la fundación de Gadir, a partir del siglo VII a.n.e.

Frente a este esquema temporal actual, Siret propone una cronología tremendamente baja para la Prehistoria Reciente de este ámbito surpeninsular, con un Neolítico que llegaría hasta finales del II milenio a.n.e., momento en el que se iniciaría la Edad del Bronce. El Calcolítico, por su parte, se ve incluido como una etapa más dentro del Neolítico, identificándose con lo que Siret llama ‘período del Cobre’, de un marcado carácter oriental, siendo la fase previa a la Edad de los Metales. En estos momentos de finales del siglo XIX y principios del XX, el autor no contempla la existencia de una Edad del Cobre en la península Ibérica, no considera que el empleo de este metal pueda constituir una fase anterior a la del Bronce.

En lo que se refiere al pueblo fenicio, Siret sitúa su llegada a la Península hacia el año 1500 a.n.e., la fundación de Gadir hacia el 1100 a.n.e. y el colapso de su dominio en Occidente a comienzos del I milenio a.n.e. De esta manera, según el modelo interpretativo de este autor, la presencia de este pueblo en la península Ibérica coincidiría con nuestro Bronce post-argárico, y su final, con el comienzo de nuestra I Edad del Hierro.

Por otro lado, con respecto a Micenas, llama la atención esas 35 puntas de flecha elaboradas en obsidiana halladas en la tumba de un personaje importante, pues la civilización micénica, en estos momentos, ya tenía plenamente desarrollada una industria del bronce, debiendo quedar los instrumentos líticos, al menos desde un punto de vista funcional, en un segundo plano. Es por ello por lo que, personalmente, pienso que estas piezas pudieron haber tenido un carácter más bien simbólico, de prestigio y poder, máxime si tenemos en cuenta el contexto funerario en el que fueron halladas, y éste es un aspecto de las mismas que Siret ni siquiera contempla en su obra, atribuyéndoles un carácter plenamente práctico y funcional. En mi opinión, su propia escasez juega un papel fundamental a la hora de dotarlas de una función simbólica de poder, pues los objetos singulares, extraños o foráneos son siempre apreciados como elementos de prestigio durante la Prehistoria Reciente, tal como veremos más adelante en el análisis del yacimiento de Valencina de la Concepción (Sevilla). En cualquier caso, aun suponiendo que la función de estas flechas fuera práctica, su hallazgo aislado hace imposible la formulación de una teoría sólida al respecto.

En lo que se refiere a los “pulpos” plasmados sobre objetos cerámicos peninsulares, en términos generales Siret sostiene que dado que estos motivos decorativos son característicos del arte micénico, encontrarlos en la península Ibérica es una evidencia de la influencia que este pueblo llegó a tener sobre Occidente. Sin embargo, en la actualidad se ha demostrado que estos motivos peninsulares son mucho más antiguos que los pulpos de Micenas, siendo identificados como ‘ídolos oculados’. La crítica fundamental que podemos hacer a esta afirmación de Siret es que el autor está relacionando dos sociedades/culturas entre las que hay más de 2000 años de diferencia. Así, las sociedades peninsulares creadoras de los ídolos oculados se remontarían al IV y

III milenio a.n.e., lo micénico dataría de mediados y finales del II milenio a.n.e., y lo fenicio del II o inicios del I milenio a.n.e. De esta manera, todas aquellas hipótesis formuladas por Siret que relacionan los pulpos micénicos con los ídolos oculados quedarían descartadas, siendo un ejemplo de ello ese supuesto sistema religioso basado en la reproducción sexual que el autor atribuye a las sociedades de la península Ibérica a partir del significado que el pulpo tiene en Micenas.

En lo que se refiere a Almagro y Arribas, como hemos visto, su modelo interpretativo se basaba en la defensa a ultranza del megalitismo como un fenómeno que surge y se desarrolla en el ámbito egeo a lo largo del III milenio a.n.e., desde donde llegaría a la península Ibérica con los primeros prospectores metalúrgicos hacia el año 2000 a.n.e., provocando la aparición de la cultura megalítica de los Millares, que pronto se extendería por Andalucía y Portugal hasta alcanzar el norte de España y Europa occidental, entrecruzando sus ramas en los Pirineos con el fenómeno megalítico francés, que habría experimentado un desarrollo autónomo en la región de Languedoc. En lo que se refiere a la península Ibérica, la cultura de los Millares evolucionaría de manera continua hasta mediados del II milenio a.n.e., momento en el que sería sustituida por la cultura del Argar. En la actualidad, gracias a la aplicación de la técnica del C14, podemos decir que este modelo interpretativo está totalmente superado.

Los propios Martín Almagro y Antonio Arribas, al final de la obra en la que plasman su teoría -*El poblado y la necrópolis megalíticas de los Millares* (1963)-, recogen una serie de dataciones radiocarbónicas procedentes de diversos contextos megalíticos de Europa occidental que al final acaban desechando por considerar desconcertantes, ya que no casaban ni con la cronología que ellos habían propuesto para el desarrollo del horizonte Millares, ni mucho menos con el supuesto origen oriental del megalitismo, que consideraban evidente. Y es que estas dataciones absolutas realizadas entre los años 50 y 60 ya nos venían comunicando lo que hoy en día está totalmente aceptado: por un lado, que la cultura calcolítica de los Millares no se desarrolla entre los años 2000 y 1500 a.n.e., sino que va del año 3400 al 2200 cal. a.n.e.; y, por otro, que el origen del megalitismo no se encuentra en el Mediterráneo oriental del III milenio a.n.e., pues muchas estructuras megalíticas de la Europa atlántica presentan fechas muy anteriores al desarrollo de la civilización minoica en Creta, desde donde supuestamente habría llegado el megalitismo a la península Ibérica, para después extenderse por toda Europa occidental.

Así pues, en la actualidad, interpretamos el megalitismo como un fenómeno cultural que se origina en Europa occidental durante el Neolítico. No lo concebimos como una cultura o una época, sino como una circunstancia compartida por diversos grupos culturales en distintos momentos, con una cronología que se extiende desde el V hasta el II milenio a.n.e. El megalitismo más antiguo que se ha constatado ha sido el de las costas atlánticas de Europa occidental: Bretaña, islas Británicas, Holanda, Alemania, Suecia y Dinamarca. En este sentido, las fechas más elevadas las ofrecen Irlanda y la región francesa de Bretaña. Así, en lo que se refiere a Irlanda, en la península de Knocknarea, en Sligo, algunos de los megalitos de Carrowmore, como la tumba 4, se

han fechado hacia el año 4700 a.n.e. En lo que se refiere a Bretaña, las tumbas megalíticas más antiguas se han fechado hacia el año 4800 a.n.e., como los sepulcros de corredor de Kerkado, en Carnac, construidos entre los años 4800 y 4500 a.n.e. Al norte de esta región de Bretaña tenemos el túmulo de Barnenez, formado por 11 cámaras sepulcrales, que se ha fechado hacia el 4500 a.n.e., y también los monumentos megalíticos de Saint-Nazaire, fechados hacia el 4000 a.n.e., igual que los sepulcros de corredor Gavrinis, en la bahía de Morbihan.

En lo que se refiere a Gran Bretaña, tenemos los megalitos de Lambourn, Fussell's Lodge y West Kennet, que se han fechado entre los años 3900 y 3500 a.n.e., y los de Nonamore, en la costa del canal de la Mancha, hacia 3200 a.n.e. Además, durante buena parte del IV milenio en Gran Bretaña se construyeron diversos monumentos circulares con fines ceremoniales, los llamados *henges*, el más famoso de los cuales es el de Stonehenge, cuya fase inicial se ha fechado hacia el 3200 a.n.e. Ya al norte de Europa, en Dinamarca, tenemos los megalitos de Selandia y de la isla de Fiona, y en Suecia, los de Stävie, todos ellos fechados hacia el 3500 a.n.e.

En cuanto a la península Ibérica, los megalitos más antiguos se encuentran en la fachada atlántica de Portugal, donde aparecen en forma de pequeñas cámaras sepulcrales cubiertas por túmulos, como la de Marco Branco y el anta 10 de Herdade das Areias, en Reguengos de Monsaraz, que datan de mediados o finales del V milenio a.n.e. Fechas similares presentan los sepulcros colectivos de cámara y corredor estrecho del Alemtejo, con fechas de entre 4500 y 4300 a.n.e. La plenitud del megalitismo portugués estará representada por los grandes sepulcros de corredor y cámara poligonal del Alemtejo. Con el inicio del Calcolítico, la tradición megalítica no se detendrá, sino que continuará, a veces vinculada a grandes poblados metalúrgicos, como es el caso de Vila Nova de Sao Pedro.

En España, las estructuras megalíticas más antiguas las hallamos en la fachada atlántica de Galicia, donde algunos megalitos presentan cronologías muy elevadas, como el de Chan de Cruz, fechado entre los años 4300-4000 a.n.e., generalizándose los sepulcros bajo túmulos entre los años 4000 y 3700 a.n.e. La otra gran zona de España en la que encontramos importantes estructuras megalíticas es Andalucía, donde los primeros sepulcros de este tipo aparecen en Almería, durante el Neolítico final, al mismo tiempo que las pequeñas cámaras y sepulcros de corredor de Huelva. En Cádiz, por su parte, el sepulcro de Alverite ha sido ubicado a finales del V milenio a.n.e., fecha similar a la que tienen las tumbas de Pozuelo, en Huelva. Poco después, el fenómeno megalítico se extiende por todo el territorio peninsular, alcanzando su apogeo con el comienzo de la Edad del Cobre, siendo éste el momento en el que encontramos los grandes poblados megalíticos, como los Millares. (Fig. 31)

En conclusión, gracias al desarrollo de esas técnicas que permiten la obtención de cronologías absolutas quedó demostrado que las estructuras megalíticas de Europa occidental eran más antiguas que las del Mediterráneo oriental, que supuestamente estaban en su origen según el modelo interpretativo de Almagro y Arribas. Como hemos

visto más arriba, este fenómeno se inicia en la Europa atlántica durante la época neolítica. En este sentido, los megalitos de Irlanda y Bretaña, con unas fechas cercanas al 4800 a.n.e., tendrían una prioridad desde el punto de vista cronológico sobre los demás. No obstante, en la actualidad no se habla de una difusión de este fenómeno desde una región concreta, sino más bien de distintos focos independientes: Bretaña, islas Británicas, Portugal, España y Escandinavia.

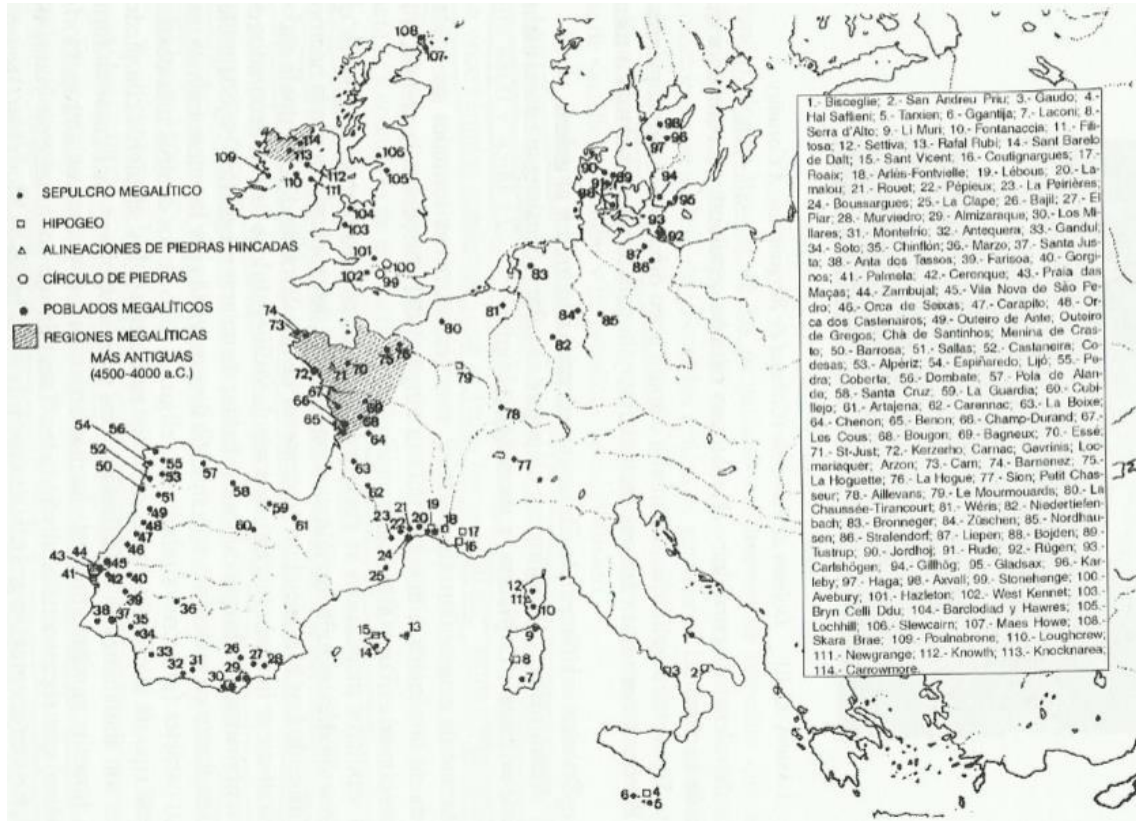


Fig. 31. Mapa del megalitismo europeo. Imagen tomada de J.J. Eiroa (2009), *Nociones de Prehistoria General*, p. 347.

Tras más de dos milenios de desarrollo, el megalitismo empieza a decaer, precisamente, cuando la metalurgia empieza a consolidarse. Hacia mediados del III milenio a.n.e., se dejan de construir monumentos megalíticos en distintas regiones de Europa. En este sentido, el declive pudo estar originado por la aparición de un nuevo modelo de sociedad más jerarquizada en la que lo individual empieza a tener más peso que lo colectivo, lo que quedaría reflejado en la proliferación de tumbas individuales en detrimento de las colectivas. En el caso de la península Ibérica, es el momento en el que se produce el tránsito de la cultura de los Millares a la del Argar, con la aparición de la metalurgia del bronce.

El enorme esfuerzo realizado en la consolidación de estas tesis orientalistas y la posición de prudente espera hasta la obtención de dataciones absolutas que confirmaran la antigüedad de Occidente sobre Oriente son las causas que explican que todavía en los años 60 y 70 estas ideas gozaran de enorme respaldo, a pesar de la intranquilidad que cada nueva datación causaba. Esta prudente espera queda muy bien ejemplificada en las

palabras de los autores Almagro y Arribas, quienes, al hablar de las publicación de nuevas fechas absolutas, decían que su “juicio y consejo en esta cuestión no será el de admitir sin más estos contradictorios resultados cronológicos. Preferimos esperar” (Almagro y Arribas 1963, 257).

A partir de estos años 60, la acumulación de dataciones radiactivas y termoluminiscentes provocó la progresiva revalorización de las tesis indigenistas. De esta manera, en la actualidad, más que de ‘difusionismo’ u ‘orientalismo’, se habla de indigenismo y de una evolución local apoyada en diversos factores que varían según los autores consultados. Así, por ejemplo, para Blanco y Rothenberg (1981), la actividad minero-metalúrgica ocupa una posición fundamental. Estos autores sostienen que la rápida aparición de poblados “urbanos” en el sur andaluz a lo largo del IV milenio a.n.e. debe ser interpretada como una reestructuración social del propio Neolítico peninsular estrechamente vinculada a esta actividad minero-metalúrgica y al comercio de metales, más que a una invasión de colonizadores, pues, según ellos, no se aprecian por ningún lado sus contribuciones tecnológicas. También autores como R. Chapman o A. Gilman sostienen que el desarrollo en este ámbito responde a una evolución autóctona, pero a diferencia de lo defendido por Blanco y Rothenberg no consideran que el motor de tales cambios fueran las actividades minero-metalúrgicas, sino más bien la implantación de un sistema de irrigación artificial en zonas áridas, como veremos en el siguiente apartado.

A pesar de este triunfo de las ideas autoctonistas, a finales de los años 70 y principios de los 80 seguía habiendo defensores a ultranza de las ideas orientalistas, como W. Schüle, E. Sangmeister o H. Schubart, aunque los dos últimos empezaban a otorgar ya un mayor protagonismo a la población indígena, al menos en lo que se refiere al desarrollo de la metalurgia. (Arribas 1986, 159-160).

### **3. LA FORMACIÓN DE LAS SOCIEDADES COMPLEJAS EN EL SURESTE PENINSULAR. EL PROCESUALISMO DE ROBERT CHAPMAN**

Como el lector habrá podido comprobar a lo largo de estas páginas, la corriente difusionista dominante durante la mayor parte del siglo XX se basaba, principalmente, en el grado de semejanza observado por los investigadores entre los registros arqueológicos de diferentes grupos culturales ubicados en diversas zonas de la Península y el Mediterráneo occidental y oriental. Cuanto más asemejaban sus rasgos culturales, menos se creía en un origen independiente para cada uno de ellos. Sin embargo, el desarrollo de toda una serie de técnicas innovadoras a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, entre las que destacan el C14 y la termoluminiscencia, permitió la revalorización de las tesis autoctonistas e indigenistas en detrimento del difusionismo orientalista imperante hasta los años '60, '70 e incluso '80 del siglo pasado. En este sentido, como defensor de esta nueva corriente destaca de manera especial R. Chapman quien adoptó una nueva postura que procuraba sentar las bases de una nueva teoría cuyo objetivo era el estudio de la evolución social desde un punto de vista indígena y autónomo, tomando como espacio de análisis el sureste peninsular desde el Neolítico Final hasta el Bronce argárico.

Como hemos señalado al principio del trabajo, con el inicio de la Edad del Cobre las comunidades ubicadas en esta zona meridional de la península Ibérica experimentaron una serie de transformaciones en todos los ámbitos. Así, desde el punto de la actividad agropecuaria, se dio un importante incremento de la productividad gracias a la introducción de toda una serie de innovaciones tecnológicas, entre las que podemos destacar el empleo del arado o la utilización sistemática de la tracción animal en labores agrícolas y de transporte. Este aumento de la productividad permitió la ocupación de nuevos terrenos escasamente productivos hasta entonces no explotados/habitados, lo que supuso un incremento y una diversificación de la producción que a su vez repercutió directamente en los índices de población, dándose un aumento de la misma sin precedentes. Desde el punto de vista de la organización social, estas comunidades empezaron a distribuirse de una manera más compleja dentro de poblados o asentamientos que podríamos denominar protourbanos, donde se empiezan a vislumbrar incipientes jefaturas políticas y élites económicas formadas por una serie de individuos que empiezan a tener un papel destacado en el seno de su comunidad. Algunos autores, como Blanco y Rothenberg, han relacionado estos cambios con el desarrollo de una importante actividad minero-metalúrgica. Sin embargo, Chapman no considera que tal actividad llegara a tener un papel destacado en el desarrollo de estas transformaciones, que relaciona, sobre todo, con la puesta en marcha de un sistema de irrigación artificial. Para empezar, este autor defiende que el clima de esta zona durante la Prehistoria Reciente no fue muy diferente al actual, de manera que la agricultura de irrigación junto a los lechos de las ramblas habría sido imprescindible para la supervivencia de las comunidades. En este sentido, Chapman interpreta el control sobre esos sistemas de irrigación como el desencadenante de los cambios económicos y sociales atestiguados durante la Edad del Cobre.

No obstante, antes de abordar el modelo interpretativo de Chapman propiamente dicho, vamos a analizar brevemente algunas de las críticas más importantes que este autor realiza a las tesis difusionistas vistas en el apartado anterior:

- I. En primer lugar, señala que algunos de los paralelos establecidos entre los artefactos neolíticos y calcolíticos de la península Ibérica y los de Egipto son demasiado generales, por ejemplo, algunas formas cerámicas de la cultura de Almería; otros objetos presentan una distribución muy dispersa dentro de la Península, que va desde Valencia y Murcia en el Este hasta el centro de Portugal en el Oeste; y los hay que incluso gozan de antecedentes peninsulares claros durante el Neolítico Antiguo y Medio.
- II. En segundo lugar, critica esa tendencia a aislar ciertos materiales muy generalizados de su contexto arqueológico para después sugerir cierta conexión con otros tipos abstraídos de forma similar en otras zonas. Un ejemplo que Chapman señala en este sentido es el de los ídolos ‘tipo Garcel’ y ‘tipo betilo’, cuyos paralelos no solamente se encuentran en regiones muy dispersas y alejadas -Túnez, Malta, Grecia, Creta, Chipre y Levante-, sino que además poseen cronologías muy amplias que van desde el VII hasta el II milenio a.n.e.
- III. La tercera crítica de Chapman se centra en el significado de esos ídolos betilo, que Martín Almagro Gorbea clasificó en 5 tipos muy heterogéneos, pero atribuyéndoles una misma función simbólica, reduciéndose toda la discusión a una Diosa Madre de la fertilidad con fuertes conexiones orientales, una hipótesis que Chapman considera inapropiada por carecer de argumentos. En este sentido, el autor señala que aun interpretando estos ídolos como símbolos de la fertilidad, ¿por qué debemos asumir que representan una tradición de creencias comunes y unificadas para todo el Mediterráneo?
- IV. Por otro lado, en la península Ibérica se da una ausencia de la cerámica del tipo micénico, de la que encontramos numerosos ejemplos en diversas zonas del Mediterráneo, como Italia, Sicilia o Cerdeña, con fechas de entre 1600 y 1050 a.n.e. En este sentido, la ausencia en el ámbito peninsular de una de las más características “exportaciones” del mundo egeo es interpretada por Chapman como una evidencia de la inexistencia de contactos entre ambos territorios. Lo mismo sucede con la obsidiana explotada en el Mediterráneo central entre los milenios VII y III a.n.e., que apenas aparece en el registro peninsular. Esto nos indicaría que Iberia no formó parte de las esferas de interacción comercial de estos productos, y que, como mucho, lo hizo de manera marginal.
- V. En quinto lugar, Chapman apunta que la semejanza formal entre objetos de diferentes áreas no tiene por qué responder necesariamente a un origen común, y señala como ejemplo la técnica del espatulado bruñido empleada en la decoración de la cerámica de Mesas de Asta y Carmona, en el sur de la península Ibérica. Esta misma técnica ha sido constatada en diferentes zonas del ámbito mediterráneo con unas fechas, además, muy dispares, que van desde los milenios VI y III a.n.e. en el Egeo y Próximo Oriente, hasta la Edad del Hierro en el norte de Italia y Gran Bretaña.

- VI. La última crítica de Chapman se centra en las teorías propuestas sobre qué buscaban las gentes del Mediterráneo oriental en su expansión hacia Occidente, haciendo especial hincapié en la idea de una prospección metalúrgica. De esta manera, siguiendo a Renfrew, el autor señala que en el ámbito egeo ya había una relativa abundancia de minas de cobre, que antes del 1800 a.n.e. no se empleó el estaño y que en la península Ibérica las principales reservas de este mineral se encuentran en el noroeste, mientras que en la región de Almería las fuentes de estaño son pequeñas y dispersas, y en la zona de Lisboa ni siquiera existen. Se trataría, en consecuencia, de un fenómeno totalmente opuesto al ideal de minimización del gasto de energía. Además, las fechas radiocarbónicas han demostrado que la construcción de los yacimientos fortificados del sureste de España y del centro de Portugal, interpretados como “colonias”, se produjo a finales del IV milenio a.n.e., y la plata peninsular no comenzó a ser explotada hasta el c. 1800 a.n.e. Por otro lado, entre la península Ibérica y el Egeo existen notables diferencias en lo que se refiere a las técnicas metalúrgicas empleadas, a las formas de los objetos metálicos y al grado de especialización artesanal en el período comprendido entre c. 2500 y 1000 a.n.e. Según Chapman, estos contrastes indican claramente unas tradiciones metalúrgicas independientes.

En definitiva, el autor sostiene que los investigadores adscritos a esta corriente difusionista formularon sus hipótesis basándose exclusivamente en el grado de semejanza que presenta el conjunto de los objetos comparados, siendo estas similitudes una condición necesaria para demostrar la existencia de contactos entre Oriente y Occidente. Sin embargo, en su opinión, ésta es una cuestión subjetiva que depende en gran medida de la evaluación personal. De este modo, dice el autor, podemos imaginarnos perfectamente una discusión del tipo “es similar/no es similar”, donde la reputación personal de los participantes en el debate acabaría siendo un factor determinante a la hora de formular una hipótesis final. Este tipo de argumentaciones, dice Chapman, carecen de sentido y lo que se necesitan son mecanismos para evaluar de manera objetiva la validez de las evidencias de contactos entre la península Ibérica y el Mediterráneo oriental, siendo las técnicas de datación absoluta elementos claves al respecto. Estas técnicas permitieron rechazar los supuestos orígenes orientales de las culturas peninsulares, unos orígenes basados exclusivamente en paralelismos formales. Este es el caso, como hemos visto, de la cerámica almagra, de las asas de pitorro, de las tumbas megalíticas, de los asentamientos fortificados y de los diversos tipos de ídolo. (Chapman 1991, 59-65)

\*\*\*

En lo que se refiere a su modelo interpretativo propiamente dicho, Chapman no limita su análisis -el marco espacial- a la provincia de Almería, sino que también aborda los territorios comprendidos entre Granada y el este de Málaga y los que se extienden desde el sur de Murcia hacia el norte. Se trata de una zona que, desde finales del siglo XIX, viendo siendo considerada un área clave a la hora de explicar cómo se produjo la aparición de las sociedades complejas en Europa durante el III y II milenios a.n.e., pues



en ella se dan una serie de condicionantes esenciales que permiten estudiar y analizar el desarrollo de las mismas. Por otro lado, en lo que se refiere al marco temporal de este modelo interpretativo, Chapman extiende su análisis desde el año 5000 hasta el año 500 a.n.e.

### **3.1. Adaptación e intensificación en el sureste de España**

La intensificación de la producción es una variable que siempre se ha tenido en cuenta en los debates arqueológicos y antropológicos sobre el origen de la complejidad cultural. En el caso de la península Ibérica, Chapman interpreta esta intensificación como un aspecto clave en la aparición de las culturas neolíticas y de la Edad del Bronce. Sin embargo, existen diferentes opiniones sobre los estímulos que la pudieron motivar, la forma final que ésta adoptó y las consecuencias sociales que tuvo.

El punto de partida del análisis de Champan es la definición del área de estudio en función de su medio ambiente contemporáneo, para lo cual el autor analizar diversos aspectos topográficos, climatológicos, edafológicos y vegetacionales de esta región. Las evidencias tecnológicas, los restos de fauna y flora y la distribución espacial de los yacimientos constituyen las principales fuentes de información de las que disponemos, y las analogías con los sistemas de subsistencia mediterráneos, históricos y modernos, desempeñan un papel muy importante a la hora de interpretar los datos en función de las estrategias ganaderas y de cultivo de cereales, la localización de los yacimientos y la especialización económica a escala regional.

#### **3.1.1. *El medio ambiente contemporáneo***

Desde el punto de vista *topográfico*, el sureste español se caracteriza por una gran diversidad geodésica. Así, Sierra Nevada alcanza los 3500 metros de altura a tan solo 40 km de la costa, la Sierra de los Filabres llega a los 2200 m a 44 km, la Sierra de Alhamilla a los 1400 m a 18 km, la Sierra de Gádor a los 2200 m a 20 km y la Sierra de Cabrera, que alcanza los 1000 m, se halla a tan solo 7 km de la costa. A su vez, desde la ciudad de Granada, se puede pasar de los 800 a los 3300 m en tan sólo 25 km. Esta enorme diversidad topográfica tiene importantes consecuencias en el clima local, en la geología fluvial, en los recursos hídricos, en la distribución de la flora y la fauna y en el comportamiento de las propias poblaciones humanas.

En lo que se refiere al *clima*, Almería padece una situación de sequía prácticamente todo el año (11 meses/año) y lo mismo ocurre en el cabo de Gata, considerado uno de los lugares más áridos de toda Europa. En lo que respecta a la distribución estacional de las lluvias, las áreas costeras disfrutan de un mayor promedio de precipitaciones en invierno y las zonas más interiores en primavera. Los índices pluviométricos anuales y estivales de Almería dan una idea de las dificultades a las que se enfrenta la práctica de la agricultura en esta zona, una amenaza que se ve incrementada por los elevados índices de evaporación y por las grandes variaciones pluviométricas interanuales e intraanuales. Además, las precipitaciones anuales de esta región son altamente

impredecibles. Así, en la zona de Cuevas de Almanzora, en el año 1948, se registraron un total 471 mm, de los cuales 308 fueron registrados en un solo día de octubre.

En lo que se refiere a las tierras bajas del sureste peninsular, durante el verano las temperaturas pueden llegar a alcanzar un promedio máximo de 20 °C, que disminuye conforme avanzamos hacia las tierras del interior y el noreste. La relación entre las precipitaciones y las temperaturas durante esta etapa estival es crítica, y es que el nivel de evaporación puede llegar a cuadruplicar el de las precipitaciones (figs. 32 y 33). En invierno, cuando las lluvias costeras alcanzan su punto álgido, estas temperaturas descienden hasta un promedio de 12 °C, caracterizándose esta región, en consecuencia, por unos inviernos suaves y húmedos. En este sentido, solamente en algunas ocasiones se han registrado heladas a menos de 30 km de la costa.

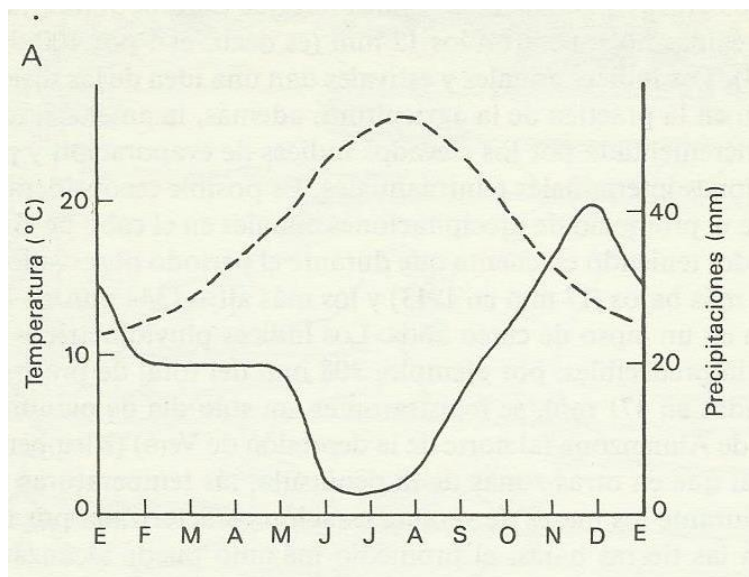


Fig. 32. Promedio anual de temperaturas (línea de puntos) y precipitaciones (línea continua) en Almería entre 1942 y 1958. Imagen tomada de Chapman 1991, 148.

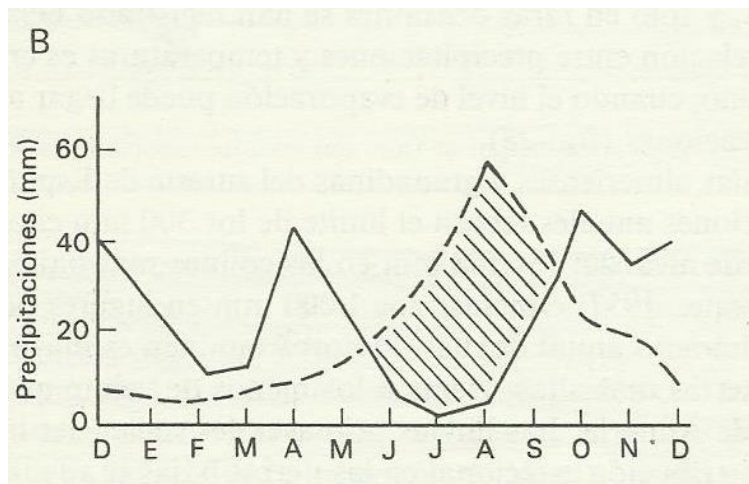


Fig. 33. Índices pluviométricos (línea continua) y de evaporación (línea de puntos) en Cuevas de Almanzora, Almería. El área sombreada indica el periodo del año en el que las temperaturas superan las precipitaciones. Imagen tomada de Chapman 1991, 148

Por su parte, en las tierras altas de las serranías almerienses y granadinas, el promedio de precipitaciones anuales puede llegar a alcanzar los 500 mm en las colinas más bajas y los 1000 mm por encima de los 1500 m. El número anual de días lluviosos también es mayor en estas serranías, alcanzando los 100 días en los puntos más elevados, lo que contrasta con los menos de 20 días que se registran en las tierras costeras orientales de Almería. Como es lógico, el número de días con nieve también aumenta conforme lo hace la altitud relativa del terreno, llegando a los 12 días en los puntos situados a 1000 m de altura y rebasando esta cifra por encima de los 2500 m. Esta situación es crítica en Sierra Nevada, donde por encima de los 2000 m se llegan a cortar las vías de comunicación entre los meses de noviembre y mayo. Por debajo de los 2000 m, el promedio de las temperaturas en verano suele superar los 18 °C y por debajo de los 1000 m ronda los 25 °C, mientras que en invierno oscilan entre los 5 y 8 °C. En esta zona, las fluctuaciones diarias pueden superar los 10 °C en verano y los 8 °C en invierno.

Desde el punto de vista *edafológico*, la primera impresión que puede causar el sureste peninsular es la de un medio erosionado y degradado. Al igual en otras regiones del Mediterráneo, los suelos de esta zona son de origen sedimentario y formación lenta, y es que muy pocas veces se dan aquí heladas tan acusadas como para provocar cambios mecánicos rápidos. Además, los periodos de intensas precipitaciones no coinciden con los de mayor temperatura lo que impide el desarrollo de los procesos químicos necesarios que fomenten la aparición de una vegetación. De esta manera, la ausencia de cobertura vegetal en zonas con pendientes pronunciadas, por un lado, y las precipitaciones torrenciales impredecibles, por otro, tienen como resultado esta rápida erosión del terreno.

Por último, en lo se refiere a la *vegetación* de esta zona, apenas encontramos un manto vegetal significativo. Salvo encinas, robles y lentiscos, que crecen de forma dispersa en los lugares más protegidos, la mayor parte de la vegetación se compone de arbustos aromáticos, como el tomillo o el romero, y herbáceas, como el esparto. Tanto los árboles como los arbustos forman parte de una flora perenne bien adaptada a la aridez del clima. Muchas herbáceas de esta zona aprovechan las lluvias primaverales y otoñales para crecer rápidamente y contrarrestar así la falta de humedad del período estival. Además, algunos árboles, como las encinas, poseen unas raíces muy largas que les permite utilizar la capa freática durante los periodos de sequía, y determinadas plantas, como el romero, tienen la capacidad de reducir el tamaño de sus hojas según la estación del año a fin de aprovechar al máximo la humedad ambiental.

En las sierras más altas, sobre todo en Sierra Nevada, es posible observar cierto grado de zonación floral. Así, entre los 1300-1700 m, podemos encontrar un bosque bastante degradado de robles de hoja perenne; entre los 1700-2100 m, encontramos un tipo de flora de hoja caduca compuesta por hayas, abetos y pinos; entre los 2500-2700 m, dominan los arbustos, y a partir de los 2700 m, encontramos un tipo de vegetación alpina integrada por herbáceas. (Chapman 1991, 143 - 150 )

### ***3.1.2. Patrón de asentamiento, población y subsistencia***

La población contemporánea del sureste de España es predominantemente rural, con escasos focos industriales o urbanos y una densidad de población que en ningún momento supera las 70 personas/km<sup>2</sup> para el conjunto de la región.

En lo que se refiere al régimen de explotación económica de esta zona, desde el punto de vista de la agricultura, los cultivos pueden ser tanto de secano como de regadío. En lo que respecta a los sistemas de secano, las cosechas de los dos cultivos principales, el trigo y la cebada, son escasas e irregulares, y es que un buen año puede verse seguido de 3 a 5 temporadas de rendimiento mínimo. De estos dos cereales, el cultivo del trigo es el más arriesgado, pues necesita grandes cantidades de agua, su maduración es muy lenta y es más sensible al azote de las plagas. Es por ello por lo que, actualmente, la cebada es el cultivo predominante. Las cosechas de estos cereales suelen alternarse con un período de barbecho de uno o dos años. No obstante, también se dan casos de cultivo ininterrumpido, pero solamente sucede si el otoño ha sido lo suficientemente lluvioso o si las demandas de la población local y/o los precios altos del grano así lo requieren.

Algunas veces se da una gradación imperceptible desde el cultivo de secano hasta el regadío integral, aterrazándose los campos para facilitar el encauzamiento del agua superficial y de lluvia que, de lo contrario, sería absorbida o discurriría en torrenteras sobre los campos amenazando con erosionar el suelo. En otras ocasiones, se desvía el agua de las ramblas o fuentes con el propósito de inundar los campos aterrazados (agricultura de inundación), para después utilizar canales que la transporten a gran distancia y que la puedan distribuir a las diversas parcelas. Otros sistemas más intensivos y costosos implican la explotación de las aguas subterráneas y su transporte a otros lugares.

Las tierras almerienses con mayor grado de explotación intensiva son las de los valles del Almanzora y el Andarax, donde los cultivos se suceden ininterrumpidamente alternando cereales con hortalizas y verduras, a lo que habría que añadir la amplia dedicación a la arboricultura. El agua que llega a estos campos procede del encauzamiento de las lluvias y manantiales, aunque también se utiliza la de los pozos.

En lo que se refiere a la ganadería, la variabilidad estacional e interanual en los suministros de agua también plantea serios problemas. Durante el verano, los pastos llanos pierden humedad y capacidad nutritiva, y se secan casi todos los ríos. En consecuencia, entre los meses de junio y octubre se utilizan los pastos de las sierras altas, situados a 1500-2000 m de altura, que entre los meses de noviembre y mayo están cubiertos por la nieve, por lo que el ganado vuelve a las tierras bajas. De esta manera, vemos la importancia que la trashumancia tiene en esta zona suroriental. (Chapman 1991, 150 - 152)

### 3.1.3. *Cambio medioambiental*

Así pues, el sureste peninsular actual se nos presenta como un medio árido, erosionado e impredecible, con una densidad de población baja, eminentemente rural y una producción agrícola que, cuando las circunstancias lo permiten, se intensifica mediante la puesta en marcha de determinados sistemas de irrigación. Esta síntesis del medio ambiente contemporáneo y de sus limitaciones, dice Chapman, plantea interesantes cuestiones relacionadas con la aparición de las culturas complejas en esta región durante las edades del Cobre y el Bronce. Sin embargo, ¿hasta qué punto el medio de esta época era similar al actual?

Frente a autores como Ramos Millán (1981), quien se basa en los datos faunísticos para defender la existencia de un clima más húmedo y lluvioso en esta zona durante el III y II milenios a.n.e., Chapman aboga por descartar la idea de un *gran* cambio climático y propone en su lugar el desarrollo de simples *oscilaciones* a corto plazo en los niveles de humedad o aridez según el caso. A partir del análisis de toda una serie de datos vegetacionales, botánicos, palinológicos, climatológicos, edafológicos y geomorfológicos, el autor llega a la conclusión de que, ciertamente, con el paso del tiempo, la flora de esta región se ha degradado, se han erosionado y formado suelos, las capas freáticas han disminuido y la composición faunística ha sufrido modificaciones. Sin embargo, sostiene que la actual base empírica que documenta un posible cambio climático sigue siendo inadecuada, y es por ello por lo que el autor aboga por un “término medio” en el que apoya una interpretación basada en oscilaciones de aridez y humedad, pero no en grandes cambios a largo plazo. Es decir, en opinión de Chapman, el clima del sureste peninsular durante el III y II milenios a.n.e. no era muy diferente al actual. (Chapman 1991, 152-161)

### 3.1.4. *Subsistencia en la prehistoria*

Los datos que tenemos sobre las actividades económicas subsistenciales desarrolladas durante la Prehistoria Reciente en el sureste peninsular proceden de cuatro fuentes: la distribución geográfica de los asentamientos, las evidencias tecnológicas y las muestras de flora y fauna. En lo que se refiere a la primera de estas fuentes, en el capítulo dedicado al marco cultural veíamos como la *distribución espacial de los yacimientos* en cada período es muy desigual. Así, por ejemplo, conocemos más yacimientos neolíticos en el oeste de Granada y Málaga que en el este de Granada y Almería, y a la inversa sucede con los asentamientos del Cobre y el Bronce. En este sentido, a la espera de futuras investigaciones que nos puedan aportar nuevos detalles sobre la distribución espacial de estos yacimientos, podemos señalar algunas observaciones interesantes en base a los datos disponibles, como el hecho de que todos los yacimientos con cronologías del Neolítico, Calcolítico y Edad del Bronce se sitúan a una altitud comprendida entre el nivel del mar y los 1000 m de altura.

También las *evidencias tecnológicas* halladas en esta región nos pueden aportar información relevante desde el punto de vista subsistencial. Así, en los poblados

calcolíticos y del Bronce, se han registrado evidencias de cosecha a través de los dientes de hoz; de procesado, a través de los molinos y hornos; de almacenamiento, a través de fosos, recipientes y cestas; y de explotación de productos secundarios, a través de “queseras”, pesas de telar y husos.

En lo que se refiere al período neolítico, las evidencias tecnológicas y la distribución geográfica de sus yacimientos han hecho que los arqueólogos se planteen la importancia que pudo llegar a tener la actividad agrícola antes de finales del IV milenio a.n.e. y principios del III milenio a.n.e. Así, en Carigüela del Piñar, durante el Neolítico Antiguo, los molinos y las hachas de piedra pulida, utilizadas en el desbroce de zonas cubiertas por bosques, están poco representados; tampoco en Nerja y los yacimientos del Bajo Guadalquivir abundan los útiles de piedra pulida, aunque su presencia en estos últimos poblados aumenta durante el Neolítico Final; por último, en yacimientos como Carigüela y los Murciélagos, aunque sí se han documentado morteros y molinos, muchos de ellos presentan manchas de ocre, por lo que han sido relacionados con la producción de cerámica almagra, más que con el desarrollo de la actividad agrícola.

Desde el punto de vista *botánico*, se han hallado restos de semillas y otros alimentos en diferentes yacimientos de esta zona correspondientes al Neolítico, Calcolítico y Edad del Bronce. En este sentido, en la figura/cuadro 34 podemos observar diferentes taxones hallados en algunos de estos yacimientos, como la escanda, el trigo compacto, el trigo panificable, la cebada vestida de seis hileras, centeno, habas, guisantes, lentejas o lino. Además, en cuatro de estos yacimientos se han recuperado huesos de oliva, y en lo que se refiere a la uva, en el yacimiento del Garcel, Siret halló una serie de semillas que relacionó con viñas salvajes. Sin embargo, en la Cuesta del Negro, en el interior de un vaso que integraba el ajuar de un enterramiento argárico, se ha podido identificar la presencia de mosto, lo que sugiere un cultivo intencionado de este producto.

Por último, en lo que se refiere a la *fauna*, en la figura 35 aparecen registrados los restos de diversos animales -organizados por especies- hallados en distintos yacimientos de las tierras bajas del sureste, en el cuadro 36 se plasman una serie de datos cuantitativos extraídos de las publicaciones de nueve yacimientos y en la figura 37 aparecen algunos detalles de las especies económicamente más relevantes de seis de ellos. A partir de estos tres cuadros podemos inferir qué especies fueron explotadas durante la Prehistoria Reciente en el sureste peninsular, tanto domésticas -oveja, cabra, cerdo, caballo, perro y bóvidos- como salvajes -ciervo, corzo, jabalí, gamo, íbex, toro o lince-. Desde el punto de vista de la distribución temporal, nos encontramos con que estos restos son más abundantes durante el III y II milenios a.n.e. y que únicamente Carigüela, Nerja y Montefrío han proporcionado muestras más antiguas.

En líneas generales, entre el V y III milenios a.n.e., como especies dominantes tenemos a los ovicápridos y bóvidos, llegando el porcentaje de huesos de los animales salvajes a superar incluso el 30% del total en determinados yacimientos, lo cual sugiere que, durante este período, la caza proporcionaba un factor de seguridad a la explotación ganadera. No obstante, a partir del III milenio a.n.e. parece producirse un cambio

importante en el repertorio faunístico, con un creciente predominio del caballo y el buey. Además, se puede apreciar un descenso en el porcentaje de animales salvajes representados, dándose una creciente especialización de las comunidades humanas en animales utilizados para el transporte y como fuerza de tracción. (Chapman 1991, 162-169)

	«Trigo»	«Cereales»	<i>Tr. compactum</i>	<i>Tr. dicoccum</i>	<i>Tr. aestivum</i>	«Cebada»	<i>H. vulgare hex.</i>	<i>H. sativum</i>	<i>Secale cereale</i>	<i>Vicia fava</i>	<i>Lens esculenta</i>	Legumbres	<i>Cicer arretinum</i>	Guisante	Lino	Bellota	Uva	Aceituna	Ajo
Cueva de Nerja	X						X									X		X	
Cueva de Carigüela (N)	X																		
Cueva de los Murciélagos (N)				X	X	X										X		X	
Cerro de la Virgen (C, B)																			X
Cerro de los Castellones (C, B)	X					X													
El Malagón (C)	X					X													
Cerro de las Canteras (C)																X			
Cuesta del Negro (B)					X												X		
El Gárcel (C)								X	X								X	X	
Campos (C)		X									X				X				
Terrera Ventura (NC)	X																		
Almizaraque (C)			X		X		X	X		X						X			
Los Millares (C)																			X
El Argar (B)								X					X	X	X				X
Lugarico Viejo (B)								X				X	X	X	X	X			
Fuente Vermeja (B)	X					X													
El Oficio (B)																X			
Zapata (B)	X															X			
Ifre (B)		X																	
El Picacho (B)					X		X												
Peñón de la Reina (B)	X																		
La Bastida (B)															X				
Cabezo Negro	X																		

Fig. 34. Presencia/ausencia de cultivo de cereales y arboricultura en el sureste de España. Arriba: yacimientos de las tierras altas. Abajo: yacimientos de las tierras bajas. La fase de ocupación se indica con las siglas N (Neolítico), C (Calcolítico) y B (Bronce). Imagen tomada de Chapman 1991, 165.

	<i>Sus</i>	<i>Bos taurus</i>	<i>Ovis aries</i>	<i>Capra sp./Capra hircus</i>	<i>Canis</i>	<i>Equus caballus</i>	<i>Oryctolagus cuniculus</i>	<i>Lepus tununculus</i>	<i>Cervus elaphus</i>	<i>Cervus capreolis</i>	<i>Cervus dama</i>
Campos	X	X		X		X		X	X		
Terrera Ventura (NC)	X	X	X	X		X	?		X	?	?
Los Millares (C)	X	X	X	X	X	X	?				X
El Argar (B)		X		X				X			
Lugarico Viejo (B)										X	
Fuente Álamo (B)	X	X			X	X			X	?	
Gatas (B)		X									
Parazuelos (C)	X	X		X	X			X		X	
Zapata (B)	X	X		X	X				X	?	
Ifre (B)	X	X		X	X			X	?	?	
Peñón de la Reina (B)		X	X	X							
El Picacho				X							

Fig. 35. Presencia/ausencia de restos faunísticos en yacimientos de las tierras bajas del sureste de España con fases de ocupación del Neolítico (N), Calcolítico (C) y Edad del Bronce (B). Imagen tomada de Chapman 1991, 167.



	Cronología	N.º huesos	Referencias bibliográficas
El Barranquete	C	368	Driesch, 1973
Terrera Ventura	N, C	4.003	Driesch y Morales, 1977
Cueva de Nerja	E, N, C	3.369	Boessneck y Driesch, 1980
Peñas de los Gitanos (corte 1)	N, C, BA	1.197	Uerpmann, 1979a
Cerro de la Virgen	C, BA	57.144	Driesch, 1972
Cerro de los Castellones	C, BA	1.794	Driesch y Kokabi, 1977
Cerro de la Encina (corte 3)	BA, BR	14.255	Lauk, 1976
Cuesta del Negro	BA, BR	15.006	Lauk, 1976
Cerro del Real	BR	2.378	Driesch, 1972

NOTA: Cronología de las fases de ocupación: E (epipaleolítico), N (neolítico), C (calcolítico), BA (bronce antiguo), BR (bronce reciente).

Fig. 36. Yacimientos prehistóricos con informes cuantitativos de restos faunísticos en el sureste de España. Imagen tomada de Chapman 1991, 168.

	Terrera Ventura: Niveles II-IV			Montefrío Niveles I-IV			Laborcillas: Calcol./E. bronce			Encina: Niveles I-II		
	A	B	C	A	B	C	A	B	C	A	B	C
caballo	4	200	0,6	5	195	5,4	0	0	0,0	2.023	64.964	61,0
bóvidos	338	9.898	30,5	32	1.385	38,3	169	5.210	42,3	1.067	17.550	16,5
ovicápridos	1.451	10.915	33,7	135	558	15,4	680	3.876	38,9	2.758	13.656	12,8
cerdo	610	5.730	17,7	83	720	20,0	155	1.168	11,7	1.221	8.799	8,3
ciervo	253	5.680	17,5	43	749	20,8	10	700	7,0	115	1.529	1,4

	Cerro de la Virgen: Fase I			Fase II			Fase III			Cuesta del Negro: Niveles I-IV		
	A	B	C	A	B	C	A	B	C	A	B	C
caballo	14	960	1,9	1.061	41.015	15,9	519	25.000	27,6	50	2.542	4,1
bóvidos	616	16.590	32,4	3.341	93.265	35,0	1.125	34.200	37,8	1.678	41.159	66,2
ovicápridos	2.716	13.990	27,3	12.348	67.125	25,9	3.176	18.975	21,0	1.800	9.878	15,9
cerdo	1.797	18.500	36,1	3.890	46.700	18,0	874	8.870	9,8	697	7.379	11,9
ciervo	60	1.218	2,4	557	11.307	4,3	160	3.248	3,6	66	1.211	2,0

\* Las proporciones indicadas corresponden a: A = número de fragmentos; B = peso de los huesos (g); C = porcentaje (por peso).

Fig. 37. Proporciones de especies económicamente significativas en seis yacimientos del Calcolítico y la Edad del Bronce del sureste de España. Imagen tomada de Chapman 1991, 168.

### 3.1.5. Adaptación e intensificación

Considerando todos estos datos en conjunto, podemos afirmar, dice Chapman, que el poblamiento del sureste peninsular durante la Prehistoria Reciente ocupó amplias zonas geográficas, tanto húmedas como áridas, y que, desde el punto de vista subsistencial, se combinó el cultivo de cereales con la actividad ganadera. Una vez analizados estos aspectos, el autor pasa a hablar de cómo se pudo desarrollar la intensificación de la producción en esta zona durante este período. En este sentido, debemos tener en cuenta que toda su argumentación se basa en la premisa de que, para las poblaciones del sureste, el agua fue un recurso fundamental de acceso restringido.

Chapman empieza su análisis sobre el proceso de intensificación en esta zona hablando de las diferentes *estrategias o factores planteados en la ubicación de los asentamientos*, siendo el primero de ellos la proximidad de acceso a las fuentes de agua, cuya

manipulación, sostiene el autor, pudo haberse concretado bajo la modalidad relativamente simple del riego por inundación y distingue hasta tres tipos de emplazamientos que lo habrían favorecido:

1. El primero de ellos se caracteriza por estar cerca de la intersección entre un río importante y uno de sus afluentes, en el punto en el que éste discurre por un valle poco profundo y ancho. Este tipo de emplazamiento ofrece mayores posibilidades de control del agua y un mayor suministro para el ganado. Además, los terrenos situados al pie de estas confluencias pueden ser ricos en aluviones que favorezcan la agricultura por inundación, y los promontorios ubicados entre los lechos de ambos ríos constituyen lugares de habitación secos y de fácil defensa. Ejemplo: yacimiento de los Millares.
2. El segundo tipo de ubicación está representado por los poblados de Campos y Tres Cabezos, situados en una terraza sobre el río Almanzora, a unos 25 metros de altura, frente a la actual población de Cuevas. Unos 2 km aguas arriba, este río abandona su cauce estrecho y profundo y se ensancha, formando en Cuevas un llano aluvial de hasta 1 km.
3. El último tipo de emplazamiento lo encontramos en el valle bajo del río Aguas, al sur de la depresión de Vera. Los yacimientos de esta zona suelen localizarse en los afloramientos calcáreos más septentrionales de la sierra de Cabrera, donde la clave para controlar el agua reside, según Chapman, en los grandes afloramientos rocosos, que desvían el cauce del río, reduciendo así su velocidad, lo que facilita la acumulación de depósitos aluviales.

Sumado a la disponibilidad de fuentes de agua, un segundo factor que incide en la ubicación de los asentamientos es el principio de minimización de esfuerzos en lo que se refiere a la obtención de recursos. La extensión máxima del territorio de un yacimiento suele dividirse en anillos trazados a 12, 30 y 60 minutos de marcha. El objetivo de esta subdivisión es ver y comparar la disponibilidad de recursos existente entre las zonas más cercanas y alejadas del yacimiento. Este método se conoce con el nombre de análisis de áreas de captación (ejemplo fig. 38), y siguiéndolo, Gilman y Thornes (1985) han cuantificado los territorios de 39 yacimientos del sureste peninsular correspondientes a distintos periodos de la Prehistoria, que se organizan de la

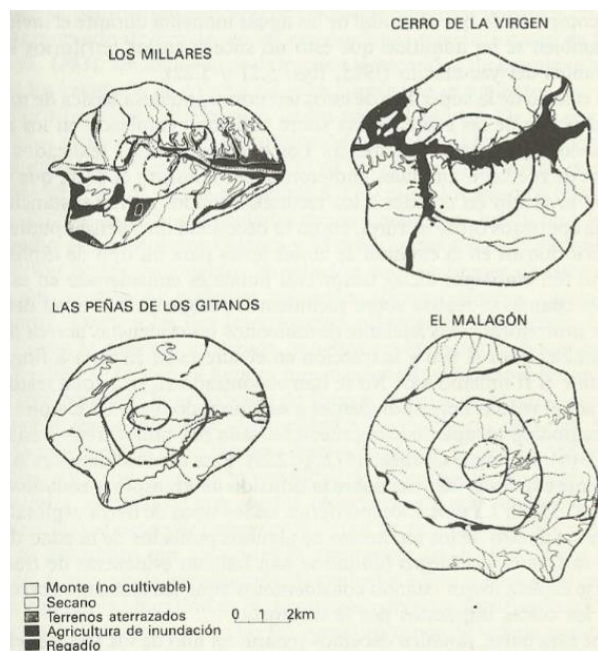


Fig. 38. Ejemplo de áreas de captación con el potencial agrícola que ofrecen los terrenos de distintos yacimientos. Arriba: Los Millares y Cerro de la Virgen con potencial para la agricultura de regadío. Abajo: Las Peñas de los Gitanos y el Malagón con potencial para la agricultura de secano. Imagen tomada de Chapman 1991, 175.

siguiente manera: 8 yacimientos del Neolítico, 13 del Calcolítico, 21 del Bronce Antiguo y 8 del Bronce Final (fig. 39).

	Neolítico	Calcolítico	Bronce antiguo	Bronce reciente
Cueva de la Carigüela	x			
Cueva de los Murciélagos	x			
Cueva de Ambrosio	x			
Cueva de la Mujer/Cueva del Agua	x			
Cueva de Nerja	x			
Las Peñas de los Gitanos	x	x	x	
Tres Cabezos/Campos	?	x		?
Terrera Ventura	?	x		
El Argar/El Gárcel/La Gerundia		x	x	
Cerro de la Virgen		x	x	
Cerro de las Canteras		x		
Campico de Lébor		x		
Torre Cardela		x		
Cerro de los Castellones		x	x	
El Malagón		x		
Parazuelos		x		?
Los Millares		x		?
El Barranquete/El Tarajal		x		
La Almoloya			x	
La Bastida			x	
La Ceñuela			x	
Cerro del Culantrillo			x	
El Picacho			x	
Cabezo Negro			x	
Zapata			x	
Ifre			x	
Cerro de Enmedio			x	
Cuesta del Negro			x	x
Cerro del Gallo			x	
Fuente Álamo			x	x
El Oficio			x	?
Cerro de la Encina			x	x
Lugarico Viejo			x	
Fuente Vermeja			x	
Gatas			x	x

Fig. 39. Yacimientos prehistóricos en los que Gilman y Thornes han calculado el área de captación. Imagen tomada de Chapman 1991, 172.

El uso potencial del suelo en cada uno de estos yacimientos se divide entre agricultura de secano y de regadío. De esta manera, en la figura 40, podemos ver como muchos de los yacimientos analizados se sitúan en zonas con posibilidades para la agricultura de regadío, si bien es cierto que en algunos casos, como Terrera Ventura o el Argar, no puede distinguirse de manera clara cuál pudo ser la principal orientación agrícola del poblado.



	Llanuras áridas (Almería, sur de Murcia)	Tierras altas del interior (Granada/Málaga/Almería)
agricultura de regadío (con boqueras)	Campos/Tres Cabezos Terrerá Ventura* Parazuelos Los Millares El Barranquete/El Tarajal El Argar*/El Gárcel/ /La Gerundia La Ceñuela Ifre* Zapata Cabezo Negro Fuente Vermeja Lugarico Viejo Gatas Cerro de Enmedio El Picacho	Cueva de la Carigüela* Cueva de Nerja* Cueva de la Mujer*/Cueva del Agua Cerro de la Virgen Cerro del Culantrillo Cerro del Gallo Cerro de la Encina
agricultura de secano (con terrazas)	Terrerá Ventura* Campico de Lébor El Argar*/El Gárcel/ /La Gerundia La Almoloya La Bastida Ifre* El Oficio Fuente Álamo	Cueva de Ambrosio Cueva de Nerja* Cueva de la Carigüela* Las Peñas de los Gitanos Cueva de la Mujer*/Cueva del Agua Cueva de los Murciélagos Torre Cardela Cerro de las Canteras El Malagón Cerro de los Castellones Cuesta del Negro

\* Yacimientos sin un potencial de explotación agrícola predominante.

Fig. 40. Potencial de explotación agrícola en las áreas de captación de los yacimientos analizados por Gilman y Thornes. Imagen tomada de Chapman 1991, 174.

Un tercer factor frecuentemente citado como determinante en la ubicación de los asentamientos es la presencia de minas de cobre. Gilman y Thornes (1985), no obstante, han afirmado que la distribución de estas minas en los territorios de los 39 yacimientos analizados no respalda esta postura, pues la distancia media entre ellos y los filones se ha cifrado en unos 14 km durante el Calcolítico y 13 km durante el Bronce. Sin embargo, algunos autores sí han reconocido la presencia de pequeños criaderos de cobre cerca de determinados poblados, como el Malagón, donde se han hallado evidencias de minería dentro del territorio situado a menos de 12 minutos de distancia. Además, en el interior de este asentamiento se han constatado distintas fases de producción metalúrgica, y parece ser uno de los casos en los que la presencia del cobre sí fue determinante en la ubicación del poblado.

En conclusión, según los datos analizados, los yacimientos prehistóricos del sureste peninsular aparecen en lugares que facilitan el acceso a los recursos hídricos y permiten el desarrollo de formas simples de regadío. Sin embargo, al existir diferentes grados de

proximidad al agua, se ha supuesto la existencia de otros factores determinantes en la elección de los emplazamientos, como pueden ser las necesidades defensivas o la extracción de recursos minerales.

Así pues, los estudios sobre la ubicación de los yacimientos ponen de manifiesto la importancia que debió tener para las poblaciones del sureste peninsular el control del agua durante la Prehistoria Reciente. En este sentido, se han señalado dos tipos de tecnologías que habrían permitido llevar a cabo dicho control:

- Conservación: se basa en cisternas asociadas directamente a los poblados, cuya capacidad sugiere una función más doméstica que agrícola.
- Canalización: consistente en la captación y distribución del agua mediante presas o acequias. En las dos últimas décadas han aparecido algunos datos sobre este proceso de canalización en el yacimiento del Cerro de la Virgen. Según Schüle, en época prehistórica, rodeando la base de este cerro, existía un canal principal a partir del cual se podían regar los campos del poblado a través de canales más pequeños que fluían, como en la actualidad, hacia el río. De esta manera, según Chapman, el Cerro de la Virgen nos ofrecería el primer testimonio arqueológico de canalización de aguas de la península Ibérica con anterioridad a la presencia romana.

El último punto del análisis de Chapman sobre el proceso de intensificación en el sureste peninsular está dedicado a la *reconstrucción de los sistemas agropecuarios*, para lo que el autor se ha basado en los restos de flora y fauna hallados en diferentes yacimientos de la zona. En este sentido, en lo que se refiere a la flora, en las llanuras áridas se han encontrado -entre otros- restos de trigo panificable, cebada vestida de seis hileras y lino, plantas cuyo cultivo supone un argumento a favor de la hipótesis del control del agua, y es que el lino, por ejemplo, es incapaz de crecer sin ayuda de algún tipo de riego artificial y suele ser cultivado en zonas con un promedio de precipitaciones anuales de 450 a 700 mm, unas cifras bastante superiores a las de las tierras bajas almerienses. En el mismo sentido van los restos de centeno documentados en el yacimiento del Garcel. Hoy en día, esta planta se cultiva principalmente en el noroeste de la península Ibérica y suele asociarse con temperaturas bajas e índices pluviométricos superiores a los del sureste. Así, su cultivo actual en zonas de Europa con precipitaciones de entre 650 y 700 mm también favorece esa idea de la existencia de sistemas de irrigación artificial en el sureste de la península Ibérica durante la Prehistoria Reciente. La cantidad de agua que requieren todos estos cultivos obliga necesariamente a pensar en el desarrollo de una agricultura de regadío basada en un control hidráulico.

En lo que se refiere a la fauna o ganadería en relación con la intensificación de la producción, el autor ha prestado especial atención al tema de los “productos secundarios”. Los investigadores que han publicado análisis cuantitativos de los restos de animales hallados en esta zona han inferido una intensificación de la producción a

finales del III y durante el II milenio a.n.e., un proceso en el que se han distinguido tres factores:

- Aumento del empleo de bóvidos y équidos para el transporte y la tracción.
- Diversificación de la ganadería con la inclusión de productos secundarios.
- Aumento de la especialización en estrategias de crianza del ganado.

La inferencia de estos tres factores se ha basado en la frecuencia de aparición de determinados taxones a lo largo del tiempo, en las proporciones relativas al sexo y a la edad, y en la morfología de los huesos conservados.

En lo que se refiere a los équidos, los datos sobre el sexo y la edad aportados por los yacimientos del Cerro de la Virgen y el Cerro de la Espina apoyan la hipótesis de que los caballos eran criados para realizar trabajos duros, como el transporte, y no únicamente por su valor cárnico. En este sentido, en ambos yacimientos, la mayoría de restos corresponden a individuos adultos o viejos. Además, algunos ejemplares del Cerro de la Virgen muestran un desgaste en las extremidades que es característico de aquellos animales que han desempeñado actividades de gran esfuerzo, y, en el Cerro de la Encina, algunos restos muestran huellas de descuartizamiento que indican su utilización como alimento una vez que dejaban de ser aptos para el trabajo.

En lo que se refiere a los bóvidos y ovicápridos, fueron las especies dominantes en los conjuntos faunísticos del sureste antes del II milenio a.n.e. En este sentido, los datos sobre el sexo y la edad aportados por el yacimiento de la Cuesta del Negro respaldan la teoría de una estrategia en la que se mantenían las vacas adultas para la reproducción del rebaño, mientras que las terneras se intercambiaban fuera del poblado como productos alimentarios o fuerza de tracción. Esta crianza de animales con otro fin más allá de su aporte cárnico está relacionada con esa ‘revolución de los productos secundarios’ de Andrew Sherrat, donde los caballos eran empleados principalmente para el transporte y la tracción, aunque también se consumía su carne; de los bóvidos se explotaba la carne, la fuerza de tracción y se practicaba la reproducción especializada de terneras; de las ovejas se extraía el queso, la carne y la leche; y de las cabras, sobre todo, la leche. Aunque en el sureste peninsular no se han encontrado evidencias de arados, Sherrat opina que su difusión por Europa pudo haberlo traído a nuestra zona a mediados del III milenio a.n.e.

Por último, en lo que respecta a la oveja lanuda, su aparición en la península Ibérica tiene una cronología mínima que se remonta al II milenio a.n.e., pues en muchos yacimientos se han recuperado husos y pesas de telar con cronologías a partir del III milenio a.n.e. A esto, además, habría que sumar algunos vestigios de la tecnología empleada en la obtención de productos secundarios, como las “queseras”, halladas en yacimientos con cronologías similares. (Chapman 1991, 170-195)

\*\*\*

Es evidente, dice Chapman, que la diversificación económica que se dio en el sureste peninsular durante la Prehistoria Reciente formó parte de un proceso de adaptación al medio. En el caso de las llanuras más áridas, dicha diversificación se habría visto favorecida por la intensificación de la producción que se habría desarrollado gracias al control del agua, cuya importancia crucial en la producción de subsistencias y en la supervivencia de las comunidades, según Chapman, pudo variar a lo largo del tiempo, sobre todo en periodos de oscilaciones climáticas a corto plazo, y en función de la altitud y el régimen de lluvias.

A pesar de que las estrategias de subsistencia del Calcolítico y el Bronce pudieron haber reducido la impredecibilidad de la agricultura en las zonas más áridas a través de la intensificación de los rendimientos, su desarrollo también pudo suponer mayores costes económicos, que, a su vez, pudieron repercutir directamente en la organización del trabajo. En este sentido, las consecuencias económicas y sociales de la intensificación han sido objeto de un debate realmente controvertido, pues diversos autores han intentado conectar las mismas con el origen o la aparición de la complejidad cultural.

### **3.2. Algunos modelos sobre la intensificación y el cambio cultural en el sureste de España durante la Prehistoria Reciente**

Una vez analizada la base empírica sobre las estrategias de subsistencia y el proceso de intensificación que adoptaron las culturas del sureste durante el III y II milenios a.n.e., vamos a analizar algunos de los modelos interpretativos más importantes que se han propuesto para explicar sus causas y consecuencias. En este sentido, podemos señalar hasta cinco interpretaciones formuladas por cinco autores diferentes, siendo la primera de ellas la del propio Robert Chapman.

#### **3.2.1. *Robert Chapman***

Este autor propone dos posibles cadenas causales en la aparición de la cultura de los Millares:

- I. La primera de ellas se iniciaría con una transformación local de un clima más húmedo hacia uno más seco, que tendría como resultado una concentración de la población en zonas con mayores posibilidades para la explotación efectiva de los recursos hidráulicos. Esta concentración demográfica supondría una remodelación del régimen de propiedad y herencia de la tierra, del acceso a los recursos subsistenciales y del liderazgo. Además, en opinión del autor, la aparición de unidades demográficas más amplias pudo estimular el surgimiento de especialistas que a su vez contribuirían a una mayor diferenciación de estatus.
- II. La segunda cadena causal propuesta por Chapman comienza con el desarrollo de la metalurgia del cobre y desemboca en la transformación de la tecnología y de la organización social mediante el suministro de nuevos artículos de lujo y prestigio.



En lo que se refiere al II milenio a.n.e., el autor sostiene que el continuo crecimiento demográfico habría tenido como resultado una expansión de los asentamientos desde los valles y las depresiones hacia zonas ubicadas a una mayor altura, dándose una intensificación y diversificación de la producción metalúrgica, que vendría a reflejar un mayor grado de especialización, una creciente complejidad de la jerarquía social y un estímulo para la creación de redes de intercambios a gran escala.

Por último, Chapman entiende el control y la administración de los recursos como un instrumento fundamental en la consolidación de la desigualdad social, siendo el agua -y no la metalurgia- un elemento clave al respecto. En este sentido, el autor descarta la producción de objetos de cobre como causa de la jerarquización social durante el III milenio a.n.e., debido al bajo nivel de producción y de diversidad formal y estilística que presentan los objetos metálicos encontrados, y es que ni siquiera durante el II milenio a.n.e. dichos niveles pueden compararse a los que presentan otras culturas contemporáneas de Centroeuropa y el Egeo.

### **3.2.2. Antonio Gilman**

En segundo lugar tenemos la argumentación de Antonio Gilman, que a mediados de los años setenta decidió abordar el desarrollo histórico del sureste peninsular desde el Neolítico Final hasta la Edad del Bronce aplicando un método dialéctico y materialista, es decir, un análisis marxista. Para ello, y con el objetivo de explicar cómo se produjeron las transformaciones experimentadas por las comunidades de esta zona durante la Prehistoria Reciente, el autor fijó su atención en las relaciones sociales de producción, señalando tres importantes tendencias a tener en cuenta:

1. La especialización del trabajo va en aumento, lo que explica el desarrollo de la actividad metalúrgica.
2. Se da una progresiva división de la sociedad en clases, lo que queda patente en la dualidad de enterramientos existente, con tumbas colectivas con objetos sencillos, por un lado, y sepulturas individuales con mucho ajuar, por otro.
3. Se da un gradual desarrollo del militarismo, visto en la edificación de fortificaciones y en la fabricación de armas ostentosas.

En lo que se refiere a la aparición del liderazgo, Gilman no relaciona su desarrollo con la manipulación y el control de los recursos como hace Chapman, pues considera que esto no explica, por ejemplo, cómo surge el liderazgo del tipo hereditario. Además, considera que las élites no tienen por qué verse involucradas en actividades de administración que aportan un beneficio al conjunto de la sociedad, y defiende que incluso cuando es posible afirmar que sí lo están, dichas actividades pueden constituir mecanismos útiles para consolidar, ampliar y legitimar su poder y riqueza, pero no tienen por qué ser las responsables últimas de su adquisición. Así pues, según Gilman, la cuestión clave a explicar sería cómo las élites adquieren ese poder y consiguen mantenerlo a pesar de actuar siempre en contra de los intereses de la mayoría de la población. La búsqueda de una respuesta a esta cuestión le lleva a reflexionar sobre los

cambios que se pudieron producir durante este período en el sureste peninsular y pudieron modificar las relaciones sociales de producción hasta el punto de que el antiguo modelo más igualitario fuera insostenible. En este sentido, tres han sido las innovaciones abordadas por Gilman en su modelo interpretativo: el desarrollo de la metalurgia, el desarrollo de la irrigación y el desarrollo del policultivo con la introducción de la vid y el olivo.

1. *Desarrollo de la metalurgia:* hasta mediados de los años setenta, se venía defendiendo que la industria del cobre había sido el factor más importante que propició el desarrollo cultural en esta zona suroriental, pues la puesta en marcha de esta actividad económica habría implicado el desarrollo de una especialización en el trabajo y un aumento de la necesidad, viéndose las familias forzadas a producir bienes primarios en exceso con el objetivo de mantener a los especialistas en cada trabajo. Además, en opinión de Childe, la posesión de armas de metal habría ayudado a las incipientes élites dirigentes a mantener su control y dominio sobre el resto de la comunidad, dándoles ventajas militares sobre los súbditos. Con estos argumentos se puede llegar a pensar que la metalurgia realmente estuvo en el origen de la aparición de las élites en esta zona. Sin embargo, Gilman señala que los instrumentos metálicos hallados en los yacimientos del sureste tuvieron una función más simbólica y de prestigio que práctica, pues no se han encontrado útiles que pudieran ser empleados en labores agrícolas, sino que son siempre hallazgos en tumbas, formando parte del ajuar. En consecuencia, la aparición de élites, dice el autor, no puede ser explicada por el desarrollo de esta actividad, al tener los objetos metálicos una función puramente simbólica.

En opinión de Gilman, la posesión de útiles de cobre no habría sido suficiente por sí misma para dar a la élite el monopolio de la fuerza, tal como sostiene Childe. Además, si el desarrollo de la actividad metalúrgica fue capaz de consolidar una élite preexistente dándole un bagaje de prestigio y la posibilidad de comerciar con el metal, éste no pudo haber jugado un papel principal en el mantenimiento de la seguridad de la población, al ser su objetivo la exportación y el intercambio por objetos de lujo foráneos. Es por ello por lo que Gilman considera difícil que la metalurgia fuera el condicionante principal en el surgimiento de las élites en el sudeste. El autor entiende el metal como un exponente más de los cambios sociales, no la causa. Interpreta los objetos metálicos como símbolos de prestigio intercambiables y sometidos al control de las élites, pero no relaciona su desarrollo con cambios relevantes en las relaciones sociales de producción. Algo distinto ocurre, no obstante, con la irrigación y el policultivo. (Blance 1986, 24; Arribas 1986, 160)

2. *Desarrollo de la irrigación:* como hemos visto en las páginas anteriores, en las tierras bajas del sureste, la intensificación de la producción constituyó el principal instrumento para enfrentarse a la aridez del medio. En este sentido, en opinión de Gilman, dicha intensificación solamente pudo desarrollarse gracias a

la puesta en marcha de un sistema de irrigación artificial, siendo éste el elemento central que acabaría transformando las relaciones de producción, aumentando el militarismo y abriendo una frontera entre ricos y pobres.

En cualquier caso, Gilman no relaciona la jerarquización social de esta zona con la organización y el control de los sistemas de irrigación, que habrían sido gestionados de manera igualitaria y colectiva, sino que, en su opinión, dichas élites habrían derivado de la necesidad de defender tales estructuras de la codicia de las comunidades vecinas, pues su construcción, mantenimiento y extensión requerían una inversión muy importante de trabajo y tiempo. Así es como el regadío habría transformado las relaciones sociales de producción, fomentando la aparición de unas incipientes jefaturas cuyo objetivo era la protección de tales sistemas. Además, según el autor, estas inversiones de capital y mano de obra implicaban un compromiso de permanencia a largo plazo en el lugar, contrarrestando así esa tendencia a la fricción propia de las sociedades tribales, quedando la gente ligada a la tierra. (Lull 1983, 38 - 39; Blance 1986, 24; Arribas 1986, 160)

3. *Desarrollo del policultivo con la introducción de la vid y el olivo:* en el ámbito mediterráneo, durante la Prehistoria Reciente, la vid y el olivo fueron, junto con los cereales, los elementos básicos de la agricultura. Sin embargo, el cultivo de estas especies requería -y requiere- una inversión de tiempo muy importante, pues la vid no da frutos hasta unos tres años después de plantarla y el olivo requiere entre doce y quince años. Además, debemos tener presente que en estos momentos del Neolítico al Bronce la vida media de un hombre no superaba los 20-30 años. En consecuencia, según Gilman, aquellas familias que decidieron cultivar estas especies habrían buscado defender de alguna manera su inversión, pagando por su protección unos determinados tributos a esos mismos jefes que habían surgido para proteger el sistema de regadío, contribuyendo así a consolidar su posición social.

Desde el punto de vista arqueológico, Siret encontró restos de olivas en los yacimientos del Garcel y el Argar, mientras que semillas de uva fueron halladas en el Monte de la Barsella, en Alicante. Se piensa que el cultivo de estas dos especies fue introducido en la península Ibérica en torno al I milenio a.n.e., aunque en el Próximo Oriente empezaron a ser cultivadas ya en el IV milenio a.n.e., en el Egeo en el III milenio a.n.e. y en Italia, según Gilman, en el II milenio a.n.e. En este sentido, dice el autor, es probable que su cultivo fuera introducido en España al mismo tiempo que en Italia, aunque no indica cómo habría llegado a la península Ibérica. Por otra parte, Gilman sostiene que las semejanzas existentes entre el Bronce egeo y el peninsular habrían sido el resultado del cultivo de estas dos especies, que en ambas zonas habría tenido consecuencias sociales similares.

Utilizando este enfoque teórico, el autor interpreta la secuencia cultural del sureste peninsular de la siguiente manera. La colonización de las llanuras áridas se habría producido un milenio más tarde que la de las depresiones del interior y habría dependido de manera sustancial del desarrollo de formas simples de control hidráulico. En este sentido, el regadío habría sido introducido en la península Ibérica en torno al IV milenio a.n.e, cuando las comunidades del sureste empiezan a desarrollar la agricultura, una actividad productiva llevada a cabo de manera solidaria y comunal, a juzgar por las tumbas de carácter colectivo compuestas por ajuares sencillos. Más tarde, con la policultura mediterránea ya introducida -vid, olivo y cereal-, empieza a manifestarse esa tensión impuesta por las nuevas fuerzas de producción relacionadas con el regadío, una tensión reflejada en la construcción de tumbas más grandes con una gran variedad de materiales exóticos y ajuares ricos, como las de los Millares y Almizaraque.<sup>3</sup> En este sentido, aunque durante el III milenio a.n.e. se produjo un aumento de la desigualdad social, este proceso habría quedado encubierto por el ritual de enterramiento colectivo, cada vez menos popular con el paso del tiempo. Sería ya en época argárica cuando esta desigualdad pasa a manifestarse de manera abierta con un ritual de enterramiento individual y grandes distinciones expresadas en los ajuares. Además, con el inicio del Bronce se daría un nuevo desarrollo de la metalurgia, con una especialización al servicio de unas élites guerreras, cuyas tumbas individuales pasamos a encontrar en el interior de las propias fortificaciones.

### **3.2.3. A. Ramos Millán**

El tercer modelo interpretativo, también fundamentado en la corriente marxista, es el de A. Ramos Millán (1981), quien, basándose en los datos faunísticos aportados por diferentes yacimientos de la zona, aboga por un medio más húmedo que el actual con una densa vegetación. En opinión de este autor, la aridez que caracteriza al medio contemporáneo es consecuencia de las actividades antrópicas llevadas cabo sobre el terreno a lo largo del tiempo, e interpreta al ser humano como un agente degradador del entorno a largo plazo.

Ramos desecha las evidencias sobre el policultivo propuestas por Gilman y tampoco encuentra indicios del empleo de tracción animal. Su argumentación se basa en que a principios del Calcolítico se produjo en esta zona una presión demográfica que desembocó en una competición por los recursos, una expansión de los poblados y una intensificación de la producción agrícola. En un primer momento, dice el autor, predominaba una economía doméstica, donde los intercambios se regían por la reciprocidad, la especialización era escasa y la metalurgia carecía de importancia. Sin embargo, el diseño y la construcción de fortificaciones parecen sugerir el progresivo desarrollo de una economía política que habría unido comunidades domésticas previamente independientes en proyectos colectivos. Ramos piensa que este tipo de

---

<sup>3</sup> Es importante señalar que la contradicción de esta afirmación de Gilman, pues estos asentamientos son del III milenio a.n.e., mientras que el autor ubica la introducción de la vid y el olivo en la península Ibérica en el II milenio a.n.e.

economía habría sido una respuesta a esa competición resultante de la presión demográfica. Además, señala la cada vez menor importancia del parentesco y la posibilidad de que algunos individuos empezaran a acumular riquezas. En este sentido, desde el punto de vista de la jerarquización social, el autor interpreta las sociedades del sureste como comunidades de “grandes hombres”, donde no hay jefaturas ni una estratificación social clara, las cuales aparecerán durante la Edad del Bronce.

#### **3.2.4. *Vicente Lull***

El análisis de Vicente Lull, también de base marxista, es complementario al de Ramos Millán y se centra de manera exclusiva en la cultura del Argar, excluyendo a los grupos culturales del III milenio a.n.e. Desde el punto de vista medioambiental, al igual que Ramos, Lull rechaza una reconstrucción climática de las tierras bajas del sureste basada en unos niveles de degradación y aridez similares a los actuales y opta por una reconstrucción fundamentada en un mayor grado de humedad. Además, como Ramos, interpreta la intensificación de la producción como el resultado de una presión demográfica. Así, considera que en los primeros momentos de desarrollo de la cultura argárica se produjo un crecimiento poblacional que tuvo dos consecuencias principales: la ocupación de las tierras altas del interior y el aumento del desbroce de los bosques de manera paralela a la intensificación de la producción de subsistencias. Como consecuencia de este proceso de intensificación se daría un aumento de la erosión, un agotamiento de los suelos y una disminución de la producción agrícola, todo lo cual acabaría desembocando en última instancia en la aparición de una serie de poblados con una mayor capacidad de fabricación de objetos metálicos que serían intercambiados por alimentos. De esta manera, Lull relaciona los efectos nocivos a largo plazo de la intensificación agrícola con el desarrollo de la producción metalúrgica.

No obstante, el autor propone una segunda cadena causal en el desarrollo de la cultura argárica con la metalurgia como elemento central. Con anterioridad al despegue de esta actividad, dice Lull, los poblados del sureste español se habrían caracterizado por ser autosuficientes, siendo el metal, como artículo deseable, producido y utilizado en muchas zonas donde en realidad no había minas. De esta manera, el autor sostiene que la metalurgia actuó como un elemento dinamizador que acabó con esa autosuficiencia, desembocando en un ‘sistema de producción complementaria’ entre ecosistemas locales, donde los metales eran intercambiados por alimentos. En este sentido, varias habrían sido las consecuencias de la puesta en marcha de este sistema de producción. En primer lugar, al requerir un empleo de la fuerza de tracción animal, se dio una creciente importancia de la ganadería caballar, tal como evidencian los datos faunísticos. En segundo lugar, el intercambio de productos exigía unas rutas más seguras, lo cual habría fomentado la aparición de una élite administrativa que desembocaría en una estratificación social. Además, el incremento de la producción causaría serios daños al paisaje al acabar con las vetas superficiales de cobre y contribuir a una deforestación desmedida. Todo ello, sumado a la intensificación agrícola, acabaría provocando un colapso economicosocial hacia el año 1400/1300 a.n.e.

### 3.2.5. *Clay Mathers*

Por último, tenemos el modelo interpretativo de *Clay Mathers*, quien relaciona la aparición del liderazgo con la gestión de recursos de capital y trabajo a fin de estabilizar la producción económica. Desde el punto de vista de la organización social, este autor propone la existencia de estrechos vínculos intercomunales organizados bajo la forma de una extensa red de contactos y alianzas que facilitarían la circulación de información, materiales y fuerza de trabajo con el objetivo de prevenir y combatir la escasez. Esta forma de organización social contrasta de manera clara con la propuesta por Lull, basada en comunidades autosuficientes.

El modelo interpretativo de este autor se centra en la transición del III al II milenio a.n.e., y sostiene que el paso de la cultura de los Millares a la del Argar estuvo motivado por un colapso del sistema, hecho que quedaría especialmente patente en el sur de Almería, donde las comunidades más marginales experimentaron una profunda crisis que supuso la despoblación de la zona. Al norte de esta provincia y el sur de Murcia, este colapso pudo ser mitigado gracias al desarrollo de toda una serie de cambios en el patrón de asentamiento.

En lo que se refiere al proceso de jerarquización social, del mismo modo que Gilman, Mathers considera que durante el III milenio a.n.e. el desarrollo de la desigualdad y la aparición del liderazgo estuvieron encubiertos por el ritual de enterramiento colectivo. Sin embargo, las diferencias sociales pronto empezarían a quedar patentes, tal como podemos observar en los enterramientos de la última fase calcolítica, donde encontramos determinados objetos de prestigio que denotan ligeras diferencias sociales. Con el desarrollo de la cultura argárica, dichas desigualdades pasarían a manifestarse de forma más explícita, constándose un progresivo desarrollo de la complejidad cultural con una mayor competición por ocupar determinados puestos de prestigio.

\*\*\*

Lo que se desprende del análisis de todos estos modelos interpretativos es que la intensificación de la producción fue un factor fundamental en el desarrollo de la complejidad cultural en el sureste de España durante la Prehistoria Reciente. Sin embargo, Chapman señala otras variables igualmente importantes a tener en cuenta en el desarrollo de este proceso, como la *escala del sistema*, cuantificada en función del área que ocupa un sistema cultural, su extensión y densidad demográfica; la *innovación tecnológica*; la *complejidad social*, relacionada con el grado de diferenciación horizontal y vertical que existe entre las distintas unidades sociales que componen una comunidad; la *interacción* existente entre diversas comunidades a nivel local, peninsular y extrapeninsular; y la *integración*, que hace referencia al grado de dependencia económica y/o política que presentan diferentes unidades independientes dentro de un mismo sistema cultural. (Chapman 1991, 199-209)

### **3.3. La escala del sistema**

Combinando las dimensiones de los asentamientos prehistóricos conocidos y los cálculos sobre la densidad de población, Chapman llega a la conclusión de que los poblados neolíticos de esta zona pudieron contar con un máximo de hasta 100 habitantes, mientras que los calcolíticos pudieron estar formados por unos 200, si bien algunos pudieron alcanzar la cifra excepcional de 1000-1500. A principios del II milenio a.n.e., con el inicio de la Edad del Bronce, la distribución geográfica de estos asentamientos pasó a ser más regular y aumentó la densidad de población en cada uno de ellos, aunque no lo hicieran las dimensiones de sus terrenos. Así, la mayor parte de los poblados argáricos, dice el autor, pudieron tener un mínimo de hasta 300 habitantes y los más densamente poblados pudieron superar la cifra de los 1500. Además, Chapman observa que durante este período se da un aumento de la densidad de población en la depresión de Vera y el este de Granada y una disminución de la misma en el sur de Almería.

Así pues, el registro empírico existente vendría a confirmar la argumentación de Lull sobre el desarrollo de un aumento demográfico en esta zona durante el Bronce Antiguo. Esto habría tenido como resultado una expansión de la población hacia zonas donde no se han hallado indicios de asentamientos previos (o se han hallado pocos), como el valle alto del Guadix y el Fardes, o los altiplanos situados entre Sierra Nevada y Sierra de los Filabres (p. 103). Chapman, por su parte, sugiere la posibilidad de que se produjera una reorganización global de la población, más que un incremento demográfico. En lo que se refiere a la ubicación de los asentamientos, durante esta Edad del Bronce parece haber una preferencia por las zonas de monte, por encima de las llanuras pero por debajo de las serranías.

En lo que respecta a la Edad del Cobre, es difícil señalar los cambios demográficos que se pudieron producir con respecto al Neolítico. No obstante, sí estamos en condiciones de afirmar que los yacimientos de este período son más extensos que los de la etapa precedente y aumenta el número de poblados al aire libre, hecho que algunos autores han relacionado con un cambio económico por el cual se abandonó la actividad ganadera en favor de la agricultura cerealista, entre finales del IV milenio a.n.e. y comienzos del III milenio a.n.e. En lo que se refiere a la distribución de estos yacimientos calcolíticos, aparecen en mayor proporción en las llanuras y en las tierras altas del este de Granada, mientras que en las tierras bajas del resto de la región parecen representar una fase de colonización continua. (Chapman 1991, 210-222)

### **3.4. Las innovaciones tecnológicas**

Desde el punto de vista de las innovaciones tecnológicas y su relación con el desarrollo de la complejidad cultural en el sureste peninsular, el primer aspecto abordado por Chapman en su análisis es la aparición de la metalurgia, actividad que el autor ha relacionado con el ámbito simbólico-social, más que con el económico-funcional.



En lo que se refiere a la metalurgia del cobre, se han constado evidencias de la misma en diferentes yacimientos calcolíticos de las llanuras del litoral y las tierras altas del interior, y entre los objetos de cobre en ellos encontrados tenemos hachas planas, punzones, cinceles, cuchillos de hoja curva, sierras, cuentas, anzuelos, puñales de un solo filo con muescas laterales para el enmangue, puñales de lengüeta y puntas del tipo Palmela. Los objetos que podríamos clasificar como adornos o armas aparecen en una proporción ínfima, siendo los útiles los artefactos más abundantes. Desde el punto de vista cuantitativo, en la mayor parte de estos yacimientos los objetos de cobre no superan la docena, constituyendo una excepción a esta regla el poblado de Almizaraque, donde los Siret encontraron más de un centenar de ítems de este tipo.

En lo que se refiere a los hallazgos funerarios, destacan de manera especial los procedentes de la necrópolis de los Millares, donde se han encontrado un total de 65 objetos de cobre, de los cuales 28 han sido identificados como punzones y 12 como hachas planas. En este sentido, basándonos en las estimaciones actuales sobre la duración de la ocupación de este asentamiento, podemos afirmar que estas cantidades no permiten inferir un elevado nivel de producción, una conclusión que podemos extrapolar al conjunto de las tierras bajas almerienses, ya que si consideramos la cantidad total de artefactos de cobre hallados en los asentamientos de esta zona, podemos observar una tendencia regional caracterizada por unos bajos rendimientos de producción. En este sentido, la escasa cantidad de objetos de metal encontrados en este ámbito refuerza la hipótesis de que la producción y la organización de la metalurgia del cobre, durante el III milenio a.n.e., se realizó a pequeña escala

Por otro lado, dada la variabilidad que presentan los diferentes asentamientos de esta zona en lo que se refiere a su proximidad a los criaderos de cobre y a las actividades de producción documentadas en su interior, Chapman plantea la posibilidad de que se pueda relacionar las diferencias productivas que éstos presentan con la posición que podían ocupar dentro de una jerarquía de asentamientos, y señala el control de los recursos minerales como el elemento clave que podría determinar esta jerarquización.

Durante el Bronce argárico, el cobre continuó siendo el metal más utilizado, aunque aleado con un 2% de arsénico, porcentaje que, por otro lado, varía según los artefactos fabricados. Así, por ejemplo, los filos de las alabardas y los puñales son más sólidos y contienen el doble de arsénico (4%) que las hachas y las agujas. La aparición del bronce propiamente dicho es poco frecuente durante este período y no constituye la aleación dominante hasta la etapa siguiente. Además, su contenido en estaño presenta considerables variaciones que va del 0,1% al 10% -o incluso más-, y su frecuencia de aparición también varía según los poblados y contextos de deposición. Así, en Ifre (Mazarrón, Murcia), los objetos de bronce constituyen el 60% del total de artefactos hallados, mientras que en el Argar solamente representan el 14% de los depositados en los asentamientos y el 30% de los encontrados en contextos funerarios. Esta escasa cantidad de objetos de bronce y la elevada variación de estaño que contienen han sido atribuidas a una carestía de este mineral en el sureste. Sin embargo, se ha demostrado que algunos filones, como el de la localidad de La Unión, al sur de Murcia, han sido

explotados prácticamente hasta la actualidad y parece ser que hace 4000 años el estaño abundaba en los depósitos aluviales de la zona. Esto obligaría a modificar esa teoría que relaciona su utilización con el hallazgo ocasional de vetas por parte de las comunidades prehistóricas. Finalmente, debemos señalar que, además de los objetos de bronce estañado y cobre arsenicado, también conocemos artefactos elaborados en oro y plata, hallados principalmente en contextos funerarios.

Entre los objetos producidos durante el Bronce agárico se incluyen hachas, punzones, cinceles, cuchillos y puñales con remaches, alabardas, espadas, anillos, pendientes, diademas, pulseras, cuentas y otros objetos. Vemos de esta manera cómo se produce un aumento tipológico con respecto a los objetos manufacturados del III milenio a.n.e., dándose además una notable dicotomía entre los artefactos hallados en lugares de habitación -hachas, cinceles, sierras, puñales y cuchillos- y los encontrados en contextos funerarios, donde hay un predominio de armas y adornos elaborados en oro y plata. Por otro lado, además de la ampliación tipológica, también se da un importante aumento cuantitativo en la fabricación de estos objetos, hecho que queda ilustrado en los cuadros 41 - 43.

Tipos	N.º
puñales	250
punzones	290
hachas	78
cinceles	10
puntas de flecha	30
alabardas	10
espadas	2
objetos de plata (anillos, diademas, pulseras, etc.)	320

Fig. 41. Frecuencia de aparición de diversos tipos de objetos metálicos en el Argar. Imagen tomada de Chapman 1991, 228.

Metal	N.º
cobre	961
bronce	494
plata	320
oro	6

Fig. 42. Frecuencia de aparición de objetos de diversos metales en el Argar. Imagen tomada de Chapman 1991, 228.

	Cobre	Plata	Oro	Estaño
El Argar	34.611	1.920	13	799
Fuente Álamo	1.716	230	116	94
El Oficio	5.540	333	9	149
Gatas	822 (incluyendo estaño)	44		
Fuente Vermeja	29			
Lugarico Viejo	1.041 (¿incluyendo estaño?)			

Fig. 43. Peso en gramos del metal recuperado en seis yacimientos de la Edad del Bronce en el sureste de España. Imagen tomada de Chapman 1991, 229.

Así pues, durante esta etapa, en los poblados argáricos, se dio un importante crecimiento de la producción metalúrgica. Sin embargo, estos datos deben ser evaluados en un contexto más amplio. Para empezar, desde el punto de vista temporal, debemos tener en cuenta que esta cantidad total de artefactos debe distribuirse en un período de 700 años. Además, si comparamos la metalurgia de esta zona con la del centro y noroeste de Europa, podemos observar como el grado de diversidad funcional y estilística de la metalurgia peninsular es mucho menor, funcionando la producción y la organización a una escala diferente. Así, por ejemplo, hasta el Bronce Final, la diversidad estilística que presentan las espadas y las hachas de rebordes de Centroeuropa carece de parangón en el conjunto peninsular. En lo que se refiere a las alabardas, se han hallado hasta 50 piezas en 25 yacimientos distribuidos por toda la Península, de las cuales 34 han sido encontradas en la zona ocupada por la cultura argárica, hecho que enfatiza su importancia como centro productor. No obstante, si comparamos este registro peninsular con el de Irlanda, cuya extensión equivale tan solo a la cuarta parte de la Península, vemos como las alabardas aquí halladas triplican en número a las peninsulares. Del mismo modo, podemos comparar el total del cobre recuperado por los hermanos Siret en el yacimiento del Argar, consistente en unos 34 kg, con el peso de un único tesoro del Bronce Antiguo hallado en Bresinchen (Alemania), formado por 103 hachas con rebordes, 1 hacha doble, 2 alabardas, 8 puñales, 10 torques-lingote y 22 anillos, con un peso total de 30 kg. Así, según los cálculos de Siret, para producir los objetos de cobre del Argar, se habría necesitado una tonelada de mineral, cifra que contrasta de manera clara con las 12 toneladas diarias que se sospecha que se extraía en la región austriaca de Mittenberg.

Igual de sugerentes son las comparaciones que podemos establecer entre las innovaciones metalúrgicas introducidas en el sureste de España a partir del III milenio a.n.e. y las desarrolladas en el ámbito egeo. Durante el Bronce Antiguo, en esta zona del Mediterráneo oriental, se produjo una explosión de la metalurgia que se tradujo en un notable aumento de la habilidad técnica, de la explotación de minerales, del repertorio de objetos y de la especialización artesanal, un proceso muy similar al que se dio en el sureste de la península Ibérica con la aparición de la cultura argárica. No obstante, Champan señala toda una serie de diferencias entre los procesos de ambas zonas:

1. Las técnicas metalúrgicas del Egeo, tanto la de la cera perdida como las más específicamente decorativas, como el laminado, el dorado, el granulado, el repicado o el filigraneado de oro, carecen de paralelos en la metalurgia argárica.
2. En Oriente, se fabricó un amplio repertorio de objetos metálicos que no encontramos en la península Ibérica, como diversas puntas de flecha, hachas dobles, vasos de metal, pinzas y agujas. Además, objetos como puñales, espadas y estoques aparecen en mayor cantidad y con mayor variedad de formas y estilos.
3. La deposición de objetos metálicos en tesoros domésticos y funerarios es una característica del Egeo que no encontramos en el sureste peninsular.

4. El bajo contenido en hierro del cobre argárico indica unas pobres condiciones de reducción del metal y una tecnología de fundición menos avanzada que la del Egeo.

Todos estos factores, dice Chapman, nos revelan que la innovación metalúrgica del sureste peninsular fue un proceso más lento y prolongado que el de Europa central y oriental.

Al final de la cultura argárica, se produce una ruptura en los tipos y la cantidad de objetos metálicos producidos. En Almería y Granada, la frecuencia de aparición de este tipo de artefactos cae en picado, lo que también queda reflejado en el registro funerario, que se caracteriza por un menor “consumo” del metal en los ajuares, pasando los cadáveres a ser enterrados con un pequeño número de pulseras, brazaletes, anillos o cuentas de bronce. Así pues, en los asentamientos del Bronce Tardío, los objetos metálicos son muy escasos, sobre todo en lo que se refiere a los elaborados en oro y plata, que prácticamente desaparecen. Incluso los artefactos más destacados en el conjunto peninsular, como son los bronce atlánticos, aparecen en cantidades muy pequeñas y en zonas periféricas a la región del sureste. De este modo, el Bronce Final parece caracterizarse por una carestía del metal y una tendencia a la desaparición de las innovaciones estilísticas.

Al margen de la metalurgia, en esta zona suroriental se emplearon otras materias primas en la elaboración de útiles, como el sílex, muy utilizado durante el Calcolítico en la fabricación de puntas de flecha y puñales muy sofisticados, que en algunos casos presentan muescas para el empuñamiento iguales a las de los puñales de cobre. Más allá de estas piezas de sílex, el trabajo de la piedra iba desde la producción de hachas y azuelas hasta la fabricación de pequeños recipientes e ídolos, la mayor parte de los cuales se correspondían con los de tipo betilo y cilíndricos con entalladuras, aunque también se han hallado algunos en placas de pizarra.

En lo que se refiere a la industria ósea, experimentó un desarrollo similar, yendo desde la simple fabricación de puntas hasta la producción de puñales, mangos para los punzones de cobre, agujas, peines e ídolos falange y antropomorfos. En lo referente a los objetos de adorno personal, destaca la producción de cuentas con materias primas locales -caliza, cuarzo, esquisto, hueso, pizarra y cobre- o materiales exóticos procedentes de zonas lejanas -conchas, ámbar, azabache, calaíta, marfil y huevos de avestruz-. Por último, también la arcilla fue muy utilizada desde el punto de vista tecnológico, pues más allá de para la fabricación de recipientes cerámicos, se empleó en la producción de figuritas y pesas de telar.

Así pues, el III milenio a.n.e. parece atestiguar el empleo de diversas materias primas en las tecnologías productivas. Sin embargo, esta tendencia se interrumpió durante el período argárico de manera paralela al declive de la producción de cerámica fina decorada, de recipientes líticos, de ídolos de piedra y hueso, y de la talla bifacial. En este sentido, hemos visto como toda la innovación tecnológica pasó a orientarse de

manera exclusiva hacia la actividad metalúrgica, circunstancia que contrasta en gran medida con lo que sucede en el ámbito egeo, donde la intensificación tecnológica fue más allá de esta actividad: trabajo de la piedra, construcción de barcos, etc. Estas diferencias en la escala de innovación tecnológica entre Oriente y Occidente pueden manifestar que el grado de interacción y de complejidad social, capaz de promover innovaciones y la intensificación de la producción, eran distintos en cada caso. Los datos disponibles en la actualidad sugieren que ni el grado de innovación tecnológica ni la escala del sistema del sureste de España pueden compararse con los valores alcanzados por estas mismas variables en el Egeo durante la Edad del Bronce, y que ninguna de ellas puede constituir por sí misma el motor del cambio cultural en nuestra zona de estudio durante la Prehistoria Reciente. (Chapman 1991, 222-233)

### **3.5. Complejidad social**

Según Chapman, la complejidad social puede definirse como el grado de diferenciación que existe entre las unidades sociales que componen un sistema, pudiendo ser esta diferenciación ‘horizontal’ -entre unidades de un mismo rango- o ‘vertical’ -diferenciación de rango entre las unidades-. Todas las interpretaciones que hemos visto más arriba sobre las causas y las consecuencias de la intensificación de la producción en el sureste de España han adoptado una determinada posición respecto al grado de complejidad social que pudieron alcanzar las comunidades del sureste durante el Calcolítico y la Edad del Bronce, y todas han aceptado la existencia de desigualdades sociales, circunstancia que en la mayoría de ellas ha supuesto el aliciente principal para investigar esta área de la Prehistoria europea. Sin embargo, existen diferentes opiniones sobre el nivel concreto que alcanzó esta complejidad, el momento en el que apareció la desigualdad y el grado en el que ésta se expresó en la cultura material. Además, esta diferenciación social es contemplada de manera distinta según el modelo de análisis desarrollado, destacando de manera especial las diferencias conceptuales entre el marxismo y el neoevolucionismo. Del mismo modo, también ha sido muy debatida la relación que pudo existir entre la complejidad social y la intensificación de la producción. Partiendo de estas premisas y cuestiones, Chapman divide su análisis sobre la complejidad social en el sureste de España en dos puntos: diferenciación horizontal, expresada en términos de especialización de la producción, y diferenciación vertical, discernible a partir de los datos empíricos de los poblados y las tumbas.

#### **3.5.1. Diferenciación horizontal**

Chapman entiende el concepto de *especialización* como el grado en el que un grupo de unidades domésticas se ocupa de un sector específico de la producción en el seno de su comunidad. En lo que se refiere al sureste peninsular, el mejor ejemplo de especialización intrarregional lo constituiría la producción metalúrgica desarrollada durante el Bronce argárico. En sus estudios sobre este período, el autor Vicente Lull ha observado que solamente en cuatro yacimientos de esta zona se ha atestiguado tanto la fase de reducción como la de fundición del mineral: el Oficio, Gatas, la Bastida de Totana y las Laderas del Castillo. No obstante, tenemos noticias de varios yacimientos

en los que se han constatado al menos una de estas fases (fig. 44), destacando entre ellos el Argar, que, como hemos señalado más arriba, es el poblado en el que se han hallado más cantidad de objetos de cobre de entre todos los yacimientos del Bronce suroriental. Aquí, los Siret encontraron moldes de arenisca, un posible horno y crisoles, pero ningún resto de mineral de cobre o escorias. Según la reconstrucción de este asentamiento propuesta por Lull, los minerales se reducían cerca de los afloramientos para después ser fundidos, bien con el objetivo de obtener productos acabados que se destinaban al uso local o al intercambio, bien para el trueque del propio metal fundido, posiblemente en forma de lingotes.

Fase	Poblado
1. Fundición	Fuente Álamo
	El Oficio
	Gatas
	La Bastida de Totana
	Pago de Al-Rutón
2. Reducción	Las Laderas del Castillo
	El Oficio
	Gatas
	La Bastida de Totana
	El Argar
	Cerro del Fuerte
	El Picacho
	Las Peñicas de Santomera
	Las Laderas del Castillo
	El Puntarrón Chico
	Cerro de la Peñalosa
	Cuesta del Negro
	Cerro de la Encina
Las Anchuras	

Fig. 44. Fases de producción metalúrgica en los poblador argáricos del sureste de España. Imagen tomada de Chapman 1991, 236.

En su análisis sobre este período, Vicente Lull ha catalogado un total de hasta 158 yacimientos argáricos, 15 de los cuales han presentado evidencias de un desarrollo metalúrgico, actividad que suele aparecer adscrita a una o dos estructuras específicas de habitación. En este sentido, han sido 4 los poblados en los que se han hallado evidencias de esta actividad en estructuras espacialmente diferenciadas:

1. El Oficio: en la habitación “p” de la casa número 3 se han documentado todas las fases de trabajo del metal, según pone de manifiesto el hallazgo de fragmentos de cobre y bronce fundidos, así como de picos y martillos de piedra.
2. El Argar: en una de las habitaciones se encontró un posible horno asociado a crisoles y moldes de arenisca para la fabricación de hachas, puñales, punzones, cinceles y pulseras.
3. La Bastida de la Totana: en las excavaciones realizadas en las décadas de 1860 y 1940 pudieron recuperarse algunos vestigios de producción metalúrgica en diversas áreas espacialmente diferenciadas. Así, en la primera de estas campañas se registró una estructura oval de unos 15 metros de diámetro, delimitada por

piedras, que contenía grandes cantidades de escorias de galena argentífera, mientras que en la segunda campaña se excavaron una serie de habitaciones en las que se hallaron restos de posibles hornos que contenían crisoles con cobre adherido y un fragmento de molde correspondiente a un hacha plana.

4. Las Peñicas de Santomera: en una de las habitaciones se encontraron restos de fundición de bronce.

Este régimen de producción metalúrgica espacialmente diferenciada contrasta con la dedicación compartida por todas las casas de las labores agrícolas, lo que quedaría patente en la aparición de recipientes de almacenamiento, dientes de hoz y molinos.

Al margen de la metalurgia, en algunos poblados también se ha podido constatar cierta especialización en la producción lítica y ósea, y conocemos dos yacimientos calcolíticos con vestigios de áreas de producción espacialmente diferenciadas dedicadas a estas actividades:

1. Cerro de las Canteras: en una de las estructuras excavadas en este yacimiento se hallaron núcleos de sílex, lascas, fragmentos de puntas de flecha, rascadores y láminas, mientras que otra albergaba una gran abundancia de productos óseos (como puntas y espátulas), huesos largos, cornamentas de ciervo y unas piedras que probablemente sirvieron para afilar. En una tercera estructura se recuperaron, además, molinos y guijarros que pudieron ser utilizados en la preparación de pigmentos. Además, los objetos metálicos de este yacimiento fueron hallados en tres únicas habitaciones, a lo que habría que añadir un posible horno encontrado a sólo 5 m de una estructura en la que se halló un crisol.
2. Los Millares: las excavaciones del fortín I permitieron delimitar una estructura circular en cuyo interior se hallaron desechos líticos relacionados con la producción de puntas de flecha y láminas. Además, en dos bastiones de la muralla exterior se ha constatado el desarrollo de actividades metalúrgicas, en el bastión XI se encontró un posible horno y en otros bastiones vecinos se detectaron escorias de cobre y fragmentos de crisoles, como en el bastión VI, donde se halló un fragmento con cobre adherido.

Mathers ha afirmado que en la transición del Calcolítico a la Edad del Bronce se produjo una normalización o estandarización de la cultura material, proceso que cobra una gran importancia al asociarse al desarrollo de la especialización de la producción, pues constituye un mecanismo muy eficaz de fabricar una mayor cantidad de productos ante un aumento de la demanda. Sin embargo, en el caso de las cerámicas argáricas, los coeficientes de variación en las dimensiones de las mismas son demasiado elevados como para dar cuenta de una producción estandarizada, y lo mismo ocurre con los objetos metálicos. En el caso de los cuchillos es cierto que presentan un coeficiente de variación significativamente menor al de los puñales, lo que indica un mayor control en su producción, pero las espadas, por ejemplo, son muy heterogéneas y Lull observa claras diferencias de tamaño entre las argáricas del sureste y las del norte de España,



supuestamente relacionadas con las primeras. Al mismo tiempo, tampoco el análisis de las alabardas indica grado alguno de normalización.

Así pues, el registro arqueológico de los poblados calcolíticos y argáricos confirma la participación variable de las unidades domésticas en la producción artesanal, sobre todo en lo que se refiere a la fabricación de útiles líticos, óseos y metálicos. Este hecho, dice Chapman, nos permite hablar de especialistas que realizaban al mismo tiempo otras actividades productivas, siendo parcial su dedicación a la producción de estos útiles, pues en ningún momento quedaron totalmente desvinculados de la actividad agrícola. Además, durante el período argárico, no se observa una estandarización en la fabricación de objetos cerámicos y metálicos, lo que nos habla de una demanda insuficiente como para incrementar la eficacia de la producción. En conclusión, a pesar de que estamos en condiciones de afirmar que entre el Neolítico y el Calcolítico se produjo un aumento demográfico que llevó a una concentración de la población entre las edades del Cobre y el Bronce, capaz de determinar la aparición de especialistas, la demanda de los productos que éstos fabricaban fue incapaz de desvincular por completo las unidades domésticas artesanales de la producción de subsistencias. (Chapman 1991, 234-240)

### **3.5.2. Diferenciación vertical**

En este apartado, Chapman busca analizar, por un lado, las relaciones que pudieron existir entre los diferentes yacimientos del sureste peninsular durante la Prehistoria Reciente (análisis *inter-site*) y, por otro lado, las que se pudieron dar en el interior de cada uno de ellos (análisis *intra-site*), basándose en el registro arqueológico de los hábitats y enterramientos.

En lo que se refiere a los análisis *intra-site*, suelen verse limitados por la escasa información de la que disponemos, siendo los poblados mejor conocidos los de época argárica. En estos asentamientos, como hemos visto más arriba, Vicente Lull ha constatado una especialización parcial de la actividad metalúrgica en una o dos casas que también participaban en las tareas agrícolas, siendo posible afirmar en consecuencia, en opinión de Chapman, que cada unidad doméstica era económicamente independiente.

En cuanto a los análisis *inter-site*, un factor muy importante a tener en cuenta es la superficie de los poblados, que, según Chapman, estaría directamente relacionada con la centralización política y la jerarquización de los asentamientos. En este sentido, los poblados neolíticos se caracterizan por ocupar una superficie máxima de 1 ha, los calcolíticos presentan una superficie media de 1,35 ha y para los del Bronce se ha calculado una cifra promedio de 1,59 ha. No obstante, también encontramos yacimientos con unas dimensiones muy superiores a la media, lo cual revela la aparición de dos niveles de jerarquización durante el Calcolítico, cuando el 85,7% de los asentamientos ocupaba 1 ha como máximo y el resto, entre los que se cuentan el Malagón o los Millares, presentaban una superficie que iba de 5 a 7,5 ha. Durante la

Edad del Bronce, se observan pocos cambios en el tamaño máximo de estos poblados, pero se homogeneiza la superficie ocupada por cada uno de ellos: el 57% ocupa 1 ha como máximo, el 80% alcanza las 2 ha y el pequeño porcentaje restante cuenta con una superficie que va de 3 a 7 ha. En lo que se refiere a los poblados del Bronce Tardío, los escasos datos de los que disponemos sugieren una jerarquización similar.

Así pues, la base empírica disponible en el sureste de España parece confirmar un incremento de la centralización política desde finales del III milenio a.n.e., lo que quedaría patente en la jerarquización de los asentamientos en dos niveles. En opinión de algunos autores, esto permitiría inferir la existencia de unas sociedades de jefatura. En cualquier caso, aún no están claras las razones por las que determinados poblados calcolíticos y del Bronce, como los Millares o el Oficio, fueron fundados como asentamientos de primer orden. Chapman defiende, en este sentido, que no existen evidencias claras que permitan relacionar su ubicación con el control que pudieron ejercer sobre determinados recursos minerales o agrícolas. No obstante, lo que sí es evidente, dice el autor, es que la ausencia de un tercer nivel de jerarquización implica necesariamente la inexistencia de una organización de tipo estatal.

También las prácticas funerarias nos pueden aportar información relevante sobre esta complejidad vertical, pues según Chapman éstas se estructuran de acuerdo con la sociedad de los vivos. El autor parte de la premisa de que existe una determinada relación entre la posición que ocupa un individuo en la vida y el tratamiento que recibe en la muerte. De este modo, sostiene que es posible hacer inferencias sobre el grado de jerarquización social de una determinada comunidad a partir de diversos criterios, como el tratamiento que recibe el cadáver, la naturaleza del contenedor en el que es depositado, los ajuares que lo acompañan, la energía invertida en la deposición del cuerpo, la cantidad de mano de obra empleada para construir la tumba, la edad y el sexo de los individuos o la variabilidad en la frecuencia y la distribución de símbolos de autoridad, pudiendo ser estos símbolos el reflejo de una jerarquía de tipo hereditario.

El análisis de Chapman sobre estas prácticas funerarias y su relación con el proceso de jerarquización social se centra principalmente en el Calcolítico y el Bronce argárico. En comparación con estos dos periodos, la información que poseemos sobre el Neolítico y el Bronce Reciente es muy pobre. Así, yendo por orden cronológico, en lo que se refiere al Neolítico, los rituales de enterramiento están representados por dos tipos de tumbas colectivas, las de planta circular y las cistas rectangulares, ambos tipos construidos en piedra y concentrados casi exclusivamente en las tierras bajas almerienses. Dentro de este territorio, las tumbas circulares aparecen principalmente en las llanuras septentrionales, mientras que las cistas suelen ubicarse más al sur. En lo que se refiere las primeras, seguirán utilizándose durante la Edad del Cobre, y su tamaño oscila entre los 3 y los 9 m<sup>2</sup>, aunque durante el Calcolítico algunas llegarán a medir entre 15 y 18 m<sup>2</sup>. En ellas se enterraban de uno a diez individuos, aunque en algunas tumbas de mayor tamaño y más tardías se han encontrado muchos más cuerpos, siendo un ejemplo de ello la sepultura de la Loma del Campo de Mojácar, donde se ha llegado a contabilizar un total de hasta 80 muertos en una superficie de 33 m<sup>2</sup>. Las cistas, por su parte, miden

entre 1 y 2 m<sup>2</sup> y también pueden albergar de uno a diez individuos. Carecemos de información sobre el tratamiento que recibían los cuerpos enterrados en estas sepulturas, cuyos ajuares se ven reducidos a pequeños repertorios de cerámica y útiles de sílex, concha y piedra. Así, a partir del tamaño de estas tumbas, el número de individuos que las componen y el reducido ajuar que los acompaña, Chapman ha relacionado las mismas con grupos pocos numerosos y organizados corporativamente a partir de la descendencia y el parentesco, sin ningún tipo de jerarquización social.

Superado el Neolítico, durante la Edad del Cobre nos vamos a encontrar una gran variedad de tumbas colectivas, realizadas con distintos materiales y técnicas de construcción, que muestran una gran diversidad en lo que se refiere a su tamaño, número de enterramientos y composición de los ajuares. En este sentido, aunque algunas de las cámaras funerarias de este período llegan a alcanzar los 5 - 6,5 m de diámetro, la gran mayoría de ellas no muestra un aumento significativo de tamaño respecto a las tumbas del período precedente. Lo realmente característico de estas nuevas sepulturas es la ampliación del espacio utilizable que se realiza mediante la construcción de corredores de entrada y cámaras laterales que aparecen anexas a los propios corredores y/o a las cámaras principales, todo lo cual implica una mayor diferenciación de espacios en el interior de las tumbas.

Así pues, desde el punto de vista de la complejidad formal, durante este período nos vamos a encontrar desde simples cámaras circulares de tradición neolítica sin subdivisiones internas hasta tumbas con cámaras laterales, corredores compartimentados y subdivisiones en la cámara principal. En este sentido, debemos tener en cuenta que a medida que aumenta la complejidad de las sepulturas, mediante la adición de cámaras y la diferenciación del espacio interno, también lo hace el gasto de energía invertido. Además, podemos observar notables diferencias en lo que se refiere a la composición de los ajuares, que se caracterizan por una mayor variedad y frecuencia de objetos y materias primas, entre las que se incluyen las de procedencia foránea. Todo ello sugiere una creciente diferenciación de estatus y un aumento de la jerarquización entre los grupos corporativos.

La necrópolis que Chapman toma como referencia para ilustrar su análisis sobre este período es la de los Millares, compuesta por 83 tumbas que se distribuyen en un espacio de 1000 x 400 m aproximadamente. En este sentido, las figuras 45 y 46 recogen el número de enterramientos contabilizados por los Leisner en cada una de estas tumbas, lo que nos permite ver que la cifra promedio no suele llegar a los 20 enterramientos por sepultura, que en doce casos es superior a los 30, que en cuatro llega a los 50 y que en una sola tumba se han contabilizado 114 individuos (fig. 46). Utilizando estos datos podemos calcular un total de hasta 1140 enterramientos. En este sentido, si la estimación de Siret sobre la existencia original de unas 100 tumbas fuera cierta y a las restantes les aplicamos esa media de unos 20 enterramientos, obtendríamos un total de 1980 individuos. Así, considerando la estimación mínima de unos 700 años como período de utilización de la necrópolis, resulta un promedio de 2,8 enterramientos por año, que desciende a 2,2 si utilizamos la cronología larga atribuida al yacimiento. Si

además contabilizamos las tumbas excepcionales, donde se han hallado 30, 40, 50 e incluso 100 individuos, obtenemos el resultado de unas 2300 personas, con un promedio de 3,28 o 2,55 fallecimientos por año. La comparación de estos datos con el cálculo demográfico de 1000 personas que se ha hecho para el poblado permite inferir una tasa de mortalidad realmente baja. En su modelo interpretativo, Chapman sostiene que una familia formada por seis personas con una esperanza de vida de 25 años y un crecimiento demográfico nulo, pudo producir cerca de 4000 muertos al cabo de 1000 años. En consecuencia, dice el autor, parece evidente que muchos habitantes de los Millares no fueron enterrados en estas tumbas y que entre los excluidos estaban los niños, de los que solamente se han hallado restos en 2 sepulturas: en la número 20, donde Flores contabilizó once esqueletos infantiles, y en la 21, donde Almagro y Arribas exhumaron los restos de cinco niños.

N.º de tumba	Cámara	Cámara(s) lateral(es)	Corredor	Cámaras laterales del corredor	Total
1	11	—	—	—	11
2	19	—	—	—	19
3	8	—	—	—	8
4	25	—	—	—	25
5	50	—	—	—	50
6	¿8?	—	—	—	8
7	50	—	—	—	50
8	10	—	10	—	20
9	35	—	—	—	35
10	30	—	—	—	30
11	¿20?	—	—	—	20
12	12	—	—	—	12
13	50	—	—	—	50
14	6	—	—	—	6
15	¿30?	—	—	2	32
16	20	—	1(T)	—	21
17	6	—	—	11 + 3	20
18	20	—	5(T)	—	25
19	12	—	3 + 2(T)	—	17
20	20	2 + 2	—	11	35
21	15	—	2 + 2 + 2(T)	—	21
22	20	3 + 4	2 + 4 + 3(T)	4	40
23	20	—	—	5	25
24	20	1	—	—	21
26	¿4?	—	—	—	4
27	¿8?	—	—	—	8
30	4	—	—	—	4
32	12	—	8(T)	—	20
33	4	—	—	—	4
34	—	—	7 + 4 + 1(T)	—	12
38	—	—	4 + 3(T)	—	7
39	13	—	—	—	13
40	100	—	12 + 2(T)	—	114
41	20	—	1 + 3 + 2(T)	—	26
42	40	1	3 + 2(T)	—	46
43	12	—	3 + 2 + 2(T)	—	19
44	16	—	3 + 3(T)	—	22
45	—	—	3 + 8(T)	—	11
46	20	—	2 + 3(T)	—	25
47	12	—	—	—	12
48	5	—	—	—	5
49	¿6?	—	—	—	6
50	8	—	—	—	8
51	4	—	—	—	4
52	10	—	—	—	10
53	6	—	—	—	6

N.º de tumba	Cámara	Cámara(s) lateral(es)	Corredor	Cámaras laterales del corredor	Total
54	6	—	—	—	6
55	20	—	2(T)	—	22
56	8	—	—	—	8
57	30	—	—	—	30
59	8	—	—	—	8
62	6	—	—	—	6
64	2	—	—	—	2
65	10	—	—	—	10
67	30	—	—	—	30
68	6	—	—	—	6
69	4	4	—	—	8
71	20	—	—	—	20

Fig. 45. Número de inhumaciones registradas en las tumbas megalíticas de los Millares. Imagen tomada de Chapman 1991, 256.

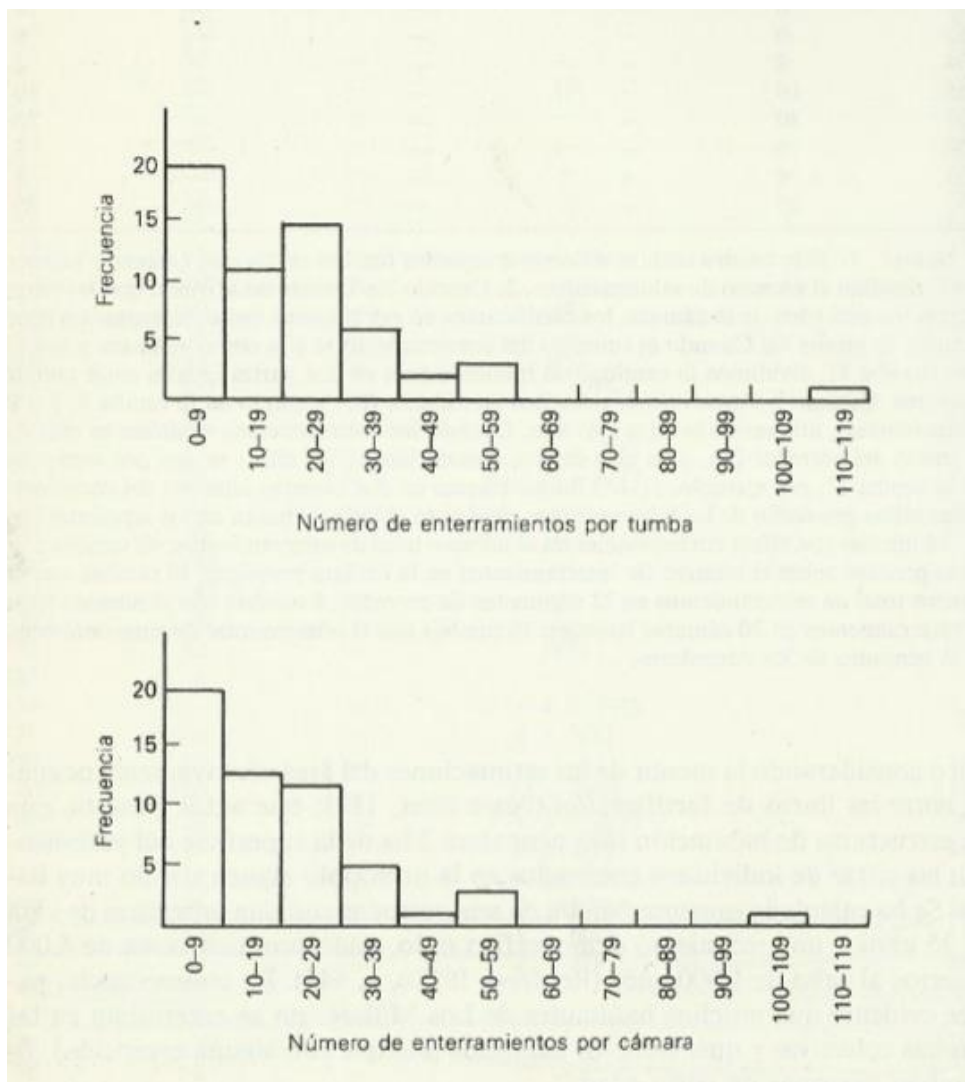


Fig. 46. Frecuencia de enterramientos por tumba y cámara en los Millares. Imagen tomada de Chapman 1991, 258.

Por otro lado, los datos de los que disponemos ponen de manifiesto que en estas tumbas no se aprovechaba todo el espacio disponible, lo que enfatiza de forma consciente la

exclusión de determinados individuos, pues aun habiendo sitio libre, el mismo no fue utilizado para incluir a más personas. Por ejemplo, el promedio de enterramientos que ofrecen las cámaras laterales es de 3,2 personas, pero en alguna de ellas se han hallado hasta 11 individuos, lo que manifiesta que la capacidad de las mismas habría permitido la deposición de más cadáveres, pero que dicho espacio no fue utilizado para tal fin. Además, se han detectado corredores y cámaras laterales vacíos, lo que vendría a confirmar que su construcción no fue fruto de la necesidad de estancias complementarias ante el agotamiento del espacio en la cámara principal.

En lo que se refiere a los ajuares que componen las tumbas de esta necrópolis, se han hallado diversas materias primas de origen foráneo, como marfil y cáscaras de huevo de avestruz procedentes del norte de África, azabache de Sierra Morena, ámbar del Báltico o de Murcia y calaíta de Adra (suroeste de Almería). Estas materias primas no han aparecido en ningún lugar de habitación, sino que todas ellas han sido encontradas en contextos funerarios. En cuanto a los objetos de cobre, tanto en el poblado como en la necrópolis se han hallado pequeños útiles como punzones o cinceles. Sin embargo, hay una serie de objetos que han aparecido de manera exclusiva en las tumbas, como son las hachas, los cuchillos o los puñales. Esto sugiere una preferencia por depositar los símbolos de autoridad o estatus en contextos funerarios. Por último, en lo que respecta a la cerámica, podemos dividirla en tres grupos: pintada, campaniforme y simbólica. Los tres tipos han sido considerados elementos de prestigio, pero el primero de ellos es el único que ha aparecido de manera exclusiva en la necrópolis, mientras que la cerámica simbólica también ha sido constatada en las fases 2 y 3 de ocupación del poblado y la campaniforme en la fase 3.

En lo que se refiere a la distribución de estos elementos de prestigio, los elaborados en materias primas foráneas han aparecido en 17 tumbas, las cerámicas en 18 y los artefactos de cobre en 32 (fig. 47). En total tenemos 43 tumbas que contienen ajuares de este tipo, los cuales aparecen representados de manera desigual en las mismas. Así, como podemos observar en la figura/cuadro 47, la frecuencia de aparición de estas piezas se cifra de la siguiente manera: 821 cuentas de cáscara de huevo de avestruz, más de 60 objetos de cobre, unos 40 de marfil, más de 20 de azabache, poco menos de 12 de ámbar y otros tantos de calaíta.

La observación más importante que podemos inferir a partir de estos datos es que hay un cierto número de tumbas que poseen una mayor cantidad y variedad de objetos de prestigio que otras, siendo la sepultura número 40 el mejor ejemplo de ello, pues contiene más piezas de cobre y marfil que cualquier otra tumba, así como un vaso de cerámica pintada y otro con decoración simbólica. En el mismo sentido va la tumba número 12, que contiene el segundo mayor número de objetos de marfil de la necrópolis, además de 800 cuentas de cáscara de huevo de avestruz, y la mayor cantidad de cuentas de azabache y ámbar.



Tumbas	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17	18	19	20	21	22	23	24	25	26
Marfil	—	1	—	—	6	—	3	3	—	—	—	11	—	—	—	—	—	—	—	1	—	—	—	—	—	—
Cás. huevo avestruz	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	11	800	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
Ámbar	—	—	—	—	—	—	3	1	—	—	—	5	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
Azabache	—	—	—	—	—	—	1	6	—	—	—	15	—	—	—	—	n	—	1	—	—	—	—	—	—	—
Calaita	—	—	—	—	—	—	—	—	3	—	—	—	—	—	—	—	—	2	—	—	—	—	—	—	1	—
Cobre	—	2	—	2	4	1	4	2	2	3	—	1	—	1	2	3	—	—	—	1	—	1	1	1	1	—
Cerámica pintada	1+f	—	—	—	—	—	f	—	1	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	1	—	—	—	1	—
Cerámica campaniforme	—	—	1	—	—	—	—	f	—	—	—	—	—	—	—	f	1	—	—	f	f	—	—	—	—	—
Symbol-keramik	—	—	—	1	—	—	1	—	1	—	—	—	—	—	2	1	1	—	—	—	3f	—	—	—	—	—

Tumbas	27	28	29	30	31	32	33	34	35	36	37	38	39	40	41	42	43	44	45	46	47	48	49	50	51	52
Marfil	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	20	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
Cás. huevo avestruz	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
Ámbar	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
Azabache	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
Calaita	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	2	—	—	—	—	—
Cobre	—	—	—	1	1	1	—	1	—	—	1	—	—	10	1	2	—	—	—	—	1	—	1	—	—	2
Cerámica pintada	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	1	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
Cerámica campaniforme	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	f	f	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
Symbol-keramik	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	1	—	—	1	—	—	—	—	—	—	f	—	—	—	—	—

Tumbas	53	54	55	56	57	58	59	60	61	62	63	64	65	66	67	68	69	70	71	72	73	74	75	IX	XXI
Marfil	—	—	—	—	—	—	1	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	1	—	—	—	—	—	—
Cás. huevo avestruz	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	21	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
Ámbar	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	1	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	1	—	—	—
Azabache	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
Calaita	—	—	—	1	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
Cobre	—	1	—	—	4	—	—	—	—	—	—	—	—	—	4	—	—	—	—	—	—	2	—	—	2
Cerámica pintada	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
Cerámica campaniforme	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	7f	—	7f	—
Symbol-keramik	—	—	—	—	1	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—

Fig. 47. Número de objetos de prestigio en las tumbas de los Millares. Imagen tomada de Chapman 1991, 262-263.

Más allá de estos elementos u objetos de prestigio, en estas tumbas podemos encontrar otros ítems que nos pueden revelar algunos detalles interesantes sobre la jerarquización de los enterramientos. Así, por ejemplo, el mayor número de puntas de flecha lo encontramos en la ya mencionada tumba 40, donde se ha hallado un total de hasta 85 piezas. Igualmente se ha encontrado una gran cantidad de estas puntas en las tumbas 63 (con un total de setenta y tres), en la 5 (sesenta y siete), en la 58 (cuarenta y ocho), en la 7 (treinta y cuatro), en la 9 (veintiocho) y en la 16 (veinticuatro). Al margen de este pequeño número de tumbas, en el resto del área funeraria se han encontrado como máximo 5 puntas por sepultura. Además, tres de los ocho vasos de piedra descubiertos en la necrópolis han sido hallados en las ya mencionadas tumbas 7, 16 y 40, y de las diez tumbas en las que se han encontrado ídolos de piedra, ocho se distinguen por poseer ajuares de prestigio. Por último, en la tumba número 12, además de las 800 cuentas de cáscara de huevo de avestruz, se han hallado 1200 más de caliza y conchas.

De este modo, resulta evidente que existen notables diferencias en la frecuencia y en la distribución de los objetos de prestigio entre los contextos doméstico y funerario, por un lado, y entre las distintas tumbas dentro de la necrópolis, por otro, quedando reservados los símbolos de autoridad al mundo de los muertos. Así, dice Chapman, aunque estas sociedades seguían estando basadas en el parentesco, pues así lo expresa el ritual de enterramiento colectivo, es evidente que algunos grupos gozaban de un mayor acceso a



los productos exóticos y símbolos de prestigio, lo cual sugiere el desarrollo de una incipiente jerarquización social.

El gasto de energía invertido en la construcción de estas tumbas también nos puede ayudar a averiguar si existía una determinada diferenciación social entre los grupos corporativos que formaban la comunidad, siendo uno de los índices más importantes, en este sentido, el tamaño de las cámaras principales, pues de él no se derivan únicamente las implicaciones que afectan a la cantidad de trabajo y habilidad técnica necesarias para la construcción de los muros de la cubierta de falsa cúpula, sino también la energía requerida en el levantamiento del túmulo. Así, en la necrópolis de los Millares se ha hallado un total de hasta 63 tumbas de falsa cúpula, con un diámetro máximo que oscila entre los 2,2 y 6,4 m y un promedio de 3,39 m. De estas 63 tumbas, el 58% (37 tumbas) no llega a alcanzar los 3,5 m de diámetro; el 84,1% (53 tumbas) no alcanza los 4 m; y solamente el 15,9% (10 tumbas) tiene un diámetro igual o superior a los 4 m. De este último grupo, 5 sepulturas han sido consideradas de prestigio en base a la composición de sus ajuares. Además, hay una tumba que destaca por encima del resto debido al tamaño de su cámara principal; estamos hablando nuevamente de la tumba número 40, que presenta unas dimensiones de 6,4 x 5,7 m.

Aunque no todas las cámaras de grandes dimensiones de esta necrópolis figuran en la categoría de tumbas de prestigio, sí puede observarse una determinada correlación entre la cantidad de objetos de este tipo que aparece en una determinada tumba y el gasto de energía invertido en su construcción. Así, en los Millares, el tamaño de las sepulturas no parece estar condicionado por el número de individuos que las componen, sino más bien por ciertos aspectos sociales. Del mismo modo, debemos preguntarnos si estas tumbas de prestigio se diferencian por la ubicación que ocupan dentro del área funeraria. En este sentido podemos afirmar que todas ellas -menos la 57- se encuentran en la mitad interior de la necrópolis y todas -salvo la 63- se sitúan a menos de 150 m de la muralla exterior, lo cual refleja una extensión muy reducida con respecto al espacio total que ocupa la necrópolis.

Por último, vamos a repasar brevemente algunas de las conclusiones más importantes a las que llega Chapman a partir del análisis de esta necrópolis de los Millares:

- En primer lugar, defiende que las deposiciones funerarias se podían realizar tanto dentro como fuera de las tumbas colectivas, cuya construcción denota mayores inversiones de energía por parte de los miembros de la comunidad.
- A diferencia de las precedentes tumbas neolíticas, estas sepulturas millareses muestran una acusada diferenciación de su espacio interno y pueden alojar a más de 100 individuos, aunque el promedio máximo es de unos 20 enterramientos por sepultura.
- Aunque los datos son escasos, podemos afirmar que los cuerpos recibían cierto tratamiento después de la muerte, basado en la desarticulación de los esqueletos y el amontonamiento de los huesos.

- En dos tumbas se han identificado, además, restos infantiles, pero los materiales que los acompañaban en ningún caso favorecen la idea de una adscripción de estatus.
- Los ajuares actúan como indicadores del estatus del grupo enterrado, no hacen referencia a individuos concretos dentro de la tumba.
- Las sepulturas funcionan como monumentos funerarios de grupos corporativos articulados a través del parentesco. En este sentido, a partir de los ajuares que los acompañan podemos inferir que unos grupos estaban por encima de otros en la escala jerárquica, idea igualmente sugerida por las diferentes inversiones de energía observadas en la construcción de las sepulturas.
- Por último, parece evidente que los grupos que ocupaban los niveles jerárquicos más altos eran enterrados en las tumbas más cercanas al poblado, mientras que los situados en los niveles inferiores eran sepultados en tumbas ubicadas entre las prestigiosas y en otras diseminadas por la mitad exterior de la necrópolis.

En la transición de la cultura de los Millares a la del Argar podemos observar notables cambios en lo que se refiere a la composición del registro funerario. Para empezar, los enterramientos colectivos en tumbas monumentales extramuros se ven sustituidos por los individuales e invisibles localizados bajo los pavimentos o tras los muros de las casas del interior del poblado. De esta manera, frente al ritual funerario basado en grupos de parentesco que enterraban a sus muertos junto con sus ancestros en tumbas monumentales, surge un nuevo rito consistente en la deposición de los difuntos dentro de las propias casas, lo que vendría a mostrar, según Chapman, una continuidad física directa entre el mundo de los vivos y el de los muertos. Así pues, las energías de la comunidad dejan de invertirse en la erección de monumentos funerarios. Del mismo modo, se reduce el tiempo empleado en el tratamiento de los cadáveres, anteriormente basado en la desarticulación de los esqueletos y el amontonamiento de los huesos, pasándose a realizar la deposición del cuerpo en una sola fase. Finalmente, se empieza a subrayar el estatus concreto de cada individuo dentro de la comunidad mediante su asociación directa y exclusiva a un determinado ajuar. De esta manera, durante este período argárico, la inversión de energía pasa a centrarse en el contenido y no en el contenedor de las tumbas.

En lo que se refiere a la tipología de estos enterramientos argáricos, podemos distinguir tres tipos:

1. Fosas directamente excavadas en el suelo.
2. Cistas de piedra construidas bajo el suelo de las casas con dimensiones suficientes para albergar un cuerpo encogido.
3. Enterramientos en urnas, colocadas vertical u horizontalmente, con la boca sellada por una losa de piedra.

Desde el punto de vista cronológico, Lull opina que en los inicios del Argar existía un predominio de los enterramientos en fosas o cuevas artificiales y cistas. En un segundo momento se daría una preeminencia de las cistas acompañada por un aumento de la

utilización de urnas y, finalmente, a partir de c. 1650 a.n.e., se produciría el apogeo de los enterramientos en urna. No obstante, también se dan algunas diferencias regionales. Así, en las tierras bajas predominan los enterramientos en cistas y urnas, mientras que en las tierras altas del interior, las fosas y las cistas son más abundantes.

No obstante, a pesar de la aparición de estos nuevos tipos de enterramiento, en algunas regiones se dará una perduración de las tumbas megalíticas, como, por ejemplo, en las tierras bajas almerienses, donde los ajuares argáricos depositados en este tipo de tumbas suelen consistir en un único vaso u objeto de metal. En este sentido, una necrópolis especialmente interesante es la del Barraquete, donde se han hallado cerámicas y objetos de metal argáricos asociados a niveles de enterramiento colectivo (tumbas 9 y 11), lo que pone de manifiesto que en algunas zonas este ritual se mantuvo a pesar de su abandono en el norte de la depresión de Vera.

En las tumbas megalíticas de Granada también se han encontrado grandes cantidades de cerámica y objetos de metal argáricos, destacando de manera especial los materiales hallados en los Eriales, a unos 300 metros del poblado sincrónico de Laborcillas, y los de las necrópolis cercanas a Alhama de Granada, que ocupan una franja de 5 km junto al río Cacín. En estas tumbas se han encontrado copas de cerámica, adornos de cobre y plata, puntas de flecha de cobre, puñales con muescas y materiales campaniformes, ajuares que, por otro lado, también encontramos asociados a cistas individuales distribuidas por toda la región de Granada, de este a oeste (fig. 48).

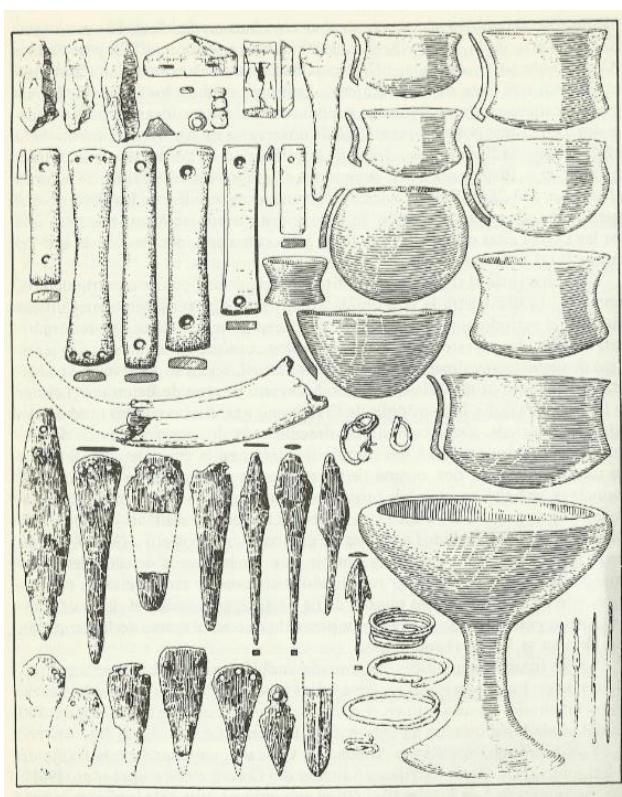


Fig. 48. Ajuar argárico en una tumba megalítica de los Eriales. Imagen tomada de Chapman 1991, 270.

Desde el punto de vista de la organización social, hay un consenso general en considerar las comunidades argáricas como estratificadas y regidas por un liderazgo de tipo hereditario. En este sentido, algunos autores, como V. Lull y J. Estévez (1986), han llegado incluso a hablar de una organización de tipo estatal. Los criterios que nos pueden ayudar a dilucidar o corroborar estas inferencias, desde el punto de vista funerario, son los mismos que hemos visto en el caso de los Millares, esto es, el gasto de energía invertido en la deposición de los cuerpos, la estructura demográfica de los individuos enterrados, y la frecuencia y la distribución en las tumbas de símbolos de prestigio y tal vez de autoridad. En este sentido, es muy importante conocer si dichos símbolos se asocian de manera indiscriminada a individuos de edades y sexos

diferentes, ya que esto nos permitiría inferir la existencia de un liderazgo de tipo hereditario.

En su interpretación sobre las prácticas funerarias de este período, Chapman empieza por analizar cómo era el modelo general de enterramiento. De este modo, basándose en el registro arqueológico existente, el autor observa que el tipo de deposición más frecuente era la colocación del cuerpo del difunto en posición encogida dentro de un contenedor que se situaba bajo el pavimento o tras los muros de las casas del poblado. No obstante, existen notables diferencias regionales y cronológicas en lo que se refiere a la frecuencia de aparición de estos contenedores y al grado en que sustituyeron a la práctica del enterramiento colectivo en tumbas monumentales construidas extramuros. Del mismo modo, debemos señalar que las deposiciones realizadas en estos contenedores no siempre fueron individuales, sino que también encontramos enterramientos dobles e incluso triples, como en el yacimiento de la Cuesta del Negro, donde se han hallado 9 deposiciones dobles y otras 3 triples. Además, del mismo modo que ocurría en los Millares, el número de enterramientos conocidos en los poblados argáricos parece representar una cifra mínima del total de individuos fallecidos. En este sentido, si relacionamos estos datos con la duración total del período de ocupación de cada yacimiento y con los respectivos cálculos demográficos (fig. 49), la idea de que parte de la población no era enterrada según la norma vigente parece totalmente justificada.

	Población	N.º de inhumaciones	Período de ocupación en años de calendario	Enterramientos/siglo	% zona excavada	Predicción de enterramientos	Predicción enterramientos/siglo
Fuente Álamo	300	61	700	9	10	610	87
El Oficio	1.200	200	500	40	12	1.600	320
Lugarico Viejo	390	12	200	6	< 1	1.200	600
Gatas	300	18	700	8	10	180	26
Ifre	300	6	300	2	20	30	10
Zapata	300	38	700	5	10	380	54
El Argar	420	1.034	700	148	—	—	—
La Bastida	1.020	117	700	17	¿5?	2.340	334
Cuesta del Negro	1.950	36	500	7	< 1	3.600	720

Fig. 49. Representación de la población total según los enterramientos argáricos conocidos en el sureste de España. Imagen tomada de Chapman 1991, 274.

En lo que se refiere a la asociación entre sexo y contenedor funerario, no parece existir ninguna relación dominante o exclusiva entre hombre/mujer y fosa/cista/urna. Algo distinto ocurre, no obstante, con los ajuares, algunos de los cuales sí aparecen asociados de manera exclusiva a un determinado sexo. Así, las alabardas, hachas y espadas acompañan siempre a los hombres, mientras que las diademas aparecen asociadas de manera exclusiva a las mujeres. Del mismo modo, los enterramientos masculinos suelen poseer más oro, y en muchos casos el ajuar se completa con puñales y recipientes cerámicos de la forma 5, mientras que en los enterramientos femeninos son muy frecuentes los punzones y abundan más los adornos, entre los que se incluyen las cuentas de collar y los objetos de plata. En cualquier caso, esto no quiere decir que

todos los hombres y todas las mujeres fueran enterrados siempre con los mismos ajuares.

Por otro lado, en lo que respecta a los objetos de prestigio, al parecer su valor era mayor si en su fabricación se había utilizado más de un metal, siendo un ejemplo de ello los puñales de cobre o bronce con remaches de plata. Además, al igual que en los Millares, hay determinados objetos que han aparecido de manera exclusiva en las tumbas, razón por la que han sido considerados elementos de prestigio. Tal es el caso de determinadas armas, como las espadas o las alabardas, y de los adornos de oro y plata. De este modo, podemos considerar estos objetos como símbolos de autoridad fabricados específicamente para resaltar el elevado estatus de los individuos a los que acompañan.

A partir de la identificación de estos símbolos de prestigio, los autores V. Lull y J. Estévez (1986) han jerarquizado en cinco niveles la estructura de la sociedad argárica:

- I. El nivel o grupo I estaría formado principalmente por hombres, cuyos cuerpos aparecen asociados a alabardas, espadas, oro, diademas y vasos bicónicos de la forma 6.
- II. En el nivel o grupo II encontramos sobre todo mujeres, cuyos esqueletos se ven acompañados de objetos de plata, pendientes, pulseras, anillos, copas y -a veces- punzones y puñales.
- III. El nivel o grupo III está integrado tanto por hombres, acompañados de hachas y puñales, como por mujeres, cuyos cadáveres se ven asociados a puñales y punzones.
- IV. Los cadáveres del grupo IV se ven acompañados de un único objeto de metal o un vaso de la forma 1 o 5.
- V. En el último grupo se incluyen todos aquellos individuos enterrados sin ningún tipo de ajuar.

De esta manera, los grupos 1 y 2 se identificarían con las clases dominantes, que estarían formadas tanto por hombres como por mujeres, siendo un ejemplo de sepultura correspondiente a estos niveles la famosa tumba 9 de Fuente Álamo, donde se han hallado dos enterramientos, uno masculino y otro femenino, cuyos ajuares estaban compuestos por una espada y una pulsera de bronce, dos puñales, una diadema y siete anillos de plata, un collar con cuentas de marfil, ocho cuentas de fayenza, dos espirales de cobre, tres copas y dos vasos de la forma 4 (fig. 50).

Por otro lado, dentro de estas tumbas correspondientes a las clases dominantes también encontramos algunos enterramientos infantiles que aparecen acompañados de ajuares indicativos de un estatus elevado probablemente adscrito por nacimiento, siendo un ejemplo de ello la tumba número 58 de la Bastida de la Totana, contenedora de un niño/a enterrado/a con un brazalete, un pendiente de cobre y otro de plata, o el enterramiento descubierto bajo la muralla del yacimiento del Cerro de la Encina, donde un individuo de corta edad fue hallado con un brazalete en espiral de oro, un vaso carenado y un gran puñal con pequeños clavos o agujas de plata. Este tipo de



enterramientos contrasta de manera clara con aquellos en los que los niños carecen totalmente de ajuar. Según Lull (1983), este sistema de liderazgo hereditario y adscripción de estatus se desarrolló durante la primera fase argárica, alcanzando su máximo apogeo en el período de c. 1650-1400 a.n.e. Es en este momento, dice el autor, cuando encontramos los enterramientos más ricos, caracterizados por ajuares con espadas, diádemas y alabardas, y los de los niños que muestran un elevado estatus.

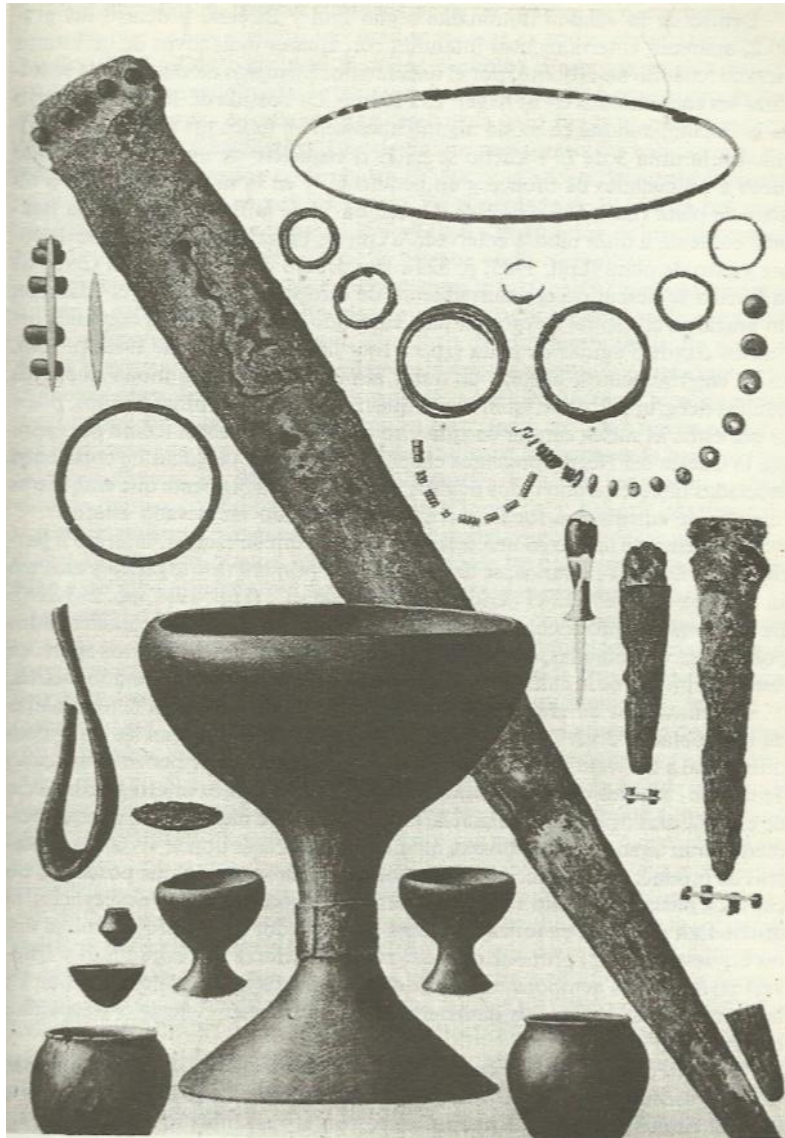


Fig. 50. Ajuar de la tumba de 9 de Fuente Álamo. Imagen tomada de Chapman 1991, 277.

En lo que se refiere a la distribución espacial de estos grupos en los poblados, Chapman plantea un modelo piramidal en el que las estructuras habitacionales de las clases dirigentes se sitúan en las áreas correspondientes a las acrópolis, en las cimas de los cerros escarpados, mientras que las de los grupos menos importantes ocupan las zonas más bajas. De este modo, dice el autor, la ubicación de una determinada unidad doméstica en la ladera expresaría simbólicamente su posición en la pirámide social. Sin embargo, debido a la disparidad y escasez de la base empírica, por el momento no ha

sido posible contrastar la veracidad de este modelo, aunque es cierto que hallamos algunos yacimientos con testimonios de zonificación social, como el Puntarrón Chico y la Bastida de la Totana. En el caso de este último poblado, las habitaciones XI-XXI configuran una de las dos áreas de producción metalúrgica del asentamiento, y en ellas, asociada a la segunda fase de ocupación, se ha encontrado la ya mencionada tumba 58, correspondiente a un niño/a enterrado/a con ajuares de prestigio. De esta manera, en este yacimiento, coinciden en el mismo espacio las evidencias de producción metalúrgica y la tumba de un individuo de rango superior, lo que ha llevado a Chapman a plantear la posibilidad de que dicha producción estuviera en manos de las clases dominantes, un control que también podría extenderse, dice el autor, a la producción de alimentos, pues ciertos enterramientos con adscripción de estatus han sido hallados en habitaciones con una gran abundancia de útiles de producción, lo cual permitiría inferir la existencia de una jerarquía gestora mantenida por el resto de la población.

Así pues, el registro arqueológico de la cultura argárica nos muestra una sociedad aparentemente estratificada que combina centralización política y liderazgo hereditario con adscripción de estatus por nacimiento. En este sentido, dice Chapman, no parece adecuada esa hipótesis de Lull y Estévez (1986) que otorga a estas comunidades un rango de tipo estatal, pues los datos disponibles solamente nos hablan de dos niveles en la jerarquización de los asentamientos.

Por último, en lo que se refiere al período posargárico conocido con el nombre de Bronce Tardío, se caracteriza por un déficit de información en lo que respecta al registro funerario, y es que, para empezar, dejamos de encontrar tumbas en el interior de las áreas de habitación, surgiendo en su lugar dos tipos de enterramiento:

- Reutilización de tumbas megalíticas, con adornos de bronce como principales componentes del ajuar.
- Incineraciones individuales en urnas depositadas en necrópolis formadas por fosas, algunas de las cuales aparecen delimitadas por alineaciones de piedras. Los ajuares aquí hallados están compuestos por el mismo tipo de adornos, entre los que destacan las pulseras de bronce.

Así pues, la muestra de enterramientos conocidos durante el Bronce Tardío es muy pobre y su registro funerario contrasta de manera clara con el del período argárico. Durante esta etapa, no aparecen sepulturas en el interior de los poblados, ni tampoco grupos jerarquizados de asociaciones funerarias con empleo de símbolos de autoridad. Además, se observa una disminución general en la frecuencia de aparición de los objetos metálicos, sobre todo en lo que se refiere a la utilización del oro y la plata.

\*\*\*

Así pues, resulta evidente que durante la Prehistoria Reciente las sociedades del sureste peninsular se caracterizaron por un cierto grado de diferenciación horizontal y vertical. Dicho esto, ¿qué conclusiones podemos sacar de este apartado dedicado a la complejidad social?



1. En primer lugar, como hemos visto, durante el Calcolítico y la Edad del Bronce, existieron en los asentamientos del sureste peninsular una serie de especialistas que trabajaban a tiempo parcial en áreas espacialmente diferenciadas, lo que acabaría desembocando, durante el período argárico, en una especialización inter e intrarregional en la producción metalúrgica, pudiéndose apreciar notables diferencias entre las unidades domésticas en lo que se refiere al desarrollo de esta actividad. Finalmente, como consecuencia de esta especialización, y quizás ante un aumento de la demanda, se daría también una estandarización en la fabricación de determinados productos cerámicos y metálicos.
2. En lo que se refiere a los asentamientos de esta época, a partir de sus dimensiones, podemos inferir una jerarquización de los mismos en dos niveles, lo que sugiere el desarrollo de una centralización política durante el Calcolítico y la Edad del Bronce.
3. En tercer lugar, en base al registro funerario, se ha constatado que durante el Neolítico las sociedades del sureste peninsular estaban organizadas en grupos corporativos poco numerosos y basados en el parentesco; durante el Calcolítico, se daría una jerarquización entre estos grupos, y con el desarrollo de la cultura argárica encontramos una sociedad ya estratificada con un liderazgo de tipo hereditario, estatus adscritos desde el nacimiento y grupos dominantes que monopolizan la producción metalúrgica. El apogeo de esta diferenciación vertical se produciría, según Chapman, entre el c. 1650 y 1400 a.n.e. Además, el autor plantea la posibilidad de que estas clases dirigentes controlaran no solamente la actividad metalúrgica, sino también la producción de los alimentos. Sin embargo, la base empírica actual no ha permitido demostrar la veracidad de tal hipótesis.
4. Por último, en lo que se refiere a las sociedades del Bronce Tardío, pueden ser interpretadas de dos formas: como el resultado del colapso final de la cultura argárica, o bien como comunidades que continuaron estratificadas a nivel político, pero cuyas divisiones internas dejaron de expresarse en el ritual funerario. La escasa información de la que disponemos impide decantarse por una de las dos hipótesis, pues si bien el tamaño de los yacimientos parece indicar cierta continuidad en lo que se refiere al centralismo político, los escasos vestigios de producción metalúrgica y la no deposición de bienes de prestigio en las tumbas parecen manifestar un proceso de involución social. En cualquier caso, la gran duración temporal de este período desaconseja la formulación de cualquier hipótesis demasiado estática. (Chapman 1991, 240-283)

### **3.6. Interacción e integración**

Las dos últimas variables tratadas por Chapman en su análisis sobre el desarrollo de la complejidad cultural en el sureste de España durante la Prehistoria Reciente son la interacción y la integración. En este sentido, aunque ambas variables son independientes, es evidente que la integración económica y/o política implica a su vez

interacción, aunque la interacción por sí misma no tiene por qué implicar necesariamente interdependencia.

Como hemos visto en el apartado dedicado a las tesis difusionistas, la interacción ha ocupado siempre una posición fundamental en los estudios sobre la Prehistoria del sureste peninsular, que tradicionalmente se han basado de manera exclusiva en análisis tipológicos de artefactos, considerando las similitudes estilísticas y formales como un reflejo directo de la interacción entre culturas. Frente a esto, Chapman opina que la interacción puede evaluarse de forma mucho más precisa si atendemos a los análisis de producción y circulación de bienes, que en el caso del sureste peninsular deben funcionar a tres escalas: local (sureste de España), interregional (grado de interacción entre el sureste y otras regiones de la península Ibérica) y extrapeninsular (relaciones entre el sureste y otras parte del Mediterráneo y Europa).

Desde el punto de vista local, Chapman defiende que en ningún yacimiento del sureste peninsular se han empleado técnicas de caracterización de fuentes de materias primas para conocer la procedencia del amplio abanico utilizado en el desarrollo artesanal. Así, por ejemplo, en lo que se refiere a la actividad alfarera, se han publicado muy pocos estudios sobre la composición y la procedencia de las arcillas empleadas en los asentamientos de esta región, siendo uno de ellos los análisis de fluorescencia por rayos X realizados en los Millares, que han permitido relacionar este yacimiento con el de Almizaraque, pues en ambos se han hallado una serie de fragmentos realizados con el mismo tipo de arcilla. Del mismo modo, Schüle identificó en el Cerro de la Virgen unos fragmentos de cerámica que mostraban la presencia de mica como material desgrasante, elemento cuya fuente geológica más cercana se encuentra a unos 20-30 km al sur. Por otro lado, conocemos la existencia de conchas marinas en poblados con cronologías que van desde el Neolítico hasta la Edad del Bronce, y que están ubicados tanto en las tierras bajas como en tierras altas. En este sentido, los Siret descubrieron en el yacimiento costero de la Cueva de los Toyos (Mazarrón, Murcia) un recipiente lleno de estas conchas en diversos estados de manipulación, lo cual hacía identificar este poblado como un centro productor que habría abastecido a los asentamientos del interior. Asimismo, como ya hemos señalado más arriba, durante el Calcolítico, las fuentes de azabache, ámbar y calaíta se encontraban igualmente en la periferia de esta región suroriental.

Desde el punto de vista interregional, la interacción ha sido analizada en base a la distribución de dos tipos de cerámica: la campaniforme, con una cronología que va desde finales del III milenio a.n.e. hasta principios del II milenio a.n.e.; y la del horizonte Cogotas I, fechada a principios del Bronce Tardío. Ambos tipos de cerámica se encuentran ampliamente representados por toda la Península, aunque en el sureste aparecen en una proporción ínfima, lo que hace identificar este territorio como una zona periférica de su distribución.

Finalmente, el marfil, las cáscaras de huevo de avestruz y las cuentas de fayenza son los únicos materiales del sureste peninsular bien documentados que evidencian la existencia

de una interacción extrapeninsular durante las edades del Cobre y el Bronce. En este sentido, los objetos elaborados en estos materiales se concentran principalmente en dos yacimientos, los Millares (Edad del Cobre) y el Argar (Edad del Bronce), y es evidente, dice Chapman, que su posesión estaba limitada socialmente. Además, su escasa frecuencia no permite inferir la existencia de intercambios a gran escala, y lo mismo podría decirse de las cuentas de fayenza, que únicamente han sido halladas en Fuente Álamo.

Por último, en lo que se refiere a las explicaciones sobre los procesos de integración económica y/o política, dependen de inferencias basadas en la distribución de los yacimientos respecto a los filones de minerales, en las evidencias de producción agrícola y metalúrgica documentadas en cada yacimiento y en los datos faunísticos sobre la crianza de caballos, animales de vital importancia en la comunicación y el transporte de productos. (Chapman 1991, 283-287)

### **3.7. Valoración crítica y personal**

El primer aspecto del análisis de Chapman que merece ser comentado es el que atañe al clima. En este sentido, hemos visto como el autor, a partir del análisis de los datos paleobotánicos y arqueofaunísticos aportados por diferentes yacimientos del sureste, llega a la conclusión de que durante la Prehistoria Reciente el clima de esta zona no fue muy diferente al actual. En consecuencia, el desarrollo de un sistema de irrigación artificial habría sido imprescindible para la puesta en marcha de la actividad agropecuaria. Sin embargo, lo cierto es que a día de hoy no se han encontrado evidencias arqueológicas de tales sistemas. No solamente eso, sino que los nuevos estudios antracológicos y palinológicos realizados en algunos puntos de esta región, como por ejemplo en la depresión de Vera -una de las comarcas más áridas del sureste de la península Ibérica-, indican que el clima del III milenio a.n.e. fue más húmedo que el actual, con un mayor régimen de pluviosidad, lo que habría permitido llevar a cabo una agricultura de secano, haciendo innecesarios esos sistemas de irrigación artificial, ya que este mayor régimen de lluvias habría tenido como resultado espacios abiertos más reducidos, zonas de pradera, un paisaje de bosque mixto más extenso con presencia de caducifolios y diferentes especies mediterráneas, unas corrientes hidrográficas más caudalosas y estables, y una gran riqueza faunística con nichos adecuados para la fauna de conejos, jabalíes, caballos, ciervos, osos y diversos felinos. En el mismo sentido van los restos arqueofaunísticos, que también nos hablan de una mayor humedad en este ámbito del sureste peninsular durante la Edad del Cobre. Para ello, vamos a tomar como referencia los datos aportados por tres yacimientos calcolíticos: Los Castillejos, Terrera Ventura y el Cerro de la Virgen de Orce.

En primer lugar, en lo que se refiere a Los Castillejos (Peñas de los Gitanos-Montefrío), la información faunística nos indica un ambiente muy distinto al actual, con un predominio de especies de bosque. Así, el hallazgo de restos de ciervo, uro, jabalí y oso pardo nos habla de la existencia de un bosque mixto, con pastos que exigen unas determinadas condiciones de humedad contrarias a la aridez actual.

El asentamiento de Terrera Ventura, por su parte, aparece ubicado en una zona de estepa llena de valles y cauces secos, que se caracteriza por un clima subdesértico y una aridez extrema, con suelos muy degradados que conforman *badlands* y un régimen de lluvias que no supera los 300 mm anuales. De esta manera, observamos una gran contradicción entre el ambiente actual y la lectura ecológica de la fauna de la Edad del Cobre, que nos presenta uros, jabalíes, ciervos y una gran variedad de carnívoros. Además, los restos de animales cazados constituyen el 31% del complejo faunístico total, lo que nos habla de un ambiente muy rico en recursos, todo lo cual sugiere una cantidad de agua y de vegetación que no existe en el momento actual.

Por último, nos resta hacer referencia a los niveles eneolíticos del yacimiento del Cerro de la Virgen de Orce, donde las precipitaciones no superan los 500 mm anuales y la vegetación es puramente esteparia, con encinares, alcornoques, olivos salvajes y pinos. Como hemos visto más arriba, además de un clima extremadamente agresivo, una segunda evidencia que llevó a Gilman y Chapman a defender la existencia de sistemas de irrigación artificial en el sureste peninsular durante esta Edad del Cobre ha sido el hallazgo en este asentamiento, por parte de W. Schüle, de una estructura subterránea que el autor ha interpretado como una “acequia”, una afirmación basada en una serie de evidencias que podemos considerar, al menos, controvertidas:

- Para empezar, el autor ofrece una lectura extrema del clima de esta zona, con un régimen de pluviosidad que no superaría los 200-400 mm anuales.
- Afirma que debido a las condiciones tan desérticas de la región, había ocasiones en las que la agricultura de secano ni siquiera proporcionaba semillas para el año siguiente.
- Se basa en la calidad de la tierra fósil inferior a los estratos precampaniformes para asegurar que el clima de este III milenio a.n.e. no era más húmedo que el actual.
- Finalmente, señala que la fauna del Bronce Antiguo incluía especies tan extremadamente adaptadas a la estepa como el extinguido *cebro*. (Schüle 1967, 113 - 126).

Sin embargo, los análisis arqueofaunísticos nos ofrecen datos contradictorios con respecto a estas hipótesis de Schüle y también con respecto al clima y vegetación actuales. Para empezar, las especies propias de contextos esteparios ocupan un porcentaje mínimo dentro del complejo faunístico total. Así, por ejemplo, del famoso ‘cebro’ al que alude Schüle únicamente se ha hallado un resto, no pudiendo ser considerado, en consecuencia, significativo. Frente a estos escasos restos de animales esteparios, se han hallado hasta 3 especies distintas de aves acuáticas, tortugas, peces y nutrias, a lo que habría que sumar ciervos, uros, jabalíes y hasta un oso. Todo ello parece indicar la presencia de un bosque mixto extenso con un determinado índice de humedad, así como cursos fluviales continuos e importantes, lo que haría innecesaria esa supuesta acequia a la que alude Schüle. Además, es paradójico que las gentes calcolíticas del Cerro de la Virgen, ante unas condiciones de aridez tan extremas como

las que propone el autor, no aprovecharan las tierras fértiles de la orilla del río Orce, ubicado a tan solo 500 metros del asentamiento, talando los bosques galería, desplazando a los animales salvajes y drenando la zona, dada la supuesta complejidad social y tecnológica que alcanzaron y que les habría permitido construir su famosa acequia.

En su estudio sobre la cultura del Argar, Vicente Lull (1983) observa que esta mayor humedad constatada durante el Calcolítico es característica también de la Edad del Bronce, una tendencia que el autor observa en diferentes yacimientos argáricos y post-argáricos, como Cerro de la Virgen de Orce, Cuesta del Negro de Purullena, Cabezo Redondo de Villena o Cerro de la Encina de Monachil. De esta manera, si sumamos todos los restos animales hallados en todos estos yacimientos, tanto argáricos como calcolíticos, podemos observar una predominancia absoluta de especies de bosque, siendo los más comunes el ciervo, el uro, el jabalí y el oso, lo que contrasta de manera clara con la vegetación esteparia y el clima árido actuales. Es cierto que también aparecen especies cuyo biotopo ideal son las estepas y los espacios abiertos, pero lo hacen siempre en un porcentaje muchísimo menor. De esta manera, si sumáramos todos esos restos de animales tendríamos los siguientes resultados:

- Mamíferos: 17 especies tienen como biotopo ideal el bosque, 3 aparecen íntimamente ligadas al agua y solamente 2 son de espacios abiertos o estepas.
- Aves: 15 especies son acuáticas, 14 viven en bosques, 5 son de montaña y solamente 3 habitan en espacios abiertos.<sup>4</sup>

Así pues, los estudios arqueofaunísticos nos hablan de un clima mucho más húmedo durante las edades del Cobre y del Bronce, con un mayor régimen de pluviosidad, bosques mixtos más extensos, corrientes hidrográficas más caudalosas y una gran riqueza faunística. A partir de este momento, a lo largo del II milenio a.n.e., asistimos a un progresivo proceso de deforestación y de aumento de la aridez que hace que las formaciones arbustivas sean sustituidas por matorrales abiertos y las formaciones arbóreas queden relegadas a las sierras. En este sentido, han sido varios los autores que han relacionado tal proceso de deforestación y aridez con el desarrollo de actividades antrópicas sobre el terreno, a lo que habría que añadir los lógicos cambios climáticos suprarregionales.

Frente a estos datos aportados por la antracología, la palinología y la arqueozoología, que nos hablan de un clima más húmedo, tenemos los estudios edafológicos realizados por el doctor Kubiena en el yacimiento de los Millares, quien asegura que la constitución del terreno en este asentamiento era exactamente igual a comienzos de la Edad del Bronce que en la actualidad. El autor basa su afirmación en las características presentadas por dos elementos concretos, la Xerorendsina y la launa. La primera de ellas es una formación edafológica cuya presencia en estado fósil nos indica que el

---

<sup>4</sup> Para más información sobre el ambiente ecológico argárico y post-argárico ver la obra de Vicente Lull (1983): *La cultura de El Argar. (Un modelo para el estudio de las formaciones económico-sociales prehistóricas)*. Madrid, Akal.

clima seco no se ha visto interrumpido en ningún momento por un clima de carácter húmedo, ya que de haberse producido esta interrupción esta formación edafológica habría experimentado una transformación muy peculiar que en este caso no se observa. La 'launa', por su parte, es una arcilla procedente de la pizarra pulverizada que presenta un color gris claro. De haber experimentado un cambio climático, esta arcilla habría adquirido un color oscuro. El hecho de que estos dos elementos aparezcan inalterados, dice el autor, es una evidencia de que el clima en esta zona se ha mantenido invariable con el paso de los milenios. Sin embargo, tal como señala Vicente Lull, el doctor Kubierna realiza estos estudios a nivel de la ocupación antrópica, es decir, a nivel *micro*, aportándonos únicamente información edafológica del propio asentamiento de los Millares, en ningún caso de los alrededores del mismo. De esta manera, dice Lull, no se puede extrapolar a nivel *macro* los datos obtenidos a nivel *micro*. (Almagro y Arribas 1963, 261; Ramos Millán, 1981: 244; Lull 1983: 8-9, 31-48; Arribas 1986, 163; Rodríguez Ariza, 2000: 145, 150, 152, 154)

De esta manera, una de las bases más sólidas que sostenía la teoría sobre los sistemas de irrigación artificiales de Champan, como era la imposibilidad de poner en marcha una actividad agropecuaria en el sureste peninsular durante la Prehistoria Reciente por ser una zona extremadamente árida, parece derrumbarse, pues los análisis antracológicos, palinológicos y sobre todo arqueofaunísticos ponen de manifiesto que el clima durante este período fue más húmedo que el actual, lo que habría permitido el desarrollo de una agricultura de secano, haciendo innecesarios tales sistemas de riego. Además, un clima más húmedo también permitiría explicar cómo se pudo llevar a cabo en esta zona ese cultivo de especies que requieren muchísima cantidad de agua, como, por ejemplo, el lino o el esparto y el gran desarrollo que tuvo sus respectivas industrias.

#### 4. EL VALLE DEL GUADALQUIVIR Y EL SUROESTE PENINSULAR. UN ANÁLISIS MARXISTA

La arqueología marxista ocupa una posición fundamental en la investigación sobre el desarrollo histórico del Calcolítico en el sur de la Península Ibérica. En consecuencia, hemos considerado necesaria la realización de un apartado que reflejara lo defendido por esta corriente, abordando el mismo desde el punto de vista de diferentes autores cuyos planteamientos han sido considerados, en mayor o menor medida, marxistas. Para ello, hemos dividido el presente apartado en 4 puntos principales: la introducción del yacimiento de Valencina de la Concepción (Sevilla), la *Sociedad Jerarquizada Comunalista* de L. García Sanjuan y V. Hurtado, el análisis sobre el valle del Guadalquivir que realiza F. Nocete y el *Modelo de Agregación-Fisión* que P. Díaz del Río aplica al Alto Guadalquivir.

Los investigadores adscritos a esta corriente sostienen que la variabilidad del registro arqueológico de la Prehistoria Reciente debe ser interpretada en términos sociales, siendo esta variabilidad el reflejo de una desigualdad socioeconómica y política que tendría su origen en unas relaciones sociales de producción basadas en la apropiación del excedente productivo. Según estos autores, esta desigualdad social quedaría reflejada, por ejemplo, en la dualidad de enterramientos que durante el Calcolítico se dio en el sur peninsular, con cadáveres depositados -o arrojados- en zanjas y pozos, por un lado, e inhumaciones en estructuras megalíticas, por otro. Hasta la aparición de la arqueología social se defendía que la deposición de cadáveres en el interior de estructuras subterráneas caracterizaba a grupos culturales diferentes de los de la Cultura Megalítica. Frente a esta idea, los arqueólogos marxistas defienden que unos y otros pertenecían a la misma entidad cultural, es decir, que los inhumados en estructuras tipo *tholoi* y los depositados en zanjas y pozos pertenecían a la misma comunidad. El hecho de que fueran enterrados en un sitio u otro es interpretado por estos investigadores como una evidencia de la existencia de una diferenciación social: los miembros pertenecientes a las *clases bajas* eran arrojados al interior de las estructuras subterráneas sin ningún tipo de cuidado, mientras que los *privilegiados* disfrutaban de rituales funerarios en monumentos megalíticos. (Arteaga y Cruz-Auñón, 1999a: 598-599; 1999b: 613-614; Nocete, 2001: 99).

##### 4.1. El yacimiento de Valencina de la Concepción (Sevilla)

Los arqueólogos cercanos a un materialismo histórico, podríamos decir, más “puro” interpretan las sociedades calcolíticas del sur peninsular como dominios o territorios en los que rige un poder establecido que pone en marcha una coerción institucionalizada que se traduce en una ordenación jerárquica de los asentamientos y en un control y redistribución de los excedentes que se realiza a partir de un centro de poder. Para explicar cómo se organizan estas comunidades desde el punto de vista de marxista, vamos a tomar como referencia el yacimiento de Valencina de la Concepción (Sevilla), considerado uno de los más importantes de la Prehistoria de la península Ibérica. Su enorme extensión de hasta 468 hectáreas, con una población que pudo alcanzar los 2000



habitantes (Vargas, 2004: 86), ha hecho que este yacimiento sea el pilar sobre el que se han asentado modelos interpretativos de gran difusión.

En lo que se refiere a su cronología, en los últimos años se han publicado 35 dataciones radiocarbónicas que sitúan la ocupación del asentamiento entre los primeros siglos del III milenio a.n.e. (3000-2800 cal a.n.e.) y mediados del II milenio cal a.n.e., abarcando, de este modo, la totalidad de la Edad del Cobre y la primera etapa de la Edad del Bronce (fig. 51). La suma de la distribución de las 35 dataciones evidencia una acumulación muy significativa entre c. 2900 y 2600 cal a.n.e., disminuyendo su densidad de forma abrupta a partir de este momento. De esas 35 dataciones radiocarbónicas, al menos 7 corresponden a la Edad del Bronce (c. 2200/2100-850 cal a.n.e.), lo que sugiere una continuación en la ocupación del asentamiento a lo largo de ambos periodos.

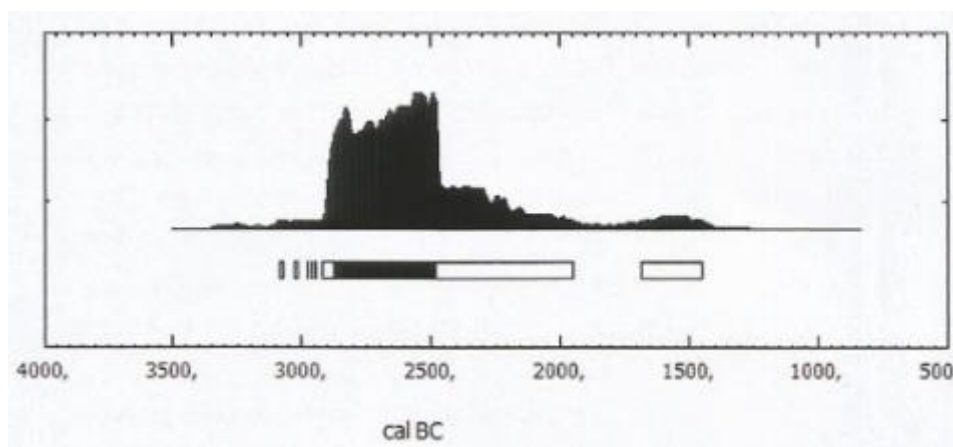


Fig. 51. Dataciones radiocarbónicas de Valencina de la Concepción sumadas. Gráfico tomado de García Sanjuan et al. 2013, 27

Aún con todo, el limitado número de dataciones del que disponemos impide abordar algunos problemas cruciales, como, por ejemplo, la evolución de la ocupación del área de asentamiento. Hasta que no tengamos un número mayor de dataciones, no podremos saber con seguridad si la gran extensión que aparentemente abarca el poblado es el resultado de una ocupación simultánea por parte de varias comunidades o corresponde a diferentes fases de uso del espacio por parte de una misma comunidad.

En cualquier caso, las intervenciones arqueológicas llevadas a cabo en los últimos años han permitido inferir que la ocupación de Valencina durante los milenios III y II a.n.e. continuó también en el I milenio a.n.e. En este sentido, aunque no hay evidencias radiocarbónicas que lo sugieran, se han encontrado toda una serie de elementos propios de la Edad del Hierro que ponen de manifiesto tal continuidad:

- Fragmentos de vasijas rojizo-amarillentas de panza esférica y producción claramente ibérica, típicos de la región andaluza en los siglos V-IV a.n.e.
- Cerámicas a torno.
- Cerámicas de carácter oriental y turdetano.
- Una serie de piezas de hierro cruzadas por vástagos que pudieron haber pertenecido a un carro.

- Un fragmento de un vaso de mármol de paredes gruesas.
- Estructuras funerarias tumulares propias de la Edad del Hierro.
- Fragmentos de un plato de engobe rojo fenicio.

Toda esta serie de hallazgos pone de manifiesto que la ocupación del poblado en la Edad del Cobre y del Bronce se mantuvo también en la del Hierro. (García Sanjuan *et al.* 2013, 26-30)

En lo que se refiere a su organización territorial, según Arteaga y Cruz-Auñón (1999a, 1999b) el asentamiento estaba dividido en tres áreas o partes funcionales (fig. 52):

1. El *área nuclear del poblado*, ubicada bajo la actual Valencina de la Concepción. En esta zona, dedicada a la residencia, es donde se realizaban las actividades domésticas y artesanales, es decir, donde se generaban los bienes no subsistenciales. Esta área ejercía como centro de poder, controlando la economía, la política y la sociedad de un amplio territorio que era explotado por pequeñas aldeas y poblados que estaban sometidos a la tributación de fuerza de trabajo y de excedentes de producción con respecto a ese centro de poder.
2. Un *área intermedia*, dedicada a la acumulación y a la administración, donde se encontraba el ganado y los campos de “silos” con el excedente agropecuario, sobre todo de cereales. Los pastos de esta zona intermedia habrían servido para alimentar a la abundante cabaña ganadera presente en el asentamiento. A su vez, las cientos de fosas halladas en esta área fueron interpretadas como silos y, en consecuencia, como una evidencia de la existencia de zonas dedicadas a la acumulación de excedentes. De tratarse realmente de silos, su elevada capacidad de almacenaje ha hecho que los investigadores defensores de tal función se planteen la puesta en cultivo de grandes extensiones de tierra, con una producción anual que difícilmente podía proceder únicamente de las tierras del propio asentamiento, lo que les lleva a pensar que también se pusieron en cultivo las tierras de las comunidades vecinas. Esto supondría unas expectativas de producción, administración, circulación, distribución, cambio y consumo insospechables hasta el momento. Toda esta ingente producción, así como la fuerza de trabajo necesaria para construir y mantener los silos, y cosechar y transportar los excedentes, solamente podía darse dentro de un sistema productivo tributario que se habría consolidado en el Calcolítico y que desde Valencina dominaba un amplio territorio del Bajo Guadalquivir, llegando el asentamiento a convertirse en el más importante centro de poder – conocido – del ámbito atlántico-mediterráneo de la Baja Andalucía. (Arteaga y Cruz-Auñón, 1999a: 598-599; 1999b: 611-613).
3. El *área funeraria*, que pone de manifiesto la acusada desigualdad social que debió existir en el asentamiento, la cual queda reflejada en las tumbas que componen la necrópolis, donde las sepulturas de los *privilegiados* se caracterizan por presentar túmulos de gran tamaño y numerosos “bienes materiales” acumulados en torno a pocos individuos. Frente a estas tumbas megalíticas encontramos otras estructuras funerarias más pequeñas, supuestamente pertenecientes a miembros de un estrato

social inferior, que presentan escasos ajuares, túmulos de menor tamaño y que, a diferencia de las estructuras megalíticas, fueron utilizadas para enterrar a decenas de personas. Por otro lado, frente a estas estructuras funerarias de mayor o menor tamaño presentes en la necrópolis, encontramos un tercer tipo de enterramientos ubicados fuera de la misma: el de los cadáveres depositados o arrojados al interior de “silos” reutilizados como basureros. ¿Por qué unos individuos eran enterrados en estructuras monumentales, mientras otros eran arrojados fuera de la necrópolis, sin ningún tipo de cuidado, al interior de estructuras subterráneas reutilizadas como vertederos? Para los representantes de la arqueología marxista la respuesta resultaría evidente: estaríamos ante las primeras sociedades estratificadas, con unas determinadas jefaturas políticas y élites económicas que estarían por encima del resto de la comunidad y serían las enterradas en esas estructuras tipo *tholoi*. (Arteaga y Cruz-Auñón, 1999a: 598-599; 1999b: 613-614).

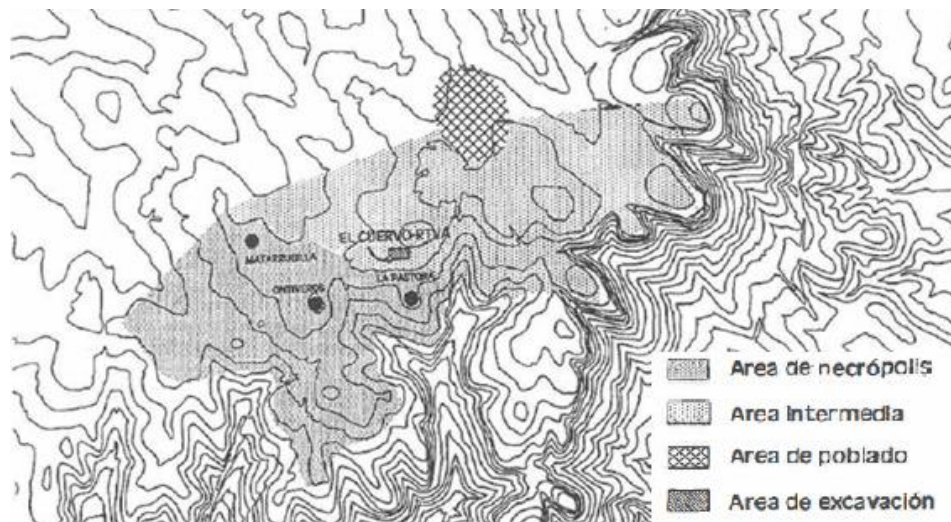


Fig. 52. Plano del Asentamiento Prehistórico de Valencina de la Concepción señalando la ubicación del Campo de Silos de «El Cuervo-RTVA». Imagen tomada de Arteaga y Cruz-Auñón, 1999b, 609.

Frente a esta organización tripartita del asentamiento, el investigador J. M. Vargas (2003, 2004) propone una división del mismo en dos grandes zonas (fig. 53): un *Área de Ocupación Habitacional y Productiva*, que abarcaría 235,6 ha y se concentraría mayoritariamente bajo el casco urbano actual; y un *Área Exclusiva de Necrópolis*, con 233,2 ha, ubicada al sureste de la primera, superando los límites administrativos del municipio de Valencina de la Concepción hasta alcanzar la localidad de Castilleja de Guzmán. En opinión de este autor no hay diferencias reseñables que permitan distinguir una zona *de poblado* habitacional de otra *intermedia* productiva, sino que ambas áreas aparecen integradas en una única gran zona. De acuerdo con esta enorme extensión, se ha calculado para Valencina una población de hasta 2000 habitantes en el periodo de máxima extensión del hábitat. No obstante, Vargas señala que hay que tener cautela a la hora de realizar cualquier estimación sobre el número de habitantes que pudo albergar el asentamiento. (Vargas, 2003: 140-144; 2004: 81-86).

Por último, los autores Francisco Nocete *et al.* (2008), sin rechazar las hipótesis anteriores, proponen la existencia de un barrio metalúrgico al SE de lo que Vargas denomina *Área habitacional y productiva*. Se trataría de una zona especializada en la producción metalúrgica que se habría mantenido aislada del resto del poblado para evitar que la contaminación que se desprende de las actividades en ella realizadas afectara negativamente a la zona residencial. Estos autores defienden que la actividad metalúrgica aquí desarrollada fue de tal envergadura que propició una fuerte deforestación y contaminación del entorno del poblado, y convirtió al

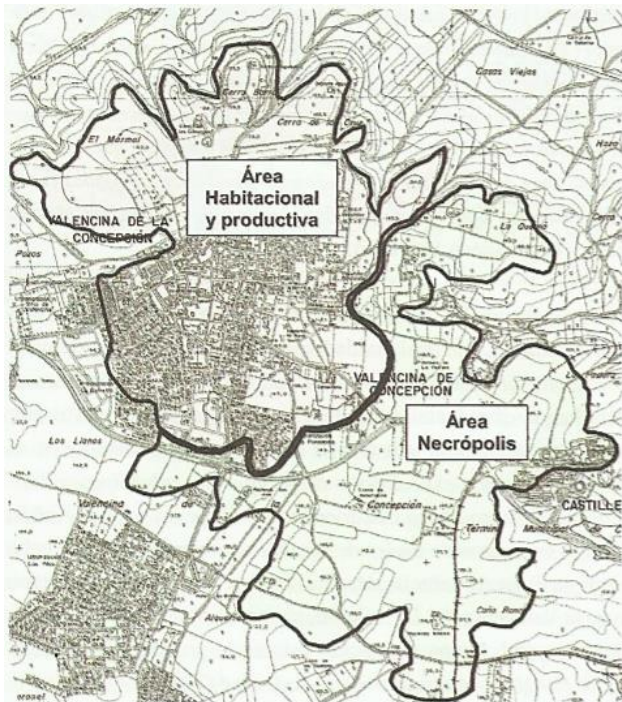


Fig. 53. Organización espacial de Valencina según J.M. Vargas. Imagen tomada de Márquez y Jiménez 2010, 132.

asentamiento, entre los años c. 2750-2500 a.n.e., en el mayor centro productor metalúrgico del continente. En opinión de los autores marxistas más ortodoxos, esta es otra de las evidencias que respaldan las posturas que advierten una acumulación de poder y una estratificación social durante el III milenio a.n.e. en el sur peninsular.

En resumen, para los investigadores adscritos a un materialismo histórico más puro u ortodoxo, el potencial agrícola y económico que se desprende del gran número de “silos” hallados en esa área intermedia, la cantidad de personas necesaria para cosechar y transportar los excedentes y construir y mantener los “silos”, la monumentalidad y extensión de la necrópolis y la presencia de un importante barrio metalúrgico son evidencias de que Valencina de la Concepción, durante el III milenio a.n.e., fue el centro de poder de un amplio territorio que al menos englobaría el Bajo Guadalquivir, la capital de una formación de tipo estatal sostenida por una Sociedad Clasista Inicial. (Arteaga y Cruz-Auñón 1999a, 1999b; Cruz-Auñón y Arteaga 1999; Nocete 2001; Nocete *et al.* 2008).

#### **4.2. Una Sociedad Jerarquizada Comunalista en el suroeste peninsular**

Una vez introducido el importante yacimiento de Valencina de la Concepción, vamos a explicar algunos de los modelos interpretativos “marxistas” más relevantes acerca del desarrollo histórico del Calcolítico en el sur peninsular, siendo el primero de ellos el propuesto por Leonardo García Sanjuan y Víctor Hurtado (1997), cuya teoría comparte elementos propios del marxismo con otros procedentes de la escuela funcionalista. Estos autores subrayan la aparición de una *Sociedad Jerarquizada Comunalista* en el suroeste peninsular entre el 3200-2100 cal a.n.e., momento en el que las comunidades de esta zona experimentan una serie de transformaciones en todos los ámbitos.

En la esfera de la implantación territorial, se produce una expansión del poblamiento humano hacia zonas hasta entonces deshabitadas de Andalucía occidental, la Baja Extremadura y el sur de Portugal. El aumento del número de asentamientos y su mayor proyección territorial sugieren la posibilidad de que esta difusión estuviera relacionada con un importante crecimiento demográfico. La mayor parte de los yacimientos prehistóricos localizados en esta zona corresponden a este período (3200 – 2100 cal. a.n.e.), lo que hace identificarlo como uno de los de más fuerte expansión del poblamiento humano de la Prehistoria Reciente en el suroeste peninsular. (García y Hurtado, 1997: 141)

También la esfera de la producción subsistencial experimenta relevantes transformaciones. Desde el punto de vista agrícola, se va a dar una progresiva ocupación de terrenos escasamente productivos hasta entonces no explotados, lo que puede estar relacionado con un aumento de la productividad, consecuencia de una serie de avances tecnológicos, como puede ser la introducción del arado o el comienzo de la utilización sistemática de la tracción animal. En este sentido, en los diferentes yacimientos de la zona se han detectado toda una serie de manifestaciones que evidencian tales transformaciones:

- Como hemos visto en Valencina de la Concepción, se generaliza la utilización de “silos” para almacenar cereales, lo que apunta a la consolidación de economías subsistenciales excedentarias.
- Los animales domésticos de tiro, como los bovinos, muestran una gran importancia en los cuadros de especies animales hallados en yacimientos como Valencina, lo que puede relacionarse con una extensión del uso del arado.
- Se han hallado una gran cantidad de herramientas utilizadas en actividades agrícolas: dientes de hoz, láminas, hachas pulimentadas o molinos.
- También se han encontrado pesas de telar y una serie de útiles que se vienen interpretando como queseras, lo que nos habla de una progresiva importancia de la producción ganadera.
- Por último, las representaciones pictóricas de la Cueva de la Pretina, en la Sierra de Cádiz, constituyen las evidencias más antiguas de posibles arados conocidas en el suroeste peninsular. (García y Hurtado, 1997: 141-142)

En lo que se refiere a la ganadería, los dos únicos yacimientos en los que se han realizado análisis paleofaunísticos han sido Valencina de la Concepción y Papa Uvas (Huelva), que muestran estrategias ganaderas sustancialmente diferentes. En el caso de Valencina hay un predominio de bóvidos y cerdos sobre los ovicápridos. Además, la edad a la que los bóvidos son sacrificados parece manifestar que la carne no era el único producto ganadero explotado, sino que también lo eran la leche y sus derivados. Por su parte, en Papa Uvas se da un predominio de ovicápridos, con una estrategia ganadera menos especializada, pues esta especie requiere menores inversiones que las anteriores. (García y Hurtado, 1997: 142)

Dentro de la esfera de la producción no subsistencial comienza a desarrollarse la actividad minero-metalúrgica. Sin embargo, a diferencia de lo esgrimido por Nocete et al (2008), quienes interpretan el taller metalúrgico de Valencina de la Concepción como una evidencia más de la acumulación de riqueza y de la estratificación social, García Sanjuan y Hurtado sostienen que la progresiva extensión de esta actividad no parece estar en el origen de la verticalización de las relaciones sociales que se inicia en esta etapa, ya que dicha actividad se mantiene, al menos en un primer momento, dentro del ámbito puramente doméstico. (García Sanjuan y Hurtado 1997, 142; García Sanjuan et al. 2013, 45-46)

En resumen, dentro de la esfera productiva, tanto subsistencial como no subsistencial, durante este periodo, las comunidades del suroeste consolidaron un sistema económico más excedentario, complejo y diversificado que el de la etapa anterior. Como acabamos de ver, estas poblaciones suorientales pusieron en marcha una intensificación agraria a través de dos estrategias: por un lado, colonizando y explotando tierras de baja productividad hasta entonces deshabitadas y, por otro, desarrollando unos determinados mecanismos de almacenaje y protección de los productos agrícolas comunitarios. Tenemos que contar además con el contexto del III milenio a.n.e., en el que Europa se adentra en la denominada *revolución de los productos secundarios* de Andrew Sherratt (1981: 261-262), con la incorporación del arado y de la rueda como medios de producción, del caballo como medio de transporte y comunicación, la intensificación de productos secundarios pecuarios, el inicio del cultivo de la vid y el olivo, y la utilización de sistemas de irrigación. (García Sanjuan y Hurtado, 1997: 146)

En la esfera de la organización territorial, estas sociedades siguen un modelo en el que una comunidad central de rango superior, en la que se producen los bienes no subsistenciales, está rodeada por otras comunidades más pequeñas de rango inferior que ocupan los terrenos de productividad progresivamente decrecientes. Entre esa comunidad central y las comunidades menores se establecerían unos determinados vínculos económicos, políticos e ideológicos. Algunos yacimientos que se han venido interpretando como comunidades centrales de rango superior han sido La Pijotilla, Valencina de la Concepción y Ferreira do Alentejo, donde predominan los enterramientos colectivos y en cuyo entorno sólo se han encontrado asentamientos mucho más pequeños. (García Sanjuan y Hurtado, 1997: 146)

En lo que se refiere a las relaciones sociales de producción, estas comunidades asumen un esquema basado en el parentesco y de base comunalista, en el que la producción circula mediante mecanismos de redistribución, sin que exista una apropiación diferencial por parte de un segmento de la comunidad. Desde el punto de vista arqueológico, esto queda patente en el predominio de enterramientos colectivos en los que quedan reflejados unidades de parentesco, en la ausencia de diferencias individuales significativas en los ajuares funerarios, en la escasez en dichos ajuares de armas u otros elementos que indiquen una coerción directa, en la existencia de espacios colectivos únicos de almacenaje agrícola (campos de silos) y en la inexistencia de diferencias significativas entre los distintos espacios de habitación dentro del asentamiento.



No obstante, con respecto a los enterramientos colectivos, si bien éstos muestran una clara tendencia hacia la indiferenciación intraparental, se dan algunas evidencias puntuales que sugieren que ya hay en marcha una incipiente jerarquización social. Así, dentro de la cámara de los *tholoi* de la necrópolis de Alcalar (sur de Portugal) se han detectado espacios reservados a determinados individuos, mientras que en el enterramiento III de La Pijotilla se ha identificado un sujeto cuyo equipo de ajuar es relativamente diferente al resto. Ello sugiere que el estatus social de algunos individuos comienza a distinguirse lo suficiente dentro de su comunidad como para quedar reflejado en el ritual funerario. Aún con todo, según estos autores, la cámara colectiva sigue constituyendo el espacio común de enterramiento para todos, por encima de diferencias y desigualdades sociales, es decir, la ideología comunalista se impone netamente al papel predominante que parecen empezar a adquirir determinados individuos.

Llegado este punto, vemos una clara contradicción entre la teoría de García Sanjuan y Víctor Hurtado y lo propuesto por Arteaga y Cruz-Auñón para el área funeraria del yacimiento de Valencina de la Concepción, donde las diferencias entre los distintos enterramientos (tamaño, riqueza, cantidad de personas enterradas) fueron interpretadas como una evidencia de la existencia de una sociedad de clases. Por su parte, García Sanjuan y Hurtado, a partir de los indicadores del registro funerario, no consideran que las comunidades de este periodo respondan a un sistema de relaciones de producción estratificado, como sostienen Arteaga y Cruz-Auñón para Valencina, sino tenuemente jerarquizado y basado exclusivamente en el parentesco, donde el comunalismo y el colectivismo son la base que sustenta el sistema. Las unidades familiares muestran un grado de cohesión tan alto que la ideología imperante impone que los individuos de una generación sean enterrados en las mismas cámaras funerarias que sus antepasados. El liderazgo dentro de un poblado de esta naturaleza podría derivar de la organización de la defensa de la comunidad o de la jerarquización en las funciones de reparto de los medios de producción y del producto. (García Sanjuan y Hurtado, 1997: 144-145, 147)

#### **4.3. Relaciones y contradicciones centro/periferia en el valle del Guadalquivir**

Un segundo modelo interpretativo sobre el desarrollo histórico del Calcolítico en el sur de la Península Ibérica, desde el punto de vista de la arqueología social o marxista, es el propuesto por Francisco Nocete en su obra *Tercer milenio antes de nuestra era. Relaciones y contradicciones centro/periferia en el valle del Guadalquivir*. Esta obra es considerada el trabajo más ambicioso sobre la Prehistoria Reciente del sur peninsular de las últimas dos décadas. En ella, Francisco Nocete defiende que las recientes investigaciones sobre las sociedades articuladas en torno al valle del Guadalquivir durante el III milenio a.n.e. han puesto en crisis a la tradicional secuencia temporal del modelo de civilización occidental que otorgaba todo el protagonismo a las sociedades orientales y convertía en *meras y periféricas espectadoras* a las occidentales, hasta que el “comercio” las incluyó en la Historia. Frente a esto, y a partir de las evidencias arqueológicas halladas en el valle del Guadalquivir, Nocete llega a la conclusión de que en los albores del III milenio a.n.e., existió en esta zona un precoz centro político que a



mediados del milenio provocó la aparición de unas periferias con las que estableció unas relaciones de dependencia. Al final, esas mismas relaciones acabaron provocando el colapso del sistema y determinaron la pequeña proyección territorial de las formas políticas posteriores del II milenio a.n.e. La conclusión del trabajo de Nocete es la identificación de las sociedades calcolíticas del valle del Guadalquivir con el primer *armazón intersocial* regido por unos lazos de dependencia de Occidente. Se trataría, según el autor, de uno de los primeros estados del occidente europeo. (Nocete, 2001: 11-13)

Nocete establece varias etapas en la aparición de este Estado primigenio, siendo la primera de ellas la *formación de un centro político*, etapa que va del VI al III milenio a.n.e., lo que hace situar el origen de este Estado en el Neolítico. Dentro de este proceso formativo el autor distingue dos fases, la primera de las cuales ocupa los milenios VI y V a.n.e., momento en el que en la orla atlántica (actuales provincias de Huelva, Sevilla y Cádiz) se da una atomización en el patrón de asentamiento, con dos modelos de poblamiento bien diferenciados:

1. Por un lado, un modelo denominado *concentrado agrícola*, con una concentración de la población a lo largo del Bajo Guadalquivir. En el VI milenio a.n.e. encontramos en esta zona grandes asentamientos que ponen en marcha un proyecto agrícola, cuyo desarrollo el autor ha inferido a partir de la recurrencia en el registro arqueológico de herramientas como molinos o azuelas. Este proyecto se prolonga en el espacio desde los ríos Tinto y Odiel hasta la desembocadura del Guadalquivir, ocupando toda la cuenca baja del gran río.
2. Por otro lado, un modelo *disperso* que sigue el proceso inverso, es decir, que lleva a la fisión poblacional. En este sentido, en las tierras interiores de la actual provincia de Huelva, los grandes asentamientos del VI y V milenios a.n.e. experimentan una tendencia opuesta a esa concentración demográfica del Bajo Guadalquivir, siguiendo un modelo disperso, de fragmentación poblacional, que tendrá como resultado, desde inicios del IV milenio a.n.e., el surgimiento de pequeños núcleos poblacionales que podemos dividir en dos grupos:
  - Uno se desarrolla en los cauces fluviales del Andévalo occidental y precede al desarrollo de las casas fortificadas del III milenio a.n.e. Este tipo de poblamiento se caracteriza por la dispersión de pequeños poblados de perfil agrícola ubicados sobre suelos altamente productivos.
  - El segundo tipo de poblamiento, que culminará en el territorio dolménico del III milenio a.n.e., se ordena sobre la base de pequeños emplazamientos dispersos ubicados en las altiplanicies, cuya economía debía estar basada en actividades silvopastoriles, dada la reiterada aparición de los asentamientos sobre suelos poco productivos. Estos asentamientos se perfilarían como centros esporádicos, donde las necesidades de las pequeñas, dispersas y nómadas poblaciones tenderían a cubrirse.

En lo que se refiere al Alto Guadalquivir, durante este periodo (VI-V milenios a.n.e.) los núcleos poblacionales se caracterizan por ser pequeños, aislados, estacionales y estar en contacto con los asentamientos cavernícolas de las Sierras Subbéticas. No es hasta el inicio del IV milenio a.n.e., y a lo largo de su primera mitad, cuando el Alto Guadalquivir experimenta un extraordinario aumento poblacional. (Nocete, 2001: 67-70)

La segunda fase del proceso formativo del centro político se desarrolla a lo largo del IV milenio a.n.e. Durante la primera mitad de este milenio remite esa tendencia a la atomización, reduciéndose el número de asentamientos del modelo *disperso* y concentrándose la población en valles fluviales. En este sentido, es probable que se diera un movimiento de gentes desde las altiplanicies y los cauces fluviales del Andévalo occidental hacia el valle del gran río. Esta tendencia de concentración poblacional se dio con intensidad en toda la cuenca, tanto en el Bajo como en el Alto Guadalquivir. De esta manera, en todo el Valle se acabó imponiendo un mismo modelo de asentamiento, el *concentrado agrícola*, cuyas características se vieron reproducidas, desde el inicio del IV milenio a.n.e. y en muy pocos siglos, a lo largo de toda la cuenca. Sin embargo, a pesar de la aparente homogeneidad formal entre los distintos asentamientos, estos escondían profundas diferencias entre ellos. Así, a partir del análisis de los restos paleofaunísticos se ha podido apreciar una notable diversidad en lo que se refiere a las estrategias ganaderas desarrolladas, que podríamos dividir en cuatro:

- I. En yacimientos como Sevilleja o Los Pozos, es decir, en las proximidades del Guadalquivir, hay un predominio aplastante de suidos domésticos. Se trata de un modelo único, altamente especializado y complementado con prácticas agrícolas.
- II. En yacimientos como Valencina de la Concepción se da un predominio de especies bóvidas. Según Nocete, a partir de los datos disponibles, no podemos asegurar que en este asentamiento la crianza de reses fuera más allá de su aprovechamiento cárnico, pues según él las evidencias arqueofaunísticas no proporcionan información sobre patrones de matanza relacionados con el sexo o edad de las especies. Esta afirmación de Francisco Nocete podría interpretarse como una crítica a García Sanjuan y Hurtado, quienes sí observan en el yacimiento de Valencina una regularidad en el patrón de matanza de los bóvidos y sostienen que la edad a la que éstos eran sacrificados confirma su explotación para obtener otros recursos más allá de su aporte cárnico, como por ejemplo derivados lácteos.
- III. En los yacimientos del Piedemonte Subbético, como Polideportivo de Martos, se da un dominio casi absoluto de ovicápridos y dentro de ellos de la cabra doméstica. La ausencia de registros de cereales y la recurrente explotación de rumiantes (cabras) articulan un modelo económico donde la ganadería se convierte en el eje central. En estos yacimientos las prácticas agrícolas no debieron ser importantes.

- IV. Por último, en yacimientos como El Berral, Albalate, Alcores, Cortijo de la Torre y Casalilla se da un equilibrio entre ovejas, vacas y cerdos, con un incremento paulatino de las dos primeras especies. Su recurrencia y evolución a lo largo del IV y III milenios a.n.e. y su asociación, desde el 3750 a.n.e., a tempranos desarrollos tecnológicos de producción, almacenaje, elaboración y consumo de cereales, permiten hablar de la consolidación de un sistema económico diferente y paralelo a los tres anteriores. (Nocete, 2001: 72-78)

La concentración demográfica que se da en las tierras llanas del valle del Guadalquivir a lo largo de la primera mitad del IV milenio a.n.e. contrasta con el perfil económico y poblacional de los asentamientos ubicados en las tierras altas de las Sierras Subbéticas y Sierra Morena. Según Nocete, esto llevó a la consolidación de dos sistemas económicos bien diferenciados: en las tierras llanas del Valle como principal actividad económica se estableció la agricultura, mientras que en las tierras altas lo fueron la ganadería y la minería. Nocete sostiene que, con el paso del tiempo, estas comunidades de las tierras altas adquirieron tal especialización en cantería que superaron las simples necesidades del consumo local, estableciéndose unas relaciones de intercambio -y nunca de dominio- entre ambas comunidades, con una circulación de productos líticos y ganaderos hacia las poblaciones del Valle, que actuaron como receptoras. Esta circulación de productos transformaría las relaciones sociales internas de cada grupo. En el caso de las comunidades de las tierras llanas, el control sobre los instrumentos de distribución de los productos habría permitido controlar los mecanismos de reproducción social e “instrumentalizar la materialización de las disimetrías sociales” (Nocete, 2001: 78).

Entre las tierras altas mineras/ganaderas y las bajas agrícolas habrían actuado como nexo o enlace una serie de asentamientos que Nocete denomina “puerta de entrada”, especializados en el flujo de productos entre ambos territorios. Estos asentamientos estarían localizados en el Piedemonte Subbético, en las salidas de los grandes pasos naturales intrabéticos sobre el Guadalquivir, y se corresponderían con aquellos poblados en los que se desarrollaba la estrategia ganadera del tipo III, donde los ovicápridos ocupaban una posición fundamental y la actividad agrícola carecía de importancia. Estos asentamientos habrían surgido y se habrían desarrollado como respuesta a la demanda de productos por parte de las comunidades de las tierras bajas, funcionando como nexo entre ambos territorios durante todo el IV milenio a.n.e., mientras la estructura social y territorial de las comunidades receptoras se mantuvo atomizada y sin una jerarquización política que permitiese controlar la circulación de productos de lugares lejanos. De ahí que la rápida desaparición de los asentamientos “puerta de entrada” a lo largo de la segunda mitad del IV milenio a.n.e., coincidiera con el inicio de la jerarquización del poblamiento en el valle del Guadalquivir desde grandes asentamientos fortificados. (Nocete, 2001: 75-79)

El proceso formativo con la aparición del centro político culmina a comienzos del III milenio a.n.e., cuando se da una concentración demográfica -aún mayor- en los poblados, facilitando así el control de la fuerza de trabajo. De esta manera surge una

Sociedad Clasista Inicial, quedando todo el poblamiento del valle del Guadalquivir concentrado en torno a grandes poblados fortificados, cuyas ubicaciones responden más a necesidades defensivas que agrarias.

Una vez que se desarrolla el centro político, la imposibilidad de aplicar formas de coerción intrasocial -al tratarse de comunidades solidarias basadas en el parentesco- provocó que el sistema sólo pudiera reproducirse hacia fuera, proyectando al exterior sus propias ‘contradicciones’, surgiendo de esta manera las periferias, dependientes del centro político, al que exportaban sus materias primas. Es decir, esta Sociedad Clasista Inicial, ubicada en el centro de poder, comenzaría a aprovecharse de la fuerza de trabajo y de los recursos de las comunidades vecinas, que conformarían las denominadas periferias. De esta manera, hacia el 2500 a.n.e. el valle del Guadalquivir quedaría organizado, según Nocete, de la siguiente manera: el centro y su periferia central, las periferias mineras, las periferias de resistencia y la interperiferia, todo ello dentro de un territorio jerarquizado que estaba bajo la dirección de ese centro de poder.

Por último, hacia el año 2200 a.n.e. se da un colapso del sistema, con una reordenación política del valle, surgiendo, a lo largo del II milenio a.n.e., un mayor número de asentamientos, aunque con una escala territorial menor que la de los poblados del III milenio a.n.e.

#### **4.4. Faccionalismo y labores colectivas en el Alto Guadalquivir. El modelo de Agregación-Fisión**

El modelo interpretativo de Nocete, al tratarse de una obra tan ambiciosa y compleja, ha tenido una enorme repercusión en el ámbito de la investigación de la Prehistoria Reciente en el sur peninsular. Como acabamos de ver, con esta teoría el autor supera los análisis de carácter local o regional, pasando a abordar la dinámica de un territorio mucho más amplio, como es el valle del Guadalquivir, donde llega a identificar el desarrollo de un auténtico Estado. A pesar de lo arriesgado de esta afirmación, lo cierto es que su teoría ha recibido pocas críticas desde su publicación. Sin embargo, hay algunos autores que miran con cierto escepticismo algunos puntos de su reconstrucción histórica, cuando no muestran su abierta disconformidad. En este sentido tenemos la teoría desarrollada por Pedro Díaz del Río en su obra *Factionalism and collective labor in copper age Iberia* (2004), donde el autor hace una lectura propia sobre el desarrollo histórico de la Prehistoria Reciente en el Alto Guadalquivir, tomando como referencia el yacimiento de Marroquíes Bajos.

Su esquema contempla una progresiva concentración de la población en unos pocos centros nucleares del Alto Guadalquivir, destacando entre ellos el asentamiento de Marroquíes. Esta concentración poblacional, que se inicia en los albores del IV milenio a.n.e., culmina hacia el año 2500 a.n.e., aunque estaba desde un primer momento condenada al fracaso debido a la inestabilidad del poder político de los jefes y a la lucha entre facciones. En consecuencia, hacia el año 2200 a.n.e. se produce el colapso del sistema, generándose una fisión del poblamiento. De esta manera, según Díaz del Río,

la Edad del Bronce no es una evolución más compleja de la Edad del Cobre, sino la consecuencia de su fragmentación. Como puede observarse, la propuesta de este autor sigue una secuencia de acontecimientos similar a la de la teoría formulada por Nocete, diferenciándose de la misma en el motor de los cambios sugerido y, sobre todo, en el grado de complejidad vertical admitido, ya que Díaz del Río no habla en ningún momento de una formación estatal.

Por lo tanto, la primera fase del modelo interpretativo de Díaz del Río se extiende a lo largo del IV milenio a.n.e. y la primera mitad del III milenio, momento en el que se observa una reducción en el número de poblados del Alto Guadalquivir. Estos asentamientos, que en un primer momento son poblados con fosos para después darse una dicotomía entre asentamientos con fosos y asentamientos amurallados, son cada vez mayores en dimensiones. De esta manera, hacia el año 2500 a.n.e., cuando culmina ese proceso de concentración poblacional, hay muy pocos poblados pero de un gran tamaño.

En la cuenca del río Guadalbullón, donde se encuentra Marroquíes Bajos, muchos asentamientos del IV milenio a.n.e. se van abandonando a lo largo de la primera mitad del III milenio, al mismo tiempo que Marroquíes crece de manera inexorable con las gentes procedentes de tales poblados. Díaz del Río defiende que esta concentración demográfica en Marroquíes se pudo dar como consecuencia de un aumento de la conflictividad regional, lo que además explicaría el hecho de que otros dos asentamientos de la zona, Los Alcores y El Albalate, fortificaran sus defensas. Al mismo tiempo, según el autor, en el poblado de Marroquíes habría surgido una incipiente jefatura que habría resultado atrayente para las poblaciones vecinas. Esta concentración poblacional en Marroquíes supondría, a su vez, un aumento de la mano de obra, lo que repercutiría directamente en la aparición de determinadas obras públicas, entre las que sobresalen cinco fosos concéntricos y una muralla defensiva (Fig. 54).

Sin embargo, todo este proceso se ve frenado hacia el año 2200 a.n.e., momento en el que van surgiendo una serie de asentamientos más pequeños y autosuficientes. En lo que se refiere a Marroquíes Bajos, las obras públicas caen en desuso, iniciándose un proceso de fisión o fragmentación poblacional debido a la lucha entre facciones rivales, lo que es una característica propia de las sociedades cuyos modos de producción están basados en el parentesco, sobre todo en condiciones de baja productividad agrícola y en ausencia de coerción.

Díaz del Río sugiere la posibilidad de que los dirigentes de Marroquíes no supieran poner en marcha una tributación eficaz que rompiera con las restricciones sociales e ideológicas de una sociedad basada en el parentesco. De esta manera, las élites no pudieron institucionalizar su posición y cuando resultó evidente que se estaban apropiando del excedente colectivo, algunos linajes se resistieron a seguir cediendo su independencia política. Así, el choque de intereses entre las élites y las unidades domésticas o faccionalismo vertical, por un lado, y la competencia entre linajes o faccionalismo horizontal, por otro, acabaron provocando la fisión y el colapso del sistema.



Fig. 54. Imagen idealizada del asentamiento prehistórico de Marroquíes Bajos. Imagen tomada de Hornos 1998, 84.

#### **4.5. Valoración personal y crítica**

Como acabamos de ver, son varios los autores que abordan el Calcolítico en el valle del Guadalquivir y el suroeste peninsular desde el punto de vista de la arqueología marxista. En el presente escrito hemos analizado un total de hasta 4 interpretaciones cuyos autores muestran un mayor o menor grado de adscripción a esta corriente. En este sentido, en mi opinión, de todos los modelos interpretativos analizados, los que se enmarcarían dentro de un materialismo histórico más “ortodoxo” serían, por un lado, el de O. Arteaga y R. Cruz-Auñón con respecto al asentamiento de Valencina de la Concepción y, sobre todo, el propuesto por Francisco Nocete, quien llega a defender la existencia de una auténtica sociedad clasista y estatal en el valle del Guadalquivir. Para estos autores de una tendencia más claramente marxista, el motor que generó los cambios en esta zona de la Península Ibérica durante la Prehistoria Reciente fue la desigualdad social, una desigualdad que tendría su origen en el control o dominio de los medios de producción por parte de unas élites que habrían logrado institucionalizar su posición, siendo además poseedoras de los medios coercitivos necesarios para mantener su hegemonía social. Por lo tanto, en términos generales podríamos decir que, para estos autores, el motor generador de los cambios en esta zona durante la Prehistoria Reciente fue la “lucha de clases”.

Frente a estas propuestas, y quizás como una crítica a las mismas, tenemos las otras dos teorías analizadas: por un lado, la de García Sanjuan y Víctor Hurtado, que es una interpretación a caballo entre el marxismo y el funcionalismo en la que se habla de una incipiente jerarquización social en el suroeste peninsular, pero sin señalar la existencia de sociedades estratificadas, ni formaciones estatales; y, por otro lado, la de Pedro Díaz del Río, quien hace una lectura propia sobre el desarrollo histórico del Calcolítico en el Alto Guadalquivir. Esta teoría de Díaz del Río coincide en algunos aspectos con la

formulada por Nocete, como en la secuencia temporal propuesta, con una concentración de la población en unos pocos centros nucleares a lo largo de los milenios VI y III a.n.e., y un colapso del sistema con una fragmentación poblacional a partir del año c. 2200 a.n.e. Donde realmente difieren las teorías de García Sanjuan, Víctor Hurtado y Díaz del Río con las propuestas por los autores marxistas más ortodoxos es en el motor de los cambios sugerido y, sobre todo, en el grado de complejidad vertical admitido, pues, como el lector habrá podido comprobar, estos autores no hablan en ningún momento de la existencia de una formación de tipo estatal.

El yacimiento que los autores más próximos a un materialismo histórico puro toman como referencia para formular sus teorías acerca de la existencia de un Estado en el valle del Guadalquivir es Valencina de la Concepción. Para ello, se basan en una serie de “evidencias” cuya validez, personalmente, pongo en duda, y es que sus premisas parten de una serie de suposiciones que no se han demostrado. En primer lugar, tenemos la cuestión referente a las fosas halladas en esa área intermedia, que ellos interpretan como “silos” o estructuras de almacenaje dedicadas a la acumulación de excedentes. Según estos autores, el gran número de “silos” presentes en la zona, así como la fuerza de trabajo necesaria para construirlos y mantenerlos, y cosechar y transportar los excedentes, solamente podría darse dentro de un sistema productivo tributario que desde Valencina dominaría un amplio territorio del Bajo Guadalquivir.

Esta teoría propuesta por Oswaldo Arteaga y Rosario Cruz-Auñón es realmente sugerente. Sin embargo, bajo mi punto de vista, se basa en un supuesto que, sin ser erróneo, puede ser criticado, y es esa consideración de las fosas como silos o estructuras dedicadas al almacenaje. En la Península Ibérica, este tipo de hoyos han sido constatados desde el Neolítico hasta la Edad del Bronce y el inicio del Hierro I por los dos Mesetas, Andalucía, el valle del Ebro, Cataluña y Portugal, como áreas destacadas. Su presencia también ha sido constatada en diferentes zonas de Europa, como en las culturas centroeuropeas de Unetice, Urnfield y Timber Grave, en la Edad del Hierro en Francia y Reino Unido o en los poblados neolíticos franceses. Al mismo tiempo, hoyos de similar morfología han sido excavados en yacimientos peninsulares ibéricos, romanos y medievales. Sin embargo, a pesar de su recurrencia en el tiempo y el espacio, estas fosas no han sido relacionadas con ninguna cultura en concreto, es decir, no se ha constatado ningún grupo cultural que haya legado como testimonio principal de su presencia tales estructuras, habiéndose señalado para ellas una gran variedad de funciones, entre las que destacan dos: la de basureros, que es la constatada con mayor frecuencia, atendiendo a la fragmentación de los materiales que forman el relleno, al modo de estratificación del sedimento y a la ausencia de estructuras en su interior; y la de silo, que, pese a no abundar las evidencias directas de tal empleo, dice Antonio Bellido (1996, 11), es la explicación más aceptada para justificar su proliferación y el trabajo que supone su excavación.

Así pues, a pesar de que la interpretación de estas estructuras como “silos” goza de una gran aceptación entre los investigadores, no hay evidencias arqueológicas claras que nos permitan hablar de un uso exclusivo y directo de las mismas como estructuras dedicadas



al almacenaje, función que está en la base de la interpretación de Arteaga y Cruz-Auñón. Los debates en torno a estas estructuras subterráneas son constantes, señalándose como posibles funciones, además de las ya mencionadas: hogares, hornos, canteras de arcilla, enterramientos, depósitos votivos... Por todo ello, considero que la propuesta de Arteaga y Cruz-Auñón, sin partir de supuestos erróneos, tiene una base que al menos podríamos considerar controvertida, pues en el caso de Valencina de la Concepción tampoco se han constatado evidencias empíricas de un empleo de las fosas como “silos”, habiéndose documentado, además, pocos instrumentos líticos que pudieran ser utilizados en tareas de agricultura y procesamiento de cereales. (Bellido 1996, 9-11, 19; García Sanjuan *et al* 2013, 51)<sup>5</sup>

Una segunda evidencia para estos autores de que Valencina fue la capital de un Estado en el III milenio a.n.e. es la existencia en su interior de un supuesto “barrio metalúrgico”, teoría formulada por Nocete *et al.* (2008), quienes no obstante, como veremos a continuación, se basan para formular su hipótesis en toda una serie de premisas que no han sido demostradas.

En primer lugar, tenemos la cuestión referente a la escala de producción propuesta. En el yacimiento de Valencina de la Concepción se han encontrado un total de 116 objetos metálicos con un peso total de 9,74 kg, lo que es un dato engañoso, pues 4,38 de esos 9,74 kg corresponden únicamente a 3 de los 116 artefactos (3 excepcionales hachas). En este sentido, si comparamos estos hallazgos de Valencina con los realizados en otros yacimientos calcolíticos del sur peninsular descubriremos que únicamente dos presentan un número mayor de objetos metálicos: Cerro del Ahorcado, en Córdoba, con 170 piezas; y La Pijotilla, en Badajoz, con 142. Sin embargo, una cuestión importante a tener en cuenta a la hora de ponderar estos datos es que Valencina es un yacimiento mucho mayor que los anteriores y en él se han realizado un mayor número de excavaciones. En este sentido, en el yacimiento de Santa Justa, en Portugal, que apenas tiene 300 m<sup>2</sup> de extensión –recordemos que Valencina ocupa 468 hectáreas, lo que equivale a 4,68 km<sup>2</sup>-, se han hallado la mitad de objetos metálicos de los que se han encontrado en Valencina, mientras que La Pijotilla presenta una extensión que abarca tan sólo su tercera parte y ha sido menos excavado, pero, aún con todo, en su interior se han hallado un mayor número de piezas (142).

En contraste con estos datos, Nocete *et al.* (2008) proponen un volumen de producción para este yacimiento que superaría los 1000 kg, basándose para ello en tres supuestos de relativa validez: la interpretación de las vasijas cerámicas con escorias como crisoles-horno, el elevado número de crisoles estimado a partir de los fragmentos hallados y el número de crisoles que pudieron haber sido reutilizados. Estos supuestos están basados en un análisis muy parcial de las escorias y cerámicas con escorias, lo que hace imposible crear un auténtico modelo de productividad del proceso metalúrgico. Además, la escala productiva propuesta por Nocete y otros no solamente es insólita para

---

<sup>5</sup> Para más información sobre esta “problemática de los hoyos” ver la obra de Antonio Bellido Blanco (1996): Los campos de hoyos. Inicio de la economía agrícola en la submeseta norte

los estandartes de producción de cobre hasta ahora conocidos en otros poblados del III milenio a.n.e. del sur peninsular, sino que es claramente contradictoria al registro metalúrgico hallado, que no supera los 10 kg. La escala de producción no puede realizarse sin tomar en consideración la totalidad de los objetos registrados. En este sentido, en mi opinión, lo único que podría llegar a apoyar la teoría de Nocete *et al.*, desde el punto de vista de la escala productiva, sería la interpretación del asentamiento de Valencina de la Concepción como un centro dedicado casi en exclusiva a la exportación de piezas a otros lugares, lo que podría llegar a justificar esa enorme ausencia de objetos metálicos. Sin embargo, incluso si aceptáramos esta teoría de Valencina como centro exportador, la cantidad de piezas halladas seguiría siendo extraordinariamente baja en relación al volumen total de 1000 kg propuesto por estos autores. Por tanto, esta explicación difícilmente se puede sostener, máxime cuando los hallazgos realizados en el yacimiento encuadran a la perfección en la dinámica productiva existente en el sur peninsular durante este periodo.

Por lo tanto, a diferencia de lo propuesto por estos autores, quienes interpretan el asentamiento como el mayor centro productor metalúrgico del continente entre c. 2750-2500 a.n.e., los datos enmarcan la producción desarrollada en el poblado en la dinámica existente durante el Calcolítico en el sur peninsular. Es más, de acuerdo con los hallazgos realizados en otros yacimientos de este periodo y territorio, estamos en condiciones de afirmar que, dependiendo con qué otro sitio se compare, la producción desarrollada en este asentamiento en términos relativos puede resultar incluso baja. (García Sanjuan *et al.* 2013, 42-44).

Otra cuestión relacionada con este “barrio metalúrgico” de Valencina objeto de constantes debates es la influencia que pudo haber ejercido sobre el entorno del asentamiento desde el punto de vista ambiental. Según Nocete *et al.*, el desarrollo de la actividad metalúrgica en esta zona provocó un fuerte proceso de deforestación y contaminación en sus alrededores. Los estudios polínicos realizados en el yacimiento señalan que, ciertamente, se pudo dar la existencia de un vegetal abierto en los alrededores del poblado. Sin embargo, esta deforestación no tiene por qué responder necesariamente al desarrollo de una actividad de tipo metalúrgico, pues la ganadería o la explotación forestal para el aprovechamiento de madera habrían tenido el mismo resultado sobre el terreno. En este sentido, en el sector c/Calatrava de Carmona (Sevilla) no se han hallado restos metalúrgicos y, sin embargo, los análisis polínicos ponen de manifiesto la existencia de un ambiente abierto y deforestado propiciado por otras prácticas antrópicas. Por tanto, el postulado de que la metalurgia provocó una fuerte deforestación en los alrededores del asentamiento no encuentra un respaldo directo en el registro polínico disponible. Por otro lado, con respecto a la supuesta contaminación que habría provocado el desarrollo de esta actividad metalúrgica, lo cierto es que estos autores no aportan ninguna prueba de ello. El único análisis que se ha realizado en este sentido para las etapas metalúrgicas en el sur peninsular, llevado a cabo en Sierra Nevada, pone de manifiesto que los niveles de plomo atmosférico en esta región durante la Edad del Cobre son iguales a los de las etapas prehistóricas anteriores. La

contaminación de este elemento químico sólo empieza a ser distinguible de los niveles naturales a partir de la Edad del Bronce. (García Sanjuan *et al* 2013, 44)

En último lugar tenemos la cuestión referente a la significación ideológico-social que pudo tener el desarrollo de la actividad metalúrgica en el asentamiento de Valencina. En las páginas anteriores hemos visto que la existencia de un supuesto barrio metalúrgico en el poblado es interpretada por los investigadores marxistas como una evidencia del inicio de un proceso de jerarquización social y de acumulación de riquezas por parte de determinados individuos. En este sentido, desde la segunda mitad del siglo XIX se vienen interpretando los artefactos metálicos encontrados en contextos funerarios como indicadores de unas relaciones sociales de prestigio, poder y jerarquización. Sin embargo, algunos autores (García Sanjuan y Hurtado 1997, 142; García Sanjuan *et al.* 2013, 45-46) niegan que el desarrollo de la actividad metalúrgica esté en el origen de la verticalización social, pues consideran que esta actividad queda restringida, en un primer momento, al ámbito doméstico, siendo la mejor prueba de ello, nuevamente, el yacimiento de Valencina de la Concepción. En este asentamiento, la totalidad de los objetos realizados en cobre han sido clasificados como herramientas o armas-herramientas, destacando la ausencia de piezas de adorno similares a las que podemos encontrar en los enterramientos de la Edad del Bronce Inicial, como anillos o brazaletes. Los únicos objetos metálicos que han sido clasificados como posibles adornos han sido 11 pequeñas láminas de oro cuya función, por otro lado, no está clara. Los artefactos metálicos producidos en Valencina parecen estar enfocados hacia una función más utilitaria que ideológica.

En el caso de los enterramientos, solamente se ha hallado un individuo cuyo equipo de ajuar está formado por objetos metálicos, documentado en la Sepultura A del sector de Los Cabezuelos. El sujeto en cuestión es un varón de entre 30 – 45 años, cuyo ajuar está compuesto por un puñal de lengüeta y cinco puntas Palmela de cobre. Sin embargo, los propios excavadores de la tumba señalan que esta inhumación data del horizonte campaniforme, en un momento de transición a la Edad del Bronce (Arteaga y Cruz-Auñón 1999a, 595-596). En consecuencia, no podemos tomar la tumba como estrictamente representativa de las relaciones sociales que pudieron existir en el Calcolítico.

La escasa importancia de los objetos metálicos como expresión del poder de las élites de Valencina queda reflejada en una extraordinaria tumba megalítica, en cuyo interior se han hallado casi 200 objetos, entre los que se cuentan extraordinarias piezas de marfil importadas, un colmillo de elefante sin trabajar, un puñal de sílex con pomo de ámbar - probablemente de origen siciliano- , 21 láminas de sílex o 1 plato de borde almadrado. Entre todos estos artefactos, la mayoría de ellos importados, solamente se ha encontrado un pequeño objeto de metal -de cobre-, fragmentado en varios pedazos y de morfología irreconocible. La composición del ajuar de este individuo parece manifestar que la expresión del prestigio y poder de las élites de Valencina no se basaba en los objetos metálicos, sino más bien en aquellos que tenían una procedencia foránea. Un hecho que podría constatar esta afirmación es el hallazgo en uno de los hoyos del yacimiento de

una lámina de oro con motivos oculados y geométricos, que presenta unas medidas de 25 cm de longitud y 10 cm de ancho y que no aparece asociada a ningún cadáver, lo que nos indica que, el que probablemente sea el objeto más valioso hallado nunca en el yacimiento, no fue utilizado como ajuar funerario. Esto parece confirmar que el metal no fue empleado como expresión del poder por parte de las élites de Valencina de la Concepción, lo que supondría una crítica más a los investigadores marxistas, como Nocete *et al* (2008), quienes interpretan el supuesto “barrio metalúrgico” hallado en el asentamiento como una prueba de la puesta en marcha de un proceso de jerarquización y estratificación social. (García Sanjuan *et al.* 2013, 45-46).

Todas estas evidencias arqueológicas me hacen mirar con cierto escepticismo la teoría de la existencia de un Estado en el valle del Guadalquivir en el III milenio a.n.e., pues ni la escala de producción metalúrgica propuesta por Nocete casa con el registro arqueológico hallado, ni las fosas parecen responder a estructuras de almacenamiento, ni la contaminación, ni la deforestación parecen tener su origen en una actividad metalúrgica, etc. Además, hay que tener en cuenta que la noción marxista de un Estado se fundamenta en la existencia de una sociedad de clases, en la que una élite apoyada en la fuerza física se apropia de los recursos de las clases productoras. *Si no hay clases, no hay Estado.* (Engels 2003, 238 – 265; García Sanjuan *et al* 2013, 51; Hindess y Hirst 1979, 202) Por tanto, para aceptarse esta hipótesis de un Estado en Valencina necesariamente se tiene que constatar la existencia de unas élites que fueran capaces de aplicar una coerción sistemática a un amplio territorio sometido a este centro del poder, al que debían pagar determinados tributos. Desde el punto de vista funerario, ciertamente parece desprenderse la existencia de una jerarquización social en el asentamiento. Sin embargo, a nivel habitacional, por ejemplo, los distintos espacios domésticos presentes en el poblado no muestran acusadas diferencias entre ellos. Aún con todo, incluso dicho ámbito funerario presenta ciertas limitaciones, pues no se han hallado en las tumbas armas de un carácter puramente militar que nos hablen de una coerción directa por parte de unas élites. Es decir, aunque en Valencina puede distinguirse una élite, ésta carece de un elemento necesario de la élite de todo estado tributario: un aparato institucional que permita la coerción física de la clase productora con el objetivo de controlar el excedente productivo. Además, una cuestión fundamental a tener en cuenta a la hora de hablar de disimetrías sociales en el ámbito funerario es la presencia de enterramientos infantiles con ajuares ricos que sugieran la adscripción a una determinada clase por herencia o nacimiento, como sí ocurre, dice García Sanjuan (2013, 51), en las posteriores sociedades argáricas de la Edad del Bronce, pero no así en Valencina de la Concepción.

Del mismo modo, debemos hacer una clara distinción entre “desigualdad social” y “estratificación social” o “sociedad de clases”. La desigualdad social es un fenómeno multiforme, que aparece siempre en todas las sociedades humanas, en mayor o menor grado. En consecuencia, si aceptamos cualquier tipo de desigualdad como una evidencia de un “Estado”, el Estado se convierte en un elemento inherente al propio género humano. Por tanto, el hecho de que en Valencina exista una élite, tal como se puede

inferir a partir del registro funerario, no necesariamente implica la existencia de un Estado, pues según García Sanjuan (2013, 52), las sociedades pre-estatales también tenían élites.

Como consecuencia de todo lo expuesto, personalmente, se me hace difícil creer esta teoría de la existencia de un Estado calcolítico en el Bajo Guadalquivir durante el III milenio a.n.e., tal como defienden los autores marxistas más ortodoxos, debido a las limitaciones y debilidades empíricas de sus teorías, las cuales están basadas en toda una serie de supuestos no demostrados: que los fosos que rodeaban el yacimiento de Valencina de la Concepción se correspondían con estructuras defensivas, que las fosas de ese área intermedia eran “silos” dedicados a la acumulación de excedentes propios y ajenos, que la actividad metalúrgica desarrollada en su interior tuvo un carácter industrial, generando una escala de producción que superaría los 1000 kg, así como una deforestación y contaminación del territorio circundante, etc.

En base a las interpretaciones y registro arqueológico analizados, considero que durante el III milenio a.n.e. asistimos, ciertamente, al surgimiento de una incipiente jerarquización y desigualdad social que, como hemos explicado más arriba, no es lo mismo que “estratificación social” o “sociedad de clases”. En mi opinión, al margen de la existencia o no de un Estado, las evidencias arqueológicas parecen confirmar que durante este periodo comienzan a aparecer unas incipientes jefaturas políticas y élites económicas formadas por una serie de individuos que empiezan a tener una determinada relevancia en el seno de su comunidad. En este sentido, los espacios funerarios son especialmente esclarecedores, como, por ejemplo, la cámara de los *tholoi* de la necrópolis de Alcalar, en Portugal, donde se han identificado espacios reservados para determinados individuos; el enterramiento III de La Pijotilla, donde un sujeto presenta un equipo de ajuar relativamente diferente al resto; o los distintos tipos de inhumaciones que podemos encontrar en el yacimiento de Valencina de la Concepción, con enterramientos en estructuras megalíticas, por un lado, y cadáveres arrojados al interior de pozos utilizados como basureros, por otro.

Sin embargo, a diferencia de lo que defienden los autores más cercanos al materialismo histórico, no considero que esta incipiente jerarquización social tenga su origen o razón de ser en la lucha por el control del excedente productivo, es decir, en “la lucha de clases”. En mi opinión, fue la propia evolución de los sistemas de producción, dentro de la denominada revolución de los productos secundarios, con el consecuente incremento de la productividad, lo que propició los cambios en las comunidades del suroeste peninsular. En este sentido, como el lector habrá podido comprobar, con el inicio del Calcolítico aparecieron toda una serie de innovaciones tecnológicas que tuvieron como resultado un desarrollo económico, como, por ejemplo, la introducción del arado con la utilización sistemática de la tracción animal, que permitió la explotación y ocupación de toda una serie de terrenos escasamente productivos hasta entonces no habitados, generando, de esta manera, una mayor cantidad de productos agropecuarios. Del mismo modo, el hallazgo de una serie de objetos que se vienen interpretando como queseras nos habla de una progresiva importancia de la ganadería y los productos derivados de la

misma. Es decir, se dan toda una serie de condicionantes que permiten el desarrollo demográfico, con un aumento de la población sin precedentes, a juzgar por la cantidad y tamaño de los asentamientos de este periodo en el sur peninsular. La propia Valencina de la Concepción presenta una extensión que supera las 450 hectáreas con una población estimada de unos 2000 habitantes. A partir de aquí, en mi opinión, las élites habrían surgido ante la necesidad de organizar los posibles mecanismos de defensa de la comunidad y, sobre todo, para gestionar los medios de producción y la distribución del producto, el cual, dado que no hay evidencias de parcelaciones ni propiedad privada, deduzco que sería explotado y redistribuido de manera colectiva y comunal, sin darse una apropiación diferencial por parte de un segmento de la sociedad.

En definitiva, considero que durante el III milenio a.n.e., en el suroeste peninsular, como consecuencia de la evolución de los sistemas de producción y el subsecuente incremento de la productividad, se inició un proceso de jerarquización y desigualdad social con incipientes jefaturas o líderes políticos que, como podemos inferir a partir del registro funerario, comienzan a distinguirse en el seno de su comunidad, y son los precedentes de las élites que posteriormente aparecerán al frente de las sociedades complejas y, ahora sí, estratificadas de la Edad del Bronce, como la argárica, que, en opinión de Chapman (2008, 248), sigue siendo el único ejemplo convincente de una sociedad de clases o Estado temprano en la Prehistoria Reciente del sur peninsular.

## 5. CONCLUSIONES FINALES

Dado que al final de cada apartado hemos analizado críticamente cada uno de los modelos interpretativos propuestos, la presente conclusión pretende ser simplemente una breve reflexión acerca de qué es lo que me ha aportado este trabajo desde el punto de vista académico. Del mismo modo, trataremos de comprobar si los objetivos marcados al principio del proyecto han sido cumplidos y, en caso afirmativo, de qué manera su superación ha contribuido al desarrollo de un buen Trabajo de Final de Máster.

Así pues, la cuestión o tema central que nos ha ocupado a lo largo de estas páginas ha sido analizar cómo la Edad del Cobre en el sur de la península Ibérica ha sido tratada a lo largo del siglo XX, desde el punto de vista de diferentes corrientes interpretativas. Al principio del trabajo decíamos que un factor determinante en la elección de este tema había sido el hecho de haber trabajado previamente la Edad del Cobre en mi Trabajo de Final de Grado, presentándose este proyecto como una oportunidad magnífica de adquirir nuevos conocimientos sobre esta etapa de la Prehistoria surpeninsular, pues no es lo mismo analizar un determinado aspecto de la Edad del Cobre -en el caso de mi Trabajo de Final de Grado, los asentamientos con recintos de fosos- que estudiar la etapa en sí desde el punto de vista de diferentes corrientes interpretativas. De este modo, considero que este proyecto me ha aportado un conocimiento sobre el Calcolítico surpeninsular que difícilmente podría haber adquirido sin la realización de un análisis tan profundo como el aquí desarrollado. Además, como el lector habrá podido comprobar, los diferentes autores analizados a lo largo del trabajo no han centrado sus modelos interpretativos de manera exclusiva en la Edad del Cobre, sino que, en general, han abordado la dinámica de toda la Prehistoria Reciente, desde el Neolítico Final hasta el Bronce posargárico. En consecuencia, más allá del período calcolítico, este trabajo me ha permitido ampliar y adquirir nuevos conocimientos sobre la Prehistoria Reciente del sur peninsular en su conjunto.

Por otro lado, en relación con los objetivos marcados en la introducción, el primero de ellos era exponer de manera clara y ordenada las diversas corrientes interpretativas imperantes a nivel peninsular en los diferentes momentos del siglo XX, y ver cómo cada una de ellas había abordado el desarrollo del Calcolítico en el sur de la península Ibérica, lo que nos ha llevado a dividir el trabajo en tres grandes apartados ordenados cronológicamente: un primero dedicado al difusionismo orientalista, un segundo centrado en la arqueología procesual y un tercero en el que abordamos la arqueología marxista. Además, con el objetivo de analizar las dinámicas que muestran las sociedades calcolíticas de esta región en entornos radicalmente opuestos, hemos considerado interesante contraponer en el presente proyecto modelos interpretativos centrados en zonas totalmente diferentes desde el punto de vista geográfico y climatológico. De esta manera, hemos estructurado el trabajo siguiendo no solamente la evolución cronológica de las diferentes corrientes interpretativas, sino también en base a las características geográficas y climatológicas que muestran los diversos territorios del sur peninsular. Así, a la división cronológica del trabajo habría que añadir una división



territorial: por un lado, tendríamos el árido sureste -bloques I y II- y, por otro, el fértil valle del Guadalquivir -bloque III-.

Otro de los grandes objetivos que nos marcábamos en la introducción era evidenciar las dificultades a las que tuvieron que enfrentarse autores como Luis Siret, Martín Almagro Basch o Antonio Arribas en la formulación de sus hipótesis en un momento en el que no existían métodos de datación absoluta, como el C14, la dendrocronología o la termoluminiscencia, cuya aparición a partir de mediados del siglo XX causó un enorme impacto, y es que el desarrollo de estas técnicas permitió demostrar -entre otras cosas- que muchas culturas de Europa occidental teóricamente dependientes de las del Mediterráneo oriental fueron en realidad más antiguas que éstas. Así es como el difusionismo orientalista, imperante desde finales del siglo XIX, empezó a decaer en detrimento de las ideas de base autoctonista e indigenista sobre el desarrollo de la complejidad cultural en el sur de la península Ibérica durante la Prehistoria Reciente. Sin embargo, el enorme esfuerzo realizado en la consolidación de estas tesis provocó que todavía en los años 60 y 70 -e incluso 80- estas ideas difusionistas gozaran de enorme respaldo, a pesar de la intranquilidad que cada nueva datación causaba.

Hoy en día, estas técnicas de datación absoluta constituyen un pilar fundamental de la investigación en Prehistoria y Arqueología, como también lo constituyen los análisis antracológicos, palinológicos, arqueofaunísticos y arqueobotánicos, que permiten reconstruir los paisajes del pasado y comprobar así si las sociedades prehistóricas de un determinado lugar tuvieron que enfrentarse a las mismas condiciones climáticas y ambientales que existen hoy en día. En el caso del presente trabajo, este tipo de estudios han resultado especialmente útiles en la región suroriental, debido a las condiciones extremas que esta zona presenta en la actualidad. Así, en la valoración crítica y personal del segundo apartado hemos visto como los análisis de este tipo, sobre todo los arqueofaunísticos y antracológicos, han permitido demostrar que el clima de esta zona durante la Prehistoria Reciente no fue tan agresivo como el actual, lo que habría permitido el desarrollo de una agricultura de secano y habría hecho innecesaria la construcción de sistemas de irrigación artificial, que era la base que sostenía el modelo interpretativo de Chapman.

Por último, para acabar esta reflexión final, me gustaría hacer especial hincapié en la importante evolución que la concepción del Calcolítico ha experimentado a lo largo del tiempo, pues en un primer momento, a finales del siglo XIX y principios del XX, Siret ni siquiera consideraba que el empleo de este metal pudiera constituir una etapa anterior a la del Bronce, siendo interpretada como una fase más dentro del Neolítico. Frente a esta concepción decimonónica de Luis Siret, hoy en día tenemos plena constancia de la existencia de una Edad del Cobre en el sur de la península Ibérica, con una cronología que iría del 3400 al 2200 cal. a.n.e. -aproximadamente-, caracterizándose además por ser un período muy complejo en el que se dan transformaciones en todos los ámbitos -económico, tecnológico y social-, siendo considerada una etapa clave en el desarrollo de las sociedades complejas de la Edad del Bronce.

## 6. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALMAGRO BASCH, M. y A. ARRIBAS PALAU (1963), *El poblado y la necrópolis megalíticas de Los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería)*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Español de Prehistoria, Diputación Provincial de Almería.
- ARRIBAS PALAU, A. (1986), “La época del Cobre en Andalucía oriental: perspectivas de la investigación actual”, en *Homenaje a Luis Siret (1934 - 1984)*. Sevilla, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Dirección General de Bellas Artes, pp. 159 - 166.
- ARTEAGA, O. Y R. CRUZ-AUÑÓN (1999a), “El sector funerario de los Cabezuelos (Valencina de la Concepción, Sevilla). Resultados preliminares de una excavación de urgencia”, en *Anuario arqueológico de Andalucía 1995*, vol. III, pp. 589-599.
- ARTEAGA, O. Y R. CRUZ-AUÑÓN (1999b), “Una valoración del ‘patrimonio histórico’ en el ‘Campo de Silos’ de la finca ‘El Cuervo-RTVA’ (Valencina de la Concepción, Sevilla). Excavación de urgencia de 1995”, en *Anuario Arqueológico de Andalucía 1995*, vol. III., pp. 608-616.
- BELLIDO BLANCO, A. (1996), *Los campos de hoyos. Inicio de la economía agrícola en la submeseta norte*. Valladolid, Universidad de Valladolid.
- BLANCE, B. (1986), “Siret y cien años de arqueología”, en *Homenaje a Luis Siret (1934 - 1984)*. Sevilla, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Dirección General de Bellas Artes, pp. 19 - 27.
- BLANCO FREIJEIRO, A. y B. ROTHENBERG (1981), *Exploración Arqueometalúrgica de Huelva*. Barcelona, Río Tinto Minera.
- CASTRO MARTINEZ, P.V.; LULL, V. Y R. MICÓ (1996), *Cronología de la prehistoria reciente de la Península Ibérica y Baleares (c.2800-900 cal ANE)*. Oxford, B.A.R. International Series 652.
- CHAPMAN, R. (1991), *La formación de las sociedades complejas. El sureste de la península Ibérica en el marco del Mediterráneo occidental*. Barcelona, Editorial Crítica.
- CHAPMAN, R (2008), “Producing Inequalities: Regional Sequences in Later Prehistoric Southern Spain”, en *Journal of World Prehistory*, vol. 21, pp. 195 – 260.
- CRUZ-AUÑÓN, R. Y ARTEAGA, O. (1999), "Acerca de un campo de silos y un foso de cierre prehistóricos ubicados en la Estacada Larga (Valencina de la

- Concepción, Sevilla). Excavación de urgencia de 1995", *Anuario Arqueológico de Andalucía 1995*, vol. III, pp. 600-607.
- DÍAZ DEL RÍO, P. (2004), "Factionalism and collective labor in copper age Iberia" en *Trabajos de Prehistoria*, núm. 61, vol. 2, pp. 85-98.
- ENGELS, F. (2003), *El Origen de la Familia, la Propiedad Privada y el Estado*. Santa Fe, El Cid Editor.
- GARCÍA SANJUAN, L. Y V. HURTADO (1997), "Los inicios de la Jerarquización Social en el suroeste de la península Ibérica (c. 2500 – 1700 A.N.E.). Problemas conceptuales y empíricos", en *Saguntum: Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, núm. 30, pp. 135-152.
- GARCÍA SANJUAN, L. et al. (2013), *El asentamiento prehistórico de Valencina de la Concepción (Sevilla): investigación y tutela en el 150 aniversario del descubrimiento de La Pastora*. Sevilla, Universidad de Sevilla.
- GILMAN GUILLÉN, A. y J.B. THORNES (1985), *Land-Use and Prehistory in South-East Spain*, Londres, Allen and Unwin.
- GOBERNA, M.V. (1986), "Los estudios de Prehistoria durante la segunda mitad del siglo XIX y primeros años del XX. La obra de Luis Siret", en *Homenaje a Luis Siret (1934 - 1984)*. Sevilla, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Dirección General de Bellas Artes, pp. 28 - 34.
- HINDESS B. Y P.Q. HIRST (1979), *Los Modos de Producción Precapitalistas*. Barcelona, Ediciones Península.
- HORNOS, F.; ZAFRA, N. Y M. CASTRO (1998), "La gestión de una zona arqueológica urbana: la experiencia de investigación aplicada en Marroquíes Bajos (Jaén)", en *PH. Boletín del Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico*, núm. 22, pp. 82-91.
- LULL, V. (1983), *La cultura de El Argar. (Un modelo para el estudio de las formaciones económico-sociales prehistóricas)*. Madrid, Akal.
- LULL, V. y J. ESTÉVEZ (1986), "Propuesta metodológica para el estudio de las necrópolis argáricas", en *Homenaje a Luis Siret (1934 - 1984)*. Sevilla, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Dirección General de Bellas Artes, pp. 441 - 452.
- MÁRQUEZ, J.E. Y V. JIMÉNEZ (2010), *Recintos de fosos. Genealogía y significado de una tradición en la Prehistoria del suroeste de la península Ibérica (IV-III milenios A.C.)*. Málaga, Universidad de Málaga.
- MUÑOZ AMLIBIA, A.M. (1970), "Estado actual de la investigación sobre el Neolítico español", en *Pyrenae*, núm. 6, pp. 13-28.

- MOLINA GONZÁLEZ, F. Y J.A., CÁMARA SERRANO (2010), “Los Millares y su dominio sobre el Valle de Andarax” en *PH. Boletín del Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico*, núm. 73, pp. 42-87.
- NOCETE CALVO, F. (2001), *Tercer milenio antes de nuestra era: relaciones y contradicciones centro-periferia en el valle del Guadalquivir*. Barcelona, Bellaterra.
- NOCETE CALVO, F. *et al.* (2008), “The smelting quarter of Valencina de la Concepción (Seville, Spain): the specialised copper industry in a political centre of the Guadalquivir Valley during the Third millennium BC (2750-2500 BC)”, en *Journal of archaeological science*, núm. 35, pp. 717-732.
- OLARIA PUYOLES, C. (1986), “La problemática del Neolítico andaluz y sus conexiones con el litoral mediterráneo”, en *Homenaje a Luis Siret (1934 - 1984)*. Sevilla, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Dirección General de Bellas Artes, pp. 130 - 135.
- PELLICER CATALAN, M. (1986), “Perfil biográfico de Luis Siret”, en *Homenaje a Luis Siret (1934 - 1984)*. Sevilla, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Dirección General de Bellas Artes, pp. 13 - 18.
- RAMOS MILLÁN, A. (1981), “Interpretaciones secuenciales y culturales de la Edad del Cobre en la zona meridional de la Península Ibérica. La alternativa del materialismo cultural”, en *Cuadernos de prehistoria de la Universidad de Granada*, vol. 6, pp. 203-256.
- RENFREW, C. (1967), “Colonialism and Megalithism”, en *Antiquity*, 41, pp. 276–288.
- RODRÍGUEZ ARIZA, M.O. (2000), “El paisaje vegetal de la Depresión de Vera durante la prehistoria reciente. Una aproximación desde la antracología” en *Trabajos de prehistoria*, vol. 57, núm. 1, pp. 145-156.
- RUIZ DE ARBULO, J. (1997), “Santuarios y comercio marítimo en la Península Ibérica durante la época arcaica”, en *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*. Núm. 18: *Espacios y lugares culturales en el mundo ibérico*. pp. 517 – 535.
- RUIZ DE ARBULO, J. (2000), “El papel de los santuarios en la colonización fenicia y griega en la Península Ibérica”, en *Santuarios fenicio-púnicos en Iberia y su influencia en los cultos indígenas: XVI Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Eivissa, 1999)*. Ibiza, Museo Arqueológico de Ibiza y Formentera, pp. 9 – 56.
- SCHÜLE, W. (1966), “El poblado del Bronce antiguo en el Cerro de la Virgen de Orce (Granada) y su acequia de regadío”, en *IX Congreso Nacional de Arqueología:*

Valladolid, 1965. Zaragoza, Secretaría General de los Congresos Arqueológicos Nacionales, pp. 113 -126.

SHERRAT, A. (1981), “Plough and pastoralism: aspects of the secondary products revolution” en Hodder, I; Isaac, G. y N. Hammond, *Pattern of the past: studies in honour of David Clarke*. New York, Cambridge University Press, pp. 261-305.

SIRET, L. (1994), *Orientales y occidentales en España en los tiempos prehistóricos*. Almería, Arráez.

VARGAS JIMÉNEZ, J.M. (2003), “Elementos para la definición territorial del yacimiento prehistórico de Valencina de la Concepción (Sevilla)”, en *Spal, revista de prehistoria y arqueología*, núm. 12, pp. 125-144.

VARGAS JIMÉNEZ, J.M. (2004), *Carta arqueológica municipal de Valencina de la Concepción*. Sevilla, Junta de Andalucía.

VV.AA. (1986), *Homenaje a Luis Siret (1934 - 1984)*. Sevilla, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Dirección General de Bellas Artes.

## ÍNDICE DE FIGURAS

Fig. 1. División del Neolítico según Luis Siret .....	14
Fig. 2. Ídolos de piedra en forma de violón del sur de la península Ibérica y de la zona oriental de Hissarlik.....	15
Fig. 3. Pulpo pintado sobre un vaso de la necrópolis de Pitane (Eólida).....	19
Fig. 4. Pulpos pintados sobre un vaso de la necrópolis de Los Millares (Almería) .....	19
Fig. 5. 1 - 2 Venus hallada en una casa neolítica de Almizaraque (Almería) con el gran triángulo marcando el sexo; 3 serie de triángulos pintados sobre la misma vasija que los pulpos de la figura 4; 4 - 7 ejemplos de triángulos; 8 - 9 ejemplos de hacha de doble filo .....	20
Fig. 6. Cerámica campaniforme hallada en el yacimiento de Ciempozuelos (Madrid)..	21
Fig. 7. Comparaciones con el arte chipriota. 7.2. Ídolo de Idanha a Nova (Portugal); 7.3 y 7.13. Ídolos chipriotas; 7.4 y 7.14 - ídolos hallados en Almizaraque (Almería); 7.5 - 7.10. Decoraciones de vasijas chipriotas.....	22
Fig. 8. A la izquierda columna micénica. A la derecha columna turdetana.....	23
Fig. 9. 1 y 2. Plano y corte de la tumba de cúpula micénica llamada Tesoro de Atreo; 3 y 4. Plano y corte de la tumba de cúpula de El Romeral (Antequera) .....	24
Fig. 10. Planta de la muralla del poblado de Chalandriani y de algunas habitaciones adosadas al interior de la misma (Cicládico Primitivo, 2800 - 2000 a.n.e.).....	40
Fig. 11. Alzado y planta de un sepulcro de corredor inicial y cámara cubierta con falsa cúpula, completada por una losa en la parte superior, en la isla de Siros .....	42
Fig. 12. Planta y alzado de un sepulcro de corredor y cámara circular excavado en la roca, en la isla de Eubea .....	42
Fig. 13. Planta y alzados de los restos de una sepultura de tipo tholos de la llanura de Mesara .....	43
Fig. 14. Planta y alzado de la sepultura nº 529 de la colina de Kalkani. Ofrece corredor y cámara excavados en la roca.....	46
Fig. 15. Planta y alzado de la tumba Panagia, en Micenas .....	47
Fig. 16. Planta y alzados de la tumba del Tesoro de Atreo o tumba de Agamenón, en Micenas.....	48
Fig. 17. Cerámica pintada del Bronce I hispánico .....	53
Fig. 18. Cerámica pintada de Agio Gala (1-10) y Kalymnos (11-16). .....	53
Fig. 19. Cerámica a la almagra de Vounous-Bellapais en Chipre (1-3) y en la Cueva de los Murciélagos en Córdoba (4).....	54
Fig. 20. Asas de pedicelo alto de la cueva de la Zarza (1), Kalymnos (2 y 3), Chateaufneuf les Martigues (4) e islas Eolias (5 y 6).....	55

Fig. 21. Hachas halladas en los poblados del Bronce I peninsular: 1-4. Los Millares, 5-6. Fonelas, 7. Alcalar, 8. Gandul.....	56
Fig. 22. Cuchillos de hoja curva de los Millares (1), Vila Nova de Sao Pedro (2), Chibannes (3) y Rotura (4) .....	56
Fig. 23. Puntas de jabalina: 1. Dolmen de la Pastora, 2. Tell el Dweir (Palestina), y 3. Tell el Ajjul (Palestina) .....	57
Fig. 24. Hachas de segmento de círculo de los Millares (1 y 2) y de Egipto: Imperio Medio (3) e Imperio Nuevo (4 y 5) .....	58
Fig. 25. Conteras de puñal de Sicilia (7), los Millares (8) y Nora (9) .....	59
Fig. 26. Conteras de puñal de alabastro halladas en la Tumba del Tesoro IV de Micenas .....	59
Fig. 27. Conteras de puñal de alabastro halladas en la Tumba del Tesoro V de Micenas .....	59
Fig. 28 Puntas de flecha micénicas idénticas a las del Bronce I hispánico.....	60
Fig. 29. Distribución de frecuencias relativas de dataciones radiocarbónicas válidas procedentes de contextos de la cultura de los Millares .....	64
Fig. 30. Distribución de frecuencias relativas de dataciones radiocarbónicas válidas procedentes de contextos del grupo argárico .....	64
Fig. 31. Mapa del megalitismo europeo.....	68
Fig. 32. Promedio anual de temperaturas (línea de puntos) y precipitaciones (línea continua) en Almería entre 1942 y 1958 .....	74
Fig. 33. Índices pluviométricos (línea continua) y de evaporación (línea de puntos) en Cuevas de Almanzora, Almería. El área sombreada indica el periodo del año en el que las temperaturas superan las precipitaciones .....	74
Fig. 34. Presencia/ausencia de cultivo de cereales y arboricultura en el sureste de España. Arriba: yacimientos de las tierras altas. Abajo: yacimientos de las tierras bajas. La fase de ocupación se indica con las siglas N (Neolítico), C (Calcolítico) y B (Bronce). .....	79
Fig. 35. Presencia/ausencia de restos faunísticos en yacimientos de las tierras bajas del sureste de España con fases de ocupación del Neolítico (N), Calcolítico (C) y Edad del Bronce (B) .....	79
Fig. 36. Yacimientos prehistóricos con informes cuantitativos de restos faunísticos en el sureste de España .....	80
Fig. 37. Proporciones de especies económicamente significativas en seis yacimientos del Calcolítico y la Edad del Bronce del sureste de España. ....	80
Fig. 38. Ejemplo de áreas de captación con el potencial agrícola que ofrecen los terrenos de distintos yacimientos. Arriba: Los Millares y Cerro de la Virgen con	

potencial para la agricultura de regadío. Abajo: Las Peñas de los Gitanos y el Malagón con potencial para la agricultura de secano.....	81
Fig. 39. Yacimientos prehistóricos en los que Gilman y Thornes han calculado el área de captación. ....	82
Fig. 40. Potencial de explotación agrícola en las áreas de captación de los yacimientos analizados por Gilman y Thornes .....	83
Fig. 41. Frecuencia de aparición de diversos tipos de objetos metálicos en el Argar ....	95
Fig. 42. Frecuencia de aparición de objetos de diversos metales en el Argar.....	95
Fig. 43. Peso en gramos del metal recuperado en seis yacimientos de la Edad del Bronce en el sureste de España .....	95
Fig. 44. Fases de producción metalúrgica en los poblador argáricos del sureste de España.....	99
Fig. 45. Número de inhumaciones registradas en las tumbas megalíticas de los Millares .....	105
Fig. 46. Frecuencia de enterramientos por tumba y cámara en los Millares.....	105
Fig. 47. Número de objetos de prestigio en las tumbas de los Millares.....	107
Fig. 48. Ajuar argárico en una tumba megalítica de los Eriales.....	110
Fig. 49. Representación de la población total según los enterramientos argáricos conocidos en el sureste de España .....	111
Fig. 50. Ajuar de la tumba de 9 de Fuente Álamo .....	113
Fig. 51. Dataciones radiocarbónicas de Valencina de la Concepción sumadas .....	122
Fig. 52. Plano del Asentamiento Prehistórico de Valencina de la Concepción señalando la ubicación del Campo de Silos de «El Cuervo-RTVA» .....	124
Fig. 53. Organización espacial de Valencina según J.M. Vargas.....	125
Fig. 54. Imagen idealizada del asentamiento prehistórico de Marroqués Bajos .....	134